

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Filología
Departamento de Filología Española IV

LA NOVELA DE LA DICTADURA EN EL
ECUADOR DE LOS AÑOS SETENTA.

La imaginación al servicio
de la realidad

Tesis Doctoral

Doctorando:
Mohammed MIKOU

Director:
Doña Cristina BRAVO ROZAS

2007

Agradecimiento

Mi agradecimiento a la Doctora doña Cristina BRAVO ROZAS por su simpatía, comprensión y paciencia.

Índice

Introducción-----	7
I. Dictadura y literatura en el Ecuador -----	29
I.1. Democracia a la “ecuatoriana” -----	31
I.1.1. Crisis de identidad en el Ecuador -----	34
I.1.2. El legado colonial y militarización del sistema político en el Ecuador -----	42
I.1.3. “Poderes de derecho”: un sinfín de problemas -----	48
I.1.4. “Poderes de hecho” en el Ecuador -----	55
I.2.El poder de la dictadura y su literaturización en la novela ecuatoriana	64
I.2.1. Literaturización de la dictadura en la novela hispanoamericana ---	66
I.2.2. Génesis de la novela ecuatoriana -----	84
I.2.3. Retrato de los “poderes de hecho” en la novela ecuatoriana -----	96
II. Dictadura- presidencialista y poder demagógico en <i>El pueblo soy yo</i>	119
II.1. Realidad y ficción -----	121
II.1.1. La historia como factor de inspiración al servicio de la ficción ---	125
II.2. Novela de compromiso político y humano -----	139
II.2.1. Velasquismo y “gonzalismo” veraniano: dos caras de la misma moneda -----	146
II.2.2. El poder gonzalista frente a la poderosa oligarquía -----	172
II.2.3. La corrupción generalizada -----	185
II.3. Personalismo político (desmitificación del dictador-presidencialista)	195
II.3.1. El discurso presidencialista del dictador -----	215
II.3.2. La fuerza de la razón frente al poder de la superstición -----	219
II.4. Intervencionismo estadounidense y eternización del poder ----	233
II.4.1. El deseo de gobernar eternamente -----	247
II.4.2. Frustración y descomposición del “yo” -----	269
II.5. Rasgos musicales y mecanismos lingüísticos -----	276

II.5.1. Problemática de la enunciación -----	297
II.5.2. <i>El pueblo soy yo</i> : título sintético -----	310
III. Caracterización caricaturesca del despotismo gorillesco en <i>El secuestro del general</i> -----	323
III.1. Planteamiento moderno del tema de la dictadura -----	325
III.1.1. Novela optimista -----	334
III.2. La resistencia de los Amautas frente al despotismo dictatorial ---	341
III.2.1. El poder de control de los Amautas -----	366
III.2.2. La fuerza de la Naturaleza: arma de doble filo -----	379
III.3. Civilización y barbarie -----	394
III.3.1. Violencia institucionalizada e intervencionismo extranjero --	408
III.3.5. Triunfo del Bien sobre el Mal -----	422
III.4. La inmoralidad de la dictadura militar -----	433
III.4.1. Los representantes de la dictadura babelandense: red compleja de relaciones -----	443
III.4.2. Narcisismo del dictador Verbofilia -----	468
III.4.3. Degradación moral del cura Polígamo -----	474
III.5 <i>El secuestro del general</i> : un mundo complejo de valores universales --	483
III.5.1. El mito como medio referencial de conocimiento y comunicación	485
III.5.2. Novela de vertiente mágico-realista -----	494
III.6. Desmitificación de la dictadura, a través del lenguaje -----	511
III.6.1. Animalización de los representantes de la dictadura gorillesca --	522
III.6.2. Desenmascaramiento del poder despótico babelandense -----	536
IV. Irracionalidad de la dictadura frente a la heroicidad del pueblo en <i>María Joaquina en la vida y en la muerte</i> -----	553
IV.1. <i>María Joaquina en la vida y en la muerte</i> : novela instrumental ---	555
IV.1.1. <i>María Joaquina en la vida y en la muerte</i> : ¿una inspiración en la historia? -----	561
IV.1.2. Resurgimiento del protagonismo femenino -----	575

IV.2. Abuso desmedido del poder-----	593
IV.2.1. Estereotipos del poder-----	606
IV.2.3. Los mundos antagónicos de María Joaquina -----	626
IV.3. Despotismo y resistencia colectiva -----	636
IV.3.1. Tipología de las “muertes” en <i>María Joaquina en la vida y en la muerte</i> -----	662
IV.3.2. El levantamiento popular -----	675
IV.4. Originalidad innovadora al servicio de la universalidad de la obra	691
IV.4.1. <i>María Joaquina en la vida y en la muerte</i> : prototipo de la nueva novela hispanoamericana -----	701
Conclusión-----	713
Bibliografía -----	729

INTRODUCCIÓN

Es de sobra conocido que la dictadura ocupa dimensiones ideológicas, políticas y sociales tanto en la antigüedad como en la historia reciente de la humanidad. En todas las regiones del mundo (Europa, África, Asia, América Oceanía) ha habido dictadores que intentan monopolizar el poder, hablando de la recuperación del honor patrio y prometiendo paz, prosperidad, concordia nacional y gloria a sus pueblos. Para ello, utilizan una multiplicidad de métodos, basándose en dos elementos fundamentales: el discurso ideológico y el poder de la fuerza. Estos dictadores, cuando excluyen la violencia de las armas, no tienen otra alternativa que optar por el poder verbal para transformar la realidad existente.

Ecuador no es una excepción. Valiéndose de un mosaico de recursos (demagogia, represión, asesinatos...), los dictadores han pretendido controlar el sistema representativo y hacer que el pueblo carezca de perfil propio e identidad.

El presente trabajo se compone de dos partes fundamentales. La primera, de reducidas dimensiones, adquiere las características específicas de un texto de doble perspectiva, cuyo contenido manifiesta aspectos teóricos que afectan al campo socio-político y literario, lo cual permite una potenciación explicativa de lo que se va a abordar. Se trata precisamente de tres novelas, especialmente privilegiadas en este trabajo. Sólo representan

un paradigma, que puede coincidir con el de otras que desembocan en el mismo tema, aunque consideramos que *El pueblo soy yo*, *El secuestro del general* y *María Joaquina en la vida y en la muerte* son las novelas más representativas, que sirven tanto para educar, formar e informar como para reflexionar y fortalecer los ánimos y las conciencias.

Esta primera parte, que es una aproximación teórica a la dictadura y su plasmación en la literatura ecuatoriana, no pretendemos ofrecer una información exhaustiva, ni desplazar al trabajo contenidos ya analizados en otros estudios, sino proyectar una visión generalizada y resumida, lo cual nos permite acercarnos al tema central e inducirnos a investigar con más profundidad.

Proponemos una reflexión y un replanteamiento del concepto de la dictadura para profundizar en la comprensión histórica del fenómeno dentro del contexto ecuatoriano. Para ello, nos remontamos al pasado para acentuar las características del legado colonial, las políticas intervencionistas del imperialismo y sus consecuencias. A continuación, expondremos la naturaleza y los rasgos distintivos de la militarización del sistema político ecuatoriano, como fenómeno que condiciona con sus efectos y repercusiones el enfoque temático y la visión formal de la novela ecuatoriana.. Descubriremos también el funcionamiento de “los poderes de hecho” personalistas y colectivos. A medida que vamos progresando, subrayaremos las dificultades de “los poderes de derecho” para constituirse como gobiernos legales y democráticos en el Ecuador. De hecho, el

replanteamiento del concepto de la dictadura y su literaturización, como forma de protesta social contra las injusticias de los “poderes de hecho”, enriquece la novela del dictador como genealogía literaria y como aproximación a la comprensión de este mal.

Además, hemos pretendido responder a las siguientes preguntas: ¿a qué se debe el auge de la novela de la dictadura en el Ecuador de los años setenta?, ¿cómo se presentan las obras que se centran en este tema? Sin olvidar que, en los años setenta, la confluencia de las obras de la dictadura en el tema del poder y la coincidencia cronológica de su publicación levantaron un gran interés por parte de estudiosos y críticos, que se traduce en la publicación de numerosos trabajos sobre el tema. Son intentos que ofrecen una visión crítica de conjunto, completa y explicativa, como análisis exhaustivo de las obras individuales.

La segunda parte de este trabajo se propone ahondar en las posibilidades de comprensión que ofrecen las novelas, arriba señaladas. Hemos empezado, sin cuidar el orden cronológico, por *El pueblo soy yo* de Pedro Jorge Vera, pasando por *El secuestro del general de Demetrio Aguilera Malta* y llegando a *María Joaquina en la vida en la muerte* de Jorge Dávila Vázquez.

Estas novelas, que vamos a exponer, no son las únicas en su género. Si bien han sido presentadas como las más notorias, según nuestro punto de vista. Su esencia integradora se compone de un amalgama de

ingredientes que reflejan el cultivo ininterrumpido de temas y reflexiones, pero que adoptan un enfoque infinitamente sugerente. El inconformismo y la perspicacia de que dieron prueba estos autores reflejan los sucesos del momento, señalan la importancia del cambio y contribuyen a comprender y ahondar en este fenómeno

Intentaremos, pues, reflexionar sobre el tema del poder en el Ecuador en textos concretos, a partir del estudio de estas obras, con el fin de alcanzar un balance objetivo y vertebrado.

Después de tales consideraciones, pasaremos a la interpretación de los conceptos claves que encierran y al análisis de sus elementos constitutivos. La evaluación de cada obra se realiza a través de la presencia y el seguimiento de varios aspectos, entre otros: el modelo de la realidad objetiva, el conocimiento de la figura del dictador y la dinámica de su gobierno, el militarismo, el intervencionismo imperialista, la resistencia popular y las proyecciones al futuro.

A este respecto, hemos pretendido abarcar, a través de un mosaico ampliado de estudios, las diferentes áreas que forman el fundamento de este trabajo. Para tal objetivo, hemos recurrido a varias disciplinas como: la crítica lingüístico-literaria, social y política, la neurología, la historia para jerarquizar los contenidos y poder destacar los aspectos de modernidad que se encuentran implícitos en las obras.

El discurso dialógico, que encierran las novelas, nos ha sido de gran utilidad para realizar un análisis socio-político, a través de las intervenciones discursivas de los personajes y su interacción. Este recurso ayuda a descodificar los discursos en situaciones determinadas y en contextos comunicativos especiales (entorno social, cultural y cognitivo), al mismo tiempo que nos sirve de materia prima para crear unidades temáticas.

También ha sido fructífero el hecho de aludir al psicoanálisis para subrayar las angustias íntimas que viven algunos personajes y explicar las conductas que rodean su personalidad.

Esta orientación analítica multidimensional la hemos enfocado mediante el entrelazamiento de varios temas, con el fin de enriquecer el desarrollo de nuestra propuesta inicial: abordar el fenómeno de la dictadura en estas obras, que pertenecen a los años del “boom” ecuatoriano, y afirmar que la novela ecuatoriana goza de enormes potencialidades. Sus méritos la unen a la nueva novela hispanoamericana y le permiten ganar el respeto de los lectores, la atención de la crítica y el prestigio académico.

Para esta propuesta de análisis y su planteamiento, hemos considerado conveniente descomponer los contenidos conceptuales y expresivos que rigen el tejido estructural de cada novela y desarrollarlos con la mayor claridad, orden y rigor posibles para no trivializar la calidad del análisis. Además, hemos descartado el uso de un esquema metodológico y sistemático para no depender del orden de los sucesos y de las partes que

componen las obras. La estrategia adoptada consiste en buscar una estructura explicativa, ajustada y armónica, y encasillar las unidades temáticas que constituyen el texto novelesco en partes de un conjunto. Cada apartado destaca un tema determinado, seleccionado ordenadamente, de manera que la totalidad de los temas expuestos, concatenados y posicionalmente interdependientes en el trabajo, integran un solo cuerpo.

Hemos intentado que esta red de relaciones adopte coherencia y orden, y que se condicione a los criterios de objetividad, aplicando paradigmas interdisciplinarios al estudio. Esto conduce a diversos resultados, relacionados con la descodificación de los mensajes que cada novela engloba.

Verdad es que cada aspecto temático conserva sus peculiaridades de una manera independiente dentro de cada obra, pero eso no quita el hecho de presentar un trabajo compacto en el que se fusionan y se aglutinan diferentes métodos de análisis.

Al fin y al cabo, nuestra intención se manifiesta en potenciar un análisis humano y literario, sin apartarnos de las diferentes referencias históricas que cada novela menciona y actualiza. Tal alusión a la historia ayuda a entender mejor la singularidad del contexto y su interpretación.

Si nos referimos a los autores, cada uno parte de un tema arraigado en la tradición literaria: el dictador y la dictadura. Lo enfrenta y lo resuelve, según las informaciones facilitadas y según sus experiencias particulares,

sus preocupaciones, sus intereses y sus habilidades literarias; es decir que estos novelistas escriben sobre el tema, no con el mismo gusto y sabor, sino que el sujeto viene expresado por su inclinación individual y por la singularidad creadora de cada uno.

Veremos el uso que hacen estos novelistas de la literatura, la manera de exponer el tema y el nivel de inconformismo y de desacuerdo con la realidad circundante. De hecho, su compromiso no los obliga a crear para buscar una vía de escape a los problemas que plantean en sus obras, sino que los anima a exponer su punto de vista y proporcionar al público material importante que lo incita a reaccionar.

También destacaremos las relaciones establecidas entre historia y ficción literaria, y señalaremos los lazos unificadores y los rasgos distintivos entre la literatura y la sociedad.

En *El pueblo soy yo*, novela que orienta las perspectivas analíticas del segundo capítulo de este trabajo, Pedro Jorge Vera subraya los mecanismos y la profundidad del juego político de intereses, corrupción y manipulación con una visión idiosincrática del hombre en el poder, que es la encarnación de las fuerzas que dirigen verdaderamente el país y administran sus recursos.

El novelista, testigo de excepción en el desarrollo socio-político de su país que ha sufrido las consecuencias de largas dictaduras, afirma que su novela no es una reproducción de un momento histórico, sino que está

inspirada en la historia: “Este libro no es historia, pero está inspirado en la historia y envuelto en ella”,¹ lo cual deja asentado que lo que viene escrito en *El pueblo soy yo* no se conecta directamente con la realidad histórica, ni supone la recreación de uno hechos verídicos que fluctúan entre la realidad y la ficción. Pero, a pesar de que la novela está claramente inspirada en la historia, no deja de presentar una realidad política maquillada y aberrante que expresa una actitud de dominación contraria a las aspiraciones del pueblo.

El pueblo soy yo contiene un amplio contexto social y político en concordancia con la adaptación ficticia y creadora del autor, quien subraya el tema de la manipulación de las masas y el abuso que sufren. Achaca estos males al oportunismo político y a ciertas prácticas irregulares realizadas por quienes detentan el poder.

Si queremos reconstruir a distancia las características psíquicas del dictador-presidencialista (González Tejada) y ver cómo dirigen su comportamiento, podemos alcanzar los siguientes puntos: el Presidente considera imprescindible su presencia en el poder para responder a traumas políticos, a desequilibrios económicos y para garantizar justicia a todos. Busca eternizarse en el poder, basándose en su enorme capacidad de persuasión y en su visión magnificadora que ensalza su conducta política y su trabajo en el poder. Según su modo de ver, asume y valora sus responsabilidades, respeta reglas y estándares, trabaja concienzudamente en su despacho para el bienestar del pueblo y no para conseguir beneficios

¹ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, Quito, Planeta, 1989, p. 7.

personales; pero, a pesar de todo, reina el desorden social y se activan las voces que piden su destitución. Como respuesta, confiado en la fuerza de su voluntad y convencido de su propia valía, el Presidente siempre culpabiliza de los males y de la inestabilidad a otros (políticos, ministros, militares, empresarios...). Nunca se siente culpable, ni considera sus gestiones como factor contribuyente al caos político y económico que está fragmentando las estructuras sociales y empobreciendo al pueblo, cada vez más descontento y agitado. Se considera el más correcto y el más competente de todos; valora sus cualidades personales como necesarias para devolver al país la gloria perdida de los tiempos pasados y para contrarrestar el egoísmo de la oligarquía y los intereses desenfrenados de los militares.

El Presidente, González Tejada, busca la pasión autoglorificadora. Es un hombre que considera sus funciones gestoras, sus competencias orgánicas y sus misiones representativas como medios para ostentar su personalidad y gozar con el espectáculo de su preeminencia. Por este motivo, se aferra al poder y siente angustias de humillación ante la perspectiva de perderlo.

La afirmación descomunal del Presidente: “Yo soy el pueblo”² resulta tan provocativa y reveladora que invita a reflexionar sobre la confianza y la prepotencia adquiridas por métodos persuasivos. Éstos son una constante en su política para convencer al pueblo, adularlo y, por consiguiente, someterlo a sus decisiones. La aserción “Yo soy el pueblo” va en correlación

² Ibid., p. 107.

con otras afirmaciones de semejante significado: “¡Dadme un balcón en cada pueblo, no necesito más y tendremos un tercer gonzalismo!”;³

¡Voy a hablar con mi pueblo y mi pueblo me entenderá. Les diré también que pronto recuperaremos los territorios que perdimos el 41 eso les gusta.⁴

Como conocedor perfecto de los pensamientos del pueblo y de sus carencias cotidianas, González Tejada alimenta sus discursos de ilusiones, fantasías y promesas que las masas desean recibir para acabar con la desesperación en que se encuentran sumergidos durante mucho tiempo. Sin duda, el Presidente se presenta como un modelo de los que usan el poder altisonante de la palabra, como recetario que adorna sus discursos, cuando se dirige al pueblo descontento y rebelde para calmar sus ánimos o cuando quiere ganar otros años de mandato.

De este modo, se confirma que la retórica demagógica del Presidente que lo impulsa a sacar esta clase de afirmaciones está orientada a corto plazo hacia circunstancias determinadas y momentáneas, cuyas consecuencias a largo término perjudican los derechos del pueblo, causándole daños, desgracias, desajustes y sufrimiento. Ello se debe a que González Tejada promete satisfacer necesidades y resolver asuntos, pero no consigue cumplir con sus obligaciones, ni alcanza a concretar sus innumerables promesas. Además, la fuerte presión de la poderosa oligarquía y la influyente presencia de los militares, que siembran la incertidumbre y

³ Ibid., P. 172.

⁴ Ibid., p. 233.

erosionan con el favoritismo el sentido común del pueblo, se destilan como factores degradantes que impiden la realización de proyectos fructíferos individuales y colectivos.

Al final, acaba siendo derrocado precisamente porque no tiene claros ni definidos los límites de sus poderes reales, ni impone reglas prácticas de acción que puedan frenar la influencia de los poderosos que gobiernan el país en la sombra. Sus repetidas caídas reflejan la falta de autoridad y la escasa influencia del Presidente sobre los que mandan, al mismo tiempo que acentúan la complejidad desorganizada de la política social y del estado administrativo.

Este choque con las circunstancias interrumpe su contacto con la realidad y le hace perder el dominio de la conciencia. El Presidente derrocado retrocede al inconsciente, dominado por una fantasía omnipotente, presente en la mente y en la conducta, dedicada a romper los hilos de la lógica. Este cúmulo de factores obstaculiza el reconocimiento de la realidad misma y compromete a González Tejada con el delirio.

Este dramatismo en su vida, rico en sorpresas, propicia una imagen clara de que el “bricolaje” permanente en los temas políticos y sociales (tapar los errores precedentes, tener esperanzas redentoras en el banano y luego en el petróleo, conspicuas desviaciones del objetivo...) no estabiliza la situación, y que tanto el poder político del hombre como sus deseos por obtener la gloria eterna tienen una base completamente frágil.

No se trata solamente de una novela que proyecta las luces sobre un Presidente-dictador, inspirado y con dotes expresivas extraordinarias, sino

que su argumentación se dirige esencialmente a los sin-voz, que deben determinar sus necesidades, descubrir los males que sufren y desenmascarar la realidad para expulsar a los demagogos y a sus ayudantes. También deben ser conscientes de que ellos son los protagonistas y los dueños de su destino.

Por otra parte, *El pueblo soy yo* disfruta de una estructura con elementos particulares que le acercan a parangonarse con la estructura sinfónica y a asimilar sus características. Su función consiste en crear una historia embellecida e impactante, que impresiona y proporciona el valor de la expresión literaria en orden a reflejar una realidad creíble. Estos elementos que integran la obra se interrelacionan, formando un sistema de relaciones que atan a todas las partes de la novela y aprobando el mecanismo de una sinfonía mediante el “leitmotiv”. El autor usa un lenguaje libre que se enriquece y se amplía con la presencia efectiva del diálogo, que da intensidad al mensaje. Este recurso lo efectúan los personajes que vienen caracterizados progresivamente en concordancia con sus acciones y valores para completar un cuadro de corte impresionista y forjar la idea de movimiento en la obra.

El secuestro del general, de Demetrio Aguilera Malta, ocupa el tercer capítulo de este trabajo. En esta obra el novelista logra describir un ambiente espiritual de total abandono, rescatado por un grupo de luchadores que quieren evitar el caos. El odio, la violencia y la desintegración de los valores morales que engendran la lucha del hombre contra el hombre hacen de

Babelandia un país inestable, regido por un sistema militar que emplea explícitamente la demagogia y la violencia como métodos prácticos para someter a la colectividad babelandense y eliminar los espacios de libertad. El autor atenta contra el oficio eclesiástico cuando presenta a un cura, llamado Polígamo, exacerbado sexualmente y con carencias espirituales y morales.

El punto clave de la novela reside en el secuestro del general Jonás Pitecantropo. Este suceso hace que se desvele la verdadera capacidad competitiva del dictador Verbofilia en el marco político y administrativo. La falta de “cassettes” pone restricciones a su dominio, lo obliga a dejar de manipular a los babelandenses y lo conduce a buscar soluciones de impacto que permitan liberar al general secuestrado.

Ante la peculiaridad de la nueva situación, el dictador se aferra al poder y decide no detenerse en su intento de encontrar a Pitecantropo, haciendo uso de la compleja maquinaria bélica contra los babelandenses, con el fin de obtener los resultados deseados. Para el dictador Verbofilia, todo vale y todo está permitido para conseguir protección, superación y dominio. Se apoya en las ventajas que cristaliza el poder para encontrar a los secuestradores y liberar al general Pitecantropo.

La Universidad tampoco se salva de la trágica situación que vive Babelandia: el aparato dictatorial libra una batalla cruel contra este foco de resistencia y contra las máquinas impresoras porque sus representantes tienen miedo a la palabra libre, que genera ideas y pensamientos e induce a la acción para transformar y construir.

Confiado en sus poderes, y antes de emplear la violencia material como método que sostiene su continuidad en el poder, el dictador utiliza el poder verbal, que resulta tan dañino como la fuerza de la violencia. Verbofilia insulta, provoca, dirige promesas contra los babelandenses e incluso contra los objetos inanimados (las máquinas impresoras), pensando que es éste el camino adecuado y eficaz para reaccionar contra los secuestradores y atemorizarlos. Su comportamiento agresivo, causante de situaciones violentas, influye negativamente en la tranquilidad vivencial de los babelandenses y altera profundamente el estado normal de las cosas en Babelandia.

Por otra parte, el dictador asiste a desfiles y organiza saraos con el propósito de verse admirado y adorado por todos. Vive rodeado de ministros que lo adulan, pero que no dudan en traicionarle cuando están en apuros para salvarse ellos y sus familiares. Sobre estos fundamentos se asientan las relaciones entre el dictador y sus ayudantes.

En cuanto a su relación con el pueblo, Verbofilia decide someter su imagen a una dura prueba para comprobar el nivel de aceptación y de rechazo que le guarda el pueblo. Por eso, va por las calles de Babelandia, disfrazado, para ser testigo él mismo de lo que opina el pueblo acerca de su reputación y de sus gestiones en el gobierno. Le llama la atención el profundo rechazo que tiene la gente por él y por su administración, debido a su crueldad y a la falta de escrúpulos de sus ministros. Lo que le profesan los babelandenses es un gran odio y un fuerte rechazo, que son factores que

contribuyen a la pérdida de la autoestima, a la autodestrucción e, incluso, a la desintegración de su gobierno.

Ensimismado en la conciencia de su excepcionalidad, Verbofilia se da cuenta finalmente de que las aclamaciones y la adición del pueblo son fingidas y que los elogios se visten de insinceridad. Nadie lo ama ni lo reclama, como verdadero líder. En consecuencia, tanto él como el general enjaulado se van convirtiendo en los seres más solitarios de Babelandia, víctimas, entre otras cosas, del engaño y de la conspiración de sus ministros. La realidad descompuesta impone su cara terrorífica. Nadie en medio del caos es amigo de nadie. Reina una desconfianza total que orienta un proceso de búsqueda individual de soluciones alternativas, completamente egoístas, puesto que no se ha valorado la evolución de los hechos de una manera colectiva, sino que lo que importa radica solamente en la acomodación y en la propia salvación de cada uno.

El afán de lucro de sus ministros, inmersos en un mundo materializado y deshumanizado, y la codicia son cualidades negativas que producen una esterilidad espiritual y una baja moral. Afectan al núcleo de su personalidad y se convierten en los principales factores de la degradación humana. Se trata de entes insensibles y caricaturescos, portadores de rasgos animalescos, que han conducido a Babelandia a una situación extremadamente peligrosa, caracterizada por la arbitrariedad y el caos. Estos desequilibrios en el funcionamiento de la personalidad de los representantes de la dictadura anulan su competitividad y los deshumanizan. El general secuestrado, Pitecantropo, sufre también este proceso de

degradación, puesto que es homologado a un animal salvaje (gorila). Además, tiene dificultades para controlar su desmesurada fuerza.

Esta destrucción del cuerpo humano alimenta la visión grotesca de la realidad babelandense, sumergida en un mundo caótico y decadente, cuyas posibilidades de regeneración son escasas si no intervienen los Amautas. Éstos son un grupo compacto que adquiere su definición y su identidad a través de su experiencia como colectividad; es decir, cuerpo e identidad se funden. En esta concordancia reside el poder y la fortaleza de los Amautas que consiguen llevar a cabo una lucha sólida contra el gobierno dictatorial babelandense. Su poder consigue prever la acción del dictador y de sus ministros, y utilizar este conocimiento como dato potencial en el momento de elaborar sus propios planes, con lo cual se anula la capacidad de control del dictador y permite a estos guerrilleros desarrollar sus estrategias para protegerse de los ataques bárbaros de Verbofilia y de sus ayudantes. Todos tienen plena conciencia de la gran labor que han tomado a su cargo. Ésta se materializa en asumir los sacrificios y las luchas contra los gobiernos irresponsables para instaurar la justicia y la libertad pisoteadas, enderezar malas conductas, corregir injusticias y legitimar el poder el pueblo. Ellos luchan por establecer el cambio sin participar en el poder, puesto que lo confieren a otras personas responsables, no abusivas y con autoridad, capaces de gobernar sin ceder a chantajes, ni a influencias peligrosas.

En esta novela Demetrio Aguilera Malta introduce, a través de los Amautas, toda una filosofía de la historia de América y una acertada visión de los problemas americanos.

Por otra parte, *El secuestro del general* hace gala de una variedad de técnicas y procedimientos. Adecúa el estilo y el tono, basándose en el ritmo, la musicalidad, el color, la metáfora, el símbolo... para exponer los hechos y presentar una visión animalésca, satírica y burlesca de los representantes de la dictadura babelandense. En efecto, el autor consigue crear un mundo de ideas, sentimientos y símbolos; lo comunica y lo transmite. Para ello, adopta un esteticismo rupturista que corresponde a las líneas de cambio que se produjeron en la novela ecuatoriana de los años setenta. Se trata de una manifestación de la independencia perspectivística que permite a la novela ecuatoriana autonomía, mayor resonancia y cosmopolitismo.

A continuación, procederemos al análisis de *María Joaquina en la vida y en la muerte*, obra que ocupa el último capítulo de este trabajo. En esta novela Jorge Dávila Vázquez interpreta artísticamente las vivencias sociales y políticas de un pueblo, que podrían aplicarse a cualquier país bajo una dictadura, y enumera los abusos del poder despótico.

El autor cristaliza un mundo lleno de miseria, terror y depravación moral como consecuencia de los males de una dictadura férrea, encabezada por un militar llamado: José Antonio De Santis. En su país se asiste a un empobrecimiento graduado, causado por sus caprichos y por la realización costosa de los deseos de su sobrina María Joaquina. El pueblo, por contra, vive angustiado e invadido física y moralmente por los fuertes métodos de represión, que suspenden todas las garantías de libertad y que crean un ambiente de terror, solamente superado por la lucha de los opositores y por

el levantamiento popular. En efecto, la violencia y el hambre tienen un papel destacado en la construcción de fondo, y se reflejan tanto en los destierros, encarcelamientos y muertes de los oponentes como en la situación patética que sufre el pueblo.

La relación de dominio y represión, que define el sistema de gobierno del dictador, descompone los lazos materiales entre el gobernante y el gobernado. El pueblo se siente desconfiado, atemorizado y aplastado, pero siempre mantiene la esperanza de acabar con las condiciones de servidumbre que asfixian su libertad. Su salvación no reside en una reacción utópica y retrógrada, sino en la cohesión y la unidad que le dan un pliegue saludable y apreciable.

La presencia femenina, materializada en María Joaquina, Salterio Galindez y otras mujeres, vuelve a ser reactivada. Adquiere los rasgos de una vitalidad recurrente dentro del planteamiento general del tema. Éste ofrece un esquema de ideas y conceptos sobre la irracionalidad de la dictadura y la necesidad de cambiar el orden establecido, como intervención correctiva, para no ceder ante regímenes autoritarios.

Por otra parte, la obra reproduce un mundo contradictorio y protegido por un dictador que no pretende satisfacer los deseos y las demandas de justicia social, sino que su irresponsabilidad, el ejercicio incontrolado del poder y los irrefrenables caprichos de su sobrina María Joaquina conducen a un enorme desajuste social. Se busca, por tanto, en el horizonte operativo popular una intervención o una acción orientada y suficientemente eficaz

para acabar con su dictadura e instaurar un sistema de gobierno articulado y justiciero.

El realismo de la novela no se desmarca, ni resulta complicado buscar el contexto social y político en el campo de la realidad, debido a que la obra no pertenece a las redes del misterio, sino que sus personajes tienen vidas reales. Esta realidad, vista como fenómeno que afecta a la totalidad de las personas y que revela un sinfín de problemas entre el gobernante y el gobernado, no beneficia al pueblo, sino a quien posee el poder y lo ejerce injustamente. Este marco exige la creación de un nuevo orden, contrario al actual, sobre el cual pueden levantarse las aspiraciones del oprimido, lo que acelera el planteamiento de una lucha para cambiar la situación.

María Joaquina en la vida y en la muerte reivindica la legitimidad del pueblo y su derecho a gobernar. No reproduce la realidad, ni es una radiografía de una época determinada. Se trata, precisamente, de una exploración del poder como sinónimo de agresividad, narcisismo y objeto de deseo, que introduce elementos de rigidez y crea desarreglos e incertidumbre en el pueblo.

De todos modos, la novela origina un doble efecto que se produce simultánea y recíprocamente: la realidad y la ficción concuerdan, cristalizan y textualizan tanto la realidad socio-política como la ideología del dirigente; es decir que la novela intenta influir en la conducta moral y aludir a los principios para concienciar y educar.

María Joaquina en la vida y en la muerte presenta un lenguaje conciso, rico y hasta pictórico, en el que, a veces, las palabras juegan de un

modo violento su papel expresivo ante los sucesos narrados. El interés que levanta no consume su temática. El arsenal expresivo del autor se compone de una variedad de técnicas y recursos, entre otros: el monólogo interior, la ruptura de la estructura lineal, el diálogo y una nueva concepción de la novela como fuente que origina el poder verbal y alimenta las pasiones del lector... También se materializa una nueva actitud contra la anarquía política y contra el gobierno despótico, representado por individuos que no se someten a las normas convencionales, ni respetan los compromisos sociales y éticos. Esto crea un desarrollo desigual en el seno de la sociedad, que desquicia el equilibrio deseado y crea tensiones entre el mandatario y el pueblo.

Dejamos constancia de que el propósito del presente trabajo reside en arrojar luz a algunas de las novelas más representativas de la novelística ecuatoriana contemporánea, que examinan el tema del dictador y la dictadura, con el fin de manifestar el florecimiento de la novela ecuatoriana, especialmente la novela de la dictadura de los años setenta, y expresar sus potencialidades expresivas que le garantizan éxito y respeto tanto a nivel continental como a escala mundial.

El pueblo soy yo, El secuestro del general y María Joaquina en la vida y en la muerte se escriben con una vocación humana. Luchar contra la dictadura es luchar contra una cadena de males, como: la muerte, la injusticia y la barbarie. Descubriremos, por tanto, que enfrentarse a la

dictadura, además de ennoblecer y dignificar la vida del hombre (en el sentido espiritual de la palabra), es, en definitiva, afirmar el aspecto humano que afecta a nuestra conducta. Por eso, no convendría interpretar estas novelas, únicamente, como una compleja maquinaria verbal destinada a atacar dictaduras y a enumerar los defectos de sus representantes.

I. DICTADURA Y LITERATURA EN EL ECUADOR

I.1. Democracia a la “ecuatoriana”

El tema de la dictadura en el Ecuador resulta complejo y requiere algunas cuestiones conceptuales generales y previas.

Como veremos, la dictadura puede ser justa o injusta, legítima o ilegítima, encubierta o abierta, estructural o individual. Este fenómeno, como forma de gobierno, depende de la acción representativa de una persona o de un grupo o clase (partido, ejército, proletariado...), pero siempre viene asumido por un dirigente, puesto que la dictadura, ante todo, se reduce a un dictador; es decir, no hay dictadura sin dictadores. Incluso, cuando un grupo se adueña del poder para originar condiciones democráticas y practicar el ritual de la democracia, aun cuando niega su sustancia, deposita el poder en un hombre elegido, como representante político ante el pueblo, y como defensor de los intereses de dicho grupo.

El dictador puede llegar al poder con la ayuda del ejército o del partido o de una camarilla que le permite gestos, actitudes, estilos, sin privarle de su rostro, su voz y su nombre. Si muestra signos de debilidad en el poder o se cree que es el más fuerte y el más poderoso, el grupo o la camarilla tiene siempre a su disposición una infinidad de medios para hacerle desaparecer.

El tirano cada vez más utiliza el poder para imponer, no sólo su persona, sino todo un sistema. Con él, el ejército se convierte en un verdadero protagonista de los hechos y en el dueño real de la situación, que

inspira terror y métodos de gobierno represivos. Bajo la dictadura, los militares ocupan el primer rango dentro de las elites por diversas razones: la incapacidad de los civiles en mantener un sistema de gobierno estable, la radicalidad de los conflictos armados que requieren una asistencia militar y la ingerencia estadounidenses en los asuntos internos de los países hispanoamericanos.

En muchos casos, las empresas extranjeras y la burguesía nacional han conspirado directamente en derrocar gobiernos y asentar otros gobiernos militares, por medio de golpes de Estado. Han conjurado sus esfuerzos con miras al derrocamiento de gobiernos populares porque no pueden tolerar la presión popular.

La doble intromisión de los militares y de Estados Unidos en la política es, desde hace mucho tiempo, un hecho. La influencia de estos dos elementos diseña virtualmente todas las relaciones individuales y sociales, mientras que los civiles, incapaces de organizar sistemas prácticos que puedan mantener en jaque a los militares y subordinarlos a los objetivos políticos, pasan a ser ayudantes si no desaparecen del mapa político.

Como consecuencia, coexisten las dictaduras unipersonales y las dictaduras colectivas de los militares bajo el apoyo estadounidense. Su poder ya no está en manos de un hombre, sino que pertenece a una institución, que se parece al partido único por su estructura, con un cuerpo

socialmente autónomo, una jerarquía, una dinámica social, una legislación e incluso una justicia propia.

El nuevo absolutismo colectivo es más sólido y peligroso que el absolutismo individual. Toda la institución militar respalda al nuevo régimen y constituye su garantía para permanecer como único factor que puede poner la vida política y social en movimiento.

En el Ecuador, las instituciones democráticas no tienen tanto arraigo como para hablar de un país con un perfil propio. Existe una distancia entre la declaración constitucional y la práctica política.

A pesar de que en las constituciones liberales los derechos humanos y las libertades públicas alcanzan su amplio reconocimiento en la acción de gobierno, de hecho, son desconocidas: se destierra a los enemigos del régimen, se confiscan sus bienes, se practica el reclutamiento forzoso, las elecciones que nunca fueron antes un modelo de integridad pasan a ser manifiestamente fraudulentas, la libertad de prensa sufre persecuciones de toda clase. Aunque el Programa Liberal condena el imperialismo, la plutocracia, el militarismo, el caudillismo y se pronuncia por la libertad de sufragio, por la intervención del Estado en la economía privada y por los derechos sociales de los trabajadores, de forma contradictoria, los gobiernos liberales se basan también en el militarismo y en el caudillismo, favorecen la inversión extranjera y recurren al fraude electoral.

En el Volumen 8 de su libro *Nueva historia del Ecuador* Enrique Ayala Mora subraya otro proceso contradictorio en plena confrontación entre liberales y conservadores. Se trata de “una pugna entre una racionalidad secular y libre y una racionalidad condicionada por lo religioso.”¹

En un manifiesto que aparece en este mismo libro, redactado por Santiago Ortiz Crespo, señalamos otra contradicción:

... muchas corrientes sociales y políticas coincidieron en luchar por las libertades públicas, no se han analizado con profundidad cada una de ellas, sin interacción y contradicciones.²

Así, pues, la República se presenta como una oportunidad de reparto o de despojo. La liberación económico-social del pueblo no se lleva a cabo; el “gamonalismo”³ se ve salvado, ya que su aparato económico no ha sido afectado, mientras que gran parte del pueblo sigue sufriendo las consecuencias de las políticas austeras y de la recesión económica.

I.1.1. CRISIS DE IDENTIDAD EN EL ECUADOR

Consciente de la difícil y controvertida historia de su país, el escritor ecuatoriano está atrapado por la obsesiva e incesante búsqueda de

¹ Enrique Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador* (Vol. 8, Época Republicana II), Quito, Corporación Editora Nacional, 1983, p. 148.

² *Ibid.*, p. 153.

³ “El gamonalismo” es una forma peculiar de expresión política que no depende del poder central. Consiste en una relación de subordinación económica y de dominio social que ejercen los caciques sobre los campesinos indígenas. Mientras los primeros mantienen el control, las masas indígenas se encuentran supeditadas y condicionadas por los dictados de sus amos.

identidad. La colonización, la independencia, el caos originado después de alcanzarla, el mosaico de razas y la variada gama de culturas caracterizan la compleja idiosincrasia del hombre ecuatoriano. Las raíces de su identidad americana no se buscan en la España conquistadora del siglo XV, sino, más atrás, en el propio continente, precisamente, en lo arcaico.

A este interés en buscar la identidad en las más remotas raíces indígenas se añade el fracaso de España, como protagonista de la unidad continental, en mantener y valorar esa unidad, establecida bajo tutela. España se ocupó de la América española en el momento de sacar beneficios, pero no se preocupó por su desarrollo, salvo en el campo administrativo y en la dimensión religiosa. Esto refleja que la dominación colonial había descansado sobre las aportaciones ideológicas y espirituales tanto de la Iglesia como del Estado:

La historia eclesiástica en la América española y portuguesa del período colonial no se puede considerar como un sector separado del desarrollo general, sino que se la ha de abordar teniendo en cuenta la estrecha conexión entre el Estado y la Iglesia...¹

Quito se convirtió en un centro de estudios, de arte y de profesión religiosa. En esta ciudad se concentraron las labores de la Iglesia que consistían en atender espiritualmente, educar y mostrar a la ciudadanía las

¹ Richard Konezke, *América Latina* (Volumen II –La época colonial–), México, Siglo XXI, 1972, p. 205.

virtudes. Fue el eje político, administrativo, económico, religioso e intelectual del país.

La cultura ecuatoriana era, como todas las primitivas, cultura religiosa, formada y uniformada religiosamente hasta en sus mínimos detalles, por lo que es legítimo concluir que se trataba de una sociedad y una cultura teocráticas. El hecho de que las religiones existentes fueran politeístas y cíclicas influyó, seguramente, en el estilo de la cultura popular de los nativos, como se manifiesta en la ritualización de la vida laboral y del ocio.

En cuanto a la literatura oral, no cabe desconocer que sus limitaciones son grandes, pero es indispensable para expresar el medio natural y “puede ser una muy sugestiva y atractiva vía de acceso para los niños y jóvenes al mundo de la literatura”². Podemos decir que literatura popular y oral no son términos equivalentes, ya que la primera se puede transmitir oralmente mientras que la segunda

se contrapone, básicamente, a la que se transmite por la vía de la escritura, aunque puede darse el caso de que una misma obra literaria pueda transmitirse por las dos vías³.

Lo que no cambia después de la implantación de la escritura es que la literatura popular sigue cultivándose oralmente.

² Nieves Gómez López, *Folclore y literatura oral*, Cádiz, Grupo Editorial Universitario, 2003, p. 28.

³ *Ibid.*, p. 30.

La literatura popular representa un grado cultural superior gracias a la escritura. Si el habla distingue al hombre del animal, la escritura distingue al civilizado del bárbaro, aunque lógicamente el habla es más innovadora que la escritura, la cual tiende a arcaizarse. Por eso, no se debe subestimar la dote de la literatura oral indígena (mitos, leyendas, cosmogonías, canciones, etc.), no sólo en cuanto a manifestaciones folklóricas, sino en cuanto a materia prima para la literatura (novela indigenista de Icaza).

Por otra parte, es justo reconocer que la literatura indigenista no estaba escrita por los indios ni podía ser leída por ellos, ya que en su mayoría eran analfabetos. Además, iba destinada a la clase superior.

Se topa también con el inconveniente de que la inteligencia era un monopolio de las órdenes religiosas al cual se sometían los pocos laicos en activo (médicos y juristas). La disensión filosófica existía en la medida, ciertamente precaria, en que lo permitía el orden de valores establecidos. Los estudios de matemática y mecánica no tenían aplicación práctica a la industria, al comercio y a los transportes.

España permaneció, y con ella Ecuador y toda Hispanoamérica, prácticamente al margen de los movimientos innovadores, que impulsaban hacia la modernidad. Se comprende, pues perfectamente, el por qué Ecuador, en las postrimerías de la independencia, apeló a la Francia de la Ilustración y que, una vez emancipada, recurrió a los movimientos europeos contemporáneos, especialmente al Romanticismo y al liberalismo.

El primer movimiento adoptó un matiz anti-español al ser inmediato a la Emancipación y se sometió a la corriente de ideas y normas estéticas europeas. Si el romanticismo en Europa triunfó al impulso de la exaltación de las libertades, en el Ecuador, esta tendencia llama a la independencia política. Fue mera innovación literaria que no supuso ningún cambio de sensibilidad porque no tenía nada contra qué reaccionar, a causa de la falta de una etapa anterior.

A pesar de su neoclasicismo, se debe considerar a Joaquín de Olmedo, “Cantor de las guerras emancipadoras”⁴, un precursor del romanticismo por exaltar la libertad y por tener un sentimiento nacionalista que busca las raíces del pasado aborigen:

Era el más grande poeta, considerado también como uno de los ciudadanos de mayor competencia para asistir al nacimiento de las nuevas naciones que se independizan.⁵

La segunda tendencia apareció como un instrumento material que perseguía la prosperidad económica y la libertad política. Vicente Rocafuerte fue una de las figuras destacadas: su pensamiento liberal y republicano tuvo una significación innegable en el difícil proceso de la organización administrativa del país:

⁴ Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Libresa, p. 600.

⁵ *Ibid.*, p. 601.

Su gobierno estuvo inspirado en postulados liberales, o mejor aún, en postulados ilustrados: la secularización de la enseñanza, la tolerancia religiosa, el interés por las ciencias naturales, etc.⁶

Alabó el sistema representativo que considera al pueblo como único gobernante legítimo y condenó el absolutismo y el caudillismo militar. Era admirador de la moderna civilización estadounidense y defensor de la libertad política, económica y religiosa.

Aunque nacieron en la década del apogeo del modernismo, los modernistas ecuatorianos conocían, perfectamente, el camino que trazó Rubén Darío. También conocían a los representantes de los movimientos franceses: simbolistas y parnasianos. Además, dos miembros de la generación estuvieron en Europa: Arturo Borja y Ernesto Noboa y Caamaño. Este último era el más completo: dominó la técnica del verso y fue el que mejor se acopló al modernismo hispanoamericano:

En Noboa se comprueba, con mayor precisión, el grave mal de esta juventud desorbitada e inconforme con el medio: era el hastío que impulsaba a la evasión. Evadirse, salir fuera del ambiente mezquino, era el vago anhelo que los conducía a la ensoñación.⁷

En lo que se refiere a la prosa, tuvo su representante en la figura de Gonzalo Zaldumbide, que “es, seguramente, el literato más notable del

⁶ Enrique Ayala Mora, op. cit., p. 149.

⁷ Isaac J. Barrera, op. cit., p. 1110.

Ecuador contemporáneo.”⁸ Desde su juventud se acercó a la obra de Rodó, cuyo estilo contribuyó a desarrollar su prosa “reposada y repujada; libre, suelta y cadenciosa, llena de buen gusto y propiedad.”⁹ También su estancia en París, centro de cultura universal, lo ayudó en su labor creadora gracias a las amistades que entabló y a los contactos que estableció con muchos escritores franceses y extranjeros.

Posteriormente, aparecieron figuras como: Luís A. Martínez, Humberto Salvador, Alfredo Pareja Diezcanseco, Gustavo Alfredo Jácome, Moscoso Vega, Jorge Icaza y otros, que valoraron muchos de los aspectos que preocupaban al mundo de la literatura, a través de unas mediatizaciones rupturistas y expresaron la realidad social e ideológica, mediante unas observaciones originales.

En cierto modo, esta independencia cultural es predominantemente literaria. Lo importante se nota en que gracias a la extensión de la educación, a la elevación del nivel de vida, a los medios de información, esta literatura ha podido traspasar las fronteras ecuatorianas para abarcar lo universal. Sin embargo, esta corriente universalista no es tan universal, pues sus ramas se limitan a la literatura occidental, de la cual la ecuatoriana forma parte.

El universalismo, por lo tanto, se consigue en parte a costa de la propia identidad. Los escritores se empeñan en sus creaciones en luchar por

⁸ Ibid., p. 1071.

⁹ Loc. cit.

encontrar la verdadera raíz ecuatoriana dentro de la americana. Tienen como punto de mira todo un sistema en descomposición porque desean expresar artísticamente la realidad y transmitirla; lo que puede ser una forma de identificarse con ella. No se trata de utilizar la literatura ecuatoriana con fines propagandísticos; lo que se propone es el arte como vía de acceso al conocimiento de la realidad circundante. De ahí, el papel determinante del escritor, consciente de su compromiso con la realidad para establecer la reconciliación del arte con la condición humana.

Lo que él propone es la imagen del hombre, no como una unidad, sino como una combinación compleja de elementos antagónicos. Se habla, en efecto, de las altezas y las bajezas que definen su existencia.

De esta dualidad antitética forma parte el alma inmortal del hombre, cuando crea diferentes formas de comportamiento: el racional y el absurdo. El primero se considera sublime, mientras que el segundo no es digno y conduce al ser humano a actuar con locura.

Se materializa, entonces, en el escritor ecuatoriano esa noción de diferencia y de conciencia superior que le permite descubrir las esencias de la realidad y advertir del peligro de la subordinación de su literatura a alienaciones y divisiones degradantes que dificultan la búsqueda de la identidad:

Por lo menos en el Ecuador, la novela está señalando con bastante exactitud los puntos de referencia provenientes de la organización social y política, y de las derivaciones de la historia en la

actitud de nuestros hombres y en el desenvolvimiento de las instituciones.¹⁰

I.1.2. EL LEGADO COLONIAL Y MILITARIZACIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO EN EL ECUADOR

Durante más de tres siglos, España extendió su dominio sobre una tercera parte del Hemisferio Occidental. La colonización constituyó una etapa de la hispanización reflejada en el código de las Leyes de Indias, que se basaba en el proteccionismo económico, en el patriarcalismo político y en un rígido control intelectual, que bloqueaba las iniciativas de comunicación entre las diversas regiones.

Durante esta colonización, la metrópoli consideró a las indias como propiedad exclusiva abierta sólo a los españoles y prohibida a las otras potencias. Como consecuencia de esta política, las Indias eran consideradas como un mercado complementario que debía garantizar sólo lo que hacía falta a España.

Sin duda los defectos del sistema administrativo heredado eran muy evidentes. El esquema administrativo de las Indias nos enfrenta con autoridades de designación directa e indirectamente metropolitana (virreyes, audiencias, gobernadores, regidores)¹ y otras de origen local (cabildos de

¹⁰ Ibid., p. 1211.

¹ Los regidores eran los consejeros que ejercían su trabajo en los ayuntamientos de la América Española.

españoles e indios);² unas y otras ejercían funciones complejas en el gobierno de la administración, la hacienda, el ejército y la justicia. Richard Konetzke, en su libro *América Latina II (La época colonial)*, afirma que:

... el espíritu cívico y el sentido comunal no pudieron desenvolverse en las ciudades españolas de América. La autonomía municipal no llegó allí a convertirse en el primer peldaño y la escuela de un autogobierno de índole política.³

La emancipación inauguró una nueva etapa, en la cual el poder político se fraccionó y la crisis económica, presente ya a finales del siglo XVIII, se agudizó. Cuando a comienzos del siglo XIX la mayoría de las colonias españolas proclamaron su independencia, Ecuador tuvo que escoger un sistema de gobierno. En su herencia latina encontró el modelo republicano, difundido por la Revolución Francesa y revalorizado por el éxito de la joven República Federal de los Estados Unidos de América del Norte.

La República surgió y se impuso, pero no se instauró un estado nacional. Las libertades fundamentales y la democracia representativa, que habían definido la forma republicana, no eran más que una ficción expuesta a pronunciamientos militares.

El sistema representativo, aparentemente, se basaba en un consenso, que supuso un equilibrio relativo entre las diversas fuerzas sociales y la aceptación por parte de las minorías de las decisiones de las

² Los cabildos eran los concejos municipales que se componían de dos jueces municipales, llamados: alcaldes.

³ Richard Konetzke, *América Latina* (Vol. II –La época colonial-), México, Siglo XXI, 1972, p. 132.

mayorías. Si el Occidente industrializado se encaminaba hacia este equilibrio, el pronunciado dualismo (liberales y conservadores) de la sociedad ecuatoriana provocaba una profunda ruptura entre las oligarquías, preocupadas por preservar un *statu quo* privilegiado, la burguesía incipiente y las masas, cuya miseria e ignorancia las convertía no tanto en ciudadanos conscientes del juego político como en instrumentos fáciles de manipular.

El problema más grave reside en la falta de educación política de las masas —analfabetas en proporciones considerables—. Así, proliferan las dictaduras militares que se suceden unas tras otras, mediante el golpismo, y se mantienen las ingerencias extranjeras, cuya mediatización económica conlleva la dependencia ideológica.

La guerra misma, su inesperada duración, la transformación que había obrado en el rumbo de la revolución, parecía la causa más evidente de esa escandalosa diferencia entre el futuro entrevisto en 1810 y la sombría realidad de 1824 (año en que el Ecuador forma parte de la Gran Colombia):

Las Guerras de la Independencia, con sus secuelas de empréstitos forzados, requisiciones de hombres, productos y animales (caballos, mulas y asnos tan abundantes en el norte) y destrucciones de toda índole, terminaron por dar el golpe de gracia a una región ya afectada.⁴

⁴ Enríque Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador (Vol. 7, Época Republicana I)*, Quito, Corporación Editora nacional, 1994, p. 47.

De sus ruinas se esperaba que surgiera un orden nuevo, cuyos rasgos esenciales habrían sido previstos desde el comienzo de la lucha por la independencia. Ahora bien, éste se demoraba en nacer. La primera explicación encontraba la herencia de la guerra como causa de esa desconcertante demora: concluida la lucha, no desapareció la gravitación del poder militar en el que se veía el responsable de la inestabilidad política en el Ecuador.

Al lado de la violencia plebeya, surgió un nuevo estilo de acción de la elite criolla que sacaba de sí todo un cuerpo de oficiales. Éstos, obligados a menudo a crear conflictos para vivir y hacer vivir a sus soldados, aprovechaban la descentralización de la institución militar para imponer sus propias leyes:

La ausencia de cohesión de un aparato represivo forjado “sobre la marcha” de las guerras de Independencia no puede ser entendida en el contexto de una clase fraccionada regionalmente, incapacitada, por lo tanto, para imponer su fuerza y ejercer soberanía total en el ámbito de un territorio no unificado nacionalmente.⁵

Consecuencia directa fue la incorporación al poder de sectores antes marginales, y con ellos el surgimiento de la militarización, considerada uno de los principales lastres dejados por la emancipación. Dado el estancamiento económico, los salarios fueron escasos, propiciando el pillaje y la tentación de dominar el Estado y controlar la distribución de recursos; si

⁵ Enrique Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador (Vol. 8, Época Republicana II)*, op. cit., p. 27.

a ello añadimos que muchos de los oficiales procedían de los sectores rurales, podemos señalar que el ejército fue uno de los cauces a través de los cuales aparecieron los caudillos y los dictadores.

Las guerras de Independencia introdujeron innovaciones a las cuales España dejó la supremacía a Inglaterra, que penetró económicamente con mayor facilidad. Esta derrota de la metrópoli tenía efectos irreversibles en el país: la Costa y la parte más rica, más prestigiosa del comercio había quedado en manos extranjeras. Gran Bretaña, iniciadora de la revolución industrial, era entonces la mayor potencia mundial; su poder en los mares le había permitido desarrollar de forma considerable sus intercambios comerciales, sustentados por una sólida red financiera.

Además, la colonización había sustituido la economía autóctona por un sistema completamente volcado hacia el exterior y destinado a satisfacer las necesidades de la metrópoli antes que las internas. Los ingleses adoptaron una política de extrema cautela que explica la preferencia por el mantenimiento de la fragmentación política heredada de la revolución, que suele atribuirse al deseo de debilitar a los nuevos Estados. En cuanto a la presencia francesa, nunca significó un riesgo para el comercio británico.

Las más decididas tentativas de enfrentar esta hegemonía iban a estar a cargo de los Estados Unidos. A mediados del siglo XIX parece surgir en el horizonte el influjo de otra: Estados Unidos que se infiltró mediante su capital y, pronto, sustituyó a las inversiones británicas. Después de la Primera Guerra Mundial, que debilitó a las potencias europeas, Estados

Unidos se convirtió en el primer proveedor e importador de Ecuador, y su actividad se hizo preponderante en el plano económico y, por ende, también en el político. A este respecto, en su libro *Breve historia contemporánea del Ecuador* Jorge Salvador Lara relata un suceso significativo y real que cristaliza el intervencionismo estadounidense en la política ecuatoriana:

Un agente de la norteamericana Agencia Central de Inteligencia (CIA), Philip Agee, dio a conocer años más tarde su intervención en la política ecuatoriana y los censurables medios utilizados para desestabilizar aún más el gobierno del doctor Arosemena Monroy, con la participación de destacados políticos nacionales de varios partidos, incluso incrustados en el propio gabinete ministerial, y hasta miembros de las fuerzas armadas, que con grave quebranto de la ética y el patriotismo se habían puesto al servicio de aquellos turbios manejos.⁶

El lastre colonial, el retraso del desarrollo y las enormes desigualdades permitieron pocas veces la coincidencia de las situaciones sociales con las formas de gobierno. También la evolución política en el Ecuador, desde su independencia hasta nuestros días, puede parecer esquemáticamente como un movimiento de péndulo entre autoritarismo y rebelión: autoritarismo de los "gobiernos de hecho", dictaduras militares o civiles que derriban o desnaturalizan los "poderes de derecho".

El "baile" de los generales es, en efecto, latente, y es difícil que pasen unos años sin que algunos de los dictadores entren en liza prometiendo paz,

⁶ Juan Salvador Lara, *Breve historia contemporánea del Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 511-512.

prosperidad y, sobre todo, honra mientras que revueltas, revoluciones, o guerrillas intentan conquistar por la fuerza un espacio para expresar las reivindicaciones, que no pueden manifestarse en el marco de la legalidad.

I.1.3. “PODERES DE DERECHO”: UN SINFÍN DE PROBLEMAS

Como ya hemos dicho en las páginas anteriores, después de la independencia, la república ecuatoriana sostuvo como modelo las constituciones e instituciones políticas francesas y estadounidenses: separación de poderes, parlamentarismo, declaración de derechos y libertades fundamentales. Pero, ¿cuales son los factores que hacen que el proceso político ecuatoriano se desvíe de los propósitos y objetivos previstos y trazados?.

Con el advenimiento de la independencia de España, Ecuador cortó con el principio hereditario en que se basa el sistema monárquico y se quedó sin ningún modelo legítimo de sucesión, que tuviera raíces en la tradición española o indígena. En su intervención crítico-analítica, que aparece en el libro *Teoría de la cultura nacional*, Víctor Gabriel Garcés habla de:

La falta de civismo, esa mortal ignorancia de nuestras necesidades íntimas, el desconocimiento de nuestras realidades, la imprescindible exigencia de la coacción para todo lo simplemente moral o ético, ¿no manifiesta claramente esta dolorosa falta de conciencia de nuestros propios destinos? ¿No se anota, entonces, una desconexión total

entre el Estado y la nación , tomada ésta en su significado profundamente sociológico?...¹

De hecho, esta inexperiencia política del pueblo y este vacío institucional se produjeron desde el comienzo de las guerras de Independencia cuando la sociedad ecuatoriana se fragmentó y se atomizó, por no lograr restablecer un equilibrio institucional sólido que reemplazara al que fue destruido durante las guerras.

Consecuencia de ello, la multiplicidad de caudillos locales que se dedicaban a exterminar a los caciques regionales, aplicando un feudalismo primitivo como los reyes medievales que sometían y aniquilaban a los barones feudales. Este caudillismo, no planificado ni premeditado, surgió espontánea y caóticamente de la tradición cultural ecuatoriana como el método de selección de líderes y como un mecanismo sustitutivo de sucesión. Opera de una forma independiente de la Constitución y, en ocasiones, viola el texto constitucional.

Por otra parte, la incapacidad de los poderes constitucionales, representantes del cuerpo social, para resolver los problemas reales de sus electores, reduce muchas veces su legitimidad a mera apariencia y prepara el terreno al autoritarismo de los "poderes de hecho" para asaltar el poder. Estos regímenes, fuertemente incorporados a la historia, a la tradición y a la cultura ecuatorianas, han sido dictaduras personales: un hombre que enarbola el título de "Presidente de la República", a menudo un militar que

¹ Fernando Tinajero, *Teoría de la cultura ecuatoriana*, Quito, Banco Central de Ecuador y Corporación Editora Nacional, 1986, p. 118.

saca provecho del prestigio adquirido en una acción armada para concentrar, de hecho, todos los poderes legislativo y judicial, manipulando las instituciones y las elecciones, amordazando a la oposición y a los órganos de control como la prensa, y engañando a todo el pueblo con promesas de grandeza nacional:

Este país ha sido adormecido por todas las falacias. Se lo ha engañado tanto por los falsos cuentos de una grandeza que debió ser creada, pero que no se creó. Se le ha prometido caminos, y no se le ha dado caminos. Se le ha prometido fuerza para defenderse, y se lo ha mantenido desarmado hasta la hora misma del peligro. Se le ha prometido libertades –que tiene bien ganadas con valor y con sangre- y se lo ha mantenido esclavizado, agarrotado, abiertas las fronteras para el destierro, abiertas las cárceles para la prisión.²

El ejército, cuya misión consiste en la defensa de la soberanía nacional frente a las agresiones del exterior, puede ser llamado para impedir la desestabilización y el cambio social o atribuirse él mismo esta función para mantener el orden.

En uno u otro caso, la implantación de los regímenes dictatoriales es, por añadidura, herencia de la ocupación militar estadounidense. Son los jefes de las guardias nacionales quienes deben su situación al favor del ocupante y quienes logran contar con un aparato militar independiente de las

² Benjamín Carrión, *Cartas al Ecuador*, Quito, Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, 1988, pp. 55-56.

bases más tradicionales del poder local que se muestra, por tanto, menos permeable al influjo de éstas que al ejército que remplazan. La dictadura puede así alcanzar extremos inverosímiles.

Por lo que respecta a los partidos políticos, éstos luchan entre sí no solamente por la conquista del poder, sino para detener la consolidación de toda presidencia que pueda minimizar su papel en la vida política. Sin programas concretos ni unidad en su acción, los partidos convierten la política en un campo de alta rivalidad, donde cada parte intenta adueñarse del poder. Esta pugna partidista tiene nefastos resultados: la participación política del pueblo deja de ser influyente porque no satisface sus necesidades ideológicas e incluso lo conduce al abstencionismo, que viola sus derechos, crea “santos” y lo obliga a luchar por causas que no tienen una conexión directa con sus preocupaciones:

... se comienza por fabricar “santos”, a falta de hombres, y se termina por no tener hombres justamente porque todos nos dedicamos a invocar a esos santos, confiados en sus milagros.³

Podemos afirmar que los partidos políticos no pueden jugar fácilmente su papel de agrupaciones representativas de las fuerzas sociales. La falta de cohesión y de conciencia política, especialmente en el campo, hizo de los partidos, hasta fecha reciente, grupos de presión o estructuras formales con programas fluctuantes o confusos.

³ Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, Quito, Planeta, 1987, p. 150.

Como es un país marcado por las enormes desigualdades sociales, habría podido esperarse unas movilizaciones de los partidos de izquierda. Pero la ridiculización de las ideologías reivindicativas del marxismo por la política estadounidense y por las fuerzas nacionales dominantes hace que se condene a los partidos comunistas y socialistas a la clandestinidad, primero, y luego a la marginación:

En contra de este proceso de acumulación de las fuerzas sindicales, obreras y revolucionarias, han actuado el imperialismo, las clases dominantes y sectores a su servicio.⁴

Ello provoca una polarización política y social, que impide adoptar soluciones de conjunto.

La acción sindical es intensa, pero se desgasta casi siempre en su esfuerzo por mejorar las condiciones de trabajo de los obreros y por conseguir aumento de salario, mientras que la subida de los precios y las especulaciones inutilizan esas conquistas en la mayoría de los casos. Los resultados no son esperanzadores:

El trabajador ecuatoriano sigue en condiciones de vida muy baja...

En cambio el costo de la vida sigue creciendo continuamente.⁵

⁴ Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984, p. 252.

⁵ *Ibid.*, p. 248.

El sindicalismo no ha demostrado un arraigo popular que le permita movilizar a las masas y dar fuerza a ciertas reivindicaciones de carácter permanente.

El acceso a la información puede tener valor económico o especulativo. Está orientado por la política de algunos gobiernos, por los intereses de las grandes empresas de prensa, radio y televisión y por las agencias internacionales, capaces de mantener corresponsales y transmitir rápidamente las noticias. De esta forma, los medios de información adquieren un valor negativo dentro de la sociedad:

Promueven la supresión de la autonomía y la capacidad de la sociedad para crear su propio conocimiento y su propio lenguaje e, incluso, anular la libertad de expresión y pensamiento.⁶

Todos hacen de la prensa un instrumento de poder que funcione a través de mecanismos de favoritismo y clientelismo. Su aspecto destructivo se acentúa cuando divulga informaciones falsas, corrompe a los periodistas y los somete a fuertes presiones para revelar realidades que van en concordancia con los intereses de los poderosos. El control se practica de un modo riguroso en torno a los profesionales de la información y el periodismo se ejerce en medio de un ambiente asfixiante. Se concibe como una actividad que sirve al Estado y el periódico se reduce a un mero instrumento de acción política, mientras que el periodista se considera un trabajador más de la Administración, aunque su salario provenga de una empresa privada:

⁶ Hernán Rodríguez Castelo, *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983, p. 129.

Idealmente, dichos medio se presentan como voceros de la opinión pública, canales a través de los cuales el pensamiento de los individuos y los grupos sociales se vuelve público y genera una presión sobre la conducta del gobierno y el Estado. En la realidad, ocurre lo contrario: son dichos medios quienes producen la “opinión pública” y convierten a “radio bamba” y otros canales internos de comunicación interpersonal e intersocial, en el vehículo de propagación de sus ideas y sus opiniones.⁷

Como se puede observar, existen vehículos de propaganda de naturaleza totalitaria al servicio del poder político, encaminados a formar actividades extremas e imponer estereotipos sociales. No tienden, como la educación democrática, a la expansión del individuo, sino a limitar sus movimientos, creando en él mecanismos automáticos con el fin de controlar y regir su comportamiento social.

Para sintetizar, la voluntad de la mayoría difícilmente puede expresarse a través de las vías legales de la democracia representativa, siempre expuesta a las ingerencias de los poderes fácticos. Esta frustración puede desembocar en una radicalización política que no encuentra otra salida que la violencia. Frente a las injusticias, el terrorismo de Estado y los poderes paralelos, se contraponen una plataforma de oposición que sostiene un estilo político popular y democrático.

⁷ Ibid., pp. 128-129.

I.1.4. "PODERES DE HECHO" EN EL ECUADOR

El Ecuador dentro del contexto político hispanoamericano no significa una excepción por una infinidad de conceptos. Entre los factores que lo llevaron a ocupar esta posición destacamos: la eternización de los militares en el poder. Como otros países que están sufriendo esta plaga, el Ecuador no logra superar la etapa del dominio castrense, característica de los años posteriores a las Guerras de Independencia, ni consigue evitar el ocaso de los dictadores. Desde 1830 (año en que se funda el Estado ecuatoriano) hasta 1895 (crisis ideológica y triunfo de las ideas liberales), este país ha desarrollado once constituciones; y entre 1925 y 1948 han estado en el poder, "en un clima de tormenta, 23 gobiernos en igual número de años".¹ Tenía que olvidarse de una gran parte del siglo XX para ver a Galo Plaza en la presidencia como el primer Jefe de Gobierno, elegido popularmente, que logra completar su período constitucional.

Verdad es que en Estados Unidos el régimen presidencial otorga al Presidente de la República, durante su mandato, grandes y numerosos poderes, pero éstos quedan limitados y controlados por las instituciones democráticas como la institución parlamentaria. No es el caso del Ecuador, ya que muchas dictaduras se establecen y se disimulan bajo formas constitucionales. Si, por ejemplo, muchas instituciones intentan limitar en el tiempo el poder presidencial, prohibiendo la reelección, a menudo esta

¹ Enríque Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador*, (Vol. 10, *Época Republicana IV*), Quito, Corporación Editora Nacional, 1996, p. 112.

disposición es burlada por distintos medios: hay unos que se hacen legitimar mediante una reforma constitucional y prefieren hacer prorrogar su mandato mediante sucesivas reformas constitucionales, votadas por parlamentos dóciles y bajo la supervisión de Estados Unidos.

Por otra parte, factores como la suspensión de las garantías constitucionales, el estado de excepción, el estado de sitio, la censura o suspensión de la prensa, pueden establecerse por decreto en caso de inestabilidad o disturbios internos y a veces prolongarse, como ocurre con José María Velasco Ibarra, quien dominó la vida política ecuatoriana desde 1933 hasta 1972 al ser electo cinco veces presidente de la República. Ya en el poder se olvidó de sus compromisos y de sus promesas, desató desde el gobierno una cadena infinita de injurias contra los izquierdistas, los liberales, los estudiantes y la prensa, derogó la Constitución y se proclamó dictador:

Velasco no encontró mejor solución que la de proclamarse dictador, cosa que hizo en marzo de 1946. Fue el punto de partida de una represión sistemática de los obreros, los estudiantes y los partidos de izquierda.²

En algunas ocasiones, los civiles dan la impresión de que triunfan sobre los militares, pero, en general, sus gobiernos se eclipsan rápidamente debido al hecho de no poder aguantar los golpes de Estado de los militares. ¿Por qué una fuerza tan poderosa como la del ejército no aspira a

² Ibid., p. 111.

transformarse en iniciadora de soluciones nuevas, capaces de rehacer bajo su hegemonía la concordia nacional? En primer lugar, por razones internas al ejército mismo, que significa el cuerpo de oficiales. Si éstos suelen ser reclutados al margen de los sectores más prósperos, no por eso dejan de tener un interés corporativo en el mantenimiento del orden establecido, porque las renovaciones sociales y políticas, demasiado rápidas, pueden afectar a su propio dominio. En segundo lugar, la menor apertura democrática le da miedo y le obliga a defender sus aspiraciones valiéndose de las armas. Naturalmente, no se destruye todo el edificio institucional anterior, pero se establecen cambios radicales cuando entran en vigor nuevas instituciones y se reducen o se suprimen las anteriores, siempre bajo los estados y las leyes de excepción, que permiten a estos generales ejercer todos los poderes que ellos estiman necesarios. Su finalidad primordial consiste en conferir la soberanía del pueblo a los poderes del ejército para constituirse como único protagonista de la nueva institucionalidad y como única fuente de derecho.

El resultado es que lo transitorio se prolonga indefinidamente. Se trata de un componente negativo que contribuye a acelerar la crisis de la democracia y a desnaturalizar las instituciones democráticas.

Las Fuerzas Armadas Ecuatorianas han demostrado ser demasiado poderosas frente a las débiles instituciones sociales, económicas y políticas. La inestabilidad interna y las revoluciones implican la presencia de

numerosas intervenciones militares, lo cual aumenta el presupuesto castrense y acelera el ascenso de los militares:

Ministerios y gobernaciones de provincia fueron, en muchos casos, negociados como gratificación para jefes militares.³

El control directo del gobierno por jefes de alta graduación o por juntas militares refleja un indicio imperfecto del papel que están representando las Fuerzas Armadas en determinados momentos de la política ecuatoriana, ya que disponen de diferentes modos para hacer sentir su voluntad.

Con la presencia de las Fuerzas Armadas la amenaza de la violencia siempre está presente y la opción de apoyar o no al grupo en el poder depende de sus decisiones. El Presidente ejerce, entonces, sus poderes mediante dos mecanismos paralelos: uno es público —el gobierno y la administración—, el otro es secreto —el conjunto de los servicios de inteligencia—. Los Servicios de Inteligencia tienen derecho a acceder a todas las informaciones de cualquier sector de la administración pública, de las Fuerzas Armadas y de las instituciones privadas. Tienen derecho también a detener, mantener prisioneros y ejercer cualquier forma de chantaje para preservar el secreto de sus actividades.

³ Enrique Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador (Vol. 7, Época Republicana I)*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1994, p. 161.

Cuando toman el poder algunos generales, afirman que el sistema actual no deja de ser transitorio, y que tiene como objetivo preparar una nueva democracia. Estos hombres, acostumbrados a resolver las cuestiones por la violencia, asumen el poder porque la democracia está amenazada según su versión. Salvarla es la razón de ser del régimen militar, lo que le proporciona al principio legitimidad y aceptación popular.

En el siglo pasado las intervenciones militares en la política ecuatoriana tuvieron lugar más o menos cada dos o tres años. Pero salvo durante el curso de tres años en el que el poder lo ejercía una Junta Militar (1963- 1966)⁴, los generales se limitaron a derrocar al presidente y organizar nuevas elecciones hasta 1972, cuando un nuevo factor hizo su aparición: Ecuador empezó a producir petróleo y se preparó para entrar en la OPEP. Según Salvador Lara, este hecho consolidó la presencia militar nacionalista en el poder:

El comienzo de la explotación y exportación de petróleo en la región amazónica... fue la causa principal de la duración del gobierno nacionalista revolucionario, y el optimismo, rayano en euforia que despertó en la ciudadanía, motivó la aceptación general que tuvo.⁵

Guiado por los intereses económicos que puede generar el petróleo, el ejército tomó el poder y desterró a Velasco Ibarra. El mismo ejército

⁴ Este dato procede de: Enrique Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador (Vol. 11, Época Republicana V)*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1991, pp. 155 y 161.

⁵ Jorge Salvador Lara, *Breve historia contemporánea del Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 527.

racionalizó sus actuaciones sobre el aparato político, como una necesidad en términos de defensa de las instituciones y como un reservorio de los valores morales. En este período el Partido Conservador y el regionalismo perdieron importancia, mientras que la burguesía se veía fortalecida por el proceso de modernización y por el marco capitalista de la economía ecuatoriana.

En 1976 irrumpe oficialmente en la vida política la doctrina de la "Seguridad Nacional". Se consagra, desde entonces, como la doctrina oficial del Estado. En los países desarrollados esta ideología se orienta hacia la política exterior, cuyo objetivo principal consiste en la defensa externa de la comunidad. Estos comportamientos extra-institucionales se dirigen, fundamentalmente, a exigir un mejor presupuesto de defensa y a influir en las decisiones políticas internacionales. Según Joseph Comblin:

La doctrina de la Seguridad Nacional es una doctrina militar: es una ciencia de la guerra. Si engloba también toda la política, lo hace indirectamente, en virtud del hecho de que la guerra abarca ahora toda la política.⁶

El mismo analista añade lo siguiente sobre el caso:

La Seguridad Nacional es la capacidad dada a la nación por el Estado para imponer sus objetivos a todas las fuerzas que se le opongan. Esta capacidad es naturalmente una fuerza. Se trata, por tanto, de la

⁶ Joseph Comblin, *El poder militar en América latina*, Salamanca, Sígueme, 1978. p. 62.

fuerza del Estado capaz de destruir todas las fuerzas adversas y de hacer triunfar los objetivos nacionales.⁷

Si partimos de estas afirmaciones, las barreras entre la violencia y el principio de la no-violencia se disipan dentro de la doctrina de la "Seguridad Nacional"; es decir, se suprimen las distinciones entre los medios de presión no violentos y los medio de presión violentos. Todo enemigo, procedente del interior o del exterior, que se oponga a los intereses del Estado sufrirá las consecuencias de esta ley.

En el Ecuador la doctrina de la "Seguridad Nacional" organiza su contenido en función de las necesidades internas, y aparece como un instrumento implicado en los problemas de la transición social. Esta ideología se ha convertido en un recurso en manos de los militares para defender una democracia artificial. Nadie en el poder se preocupa por acelerar el desarrollo industrial, ni tiene interés en cambiar la situación de atraso en la que vive el país.

En la política exterior, puesto que no hay límites en el uso de los medios que cuentan en el concepto doctrinario, la guerra y la diplomacia rompen todas las barreras que las separan. Los objetivos se defienden por todos los medios, sin excepción. Pero, a pesar de los conflictos fronterizos, el Ecuador se arriesga poco a guerras internacionales, salvo la guerra que lo enfrentó a Perú en 1941. Esta paz exterior contrasta con las numerosas

⁷ Ibid., p. 67.

acciones militares internas. Los términos no cambian en el sentido de que todos los medios legales e ilegales son susceptibles de ser empleados contra el enemigo. Incluso se permite usar medidas preventivas para luchar contra las amenazas posibles en el futuro.

Como país soberano, El Ecuador no supo digerir los conceptos de la ideología de la "Seguridad Nacional", debido a la visión que tienen los militares de preparar la guerra contra el pueblo como el instrumento principal de la política interior y al fracaso de los políticos en unir entre la teoría y la práctica. La posibilidad de enlazar estos dos elementos es casi nula. Ello se debe, en primer lugar, a la rivalidad entre los partidos y a los intereses de las sociedades multinacionales.

La codicia de la burguesía, los intereses de los militares y las diversas tendencias políticas, que en lugar de unir las voluntades avivan las luchas internas, son también factores que impiden la realización de una explicación correcta de esta doctrina en este país.

Lejana ya la etapa de las luchas caudillistas y étnicas en la que aún están sumergidas varias de las naciones africanas y árabes, el Ecuador es uno de los países donde el fenómeno militarista ha alcanzado su expresión más cabal. Los militares tienen a su cargo, no sólo la maleta de la Defensa, sino también la Administración Pública, convirtiéndose en los únicos protagonistas de la vida política. Desde la Independencia de España en 1822, se resignaron difícilmente al papel de defensores del orden

constitucional y participaron en incontables golpes de Estado. Últimamente, su intervención suele revestir menos espectacularidad, aunque persistan en el carácter de grupos de presión. Su poder ha crecido enormemente, demasiado para las necesidades locales y muy poco para que puedan significar algo en la estructura democrática del país. Han sido incapaces de resolver la crisis económica y desacreditados por la barbarie y la incompetencia, incluida la militar. La invasión peruana del Ecuador, que cristaliza la derrota, y la consecuente pérdida de grandes extensiones de tierra son sucesos que reflejan, claramente, la negligencia de los militares y su apego al poder:

En 1941, las tropas de la oligarquía peruana invadieron nuestro territorio, colocando al gobierno arroyista ante el siguiente dilema: armar al pueblo para defender las fronteras patrias... o mantener el “orden” interno y no ofrecer ninguna resistencia de envergadura al invasor. Arroyo tomó naturalmente la segunda opción y ni siquiera se decidió a enviar los cuerpos militares mejor armados a la frontera, puesto que le eran indispensables como aparato interno de represión.⁸

⁸ Enrique Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador (Vol. 10, Época Republicana IV)*, op. cit., p. 107.

I.2. EL PODER DE LA DICTADURA Y SU LITERATURIZACIÓN EN LA NOVELA ECUATORIANA

En el amplio panorama novelesco ecuatoriano el tema de la dictadura ocupa un lugar destacadísimo. El dictador ha sido y es foco de atracción para los novelistas ecuatorianos. Ese protagonismo que cobra la figura del dictador en la novela adquiere la misma relevancia que otra clase de novelas como la de la selva, la de la tierra, la del indígena explotado y la de la ciudad, al mismo tiempo que es un intento por parte de los novelistas que responde a sus aspiraciones ideológicas y a las perspectivas de los pueblos que sufren este mal.

Muchos escritores ecuatorianos, entre otros: Aguilera Malta, Pedro Jorge Vera, Alfredo Pareja Diezcanseco, consideran la dictadura como un concepto complejo con una significación teórica y unas dimensiones distintas, pero que en el fondo vienen a explicar que el dictador no refleja el núcleo de la dictadura. Sólo establece el estilo del régimen, no sus fundamentos naturales básicos. Es un factor más de entre una cadena estructurada de elementos (económicos, sociales, culturales, históricos, geográficos...) que generan la dictadura y promueven sus operaciones. Esto quiere decir que el texto literario revela un indiscutible contenido ideológico que remite a una situación histórica y que guarda con la realidad una relación isomorfa, a través de la cual el autor refleja sus ideas y sus concepciones.

La primera relación entre el texto y el dictador toma un aspecto bélico: los escritores que examinan el caso se refieren generalmente al estado de subversión y a la violencia que deshumaniza la realidad de su país. El despotismo tanto de carácter castrense como demagógico —ya sea a través de desviaciones demagógicas de un gobierno pseudo-constitucional, ya sea directamente materializado por un militar— domina con la posesión violenta del poder mediante la práctica de procedimientos siempre forzosos (cárcel, destierro, estado de sitio...) que destruyen el funcionamiento normal de las formas jurídicas y que, por otra parte, conducen al nacimiento de una actitud militante de quienes usan la pluma como contrapoder.

Esta resistencia literaria se manifestó en otras épocas y a través también de otros géneros (Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Joaquín de Olmedo, Juan Montalvo, Juan León Mera, José de la Cuadra). El poder de la palabra escrita y su tradicional vinculación a la vida política como arma de ataque contra los regímenes tiránicos explica la constante presencia de la novela que destaca el tema de la dictadura.

El tema de la dictadura ha sido ficcionalizado de diferentes formas porque ofrece una materia prima bastante rica y privilegiada para la elaboración novelesca. La figura ficticia del dictador, no sólo habla de sí misma, sino que en cierta forma representa numerosos aspectos constitutivos del vasto y heterogéneo conglomerado ecuatoriano.

Antes de destacar las características que engloba el concepto del dictador y la dictadura en la novela ecuatoriana, valdría la pena hacer un pequeño esbozo en el panorama novelesco hispanoamericano para acentuar los rasgos que definen al dictador y la dictadura y la forma en que ha sido proyectado el tema por los escritores hispanoamericanos.

I.2.1. LITERATURIZACIÓN DE LA DICTADURA EN LA NOVELA HISPANOAMERICANA

Todos los escritores hispanoamericanos admiten que el gobierno que usa la fuerza o la demagogia no refleja la autoridad, sino más bien su antítesis. Es decir, son sistemas degradados que funcionan a través de una red represiva, o a través de mecanismos discursivos que ridiculizan y animalizan al individuo.

La posibilidad de que un dictador gobierne con orden y disciplina, sin recurrir a los sistemas de terror que ahogan las libertades y desarrollan el miedo destructivo entre la población, requiere un alto grado de responsabilidad política y un control racional de las pasiones y los caprichos. La mala administración y la pésima gestión de las riquezas nacionales abren un período de inestabilidad y agitación que aplaza el desarrollo social y económico.

Al pueblo le corresponde el deber de defender su libertad contra la arbitrariedad y la injusticia del poder despótico. No tiene otra opción que actuar de manera colectiva mediante actos de resistencia, aunque el final feliz no suele acompañar siempre sus ilusiones y sus propósitos en un momento en que el pensamiento está sufriendo cambios, entre otros: la destrucción de las creencias religiosas, políticas y sociales de las que derivan todos los elementos de la civilización y la creación de condiciones de existencia y pensamiento completamente nuevas. De hecho, conscientes del compromiso temático y la innovación estética que deben introducir en sus obras, los novelistas hispanoamericanos que tratan el tema de la dictadura adoptan sistemáticamente una actitud particular hacia sus personajes, que no deja de ser desfavorable en el momento de presentar a sus dictadores; si bien, los matices varían con una notable tendencia que tiende a una síntesis de objetividad y de subjetividad lírica.

Ya a finales del siglo XIX y comienzos del XX, el fenómeno del militarismo y los abusos de los soldados, como tema, había sido destacado por muchos escritores hispanoamericanos que sentían repugnancia hacia los militares y que querían censurarlos por diversas razones: la grosería y la ebriedad, el uso brutal de la fuerza, la inmoralidad, la falta de responsabilidad de las tropas del gobierno, la insensibilidad de los oficiales ante el sufrimiento humano, el pillaje...

En *El hombre de hierro* de Rufino Blanco-Fombona, por ejemplo, descubrimos una particular manera de ver la democracia:

Yo soy partidario de la guerra. Por la paz, en las democracias, no llegan al poder sino los zarandajos, los aduladores, las medianías, o las francas nulidades.¹

Tampoco la guerra es una solución, puesto que permite el ascenso de oportunistas y déspotas: “Y por la guerra no arriban sino los desalmados y los bandidos.”²

Sarmiento en *Vida de Facundo Quiroga* habla de civilización y barbarie, o la confrontación entre el tirano, como símbolo del Mal y como representante de la barbarie, y la novela, como símbolo del mundo civilizado, que debe cumplir con su tarea de luchar contra la tiranía:

Si quedara duda con todo lo que he expuesto de que la lucha actual de la epública Argentina lo es sólo de civilización y barbarie, bastaría para probarlo el no hallarse del lado de Rosas un solo escritor, un solo poeta, de los muchos que posee aquella joven nación.³

Uno de los rasgos descriptivos que caracterizan a los dictadores apunta a la clase de vida que llevan. Los elementos esenciales que se critican y que forman un medio de identificación de las vidas privadas de los dictadores se relacionan con los excesos en comer y beber. Los ejemplos más representativos se refieren al Primer Magistrado en *El recurso del método*, al Presidente en *El señor Presidente*, al Patriarca en *El otoño del*

¹ Rufino Blanco-Fombona, *El hombre de hierro*, Caracas, Monte Avila Editores, 1988, p. 246.

² Loc. cit.

³ Domingo Faustino Sarmiento, *Vida de Facundo Quiroga*, Barcelona, Bruguera, 1970, p. 320.

Patriarca, a Carrillo en *La fiesta del rey Acab*, a Peláez en *Oficio de difuntos*. Carrillo, el Presidente, y el Primer Magistrado son grandes asiduos a los saraos, fiestas y aniversarios. Les gusta comer y beber en exceso y gozan constantemente de la compañía de prostitutas. Aparicio Peláez, a parte de sus excesos en alcohol y comida, es conocido por tener varias amantes y muchos hijos ilegítimos como el Patriarca antes de conocer a Leticia Nazareno. Su relación es más física que emotiva.

Otra de las críticas comúnmente hechas es la adquisición de grandes fortunas, como son los casos de Carrillo, Peláez y el Primer Magistrado quienes abusan del poder para acumular fortunas y derrochar riquezas, que no les pertenecen.

Novelistas como Asturias y Zalamea hablan de los sistemas de terror que ahogan las libertades y desarrollan el miedo destructivo entre la población.

El ambiente trágico en *El Señor Presidente* define la vida de gente mutilada, condenada a la muerte y asesinada en pocos días:

Pasos adelante le sepultaron en una mazmorra de tres varas de largo por dos, media de ancho, en la que había doce hombres sentenciados a muerte, inmóviles por falta de espacio, unos contra otros como sardinas, los cuales satisfacían de pie sus necesidades pisando y repisando sus propios excrementos.⁴

⁴ Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1995, p. 241.

El mecanismo de la dictadura funciona con total eficacia y con una conciencia de hechos bajo la supervisión omnipotente del dictador:

-Yo le diré, don Luis, ¡y eso sí!, que no estoy dispuesto a que por chismes de mendiguetes se menoscabe el crédito de mi gobierno en lo más mínimo. ¡Deberán saberlo mis enemigos para no descuidarse, porque a la primera, les boto la cabeza!⁵

El Señor Presidente recurre a la omnipresencia de sus espías, a la acción servil de sus esbirros y al calculado sadismo del Auditor de Guerra para sofocar a la oposición:

La situación política del país no permite al Gobierno piedad de ninguna especie con sus enemigos, señora. Es lo único que le digo. Vea al Señor Presidente y pídale la vida de su marido, que puede ser sentenciado a muerte y fusilado, conforme a la ley, antes de veinticuatro horas...⁶

En *El Gran Burundún-Burundá ha muerto* se desarrolla una idea que gira en torno a la supresión del lenguaje articulado:

... si las bestias son más dóciles y más felices que los hombres, es porque no participan de la maldición de la palabra articulada.⁷

⁵ Ibid., p. 44.

⁶ Ibid., p. 250.

⁷ Jorge Zalamea, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, La Habana, Casa de las Américas, 1968, p. 33.

La puesta en marcha de este proyecto recibe el apoyo de la Administración del Estado Mayor, del Partido, y de las Iglesias Unidas. Para concretarlo, el dictador ordena la formación de cuerpos especiales, represivos, que carecen de cualidades humanas: los Zapadores, los Territoriales, los Autoaviadores y la Policía del Aire, Urbana y Rural.

En *Oficio de difuntos* Aparicio Peláez encarcela, envía a los disidentes al exilio y elimina a otros cuando sea necesario en una lucha constante para preservar el poder:

... seguía el estado de emergencia, continuaban las prisiones y se preparaban los arreglos legales para que Peláez continuara en el poder.⁸

Antes de apoderarse del mando presidencial:

pensaba que era bueno fingir que se creía en todos. Que tenía confianza en todos aquellos hombres que se le acercaban y le hacían protestas de lealtad.⁹

Desde su posición como mandatario y debido a la falta de confianza en sus ayudantes, prefiere el empleo de una represión sistemática, convencido de que él solo puede cumplir con su deber en el poder, sin necesidad de recurrir a otros: "Nadie gozaba de mayor receso y confianza con Peláez."¹⁰

⁸ Arturo Uslar Pietri, *Oficio de difuntos*, Barcelona, Seix Barral, 1976, p. 196.

⁹ *Ibid.*, p. 27.

¹⁰ *Ibid.*, p. 173.

Otro aspecto no menos importante que los anteriores consiste en la ridiculización del comportamiento de los dictadores y la pérdida de las cualidades humanas.

En *La sombra del Caudillo* Guzmán atribuye al caudillo las características de un tigre astuto, un animal depredador, siempre en lucha por el territorio y los alimentos para su supervivencia en lugares donde el enfrentamiento resulta obligatorio y es parte de la vida cotidiana: “El Caudillo tenía unos soberbios ojos de tigre, ojos cuyos reflejos dorados hacían juego con el desorden, algo tempestuoso, de su bigote gris.”¹¹

El novelista no parte de la descripción de la individualidad personal del dictador, sino que subraya la dinámica de su personalidad y su poder en tanto que máximo mandatario:

Oponerme a tí sería oponerme al Caudillo, desconocerlo, negarlo, y has de saber que eso, justamente, es lo que no haré nunca por ambiciones chicas ni grandes.¹²

Al Patriarca de García Márquez no le faltan las características animalescas que van desde vacas hasta perros. En este sentido, la rutina es una de las palabras claves para caracterizar al dictador y a un ambiente degradado:

¹¹ Martín Luis Guzmán, *la sombra del caudillo*, México, Compañía General de Ediciones, 1969, p. 54.

¹² *Ibid.*, p. 69.

... se pasaba la tarde jugando dominó con los antiguos dictadores de otros países del continente, los padres destronados de otras patrias a quienes él había concedido el asilo¹³;

... jugaba partidas interminables de dominó con mi compadre de toda la vida el general Rodrigo de Aguilar y mi compadre el ministro de la salud¹⁴;

... como todas las noches de su régimen contó los centinelas, revisó las cerraduras, tapó las jaulas de los pájaros, apagó las luces, eran las doce, la patria estaba en paz, el mundo dormía, se dirigió al dormitorio...¹⁵

En *El Gran Burundún- Burundá ha muerto*, irónicamente, de todos los participantes en la procesión, el único con alguna cualidad humana es el caballo del gobernante muerto: “¡No le cabía al caballo la risa en el cuerpo!”¹⁶ De entre todos los presentes, el caballo es el elemento exclusivo en la procesión que sonríe y se ríe; es decir, da muestras de estar vivo. Parece ser el único capaz de decidir independientemente.

Aunque ataca profundamente a Rosas y a otros miembros de su familia, Mármol lo mantiene a una escala humana junto a su hija: “Y huérfana de madre hacía dos años, Manuela no contaba, en la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, sino su padre”.¹⁷ Manuela no sufre directamente las consecuencias de la política sangrienta

¹³ Gabriel García Márquez, *El otoño del Patriarca*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 20.

¹⁴ *Ibid.*, p. 62.

¹⁵ *Ibid.*, p. 104.

¹⁶ Jorge Zalamea, *op. cit.*, p. 74.

¹⁷ José Mármol, *Amalia*, La Habana, Casa de las Américas, 1976, p. 358.

que adopta su padre para acabar con los opositores, pero su carácter alegre, afable y comunicativo, su bondad y su rechazo a la violencia hacen que sea víctima del entorno desagradable y bárbaro en el que le ha tocado vivir: “... ella empezaba a ser víctima de su padre y el mejor instrumento, sin querer serlo y sin saberlo, de sus diabólicos planes.”¹⁸

Miguel Ángel Asturias traslada a su Presidente a niveles míticos al establecer una identificación entre el dios Tohil de la cultura maya (dios de los sacrificios del *Popol-Vuh*) y él. En el liminar de la obra se afirma lo dicho:

En uno de los últimos capítulos, en el capítulo XXXVII, asistimos al baile de Tohil. Tohil, la divinidad indígena maya-quiché que exigía sacrificios humanos. No eran ejecuciones, sino sacrificios, y no queráis llevar esto a la inmensa pantalla mundial de la dictadura hitleriana.¹⁹

En *La sombra del caudillo* Martín Luis Guzmán detecta el problema político en la sofocante concentración de poder que puede conseguir un solo hombre que es el Caudillo. El autor describe el llamado "presidencialismo" como un fenómeno típico en la política mexicana, con respecto a la gran cantidad de poderes concentrados en las manos del Presidente. Este poder, a menudo, se extiende a la designación del sucesor: “... no aspiro ahora a llegar a presidente porque me consta que el Caudillo te apoya a tí, no a mí”²⁰

¹⁸ Ibid., p. 357.

¹⁹ Miguel Ángel Asturias, op. cit., p. 11.

²⁰ Martín Luis Guzmán, op. cit., p. 69.

La metáfora idiosincrática en *Casa de campo* plantea una visión de las dictaduras como sistemas complejos y coherentemente elaborados. El dictador de Donoso es el Mayordomo:

... su silueta de enorme alzada reluciendo con los emblemas de su rango y los entorchados de oro que guarnecían su librea.²¹

Su importancia en la novela no depende de los rasgos particulares de su personalidad, sino de factores extremos que dirigen sus movimientos. Se trata de la burguesía industrial que minimiza la individualidad particular del dictador y hace que funcione de acuerdo con sus directivas:

... se podía contar con que todos los Mayordomos fueran igualmente sin iniciativas que pretendieran innovar los rituales y que no aspiraran a otro emolumento que el honor de ser lo que eran²²

La contribución de Donoso consiste en relacionar al dictador con la burguesía local, restando al personaje cierto grado de importancia, dado que el Mayordomo se encuentra profundamente involucrado con los Ventura.

Otros novelistas adjudican cualidades extraordinarias, algunas veces sobrenaturales, a las actividades y a la vida de los dictadores, tal es el caso del Patriarca y de otros déspotas como Banderas y Peláez. Éstos quieren afirmar su extremo poder y legitimar su posición con los elementos de

²¹ José Donoso, *Casa de campo*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 37.

²² *Ibid.*, p. 42.

misterio que rodean sus acciones, aprovechando la falta de información exacta.

La soledad se convierte prácticamente en el tema de muchas novelas. Los escritores aluden con insistencia a esta combinación existente entre el ejercicio del poder y los efectos de este sentimiento.

La soledad rompe lo cotidiano para el Patriarca y se forja como un elemento importante en la novela. Es un hombre extremadamente solo. Se encierra literalmente en su casa presidencial y no comunica con nadie, debido a la distancia que mantiene con los demás:

... ahora no había nadie que le pidiera nada, nadie que le dijera al menos buenos días mi general, cómo pasó la noche...²³

García Márquez atribuye el fenómeno a la falta de solidaridad y a la personalidad poco comunicativa del Patriarca:

... no tenía más contacto con la vida real que la lectura del periódico del gobierno que imprimían sólo para usted mi general.²⁴

Su soledad lo obliga a proliferar un estado de desinformación total que lo aleja del pueblo.

²³ Gabriel García Márquez, op. cit, p. 211.

²⁴ Ibid., p. 217.

El Primer Magistrado vive aislado tanto en su país como en Francia aunque acapara todos los poderes: “Durante semanas y semanas se enclaustró en su despacho, taciturno y distante”.²⁵ Cuando viaja a Francia lleva parte de sus enseres con el objetivo de recrear el hogar y extrañarlo lo menos posible en un intento de evitar la soledad que lo persigue

Por temor a perder el poder, Carrillo no confía en nadie y vive aislado. El único ser con quien juega es un niño de ocho años, Carlitos:

Necesitaba estar un momento solo. Tal vez si hablara con Carlitos.
¡Sí, eso era! Pero a esas horas estaría durmiendo. Carlitos, lo único cierto allí, entre las pompas.²⁶

Pero su hijo no puede ser un verdadero compañero para él, debido a la diferencia en el nivel emocional que los separa.

Aparicio Peláez se da cuenta de su verdadero aislamiento al aceptar la soledad como parte de su vida:

... ya no puedo encerrarme en una casa y llevar una vida de casado... Cómo podía instalarme en una casa, con una mujer y unos hijos, a recibir visitas y a dar fiestas.²⁷

²⁵ Alejo Carpentier, *El recurso del método*, La Habana, Editorial de Arte y Cultura, 1974, 319.

²⁶ Enrique Lafourcade, *La fiesta del rey Acab*, Barcelona, juventud, 1972, p. 171.

²⁷ Arturo Uslar Pietri, op. cit., p. 166.

Sólo aparece rodeado de soldados armados que cumplen con la misión de sofocar revueltas y protegerlo.

Consciente de las limitaciones del poder en una relación que se desarrolla entre gobernantes y gobernados, el Supremo concede la ventaja al pueblo y se presenta, no sólo como mandatario, sino que se ofrece como amigo y compañero para evitar que el pueblo se deshaga de él, aislándolo:

Uno de los puntos de contacto entre *Yo el Supremo* y *El otoño del Patriarca* reside en la permanencia del pueblo distante y ajeno. En la primera novela el pueblo se concibe como parte de las especulaciones filosóficas del Supremo en torno a la naturaleza de su gobierno:

Por ahora la posteridad no nos interesa a nosotros. La posteridad no se regala a nadie. Algún día retrocedería a buscarnos. Yo sólo obro lo que mucho mando. Yo sólo mando lo que mucho puedo. Mas como Gobernante Supremo también soy vuestro padre natural. Vuestro amigo. Vuestro compañero. Como quien sabe todo lo que se ha de saber y más, les iré instruyendo sobre lo que deben hacer para seguir adelante. Con órdenes sí, mas también con los conocimientos que les faltan sobre el origen, sobre el destino de nuestra Nación.²⁸

En *El otoño del Patriarca* los habitantes del país caribeño se sienten perdidos, totalmente incompetentes para intentar una reconstrucción del gobierno del Patriarca: “Habíamos terminado por entender cómo seríamos

²⁸ Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, p. 28.

sin él, qué sería de nuestras vidas después de él”.²⁹ El pueblo no es más que una abstracción para el Patriarca, mientras que éste para el pueblo es una idea, producto de la imaginación que cada habitante del país forja en su mente:

... pensábamos que después de muchos años de negligencia él había vuelto a coger las riendas de su autoridad y estaba más vivo que nunca.³⁰

En estas obras la muerte interviene como elemento esencial en la trama. Los dictadores pueden clasificarse en grupos de acuerdo con el tipo de muerte que afecta a cada uno. Algunos permanecen en su puesto hasta el último suspiro cuando la muerte natural les quita la vida; es el caso de novelas como: *Yo el Supremo*, *El otoño del Patriarca*, *Oficio de difuntos*, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*. Los dictadores de estas novelas mueren aparentemente de causas naturales. En *Yo el Supremo* el dictador muere a una edad muy avanzada como consecuencia de un enfriamiento. El principio común en *El otoño del Patriarca* gira en torno a la muerte del Patriarca que muere viejo. Su extinción física tiene lugar antes de que se cuente la historia a través de testimonios orales, rumores... En *Oficio de difuntos* Aparicio Peláez, ya viejo, muere a causa de una enfermedad renal cuando llega a concentrar gradualmente todos los poderes en sus manos. Por lo que respecta a *Burundún-Burundá*, el dictador muere en el poder, pero no se menciona la causa de su muerte. En *La fiesta del rey Acab* las circunstancias de la muerte varían aunque no ocurre en el texto, pero el

²⁹ Gabriel García Márquez, op. cit., p. 199.

³⁰ Ibid., p. 198.

principio del asesinato del dictador es el mismo. Otros dictadores mueren como resultado de un plan elaborado para derrocarlos. A este respecto, cabe destacar que en aquellas novelas en que el dictador muere asesinado como consecuencia de una operación sangrienta emprendida por la oposición, el futuro del país permanece incierto. La principal explicación a esta falta de garantías democráticas en el futuro reside en la falta de preparación política para formar un gobierno justo, ya que no basta la voluntad y la buena fe para reconstruir un país después de una dictadura. A veces son los mismos líderes de la oposición que se convierten en tiranos cuando toman el poder. Otras veces, la red imperialista se encarga de formar el tejido de la política.

El fuerte contenido de ironía y sátira predomina en el texto de Zalamea. El novelista se ocupa del grotesco y ridículo Burundún-Burundá, cuyo físico propicia sensaciones de rechazo y repugnancia:

Y cuando hubiese presumir de romano por el peso de la nariz y el vigor de la mandíbula, quién sabe qué internos humores le abullonaron la frente, le agrumaron la carne en las mejillas, le desguindaron la nariz y le tornaron vultuoso todo el rostro.³¹

En la procesión fúnebre, cuando el Canciller abre la tapa del ataúd para que la población pueda rendir homenaje al recién fallecido dictador, lo que

³¹ Jorge Zalamea, op. cit., p. 29.

se ve es un gran papagayo de papel en lugar del cuerpo de Burundún-Burundá:

El mundo todo no era ya de sangre sino de agua chirle, como el Gran Burundún-Burundá no era otra cosa ya que un obeso papagayo de papel.³²

El último en abandonar la escena tras la confusión producida por el sorprendente hallazgo es el caballo, siempre sonriendo, como si fuera el autor del cambio acaecido:

... el caballo se irguió de nuevo sobre sus patas traseras, agitó alegremente las crines, mostró los anchos dientes en una muda sonrisa y echó a andar...³³

Esta imagen final reafirma la falta de cualidades humanas.

Claramente notable es el desprecio que tiene Lafourcade por Carrillo, particularmente cuando lo presenta durante un ataque de mala digestión después de una comida excesiva:

-Carrillo se derrumbó en una *bergere*, con un vaso de *whisky* en la mano, pensativo- Arrebató de una bandeja un faisán cubierto de crema. Arrancó a dentelladas grandes bocados del ave.³⁴

³² Ibid., p. 73.

³³ Ibid., p. 74.

³⁴ Enrique Lafourcade, op. cit. p; 209.

Lo retrata también bajo el efecto de una borrachera en una escena típica, golpeando a su mujer, rompiendo objetos e insultando a sus invitados:

Destrozó con furia el ave, como un zorro, los ojos encarnizados, tragando y bebiendo. ¡Qué día! Nunca tuvo uncumpleaños como éste. Desfiles, banquetes, ejecuciones, juegos y furias, escenas de cólera y de muerte, traición en el palacio, traición de Jessie, de Delfina, de Von Kelsen, de Andrés, de Josafat, traición y angustia.³⁵

Este cuadro personal que caracteriza al dictador lo completa la presencia maligna del embajador francés, Andrés, quien administra "La Société Général": un poderoso monopolio que controla "el azúcar, el café, los transportes, la electricidad, todas las importaciones de la isla."³⁶ A ello se suma la conducta del embajador estadounidense, interesado en preservar la base militar en la isla para proteger los intereses de las compañías estadounidenses.

Donoso alude al Mayordomo en *Casa de campo* desfavorablemente. Se trata de un ser primitivo, retrasado y peligroso con tendencias maléficas. Su falta de iniciativa y su servilismo lo convierten en un simple juguete en manos de los Ventura:

Los Ventura tuvieron muchos Mayordomos, todos idénticos: nadie recordaba ni sus nombres ni sus características personales porque sus

³⁵ Ibid., pp. 210-211.

³⁶ Ibid., p. 32.

deberes estaban tan reglamentados que automáticamente se era un Mayordomo perfecto dado cierto número de años de servicio.³⁷

Además de ser el sirviente incondicional de los Ventura y el encargado de establecer la normalidad en Casa de Campo, el Mayordomo reproduce los valores ideológicos y sociales obsoletos y discriminatorios de los Ventura:

Lidia, y los demás Ventura por su boca, delegaban en los sirvientes la facultad para organizar redes de espionaje y sistemas de castigo con que imponer las leyes cuyos pormenores escritos ella entregaría en un momento más al jefe de todos ellos: el mayordomo.³⁸

Por lo que respecta a la duración del poder, su conservación es variable. En *La fiesta del rey Acab* o en *El recurso del método*, por ejemplo, los dictadores aguantan en el poder. En otras novelas García Márquez imagina que el tirano se mantiene en el poder desde más de cien años. En *Amalia*, *Casa de Campo*, *El señor Presidente* y en *La sombra del Caudillo*, los dictadores permanecen en el poder durante un período indefinido aunque no falta la esperanza de que un día se pueda acabar con ellos.

En definitiva, la política de los dictadores está regida por el miedo. Tienen como fondo un sentimiento que viene a constituir un estado de ánimo habitual reflejado, funestamente, en su política del principio al fin: el miedo a perder la presidencia. Obtenida la dominación la sostienen utilizando los

³⁷ José Donoso, op. cit., p. 41.

³⁸ Ibid., p. 40.

medios represivos para preservarla, combatiendo a todos aquellos que pueden poner en peligro su autoridad.

I.2.2. GÉNESIS DE LA NOVELA ECUATORIANA

La novela ecuatoriana fue una de tantas que quedaron relegadas al olvido, a pesar de sus méritos literarios y a pesar de la presencia de elementos experimentados que la unen a la novela hispanoamericana.

Handelsman habla de:

una especie de miopía que no permitió que se viera la novela latinoamericana en su totalidad. Aunque todo el mundo ya hablaba de América latina y sus novelistas, pocos han sido los nombres y los títulos que realmente se han salvado del olvido o de comentarios demasiado simplistas.¹

Muchos factores internos y externos obstaculizaron la publicación y el reconocimiento de la novela ecuatoriana dentro y fuera del país. En lo que se refiere a las circunstancias externas, en general, han sido adversas debido a la condición periférica que la caracteriza y que la mantiene prácticamente en el olvido, excluida del "boom" hispanoamericano que, injustamente, dio privilegios a unos escritores, convirtiéndolos en ases

¹ Michael Handelsman, *Incursiones en el mundo literario del Ecuador*, Knoxville, University of Tennessee, 1987, p. 8.

indiscutibles y se olvidó de otros, no menos competentes que los ya consagrados. Handelsman afirma la presencia en el Ecuador de otro “boom”:

El “boom” ecuatoriano de los años sesenta se realiza principalmente en el campo teórico donde grupos de intelectuales jóvenes examinan a fondo la situación cultural del país mientras tratan de destruir el determinismo, el impresionismo y el conformismo que siempre habían marcado el pensamiento nacional.²

La situación geográfica del país, alejada de los centros culturales y de difusión hispanoamericanos, estadounidenses y europeos, contribuyó al estancamiento de la evolución de la novela en este país, dentro del contexto de las nuevas tendencias de la novela hispanoamericana.

También las condiciones internas condujeron a la falta de promoción y de difusión de la novela. El control del país por grupos militares que se afanaban en mantenerse en el poder produjo estructuras burocráticas que hipotecaron el país, provocaron la ausencia del estímulo editorial y condujeron a la eliminación del espíritu crítico en los medios masivos de comunicación. También la falta de revistas especializadas y la indiferencia de los libreros hacia la producción literaria nacional habían conspirado contra el reconocimiento de la novela ecuatoriana.

No hay que olvidar que la pertenencia del Ecuador al núcleo colonialista metropolitano, desinteresado en presentar una conciencia

² Ibid., p. 12

nacional, sólo fomentaba referencias culturales exóticas, especialmente europeas, y despreciaba la realidad nativa. Muchas veces, los ecuatorianos se alejaban de lo nacional debido al predominio de los valores culturales que provenían del exterior y que habían convertido a los nativos en imitadores de la cultura colonial y de las tradiciones europeizantes.

Hasta finales de la década de los años sesenta continúa la escasa producción de la novela ecuatoriana que no logró hallar nuevos conceptos. Las Casas Editoriales eran casi inexistentes y los pocos editores eran de carácter artesanal, reservados para el familiar o para el amigo. Además, la publicación tenía una difusión exclusivamente nacional y los que querían conquistar a un público internacional tenían que buscar una salida en el exterior.

Como consecuencia de estas dificultades, se crea una distorsión de la realidad ecuatoriana y de sus valores culturales. Esta disparidad, sin lugar a dudas, corresponde a la relación de dependencia entre el centro y la periferia:

Es así que la novela ecuatoriana de este período, por su condición periférica, se mantiene prácticamente desconocida, excluida de la marca explosiva del "Boom".³

Las metrópolis ejercen poder y determinan el destino de las naciones periféricas (Hispanoamérica) de igual modo que los centros hegemónicos

³ Jimmy Jorge Chica, *La novela ecuatoriana contemporánea de 1970-1985 y su marginación*, New York, Peter Lang, 1995, p. 29.

hispanoamericanos (Buenos Aires, México, Santiago de Chile, Caracas) ejercen control sobre los pueblos periféricos a éstos.

Esta situación de atraso y de dependencia empezó a cambiar de aspecto, a partir de los años setenta en los que hubo una gran explosión productiva en la materia novelesca:

... resulta claro y terminante que la década del 70 es de gran riqueza temática, con creaciones míticas, épicas, históricas, anecdóticas, de personajes extraídos de la realidad y de la historia ecuatoriana.⁴

Este éxito en la producción narrativa dio un gran impulso a la creación de una especie de "boom" a nivel nacional con el predominio de unas técnicas semejantes a las que conformaron el canon de los años del "boom" hispanoamericano: visión totalizadora de la realidad, fragmentación de la dimensión espacio-temporal, pluralidad de voces y complejidad en la narración, simultaneidad de realidades ficticias, el fluir de la conciencia y el monólogo interior, invención de mundos alternos como el onírico y el realismo mágico... Corrobora lo dicho Jimmy Jorge Chica:

En su mayoría, las novelas de este período, 1970-1985, se ubican dentro de los parámetros del "Boom," plantean problemáticas muy únicas a la experiencia histórica local y complementan con calidad artística la rica historia de la literatura hispanoamericana. Nunca formaron parte del

⁴ Antonio Sacoto, *La nueva novela ecuatoriana*, Cuenca (Ecuador), Universidad de Cuenca, 1981, p. 244.

“Boom,” sin embargo, se incorporaron a las tendencias de la nueva novela hispanoamericana.⁵

Estos cambios se deben principalmente a la apertura de nuevas Casas Editoriales y al descubrimiento del petróleo que conmovió a todos los sectores de la sociedad, produciendo grandes progresos: los sectores medios urbanos mejoraron su vivienda, se rodearon de las comodidades que ofrecía la sociedad de consumo, incluso invirtieron su ocio en clubes. Sociólogos, antropólogos, filósofos, historiadores y científicos cumplían las funciones que antes caían en la órbita de los literatos. El novelista, por consiguiente, aspiraba a ser únicamente novelista.

También podemos anotar una importante ampliación de los estratos de la realidad representada: la introspección y el análisis del "yo" en *La espina* de Alejandro Carrión y en *El espejo y la ventana* de Adalberto Ortiz; la fantasía aparece en *Segunda vida* de Arturo Montesinos; la vertiente mágico-realista en *Siete lunas y siete serpientes* de Aguilera Malta, en *La Linares* de Ivan Egúez y en *María Juaquina en la vida y en la muerte* de Jorge Dávila Vázquez; el desdoblamiento y la presencia de varios niveles de construcción de la estructura en *Entre Marx y una mujer desnuda* de Jorge Enrique Adoum y en *El desencuentro* de Fernando Tinajero; la interpretación de la realidad desde un mundo marginal está en *Polvo y ceniza* de Eliécer Cárdenas y en *El destierro es redondo* de Ribadeneira. Un tema rescatado del olvido: el indigenismo, aparece reactualizado en *Porqué se fueron las garzas* de Gustavo Alfredo Jácome. En esta novela la

⁵ Jimmy Jorge Chica, loc. cit.

búsqueda de la identidad del indígena ocupa un lugar destacado. El novelista incorpora un mosaico de técnicas narrativas modernas para presentar a sus personajes como seres marginados por una serie de complejos y prejuicios de cultura, de clase y de raza:

Hoy, con la publicación de **Porqué se fueron las garzas**, llegamos a la conclusión que el referente indio y la tesis de denuncia siguen en pie cuando se asimilan nuevas formas narrativas en estilos que reflejan más no sólo la interioridad indígena sino el mundo palpitante que le rodea.⁶

La presencia femenina se deja notar. De hecho, escritoras como: Eugenia Viteri y Lupe Rumazo dieron prioridad a la situación socio-económica e intelectual de la mujer dentro de una estructura social caracterizada por el machismo.

Cuentos escogidos de Viteri es un libro que encierra varios cuentos, escritos con un profundo don humano. En el cuento "Minina" se relaciona la llegada de los estadounidenses y la contribución de los guayaquileños con el florecimiento del comercio y las consecuentes ganancias:

Ese día todo cambiará porque esos gringos... Esos gringos son gastadores. Y también viene muchos guayaquileños... Con ellos sí haremos plata.⁷

⁶ Antonio Sacoto, *La nueva novela ecuatoriana*, Cuenca (Ecuador), Universidad de Cuenca, Talleres Gráficos, 1981, p. 167.

⁷ Eugenia Viteri, *Cuentos escogidos*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1983, p. 25.

Los sentimientos humanos y la tranquilidad son reemplazados por el materialismo:

_ No te preocupes, hija. Era una gata cualquiera. Yo te daré la plata para que compres un gato angora, el mejor gato... Qué caray, si para eso tengo plata...⁸

En “Un gran torero” está la imagen del niño que llora la muerte dolorosa del toro y el padre que quiere que su hijo sea un gran torero en el futuro:

_ ¡Basta, papá, basta ! ¡Mírale los ojos... !

Llorando, Ignacio corría hacia el centro del ruedo... La bestia sangrante, húmedos los ojos, mansa la mirada, se tendió a los pies del niño. Y el padre, jubiloso, levantó a su hijo, gritando:

_ Mi hijo es un torero. ¡Un gran torero!⁹

“El torneo de cintas” alude a los celos como factor que destruye el amor:

... su novio ya la está fastidiando demasiado con sus celos absurdos que siempre la ponen en ridículo. “Es como mi papá que revisa diariamente los zapatos de mamá para comprobar sus salidas, que le anda oliendo la ropa interior, que controla sus sonrisas y las palabras que pronuncia en sueños... ¿En eso tan espantoso va a terminar el amor ?¹⁰

⁸ Ibid., p. 30.

⁹ Ibid., p. 35.

¹⁰ Ibid., pp. 136-137.

Sobre Lupe Rumazo habla Gonzalo Zaldumbide, una de las figuras más destacadas de la literatura ecuatoriana:

Lupe Rumazo, modernísima de gustos y cultura, no desvía el concepto de lo bello, porque su fina sensibilidad le advierte que en una novela, un drama, un poema o un soliloquio, es la emoción lo que cautiva, y la sinceridad, la claridad, la única prueba de perduración.¹¹

En *El lagar* son palpables varias lecturas de personajes universales como: Cervantes, Unámuno, Proust, Faulkner, Kafka, Hemingway y otros, así como una reflexión sobre diferentes aspectos concernientes a la literatura y la modernidad. Esto lo refleja Mariano Picón Salas en el prólogo de la obra:

Pero en su libro está usted con todo su fervor por la obra espiritual, buscando en sus autores favoritos lo verídico y estimulante, la más rigurosa prueba de la conciencia.¹²

En *Rol beligerante*, que es un libro de ensayos, Rumazo hace una fusión entre los diferentes problemas de la literatura americana y la mecanización de nuestra existencia de forma profunda y original:

Por necesidad de tala y brote. Tala contra actitudes falsas o escapistas ya de vida, ya de palabra escrita; tala contra la monocorde asfixiante; brote en cambio de una literatura americana, suya en sí, por

¹¹ Lupe Rumazo, *En el lagar*, Madrid, EDIME, 1961, p. 12.

¹² *Ibid.*, pp. 16-17.

mucho que se impregne de un veneno cultural orbital... Brote además de la vida en la obra, sea que se teja la experimentación o se pretenda internarse en las comarcas del mal.¹³

En *Peste blanca, peste negra* la autora habla de la marginación del hombre contemporáneo, desgarrado entre su sociedad y su individualismo. Examina también la identidad latina que lucha para evitar su anulación por otra invasora. En el prólogo de la novela, escrito por Leopoldo Zea, se observa lo dicho:

En la novela de Lupe Rumazo esta mutua penetración de lo extraño en lo entrañable, de lo ajeno en lo propio, se hace expresa en diversos niveles: racial, social, psicológico. Y frente a esta penetración anonadante la insistente defensa de una identidad que se niega a subordinarse.¹⁴

Otra escritora que ha dejado un gran eco en la literatura ecuatoriana es Alicia Yáñez Cossío, autora de: *Bruna, Soroche y los tíos* (1973) y *Yo vendo unos ojos negros* (1979).

En la primera obra las ganas de vivir libremente y celebrar los momentos con alegría, junto al deseo de recorrer el mundo y conocer sus maravillas contrastan con las aberraciones del entorno en el que vive Bruna:

¹³ Lupe Rumazo, *Rol beligerante*, Madrid, EDIME, 1975, p. 13.

¹⁴ Lupe Rumazo, *Peste blanca, peste negra*, Caracas, EDIME, 1975, p. 11.

Esto heredó Bruna: un mundo de valores invertidos en el cual la sangre no tenía otra función que la de ser de colores, y las lágrimas, agua salada. La dignidad y el sentido común tenían papeles estereotipados.¹⁵

Por diversos motivos y factores la mujer siempre ha sido víctima:

Dentro de la familia de Bruna, las mujeres -a excepción de Camelia Llorosa que se independizó del ambiente- todas fueron víctimas, o juguetes de las circunstancias, por la cobardía que las mantuvo atadas a los hombres y por el egoísmo de ellos que nunca quisieron soltarlas de la mano.¹⁶

En la segunda novela la autora intenta lanzar un proceso de desmitificación de la mujer y del hombre, a la vez que denuncia el sistema patriarcal represivo, basándose en una dialéctica femenina que revaloriza a personajes históricos femeninos:

Cerró los ojos y le fue fácil, muy fácil ver a Golga Meier, a Indira Ghandi, a la rescatada Isabel II de Inglaterra, a Juana de Arco, a Isabel Católica en ropas íntimas.¹⁷

Según la novelista, hay que centrarse en la realización artística y en el trabajo fructífero para alejarnos de toda forma de vida indigna que pueda provocar en nosotros el mal gusto:

¹⁵ Alicia Yáñez Cossío, *Bruna, Soroché y los tíos*, Bogotá, La Oveja Negra, 1977, p. 50.

¹⁶ *Ibid.*, p. 93.

¹⁷ Alicia Yáñez Cossío, *Yo vendo unos ojos negros*, Quito, Imprenta del Colegio Técnico "Don Bosco", 1980, p. 19.

... ya era hora de que el cuerpo de la mujer dejara de tener una connotación obscena, tan manoseada y barata... Era hora de adiestrar la pupila masculina en otros menesteres como arte, productividad, trabajo y no sólo en desvestir mujeres con la mirada.¹⁸

Estas escritoras optan por la literatura comprometida que analiza las situaciones a través del pensamiento de los personajes. Cuestionan el sistema de valores con el fin de provocar un cambio que pueda mejorar la condición femenina. Para ello se valen de imágenes sugestivas, de un revolucionario concepto de tiempo y espacio, de la multiplicidad temática y de otras aportaciones que se ubican dentro de los parámetros estéticos modernos.

Desde el punto de vista técnico, domina un estilo satírico y expresivo, rico en realizaciones plásticas, intuitivo y estético, que posibilita a la novela ecuatoriana alcanzar un nivel bastante elevado y sostenido y disfrutar de una sólida estructura lingüística. A ello se añade el enorme impacto que recibe la novela ecuatoriana de las diferentes valoraciones que califican la evolución de las tendencias literarias y que determinan los cambios de perspectiva en ellas. También hubo una irrupción del proceso de acercamiento e interiorización en el personaje: el dictador ha dejado de tener una función psicológica y formal, su vida privada ya no es un secreto y los hechos ya no transcurren de manera espontánea y automática. Los escritores invirtieron

¹⁸ Loc. cit.

drásticamente la visión y se adentraron en la conciencia del gobernante para contar con exactitud y eficacia las operaciones reales del ejercicio del poder.

Estos factores permiten una multiplicidad del punto de vista narrativo y del sujeto de la narración que, a su vez, arroja abundante información sobre las acciones del personaje, sus verdades y sus mentiras. Además, los escritores disfrutaban de una amplia libertad creadora que rompe con las normas establecidas, lo que les da la posibilidad de manejar los recursos narrativos y estilísticos sin ninguna clase de obstáculos.

En términos generales, el nuevo realismo que caracteriza a la novela ecuatoriana de la década de los años setenta del siglo XX busca una expresión más propia y original que plantea problemáticas únicas a la experiencia histórica, a la vez que incorpora procedimientos técnicos y estilísticos modernos que responden a la voluntad de los narradores. Éstos "tienden a una estética desintegradora de la realidad."¹⁹ La meta no sólo consiste en buscar notoriedad en la literatura ecuatoriana, sino conducirla a la universalidad, ganándose el respeto de los lectores y la atención de la crítica.

Son numerosos los obstáculos que frenan su evolución como: la militarización del sistema político, la censura, el clientelismo sostenido por las Casas Editoriales, la situación geográfica y la condición periférica. Pese a ello, novelas como: *Siete lunas y siete serpientes* y *Entre Marx y una mujer desnuda* son brillantes ejemplos que confirman la ensalzada presencia de la

¹⁹ Hernán Rodríguez Castelo, *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983, p. 87.

novela ecuatoriana y su calidad a la hora de reflejar la realidad. Jimmi Jorge Chica la incluye dentro del amplio mundo de la modernidad:

La novela ecuatoriana actual debe estudiarse en última instancia, no como novela que se sitúa en el “Boom” o en el posboom hispanoamericano, sino dentro del contexto mayor de la modernidad y la posmodernidad.²⁰

Concluimos afirmando que no se puede reprochar a la novela ecuatoriana la falta de expresividad. No es ésta su laguna, sino precisamente lo contrario, puesto que ofrece un campo expresivo muy estilizado que revela la realidad ecuatoriana y que registra las reacciones y actitudes de todas las capas que forman el tejido social.

I.2.3. RETRATO DE LOS “PODERES DE HECHO” EN LA NOVELA ECUATORIANA

Muchas veces la dictadura y el despotismo dan materia prima al libro, sin que la figura del dictador aparezca en el primer plano y sin que la dictadura figure como referencia principal. En efecto, un gran número de novelas ecuatorianas, que se refieren de alguna manera a la realidad dictatorial, ambientan su acción en una época de la dictadura o incorporan al

²⁰ Jimmy Jorge Chica, *La novela ecuatoriana contemporánea de 1970-1985 y su marginación*, New York, Peter Lang, 1995, p. 162.

dictador entre sus personajes, lo cual no significa que se deban incluir en el corpus temático que define la dictadura.

En las obras en que se manifiesta la dictadura como tema nuclear germina la conciencia de la propia identidad, fortalecida por estos escritores que toman a su cargo la tarea de concienciar a la gente y propagar la idea de la necesidad de un país libre y políticamente independiente. Utilizan el poder de la novela para legitimar el poder del pueblo e impugnar el poder dominante de la elite militar o de la burguesía. Su literatura no es un medio de entretener, ni sirve como medio de ascensión en la escala social, sino que fomenta los ideales del vivir, que sólo tienen fundamento si se emprende una lucha contra "los poderes de hecho".

El tema predominante gira en torno a la libertad y el trabajo fecundo de toda la colectividad. El enfoque temático del problema de la dictadura ve en el despotismo y en la desafortunada influencia de los militares los factores desintegrantes de la sociedad ecuatoriana. Se dan varios temas: la corrupción administrativa, la demagogia, el clientelismo, la pobreza del pueblo frente a la riqueza de los gobernantes, el cura seductor de la mujer, la represión y la penetración imperialista.

Dentro de este panorama literario, la producción novelesca ecuatoriana que examina el tema de la dictadura ocupa una posición primordial que responde a las necesidades del momento histórico y que da

contenido, valor y expresión al tema. El escritor ecuatoriano siente la dictadura porque forma parte de sus vivencias. Por eso, trata el tema, no con artificialidad y puro verbalismo, sino con habilidad y realismo para manifestar de manera exacta y artística su visión a cerca de la dictadura.

Si nos remontamos al pasado, es a partir del siglo XVIII cuando empezó a germinar la idea de emancipación ligada a una fervorosa búsqueda de identidad. Sin duda, los defectos del sistema administrativo heredado eran muy evidentes. El esquema administrativo nos enfrenta con autoridades de designación directa o indirectamente metropolitana (virreyes, audiencias, regidores) y otras de origen local (cabildos de españoles y de indios); unas y otras ejercen funciones complejas en el gobierno, la hacienda, la organización de tropas y la justicia. Había reformas pero se descubre que éstas no logran disminuir los conflictos institucionales; se desvela que los progresos contra la corrupción de la administración colonial eran modestos.

Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1717-1795) denunció las injusticias sociales y provocó una condena moral de los errores y de los males cometidos por la autoridad colonial:

Su crítica iba sin miedo y se mostraba violenta en la conversación callejera o en el panfleto que circulaba de mano en mano. Nadie estaba suficientemente alto para considerarse libre de la crítica o del reproche del

mestizo audaz, el cual se sentía con ánimos para concertirse en maestro y juez.¹

Juan de Velasco (1727-1792) escribió una historia organizada y completa del Ecuador, que prepara el futuro partiendo de un pasado relevante y de un presente caracterizado por las reivindicaciones de los criollos: “El P. Juan Velasco redactó una historia patriótica: dos amores le obsesionan: el de la tierra en que nació y el de la raza a la que pertenecía.”²

José Mejía del Valle y Lequerica (1775-1813) pertenecía al grupo de hombres que en Quito trabajaba afanosamente para llevar a cabo los proyectos de su maestro Espejo:

América debía ser libre para ser gobernada por los americanos. Debía abolirse viejos prejuicios de raza, de religión y de política. La libertad sería la sombra que cobijara el crecimiento de estos pueblos y la aspiración de sus hombres.³

Otro hombre de Letras que dedicó gran parte de su vida a fomentar ideas acerca de la soberanía y que contribuyó a crear una mentalidad anticolonial es Joaquín de Olmedo (1780-1847):

¹ Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Libresa, 1979, p. 317.

² *Ibid.*, p.375.

³ *Ibid.*, p.478.

Cantor de las guerras emancipadoras; ciudadano austero; de intachable honorabilidad y de conducta elempar.⁴

Motivado y guiado por un sentimiento nacionalista que lo había conducido a buscar las raíces en los orígenes históricos y en la cultura aborígen, luchó junto a Bolívar y San Martín por la Independencia. Según Giuseppe Bellini: “Olmedo es el vate de la nueva América”.⁵

Montalvo (1832-1899), como escritor, sentía tener poder para derrotar a los tiranos. Sabía que al levantar su voz no hería tan sólo a un tiranuelo de su patria, sino que, con tal actitud, se enfrentaba a un mal continental. En *La dictadura perpetua* y en *Las Catilinarias* ilustra el poder de las Letras como arma de combate contra la tiranía, que es un mal que pertenece al mundo de la barbarie. Estas obras denunciaban las atrocidades de Gabriel García Moreno en el poder y atacaban la dictadura de Veintemilla.:

La pluma convence, conmueve, exalta: yo convencí, conmoví, exalté a los jóvenes, y el 6 de agosto fué ‘La Dictadura Perpetua’ la sentencia de García Moreno.⁶

Era consciente del papel de la palabra en la transformación de ánimos y realidades, al mismo tiempo que se sentía orgulloso por haber perseguido al tirano Gabriel García Moreno -personaje importante en la historia del Ecuador en el siglo XIX, que gobernó de forma brutal hasta que cayó

⁴ Ibid., p.601.

⁵ Giuseppe Bellini, *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Castalia, 1997, p. 199.

⁶ Juan Montalvo, *Las Catilinarias*, Quito, Libresa, 1989, p. 104.

asesinado-. También se dirigió al pueblo para avivar los ánimos y motivar los espíritus con el objetivo de censurar la dictadura. Según él, la libertad no se consigue gratuitamente, sino que hay que reaccionar y luchar por ella.:

El único que estaba en capacidad para establecer y mantener la lucha era Montalvo, no solamente por haber puesto la frontera de por medio, sino por manejar una pluma que iría encendiéndose cada vez con mayores fulgores para impulsar a los hombres a la conquista de la libertad.⁷

Aparte del valor literario de su máxima realización artística *Cumandá*, Juan León Mera (1832-1894) defendió a Olmedo, exaltó el pasado indígena y ensalzó los valores históricos y culturales del Ecuador:

No habría exageración en decir que la historia del Ecuador cobra una nueva interpretación a la luz de las sencillas coplas que corrieron entre el pueblo a raíz de los acontecimientos que causaron impresión en las masas populares.”⁸

En *Las tierras del Nuaymás*, de Jorge Ribadeneyra Altamirano, el autor se adentra en el universo de las formas lingüísticas en busca de la novedad, precisamente, para expresar quehaceres y sentimientos. La lucha entre la dictadura militar y los grupos revolucionarios forma el núcleo temático de la novela. El novelista revela los pasos de este enfrentamiento en su componente conflictivo, que surge a raíz de la ambivalencia entre la

⁷ Isaac J. Barrera, op. cit., p. 725.

⁸ Ibid., pp. 817-818.

lucha del pueblo aplastado y los activistas políticos de la burguesía que acumulan poder para su comodidad y para el bienestar de la clase. Para el capitán César Mena, la mejor manera de dominar a un pueblo y contentarlo al mismo tiempo consiste en controlar sus movimientos con autoridad y satisfacer sus necesidades vitales:

Piensa que hay que ganarse a la población con remedios y herramientas y unas arrobitas de semillas, con esas cosas que los campesinos necesitan. En una mano el látigo, en otra la medicina.⁹

Alfredo Pareja Diezcanseco en *Don Balón de Bada* presenta un peculiar despotismo ilustrado y jerárquico que busca la unidad y la cohesión políticas, a través del apoyo de los de arriba:

... sólo podía realizar mi programa desde la dictadura, pero amplia y francamente declarada, con profundo y gran respaldo popular, y no cobardemente disimulada como hacen los faltos de ingenio y de moral.¹⁰

El autor alude al Ecuador como país retrasado, esencialmente agrícola, gobernado por la oligarquía que constituye un verdadero freno a los esfuerzos de los revolucionarios para regenerar las bases políticas y económicas del país:

⁹ Jorge Ribadeneyra Altamirano, *Las tierras del nuaymás*, Barcelona, Planeta, p. 164.

¹⁰ Alfredo Pareja Diezcanseco, *Don Balón de Bada*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960, p. 437.

Recuerda el campo: trabajan los hombres desde las seis de la mañana en rudas faenas, comen mal, uno o dos platos, no saben leer, no saben nada, no perciben jornales sino en víveres con precios escandalosos que fija el patrón y siempre están debiendo al amo y heredan los hijos y los nietos las deudas, verdadera familia de esclavos. ¡Y dicen que no hay problema social en el Ecuador!¹¹

Además, la inestabilidad política y social y el caos administrativo hacen que cualquiera pueda tomar las riendas del poder y manipularlo a su antojo, disolviendo congresos y derogando constituciones:

... en este país cualquier gusano disuelve congresos y se hace jefe supremo, dictador, o Presidente Constitucional, rompiendo la Constitución, que así está hoy de desgraciada y ridícula nuestra patria, vergüenza y calamidad por obra de los canallas y los imbéciles.¹²

Los únicos capaces de salvar a la nación de la inmoralidad de los políticos y del arribismo de los egoístas son los “avanzadistas”: “¡Sólo el avanzadismo revolucionario salvará al país!”.¹³

En *Las pequeñas estaturas* el despliegue de los recursos experimentales resulta eficaz, debido a la carga simbólica de la realidad y de los personajes creados. Éstos vienen retratados como caricaturas y como dibujos animados, cuya función se limita a la representación de una realidad nefasta, caracterizada por la frustración política y social. Pareja Diezcanseco

¹¹ Ibid., p. 130.

¹² Ibid., p.437.

¹³ Ibid., p. 434.

pone al descubierto la ficcionalización de la democracia en un país políticamente inestable: "...de vez en cuando aparecía un salvador que asaltaba el gobierno y hacía nuevas leyes para todo el país."¹⁴ Las constantes luchas entre las fracciones que componen la estructura social aparecen bajo una fuerte mirada crítica de Diezcanseco:

Con tantas desventajas en contra, los hombres ilustres del país tuvieron que pedir en préstamo las ideas para organizarlo y dar coherencia a lo disperso de su despoblada geografía. Pero ocurrió que un bando tomó una parte, y la otra la restante, por lo que, sin el contexto completo, las ideas resultaron contrarias. De ello se produjo una serie de guerras.¹⁵

El autor denuncia a los que se identifican como patriotas y que se auto-enaltecen, sin aportar nada a la patria:

...los patriotas notables de verdad eran conocidos . Y los grandes entre los grandes se contaban en una vuelta de dedos.¹⁶

Demetrio Aguilera Malta en *Canal zone* denuncia duramente la realidad panameña de los principios del siglo XX:

No tenemos –no hemos tenido nunca- ni agricultura, ni industria, ni siquiera comercio, porque éste se halla en manos del imperialismo yanqui, o

¹⁴ Alfredo Pareja Diezcanseco, *Las pequeñas estaturas*, Bogotá, Retina, 1986, p. 14.

¹⁵ Loc. cit.

¹⁶ Ibid., p. 72.

controlado por los comisariatos, o por los japoneses, o por unos cuantos judíos, coolíes e hindúes. Ésta es la realidad, la triste realidad panameña.¹⁷

Gran parte de los ataques del autor tienen su base en la figura de un hábil dictador, que es un títere, sometido a los intereses norteamericanos y que engaña a su pueblo mediante el uso de discursos explosivos y de un enmascarado patriotismo fervoroso:

Panameños: habéis hecho bien en dirigiros a mí en esta ocasión. Mi mayor deseo es vuestra felicidad. Trataré de realizarlo, empeñando todo mi esfuerzo. Los dirigentes de los pueblos tienen, primero que nada, esa santa misión que cumplir. Yo –antes como simple ciudadano y ahora como primer magistrado de la Nación- he dedicado a ella mi vida entera.¹⁸

El mismo autor en *Siete lunas y siete serpientes* habla de la enigmática figura del coronel Candelario Mariscal, “polihomicida”,¹⁹ que es una encarnación tanto del satanismo y la perversión como del matonismo y la brutalidad del militar:

Que el Coronel gozó satisfaciendo su hemofagia en tal familia. ¿Era hambre y sed de sangre únicamente? ¿O, también, era el placer de la hemoscopia? Sangre. Siempre sangre. La sangre de los Viejos. Y la sangre de las Chicas. Pura Sangre.²⁰

¹⁷ Demetrio Aguilera Malta, *Canal zone*, México, Joaquín Mortiz, 1977, p. 40.

¹⁸ *Ibid.*, p. 106.

¹⁹ Demetrio Aguilera Malta, *Siete lunas y siete serpientes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 312.

²⁰ *Ibid.*, p. 43.

El coronel no lucha por defender a la nación o por establecer un terreno propicio para la justicia, sino por el propósito de obtener ventajas personales y adquirir riquezas. Su conducta sanguinaria hace que el pueblo lo considere “uno de los más asiduos sembradores de tumbas.”²¹

A pesar del despotismo y la falta de principios, las posibilidades de arrepentimiento y redención no se agotan nunca y la reconciliación, como vía pacífica de salvación, demuestra que “El problema no es de poder y riqueza sino de conciencia y conducta”.²² El despotismo y la voluntad omnímoda conducen a una desenfrenada ola de vandalismo y a la pérdida de los valores morales

La imagen antropófaga que retrata al soldado común y la exploración de sus andanzas es un tema constante para muchos escritores ecuatorianos. Ninguno ha tratado el tema en un nivel más humano que Jorge Icaza. Su novela *En las calles* destaca, entre otras cosas, la capacidad destructiva de los soldados y refleja sus acciones expurgatorias frente a la resistencia:

Ciegos de coraje ante la testarudez y el atrevimiento que no cesaba de arrojar piedras, los señores Oficiales ordenaron disparar. Una... Dos... Cien veces. Las que hagan falta.²³

²¹ *ibid.*, p. 125.

²² *Ibid.*, p. 315.

²³ Jorge Icaza, *En las calles*, Buenos Aires, Losada, 1964, 124.

Según Icaza, los conscriptos no se encuentran mentalizados para discernir entre lo bueno y lo malo, ni están posicionados para emprender las luchas por la justicia o por la patria:

... el cholero del campo y de la ciudad se precipitaba contra los guardianes del orden público, arrojando piedras y gritando:

-¡Viva la democracia !

-¡Vivaaa !

-¡Viva la Constitución !

-¡Vivaaa !

También el señor oficial al ordenar fuego, profundamente emocionado, exclamó:

-¡Viva la Constitución!²⁴

Estos soldados no pueden adaptarse a la vida de los cuarteles porque funcionan como instrumentos en manos de sus superiores. Se convierten en máquinas de matar, incluso contra sus familiares y amigos:

”¡Carajo! Ahora he sido yo... Yo mismo... Mis manos... Mi crueldad... Igualito...”, se dijo el cholo, y algo de esa hedionda y oscura tragedia que le rodeaba ganó su angustia desgarrándole el alma.²⁵

Humberto Salvador en *Noviembre* analiza el tema desde otra variante cuando pone en boca de los representantes de las capas bajas de la

²⁴ Ibid., p. 184.

²⁵ Ibid., p. 125.

sociedad comentarios que señalan que el ejército en las luchas por la Independencia vivía de las hazañas de los verdaderos combatientes que se sacrificaron para la consecución de una meta tan noble como es la Independencia. Este ejército que, en un momento dado, era sinónimo de gloria y esperanza se desintegró a causa de sus acciones malélicas e inmorales. A este desenmascaramiento del ejército se añade el empeño del novelista en destapar la vida de los gobernantes:

“Noviembre” es una buena novela de Humberto Salvador, la única que nos ofrece el cuadro de un momento político de nuestra vida nacional, adentrándose hasta los secretos del gobierno, descorriendo los velos palaciegos e íntimos de una tiranía que constituye un mal recuerdo en la mente de todos los ecuatorianos.²⁶

El empobrecimiento del pueblo, el derramamiento de la sangre, los atropellos, los encarcelamientos, la delación, la prostitución caracterizan la vida tanto en Quito como en Guayaquil en un día de noviembre, considerado mes del despotismo.

El éxodo de Yangana de Ángel Felicísimo Rojas habla de un pueblo andino, explotado y perseguido por las fuerzas del poder:

Con todos estos antecedentes, ya puede colegirse hasta dónde llegará el respeto que inspira a la población de Yangana la autoridad de la

²⁶ Edmundo Ribadeneira, *La moderna novela ecuatoriana*, Quito, Editorial Universitaria, 1981, p. 154.

ley y la tutela del Estado. Y el concepto que les merece la moralidad política y administrativa del gobierno y sus representantes.²⁷

La novela narra la heroicidad de este pueblo en un tono épico narrativo, que subraya el aspecto ideológico y la justicia como valores naturales que ocupan un lugar destacadísimo en el desarrollo de los hechos:

Hemos recibido de nuestros mayores un patrimonio de experiencia, de tolerancia y de trabajo, que deseamos conservar y defender para nuestros hijos... Si alguien viene, utilizando las malas artes de allá, a pretender despojarnos de lo nuestro, nosotros tenemos que defendernos atacando... Y si la autoridad, en vez de estar de parte de quien tiene la razón, sirve a quien la paga y la corrompe, tenemos que defendernos de la autoridad atacándola.²⁸

Jorge Enrique Adoum intenta en *Entre Marx y una mujer desnuda* la reconstrucción paleopolítica de una generación desarraigada por las atrocidades de la dictadura y la fragmentación espiritual de la sociedad hispanoamericana:

Aquí, contra lo que pudiera creerse, esa novela voluntariamente invertebrada, acaso es la que realmente corresponde a una sociedad como la nuestra, no amalgamada, hecha de superposiciones y asimetrías de ideas, costumbres, culturas, razas, llena no sólo de fisuras sino de vacíos.²⁹

²⁷ Ángel Felicísimo Rojas, *El éxodo de Yangana*, Quito, Libresa, 1989, p. 134.

²⁸ *Ibid.*, p. 247.

²⁹ Jorge Enrique Adoum, *Entre marx y una mujer desnuda*, México, Siglo XXI, 1987, p. 118.

La dictadura se beneficia de esta situación y recurre a la retórica para envenenar el cuerpo social, acabar con los derechos legítimos de los ciudadanos y poner freno a la manifestación de la libertad:

... porque no nos enseñaron esa manera de conquistar la libertad, no aprendimos esas nociones, no fue eso lo que me-nos enseñaron desde el comienzo, sino que debíamos estar orgullosos de mi-nuestra aldea, es decir, la patria, así, en abstracto, lo cual nos llevó no sólo a hacer burla de la patria de otros con sus luchas y sus mártires, sino también a hacer el ridículo.³⁰

La soberanía, la identidad, la jerarquización social, la dictadura y el imperialismo forman un eje semántico en el texto, el cual responde a la voluntad del escritor que quiere denunciar plagas sociales y males políticos.

Tiempo de muñecos, de Pedro Jorge Vera, se estructura sobre dos ejes temáticos inseparables. Por un lado, se encuentran los indios esclavizados y desintegrados en la sociedad, debido a la desigualdad y la crueldad que sufren. A pesar de todo, mantienen grandes esperanzas de redención:

Encadenados al surco como bestias, o domesticados igual que los perros y los gatos, ultrajados siempre, no habían perdido, sin embargo, su voluntad de ser.³¹

³⁰ Ibid., p. 278.

³¹ Pedro Jorge Vera, *Tiempo de muñecos*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 99.

Por otro lado, las veleidades pseudo-revolucionarias del derrotista Alberto Velásquez durante la Guerra Civil Española. De esta guerra quiso huir para buscar otra salida en su país natal, mediante su afiliación política: “... él tenía que partir esa misma noche, dejarlo todo, desaparecer de la batalla española para incorporarse a su batalla propia.”³²

Por otra parte, el joven indio Lasso, cuyos estudios de abogacía fueron costeados por la comunidad indígena, descubrió después de varios años de ausencia que el indio sigue arrastrando los efectos de la explotación y del deterioro moral y material:

Todo disminuía más a los indios.

Los vió escondidos como ratas en sus chozas. Pasaban los patrones y venían otros nuevos, años de bonanza o años de sequía, tractores modernos o arados primitivos, cambiaban los Presidentes en el palacio de Quito: peor, siempre peor: era la ley implacable.³³

Gustavo Alfredo Jácome en *Porqué se fueron las garzas no se olvida* de la raza india masacrada por un sistema cruel y explotador, que saca sus fuerzas de distintas dictaduras y del intervencionismo estadounidense:

Eso era para morir de risa. Ajajay, carajo. Un endígena, un doctor endígena, un doctor rector endígena, sentado en silló, mandando a mishos, moltando a mishos, jodiendo a mishos. Esto queríamos ver, carajo.³⁴

³² Ibid., p. 35.

³³ Ibid., p. 49.

³⁴ Gustavo Alfredo Jácome, *Porqué se fueron las garzas*, Otavalo (Ecuador), Editorial “Gallocapitán”, 1979, p. 42.

El propósito del novelista reside en defender los valores sociales del indio, destacar sus aspiraciones y resaltar su grandeza en América Latina:

Nosotros, los indios, en la América Monumental. Desde Machu-Picchu y Tikal, Ingapirca y Teotihuacán, hasta San Francisco de Quito y el edificio Cofiec.

Nosotros, los indios, “ángeles de andamio” y “velorio de albañil”.³⁵

Carlos de la Torre Reyes intenta en *...y los dioses se volvieron hombres* intentar combinar la mitología helénica con las simbolizaciones socio- políticas de una sociedad corrupta, encabezada por un dictador respaldado por una corte de fantoches ocupados, únicamente, por la multiplicación ilegal de sus riquezas y el reparto fraudulento del poder:

El pequeño gran mundo en el que el poder operaba con sus invisibles y absorbentes redes contaba con un implacable registro en el que era fácil identificar a los actores, autores, cómplices y encubridores de una época que giró, directa o indirectamente, en torno a la omnímoda voluntad de un dictador³⁶

Un profundo pesimismo es la nota predominante al final de la novela, debido a la eternización del militarismo en el poder, al chantaje, al clientelismo político, a la represión y a la inflación: “En este sistema de vida que se

³⁵ Ibid., p. 217.

³⁶ Carlos de la Torre Reyes, *.. y los dioses se volvieron hombres*, Barcelona, Bibliograf, 1981, 241.

derrumba, los dioses, sin merecerlo, nos han concedido un sádico equilibrio...”³⁷

Como hemos podido ver, el tema de la dictadura en la novela ecuatoriana reviste gran emoción y atracción. El número de obras que se refieren al caso es copioso. Prácticamente en todas ellas, los gobernantes son responsables directa o indirectamente de torturas, encarcelamientos, injusticias y muertes. El genio del dictador se materializa en dotar a su estilo de gobierno de los recursos psicológicos más desarrollados, de manera que se alternan la agresividad y la sutileza. Para ello, se rodea de excelentes redactores y técnicos que saben cómo explotar todos los medios posibles para cada circunstancia.

Los rasgos psicológicos que estimulan la energía criminal de los dictadores forman un conjunto muy complejo: sed de poder, vanidad y soberbia, narcisismo herido que busca su compensación en la sumisión de los gobernados y en la adulación general. El objetivo primario del dictador no consiste en la destrucción de un grupo social o de unos individuos determinados, sino en el control a través de la intimidación de un universo dado; es decir, se busca el control a través del miedo y de actos de destrucción.

Ahora bien, la elección de las obras en las que se basa el análisis de este trabajo se revela completamente intencionada y motivada por una serie de factores. No interesan únicamente a ecuatorianos, para quienes son

³⁷ Ibid., p. 353.

señales que advierten de lo arduo y lo complejo que es el problema de la dictadura y la organización política en el país, sino que superan las fronteras, incluso las de Hispanoamérica, para alcanzar la universalidad. Ésta no radica sólo en el manejo de la semántica artística que encierran las novelas, sino en la apreciación y la envergadura del tema tratado que, sin duda, se considera uno de los más importantes que puede preocupar a los pueblos.

Podemos, entonces, calificar el interés que poseen de universal. La universalidad, en este caso, abarca una doble proyección: ideativa (alcance mayor de los valores humanos) y formal (realización estética pluridimensional). Pero esta universalidad no se consigue a costa de la propia identidad de los autores, ni a costa de la autonomía de sus obras, que quedan integradas en el sistema de vida y pensamiento ecuatorianos. El resultado es el producto de una combinación entre originalidad y universalismo. Esta homogeneidad garantiza la calidad de estas novelas y afirma, por consiguiente, que la literatura ecuatoriana no es “periférica”, sino que se caracteriza por su fecundidad.

No nos hemos fijado en la vida personal de los novelistas, ni nos ha llamado la atención la trayectoria literaria de cada uno, sino la trascendencia y el relieve que cobran sus obras. Abarcan una actitud en la vida antes que una ideología: se prohíbe todo uso autoritario y despótico del poder, que sea individual o colectivo. En ningún momento se temen las maniobras de los que abusan de él, ya que la defensa razonable de los derechos es necesaria

para recuperar el sentido de la vida. Aquí es donde se nota la reacción combativa de los que utilizan el poder de la palabra como medio para defenderse de las injusticias y como instrumento para desvelar las barbaridades de las dictaduras. Se trata de una barrera infranqueable que recurre a la lógica y a la razón, y que se une a la conciencia popular para frenar las atrocidades de la realidad dictatorial. Con el poder de expresión se quiere llegar a una concepción concienciada y racional que analice los efectos negativos de la dictadura y que luche contra sus peligros.

Todas las obras que hemos mencionado nos invitan -estudiantes, profesores, periodistas, sociólogos y políticos- a apreciar la oposición popular e intelectual como factor capaz de levantar los ánimos y de avivar las conciencias adormecidas, y como instrumento eficaz para acabar con las peores dictaduras. Este tema ha sido elaborado con maestría y singularidad en cada una de estas creaciones literarias que, por sí solas, reflejan una verdadera preocupación por el orden político y social establecido durante décadas en el Ecuador. Presentan, pues, una continuidad de la tradición literaria relacionada con la lucha contra los regímenes autoritarios, a la vez que buscan la resurrección de los principios universales como: la libertad de decidir sin necesidad de propagandas demagógicas, la lucha armada, el poder combativo de la palabra, el levantamiento popular, la justicia social... Estos valores, pisoteados y violados por los “poderes de hecho”, vuelven a ser protagonistas en estas obras, cobrando mayor peso y mayor relevancia.

Además, tienen como rasgo distintivo la característica de revelar, explícitamente, la morfología del personaje en sus vivencias íntimas, en sus contactos interpersonales, en sus comparecencias públicas, en sus caprichos, en sus fobias, en sus declaraciones, en sus carencias, en los estados patológicos y en sus locuras. En este sentido, ofrecen un auténtico retrato fisonómico, psicológico, literario y extraliterario de los personajes para cristalizar sus conductas, sus razonamientos, sus predilecciones, sus pensamientos, sus manías y sus debilidades.

No hay que olvidar la pasión por el diálogo como recurso inherente que cumple con la función de identificar al personaje, descodificar su personalidad y desvelar la realidad de los hechos. Por otra parte, no hay lugar a sorpresas, ni a criterios ilógicos en la construcción narrativa. Los textos son una herramienta forjada muy sugerentes y ricos en lo que se refiere tanto a la expresividad de las imágenes como a la coherencia argumentativa.

La singularidad y la fecundidad de estas obras residen en que coinciden en crear una conciencia y una sensibilidad homogéneas al tiempo, sin discurrir por los temas políticos. No llaman a fervorizar a las masas, ni quieren depositar los gérmenes de una sublevación popular, ni incitan al partidismo político. Tampoco proporcionan programas que se adapten a necesidades ideológicas, ni muestran ingredientes para formar doctrinas. Se

cimentan en los valores humanos y potencian los intereses comunes para permitir la reconstrucción de la vida social.

Todo lo dicho nos anima a considerar oportuno analizar estas obras en conjunto, como una especie de trilogía, y no individualizarlas. Ofrecen una cadena de referencias condensadas en el tema de la dictadura y merecen ser tratadas con atención e interés. En todas ellas hay un placer estético (lenguaje vitalizador y humanizador) y un entusiasmo por las ideas (conceptos, imágenes y procesos lógicos), válidas para toda clase de lectores. Según nuestro modo de ver, se encuentran aventajadas por este doble interés que engloban.

II. DICTADURA-PRESIDENCIALISTA Y PODER
DEMAGÓGICO EN *EL PUEBLO SOY YO*

II. 1. REALIDAD O FICCIÓN

¿En verdad fue Vera un observador del mundo circundante o un creador de una realidad?. ¿Describió con exactitud la realidad de la época, o lo que ofrece nace como producto de su fantasía o imaginación?.

El pueblo soy yo es una de las novelas más ricas de toda la serie, en cuanto que se revela como una investigación dentro de la historia del Ecuador. Se torna inevitable al tratar con una figura histórica como el doctor Velasco Ibarra, inseparable de su país y de su tiempo. Inspirado en "la vida pública" de este personaje histórico, Vera escoge una gran número de información histórica entremezclada con la realidad literaria, en un primitivo intento de presentar al Presidente, González Tejada en la obra, simultáneamente desde varios ángulos.

El autor diseña un retrato de altísima calidad del Presidente en su novela. Su personalidad abre camino a la percepción de la dualidad de un hombre culto al lado de un temperamento "chauvinista" hispanoamericano, que termina por presentar síntomas de ruptura con el mundo de la razón.

Por lo que respecta a la sociedad, la visión sostenida por Vera a través de la novela se limita a expresiones despectivas, acusaciones en torno al comportamiento de sus dirigentes y gente común, a recriminaciones sobre la debilidad del pueblo, incapaz de "fabricar" a un líder conductor que haga frente a los hombres del poder y a la ineptitud de éstos para responder

con audacia a los problemas. Su finalidad se materializa en que el poder tiene que estar, en última instancia, en manos del pueblo, y únicamente estará delegado en ciertos hombres; en los gobernantes que ostentan el poder. Para una realización cabal y correcta de su misión, estos hombres tienen que representar la voluntad del pueblo y en ningún momento deben pensar en la instauración de un poder totalitario contrario al ideal de justicia y libertad. No son los “amos del pueblo”, sino sus servidores.

En lo que al pueblo se refiere, su preparación mental y su educación política (condiciones esenciales para alcanzar una perspectiva adecuada del progreso) son de trascendental importancia para evitar que se coloque voluntariamente en una posición de servidumbre para con los gobernantes.

Pedro Jorge Vera intenta alcanzar una comprensión de su país en el siglo XX, insistiendo en la época velasquista, que ha caracterizado de manera profunda y total la vida política, social y económica de una buena parte del siglo XX y ha dejado un gran impacto a nivel histórico y humano. La novela se vuelve historia, ensayo, aunque permanece siempre en el ámbito de la creación literaria que es, al fin y al cabo, una ficción. En algunos momentos, la literatura y la historia se hermanan y se fusionan dentro de una relación estrecha que los hace inseparables; en otros se atenúan, y ello corresponde al plan inicial veraniano de escribir una historia ficcionalizada con una clara inspiración en hechos reales.

Por otra parte, dos procedimientos saltan a la vista: uno consiste en cómo ficcionalizar la realidad descrita por Vera; y otro, el de saber cómo y a

través de qué concepciones y métodos lo consigue. Lo primero equivale justamente a una verificación objetiva; lo segundo a un problema del proceso creador del autor. La discusión en torno a si Vera es un observador o un visionario toca sólo la superficialidad más elemental del autor y su obra. Él elabora una imagen rica, compleja, pero fundamentalmente realista de su mundo. No vaga en el laberinto de las fantasías surrealistas que confunden el mundo exterior de la realidad con el interior de la imaginación, de los sueños, de las pesadillas, sino que su obra está esencialmente centrada en el mundo, entremezclando sus personajes en un rico mosaico en el que predominan los acontecimientos y la historia. En efecto, uno de los temas constantes y favoritos que destaca es el poder y la forma con que es adquirido y utilizado por individuos e instituciones u organismos. Se trata de un tema cultural y político de las Letras Hispanoamericanas.

La cualidad que permite a Vera ofrecernos un cuadro palpitante de un sistema político, de sus elementos sustitutos y del pueblo en un momento determinado de la historia de su país no es la de un observador preocupado sólo por la reproducción rigurosa y por el análisis pormenorizado, sino de un creador inspirado: "Este libro no es historia, pero está inspirado en la historia y envuelto en ella."¹ Esta cualidad que extiende su imperio desde los orígenes subconscientes de la obra a las últimas correcciones de la misma, pertenece a su poderosa capacidad de imaginación, a la espontaneidad y a

¹ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, Quito, Planeta, 1989, p. 7.

la personalidad, estimulada por su propósito de revelar una auténtica vida con visión unitaria y globalizada.

El autor de *El pueblo soy yo* reúne magistralmente las cualidades de observador para matizar las dimensiones de la realidad que le es percibida como una materia extensa y profunda, susceptible de recibir cambios. En términos específicos, Pedro Jorge Vera produce una visión idiosincrásica de la dictadura al subrayar la relación tripartita que une al Presidente-Dictador con la oligarquía y la institución militar. El novelista no enfatiza las acciones de un solo hombre en el papel de dictador como una característica dominante, sino más bien da peso a la concatenación particular de oportunistas que no quieren asaltar el poder directamente, sino sacar sus frutos en el anonimato. Son gente sin escrúpulos que se apoderan de hombres incorruptibles y morales para valerse de sus conocimientos y cualidades, y hacer prosperar sus propios intereses personales.

A través de *El pueblo soy yo*, Vera dirige una crítica mordaz a la oligarquía y a la clase militar y política que carecen de madurez política y no son capaces de asumir deberes de alta magnitud porque se dejan llevar por su egoísmo y su irrefrenable deseo de poseer y conquistar riquezas sin tomar en consideración los llamamientos de la razón. El resultado es un país sumergido en el caos a merced de las arbitrariedades individuales, cuyo poder central no cobra interés ni muestra signos de vitalidad, ocupado por un títere con una sola finalidad que es mantenerse en el poder, pero no con el fin de aprovecharlo como una parcela familiar e individual.

La caída continua de los niveles de vida justifica la falta de criterio técnico-administrativo del Presidente quien, invadido por el temor de perder su puesto, no duda en utilizar la fuerza contra los manifestantes y pactar con los militares. Incluso se ha atrevido a abolir la constitución y autoproclamarse dictador con la excusa de eliminar el caos y restablecer el orden.

II.1.1. LA HISTORIA COMO FACTOR DE INSPIRACIÓN AL SERVICIO DE LA FICCIÓN

Mientras en la novela tradicional, a través de una serie de datos, el autor intenta dar la impresión de realidad (mimesis) para reproducir el mundo existente no sólo en la apariencia sino también en sus nexos subterráneos, *El pueblo soy yo* expresa la sensibilidad del autor y traduce la conciencia de su contemporaneidad al enfocar la crisis de una cultura institucionalizada y una civilización mecanizada, desvinculada del hombre.

A través de la novela, Pedro Jorge Vera presenta una visión particular que pone en evidencia las carencias del pueblo y fija las modalidades de esta percepción en diversos aspectos de la trama novelesca con la intención de crear un mundo por la palabra; ésta refleja la esencia de una nueva realidad. La palabra, en este contexto, se considera un medio instrumental que traduce un contenido, es decir, ofrece la posibilidad de designar algo. Si se ve forzada y no consigue ejercer legítimamente su función, corre el mismo destino que la vida individual y social.

El pueblo soy yo está condicionada por la realidad que nombra y define sus objetos al mismo tiempo que fundamenta las conductas y valores de sus personajes. Por eso, generalmente, para conocer las características de un país o de una época recurrimos a sus escritores. Además, para hablar de una literatura nacional es preciso que los asuntos sean propios y reales, que se refieran a su historia, a sus costumbres, a sus hombres, a sus tradiciones, a su carácter, a su geografía, a sus leyendas, a sus aspiraciones y a sus experiencias. La expresión literaria para florecer no necesita coincidir con las tendencias políticas del grupo gobernante o con los intereses del Estado, sino que está ligada a la responsabilidad del escritor, como vemos en esta novela.

Pedro Jorge Vera analiza las cuestiones y da soluciones en relación con su cultura y en conexión con su sociedad. Es una antena receptora, elaboradora y transmisora de ideas en relación vital con su mundo, ya que de él alimenta sus fuerzas y hacia él vierte sus energías. De ahí que, la presencia y la labor del escritor ecuatoriano, autor de *El pueblo soy yo*, se explican dentro de esta correlación: cultura y sociedad; y como estos dos elementos son realidades que no permanecen firmes e inalterables, también los recursos del escritor se reformulan y se acomodan a estas dos coordenadas.

Como veremos, la novela no es una interpretación del desarrollo de la sociedad, ni es una representación enciclopédica de la historia, sino que cristaliza una elaboración nueva de la realidad.

Desde la publicación de *Amalia* en 1851 por José Mármol hasta la publicación de *El pueblo soy yo* en 1976 por Pedro Jorge Vera, ha pasado un siglo y cuarto sobre Hispanoamérica. Muchos aspectos han cambiado de rumbo con transformaciones radicales sufridas, tanto en el mundo de la literatura como en otras dimensiones. En literatura se ha pasado de la ilusión y del poder esperanzador que marcan las pautas de una literatura incipiente a un nivel floreciente de alto nivel expresivo y muy estilizado.

Rosas, en *Amalia*, encarna la maldad y la materializa con gran habilidad. Mármol insiste en el intenso ambiente de terror que sufren los argentinos, sobre todo, las masas desheredadas:

La óptica y su imaginación, sin embargo, se habían combinado para representar, bajo el prisma de una ilusión, la verdad terrible de ese momento. Sí; porque en ese momento bebía sangre; sudaba sangre y respiraba sangre; concertaba en su mente, y disponía los primeros pasos para las degollaciones que debían pronto bañar en sangre a la infeliz Buenos Aires.¹

El autor considera al pueblo, expuesto constantemente a las humillaciones de las tropas de Rosas, como víctima de la dictadura. El dictador consigue imponerse y mantenerse en el poder debido a la implantación del miedo en cada uno de los hogares de Argentina que, equivocadamente, esperan de su gobernante la organización de una sociedad estable y desarrollada:

¹ José Mármol, *Amalia*, La Habana, Casa de las Américas, 1976, p. 430.

Rozas tiraniza a cada familia en su casa, a cada individuo en su aposento; y para tal prodigio no necesita, por cierto, sino un par de docenas de asesinos.²

En *El pueblo soy yo*, quien ocupa el último rango de la estructura del poder es el pueblo que no habla, pero espera que su dirigente hable por él, y que demostradamente está dispuesto a dar crédito excesivo a quien sepa formular teorías acerca del bienestar y concretarlas en la realidad.

En estas dos novelas la presencia y la participación política del pueblo es prácticamente inexistente. El reconocimiento de un Jefe se funda en la necesidad de los hombres en admirar a un modelo, a un padre ideal, particularmente, en un momento de crisis.

Delineada como una pieza teatral en cinco actos y cuatro intermedios, *El pueblo soy yo* de Pedro Jorge Vera pone de relieve el juego político de individuos sin escrúpulos que se disputan los privilegios del poder e instauran un peligroso y manipulado sistema de gobierno. La venalidad, el nepotismo más descarado y la corrupción de los políticos y empresarios privan de toda credibilidad a un régimen tambaleado con una base muy floja para poder gobernar con autoridad e independencia. Para Pedro Jorge Vera, la espectacularidad del aspecto político y su irrupción en la vida social ecuatoriana ha sido siempre un foco de interés personal, imprescindible para la relación novelesca.

² Ibid., p. 180.

La acción política, la eternización del poder, el juego de intereses públicos y privados que se mueven alrededor de los grandes personajes, que han marcado con su sello la vida ecuatoriana de los años del velasquismo, y su ingerencia directa e indirecta en el mundo privado de los personajes imaginarios se considera el punto clave que domina los rasgos constitutivos de esta novela. En ella, González Tejada es un abogado de sólida preparación intelectual, con estudios en Ciencias Políticas y Sociales en la Sorbona, y con conflictos personales bastante destacados: incapacidad sexual, demagogia, lucha política, enfrentamientos con el pueblo, cansado de sus palabras, tensiones con el ejército que exige el poder, luchas con los políticos que le tienden redadas.

Las referencias personales al aspecto físico del protagonista González Tejada -"flaco, alto, nervudo, parco en el yantar y el abstemio absoluto"-³ confirman la alusión a Velasco Ibarra. En la obra, a través de la voz de la omnisciencia del narrador que quiere ser dios de su empresa, el punto de mira del Presidente no subraya el poder para enriquecerse o despilfarrar fortunas, sino que su misión consiste en salvar a la patria y encarrilarla por las rutas de la deseada civilización. Confía en sus poderes, convencido de sus fuerzas para edificar la grandeza del pueblo: "El poder es mi meta, Dios me ha hecho para mandar en beneficio de mi gente".⁴ Su permanencia en la presidencia radica en su oratoria; sin embargo, el militarismo despiadado con ansias devoradoras de poder persigue su

³ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op.cit., P. 14.

⁴ Ibid. p. 69

existencia y constituye su sombra trágica. El pueblo, por otra parte, se desengaña: "Qué lindos discursos, ¿Pero para qué? ¿Si no bajan las papas?".⁵

Entran en escena también los ambiciosos políticos, codiciosos y sedientos de poder, como un factor que teje el fracaso de González Tejada. El novelista va señalando las caídas del Presidente sucesivamente con el consabido regreso del "Gran Ausente".

Se nota a partir de lo ya dicho que la obra está concebida desde una relación de fuerza entre el creador y el personaje ficticio. La conciencia, las motivaciones y la energía inspiradora forman un conjunto de factores poderosos en el proceso creador. Esta energía que le impulsa a intentar definir la realidad histórica para su elaboración artística es análoga al poder de su propia criatura (González Tejada) sobre la realidad social y política de su entorno.

El poder del novelista emana de sus creaciones que dominan nuevas parcelas para la imaginación, lo mismo que el hombre de acción que crea nuevos valores a través de sus conquistas materiales. Tanto el hombre de acción como el novelista, a través de la "omnisciencia", quieren ser dioses. Vera establece una relación de fuerza con el personaje ficticio de la novela. Este proceso de acercamiento e interiorización en el personaje, que incide en su intimidad, determina el curso de su vida y la vida de otros hasta tal punto que no son ellos los que gobiernan sus destinos, sino que son

⁵ Ibid., p. 39

arrastrados por la gran corriente de esos acontecimientos que dan fisonomía a una época de cambios, contradicciones y hondas frustraciones.

¿Cuáles son los hechos históricos claves que funcionaron como inspiración y que condujeron a Vera a escribir esta novela? Si partimos de la división generacional que ha establecido Juan Valdano, Pedro Jorge Vera pertenece a la primera vertiente de la generación de 1944 que va de 1914 a 1929. La segunda vertiente va de 1929 a 1944. El área de influencia de la primera vertiente generacional se abre en 1944 y termina en 1974, mientras que la segunda se inicia en 1959 y concluye su presencia en 1989:

Límites de influencia: la primera vertiente generacional influye de 1944 a 1974; y la segunda de 1959 a 1989.

De la vertiente de 1944 son: Adalberto Ortiz (1914); Pedro Jorge Vera (1914); Carlos Bazante (1914); Alejandro Carrión (1915)...⁶

Dos acontecimientos históricos acaparan la atención de estos hombres: la invasión peruana de 1941 y la humillación nacional por la imposición del Protocolo de Río de Janeiro en el año siguiente. Juan Valdano enumera algunas semejanzas entre esta generación y la generación española del 98, sobre todo en lo que se refiere a la ruina nacional y a la degradación de los valores sociales y políticos.

Conscientes de la esterilidad de un mundo desacralizado, tanto la generación del 98 como la del 44 han desarrollado una labor de

⁶ Juan Valdano, *Ecuador: cultura y generaciones*, Quito, Planeta, 1985, p. 119.

regeneración y salvación con su actividad rebelde e iconoclasta para volver a los valores y agarrarse a los orígenes que son el fundamento. La Segunda Guerra Mundial viene también a reforzar en estos hombres su vocación de fraternidad, solidaridad y amor como principios que deben reinar en un mundo devastado por los conflictos.

En 1941 el Ecuador sufre una humillación tras la invasión peruana y la firma del Protocolo de Río de Janeiro en 1942. La juventud ecuatoriana, al ver que el panorama es desesperanzador, le tocó iniciar su camino en un mundo sin valores firmes a que referirse. En esta búsqueda de valores encuentra al hombre que quiere alejarse de las ideologías que lo hunden y lo deforman. Políticamente, hizo su aparición José María Velasco Ibarra quien consiguió con una dosis considerable de carisma y mediante sus fogosos discursos, reiterativos y de grandes promesas que, en su mayoría, permanecieron incumplidas, llegar cinco veces al poder y lograr que gran parte de la población lo considerara una esperanza de mejora de la situación socio-económica del país. Su política siguió un rumbo oportunista, oscilante entre izquierda y derecha. Su estilo fue espontáneo y caótico, no buscaba en la política el origen de todos los problemas, sino que éstos eran de índole moral.

Entre los jóvenes de la segunda vertiente cabe destacar: Miguel Donoso Pareja, Eugenio Viteri, Agustín Cueva Dávila, Antonio Sacoto, Abdón Ubidia. Los miembros de esta generación han vivido de cerca el velasquismo como fenómeno político dominante durante este periodo de la historia del Ecuador: todos han crecido durante el velasquismo y han

descubierto sus mecanismos, lo que no impide su fraccionamiento político e ideológico.

Vera califica con precisión el estado de crisis que sufre el Ecuador y resume de manera totalizadora la situación de atraso que lleva arrastrando el país desde el pasado:

Puesto que crisis significa falta, carencia, escasez, el pueblo ecuatoriano ha vivido en crisis permanente a través de toda su historia.⁷

Crisis medio-ambiental, crisis del sistema monetario, crisis energética, crisis política, crisis social, crisis económica... Ecuador está sumergido en un mundo de crisis, agigantado espantosamente por conflictos y luchas sociales. Este país adolece de muchos problemas políticos, económicos y sociales que, de una manera inevitable, crean condiciones de dependencia que bloquean el desarrollo y lo ubican en un orden de atraso y anacronismo. Por otra parte, este país queda integrado en el sistema de vida y pensamiento occidentales. Pero la concesión del premio Nóbel de la paz a la guatemalteca Rigoberta Menchú —y, a través de ella, a todas las minorías indias— recuerda que el proceso de occidentalización no fue —y sigue sin serlo— ni armonioso, ni integral. En efecto, el universalismo se consigue, en parte, a costa de la propia identidad.

Para la nación ecuatoriana mutilada por interminables procesos de transición y gestación políticas, la literatura y la historia han mantenido

⁷ Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida*, Quito, Voluntad, 1993, p. 32.

siempre lazos de descubrimiento y de reflexión acerca del ser y el porvenir del pueblo. Han sido a lo largo de la historia los patrocinadores de su destino y elementos nucleares para aclarar su origen y exteriorizar los aciertos y fracasos, las ilusiones y desilusiones. Precisamente, es en los campos de la literatura y la historia donde florece la historia de las ideas en el Ecuador. Gracias a estas dos ramas, el hombre ecuatoriano ha conseguido elaborar una visión del mundo donde vive y configurar, como siguiente etapa, una imagen de sí mismo.

La actitud de Vera, dentro de esta labor de gestación, radica en un planteamiento filosófico contemplativo de los cambios ocurridos en la vivencia existencial del hombre (problemas, quehaceres, deseos, ilusiones, frustraciones, esperanzas...); es decir, ideas que nacen de la propia realidad y que no se encuentran ajenas a la existencia del hombre, prueba de ello es *El pueblo soy yo*. Esta novela es una descripción viva de acontecimientos ocurridos en un momento histórico de la vida del Ecuador. En verdad, no aparece el nombre del país, hecho común en todas las novelas de la dictadura; pero a través de unos indicios, que desarrollaremos en su debido momento, se nota con claridad que las acciones se desarrollan en el Ecuador. El novelista se ha propuesto dejar un documento literario de su tiempo al dar un testimonio de lo visto. Observamos en la obra una visión afirmada en el detalle realista, desarrollada con invención artística que tiende siempre a lo verídico para dar al personaje y a la situación la sensación de una realidad actualmente vivida.

La inexistencia de la deformación sistemática de la estructura de la obra es otra de sus características: sus personajes constituyen una sola fuerza; simplemente que a medida que la novela avanza conocemos otras facetas de su personalidad ya esbozada en las primeras páginas, que en nada la distorsionan, antes por el contrario, la complementan.

Como Sarmiento, que ha escrito una historia de Facundo Quiroga, Vera sigue los mismos pasos escribiendo una historia de Velasco. Por el contrario, la actitud de Valle-Inclán ante el tema de la dictadura se muestra superficial en el momento de valorar la temática. La sociedad valleincliniana no responde a la visión trágica de Mármol, de Carpentier o de Rómulo Gallegos por diversas razones: Valle Inclán ha sido un simple viajero que ha basado su texto en fuentes informativas; factor que no le permite comprenderse con Hispanoamérica, es decir, con su esencia. El resultado de este enfoque se materializa en la creación de una obra con aspectos formales más notables que cualquier otro elemento. Ricardo Navas Ruiz corrobora lo dicho cuando afirma que "Mármol y Asturias beben en fuentes vivenciales",⁸ mientras que

...Valle-Inclán no acude a historias o crónicas americanas sobre dictaduras americanas, sino a historias o novelas españolas sobre un personaje español. Esto significa, por de pronto, que el novelista arranca

⁸ Ricardo Navas Ruiz, *Literatura y compromiso*, Sao Paulo, Universidad De Sao Paulo, Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, ¿1962?, p. 58.

de un plano no real respecto a la temática de la obra que no es sino la situación de una nación americana bajo la tiranía de un general⁹

Y añade:

su labor primera consistirá en conseguir un horizonte verosímil partiendo de datos contrarios; en crear un clima moderno y americano bajo una dictadura, partiendo de un suceso antiguo acaecido en la esfera de un español. Para Mármod y Asturias el problema es hacer verosímil y artística una realidad excesivamente hiriente; para Valle-Inclán el problema es inventarse la realidad misma en términos verosímiles y artísticos.¹⁰

Vera aborda a su Presidente a fuerza de lenguaje. Se hace por lo que dice y se revela por su verbo. González Tejada es un personaje ficticio que reconstruye al personaje histórico -el doctor José María Velasco Ibarra, que ha gobernado al Ecuador desde 1964 hasta 1971 de manera interrumpida-. Sin embargo, hay que advertir que *El pueblo soy yo* no cobra vida gracias a una reconstrucción histórica; no es una novela histórica, sino que los hechos históricos funcionan como factor de inspiración, como lo acentúa el mismo Vera:

No podría negar que una novela *El pueblo soy yo* está inspirada en Velasco Ibarra. Pero únicamente en su vida pública; la vida privada que aquí aparece es fruto de la imaginación, y aunque se hace alusión a algunos hechos reales.¹¹

⁹ Loc. cit.

¹⁰ Loc. cit.

¹¹ Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida*, op. cit., p. 37.

La complejidad del libro aumenta la perplejidad del lector que se ve incapaz de elevar el modo de comprensión a niveles adecuados porque, efectivamente, *El pueblo soy yo* es una obra cuya lectura no resulta fácil para todos los lectores: equivale al poder de un documento vivo sobre Velasco, que en la novela tiene el nombre de González Tejada. Esto le confiere un aspecto de historia; ofrece un cuadro característico sobre la gente que se apodera de las decisiones administrativas del país, además del comportamiento del pueblo y su reacción ante el desarrollo de las actividades de González y la situación del país en general. Pero, por otra parte, contiene un terreno sentimental que mueve las relaciones entre Velasco y su mujer Amabilia.

Ahora bien, la verdad y la ficción forman parte de la historia narrada, que se elabora a partir de la experiencia directa de su relato. Todo sometido al criterio y a la voluntad de un personaje real y solitario, plenamente decidido a poseer la presidencia y gobernar para siempre. La realización de unos gestos, la sucesión de los sonidos de una voz, la combinación de más letras, son signos externos con los que González Tejada responde y refiere a un estado de conciencia propio.

Complejos elementos forman la psicología del Presidente, como hombre de gobierno, y que han de diferenciarse si se quiere obtener la imagen más exacta posible de su personalidad. Estos elementos se componen de dos clases: en todo gobernante hay, desde luego, un hombre, con su naturaleza íntima, con su individualidad propia, integrada por

influencias ancestrales inmediatas, que obran ampliamente sobre sus actos. Su manera de actuar depende en gran parte de su temperamento y de las cualidades de su carácter.

Para sintetizar, realidad y literatura permanecen unidas dentro de un sistema de relaciones caracterizado por la reciprocidad y el entrelazamiento. Desde la realidad, la vida se comunica a la literatura por la sensibilidad humana y el compromiso del escritor. Desde la literatura, la realidad alcanza su plena significación vital por la virtualidad descubridora de esencias, que le comunica la vivencia literaria. Los hilos de la realidad se extienden a la literatura, impregnándola de dinamismo vital y de esencias vivas. A su vez, la aproximación que propone la literatura a las formas reales transfiguradas implica una remodelación de la realidad, de manera que alcanza su plena significación ontológica al objetivarse en el mundo novelesco con sus atributos esenciales y sustanciales, donde se fusionan todos los valores.

II.2 NOVELA DE COMPROMISO POLÍTICO Y HUMANO

Como bien lo indican sus memorias, Vera afirma que desde su infancia ha estado en contacto con los acontecimientos político y sociales de su país:

La agitación de los estudiantes secundarios y las exposiciones de Alfredo dejaron en mí un interés por la vida pública, que ya no me abandonaría. No estaba en posibilidad de intervenir en nada, pero al leer minuciosamente los periódicos, estaba encarnado en mí la preocupación política, que habría de ser uno de los signos de mi vida.¹

Consciente de su posición como intelectual, participa de manera constante en la vida pública de su país con actuaciones que reflejan su total compromiso con los temas que defiende en sus publicaciones, como es el caso de *El pueblo soy yo*. El novelista asiste a un mosaico de acontecimientos con efectos directos sobre la vida ecuatoriana, entre otros, cabe destacar: el populismo, especialmente, el cuarto velasquismo y las frustradas esperanzas de la izquierda que ha sido su principal apoyo en la toma del poder; el cambio de poder con el gobierno de Arosemena Monroy y su derrocamiento; el advenimiento de la era petrolera y la dictadura militar de los años setenta. Durante este lapso de tiempo el mundo ha conocido grandes cambios. El panorama hispanoamericano no es prometedor, sino devastador, a pesar de las esperanzas que ha depositado la revolución cubana:

¹ Ibid., p. 15.

... no sólo que estimuló un excepcional auge revolucionario, creó la perspectiva del socialismo para América latina, sino que produjo una profunda conmoción cultural e ideológica y alcanzó los niveles profundos de la dimensión ética del hombre.²

El ejemplo heroico de sus principales promotores no ha conseguido enseñar a esta generación el camino de la revolución socialista como principal medio de lucha contra las arcaicas formas de dependencia e imperialismo que sufren los pueblos; al contrario el número de dictaduras militares aumenta y el imperialismo norteamericano se consolida. La superioridad de la teoría sobre la praxis ha llevado con frecuencia al indeseable fraccionamiento de los grupos políticos y a la conversión de los ideales de justicia y cambio social en meras utopías. La realidad mundial bajo los frecuentes cambios obstaculizan cualquier dogma que quiera explicarla y aprehenderla. La contradicción y el caos, el hundimiento de los valores, el predominio de la violencia, son los síntomas de un mundo degradado en el que las civilizaciones no consiguen aclimatarse.

Si en toda obra de arte se decanta una ideología, en *El pueblo soy yo* el campo socio-político alcanza gran relevancia y se transforma en un recurso o base de una significativa visibilidad. Por eso, esta novela casi en su totalidad tiene el sello de combate que todo intelectual comprometido persigue para diseñar la lucha política:

² Hernán Rodríguez Castelo, *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Quito, El Conejo, 1983, p. 112.

... asistimos a la formación, motivos, inuendos psicológicos, sexológicos, que dan forma al flamante joven prodigio que ha de ser arrastrado ya no sólo por su ambición personal, sino también por la de sus partidarios.³

Se trata de descubrir la política dentro del campo literario con el fin de extraer sus fantasmas, sus demonios, sus personajes y sus temas. Bajo esta óptica, podemos trazar mejor los hechos y los rasgos característicos de los personajes: todos traídos y extraídos del mundo social ecuatoriano, del ámbito público y del privado; seres reconocibles, a pesar del modo esperpéntico con que el autor suele retratarlos.

El pueblo soy yo es, en un nivel básico, una novela sobre la controvertida figura histórica de Velasco Ibarra, quien ha permanecido en el poder casi cuatro décadas aunque de manera discontinua. La realización literaria se genera en la impregnación total de la obra en un estilo de vida, que es el conjunto de las formas de vida que imbrican la personal manera de ser en el mundo de cada uno y sus vinculaciones con las formas del entorno. Si bien queda claro por el contexto que Vera se ocupa de Velasco -González Tejada en la novela- sin intentar tomar posiciones a favor o en contra de esta figura, que es en sí misma polémica e incomparable:

Yo no conocía más novelas de dictadores que Tirano Banderas, de Valle-Inclán y El señor Presidente, de Asturias; cuando escribí la mía

³ Antonio Sacoto, *La nueva novela ecuatoriana*, Cuenca (Ecuador), Universidad de Cuenca, Talleres Gráficos, 1981, p. 217.

no se habían publicado la de Carpentier ni la de García Márquez. Por lo demás, Velasco confuso y contradictorio, fue un intelectual antes que nada y su peripecia política es del todo insólita, y estas circunstancias lo sitúan a mil años luz de los tirañuelos que protagonizan las novelas de estos grandes escritores sobre el tema.⁴

Pero, parte de las dificultades se atenúan y muchas desaparecen cuando se tiene la fortuna de poder ver de cerca al hombre en cuestión, ser sus contemporáneos, escuchar sus palabras, observar directamente sus actos.

Aparte de algunas descripciones que hace de González Tejada, Vera deja al Presidente presentarse a sí mismo sin enjuiciarlo. Así, presenta un caso abierto para que el lector decida. Lo esencial del tema es el hombre y los conflictos del hombre en su situación histórica, en su ambiente social. Lo que preocupa al escritor y le provee los materiales es la manera de ser de un pueblo, moralmente aplastado, y su forma de vivir. La novela toma sus materiales de las formas de vida reales en las que se refleja una identificación humana con los problemas políticos y sociales:

... mi humanismo me ha conferido una constante preocupación política sin llegar a la militancia partidista, y puesto que la novela es un macrocosmos (en relación con el microcosmos del cuento), no puede estar ausente este factor que involucra a todos los hombres, por más que muchos no sean conscientes de ello.⁵

⁴ Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida*, op. cit., p. 96.

⁵ *Ibid.*, p. 93.

La ideología se genera en el escritor desde su compenetración con el padecimiento de la vida, su manera de ver y entender la realidad, el hombre y el mundo. De esa consustanciación experimental y emocional toma sus materiales y caracteres esta novela; por eso, es literatura político-social, pero no decae en cuanto arte porque no está viciada o desnaturalizada por el sometimiento al servicio de una necesidad de persuadir sobre determinados puntos de vista. Sus peripecias no están condicionadas para convencer de una doctrina, ni siquiera para encarnarla y vivificarla. Se origina como expresión de un alma inquieta y un espíritu atormentado que ha padecido la experiencia de la vida real. La obra se nutre de la emoción de vivir, que puede ser amargura, indignación, asco, al mismo tiempo, comprensión y reclamo del cumplimiento de un ideal de existencia satisfactorio, y una ética de vivir del hombre que emana de una aspiración humana.

Entre los procedimientos a que apela Vera en su actitud literaria tendente a configurar un mundo novelesco único, se destaca el realismo que se persigue en toda perspectiva y se consigue manejando detalles definidores esenciales mediante la observación comprensiva de los actos humanos y del estado de cosas con sus significaciones. La óptica veraniana se sitúa en el punto exacto que le permite observar a la vez el mundo exterior y el interior; mundos que constituyen la integración total, vital del personaje.

Es muy notable en esta novela el interés del autor por dar un testimonio cercano a la verdad histórica, que refleja una realidad cercana a su mundo, pero que no rompe con los objetivos literarios de la obra, aunque el campo de la imaginación no acapara todo el interés, sino que ocupa un plano secundario. En la exposición del tema actúan personajes diversos, amalgamados por el punto de vista central. Discuten, exponen sus ideas... todo desde el centro de cada conflicto vital particular, en los diversos planos humanos. Por otra parte, la palabra viene exigida por los hechos y la intención, debido a su capacidad de concretar ideas, experiencias y pensamientos. Sirve al escritor o al hombre en general como instrumento de construcción.

Cabe señalar que Pedro Jorge Vera ha pasado su vida bajo fuertes tensiones políticas con graves consecuencias sobre la estabilidad del país. El autor no describe este ambiente de angustia, delación y venganzas en el que los seres y las cosas dejan de ser lo que deben ser para convertirse en fantasmas o apariencias. Por eso, el novelista no tiene como único objetivo denunciar un determinado sistema de gobierno, sino que es una denuncia a nivel continental contra las maniobras que practican los tiranos en América latina y contra todo intento de perpetuación en el poder. Intenta identificar nuestra percepción del poder con la del individuo que lo detenta y que lo considera como su única meta.

La novela se genera por la intensa observación de la vida y comprensión del hombre. Sus contenidos y sus formas, con una alta dosis

de compromiso, no desvirtúan la naturaleza literaria, sino que la enriquecen y la configuran intrínsecamente hasta el punto de constituirse en la manera de expresión de esa realidad. Cada paso adquiere en las imágenes y en los procedimientos su correspondiente forma y un aire real, vital que experimenta el escritor a través de las actitudes de los personajes y las situaciones; todo compatible y ajustado al mundo interior que corresponde a las perspectivas del escritor a la hora de elegir los recursos literarios. Cada uno de ellos produce la sensación de que nada es gratuito y que todo está justamente elegido dentro del proceso creador. Todo aparece impuesto y dictado por la naturaleza de la interpretación y desde la particular exposición de las cosas que proceden de realidades concretas.

Como resultado, nace *El pueblo soy yo* como una novela de trascendencia política y valor social inconfundibles, cuyo contenido aparece siempre encarnado en personajes que los experimentan en cuanto formas existenciales para presentar una determinada manera de ser en un proceso que va desde la conducta hasta la raíz de esa conducta en la condición humana.

Para terminar, *El pueblo soy yo* ha conseguido con excelencia este especial equilibrio entre el compromiso y la calidad literaria. Con las miradas puestas sobre su experiencia y con el ánimo bien alimentado, el autor ha dado un gran impulso a la calidad de sus ideas para reproducir tanto los sentimientos como la vida misma.

II.2.1. VELASQUISMO Y “GONZALISMO” VERANIANO: DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

En este apartado responderemos al significado histórico del contenido de clase del caudillismo velasquista, a la estructura de relación social y a los procesos de cambio de dicha estructura. Ello nos remite a establecer una comparación entre el populismo y el velasquismo ecuatoriano y ver qué tipo de relaciones mantienen con el “gonzalismo” en *El pueblo soy yo* de Pedro Jorge Vera.

El populismo es un término ambiguo que lo relacionan con el castrismo, el peronismo, el varguismo y con otras ideologías. Este fenómeno es el resultado de la crisis de la dominación oligárquica, que arrastra grandes cambios en la estructura interna de la sociedad. En las siguientes páginas hablaremos sobre este tema de forma detallada, sin olvidar la bibliografía correspondiente.

En cuanto al velasquismo, este fenómeno pertenece a un proceso político e histórico que conoció el Ecuador durante un periodo de su historia. Comparte las características generales del caudillismo oligárquico, tales como: el autoritarismo y el personalismo. No se convirtió en populismo debido a la ausencia de un firme proceso de industrialización, de una burguesía industrial no oligárquica, de núcleos importantes de proletariado urbano y de bases sindicales fuertes.

El estilo de gobierno del velasquismo ecuatoriano en la vida real no difiere de los modos de gobierno presidencialista de González Tejada en

El pueblo soy yo. Sin cambiar de hábito, hallamos que los dos métodos políticos adquieren peso y protagonismo gracias al carisma del líder y al papel decisivo de la clase que lo respalda y lo financia a cambio de garantías materiales y políticas.

González Tejada se considera imprescindible para la ejecución de los temas administrativos de su país. Su política caudillista pretende promover el desarrollo económico y proporcionar el proceso social que tanto anhela el pueblo. Como todos los caudillos, él afirma que no ejerce el poder para su propio beneficio, sino para el bienestar del pueblo, que ha puesto su confianza en él con el objetivo de garantizar la estabilidad y la seguridad necesarias para una gobernabilidad democrática. Rápidamente el pueblo empieza a sufrir los efectos perjudiciales de su política. Se da cuenta de que la política gonzalista no se encuentra en condiciones de operar a favor del bien de la sociedad, debido al oportunismo político, al juego de intereses y a la inflexibilidad del Presidente, incapaz de reaccionar adecuadamente.

El pueblo soy yo no ofrece la esperanza de que haya comenzado un nuevo día, o de que el pueblo ya se encuentre en condiciones para salvarse. No salta a la escena ningún salvador o libertador para contrarrestar el "presidencialismo". Lo que Pedro Jorge Vera hace es trazar la historia de un caudillo, producto y, a la vez, víctima de una sociedad egoísta y degradada. Se ha dicho que estudiar detalladamente la esencia de la plutocracia política conduce a una visión más amplia de la sociedad que produce al líder personalista.

Aunque el país de González Tejada no se identifica en la novela, no se puede leer la obra sin pensar en el Ecuador y en el Doctor José María Velasco Ibarra:

Después de Zola ya no hay que limitarse a la realidad aparente y superficial sino partir de ella para crear una nueva realidad.

De acuerdo con este criterio fue escrita *El pueblo soy yo*. Me inspiré en la vida pública de Velasco Ibarra (personalidad poderosa y contradictoria, que estaba pidiendo a gritos un novelista y un biógrafo), pero su vida privada fue de mi invención, aunque tenga uno que otro contacto con los hechos.¹

Antes de ilustrar la perspectiva del caso ecuatoriano, vale la pena resumir las diferentes teorías sobre el populismo, resaltando sus contribuciones y sus limitaciones.

El estudio del populismo hispanoamericano tiene una larga y controvertida historia. Los primeros estudios del populismo lo analizan como un fenómeno pasajero, producto de la transición de la sociedad tradicional hispanoamericana a la sociedad moderna. Burbano de Lara afirma que es un fenómeno que expresa “la crisis y decadencia de la sociedad oligárquica.”² Según Moscoso Perea, los seguidores del líder populista son, generalmente, considerados como masas marginadas, carentes de una estructura funcional que les permita participar políticamente en una sociedad moderna, pero capaces de reaccionar y dispuestos a actuar:

¹ Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida*, op. cit., p. 96.

² Luis F. Burbano de Lara y Carlos de la Torre Espinosa, *El populismo en Ecuador*, Quito, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, 1989, p. 38.

En Iberoamérica el populismo comenzará a representarse a partir, durante o después del fenómeno de masas urbanas, del impacto migratorio; en resumen, a partir del crecimiento de las ciudades y del despertar de las masas.³

Este factor los convierte en una presa fácil de la seducción demagógica del líder carismático. De esta manera se combina la interpretación de Weber que reduce el carisma a la capacidad de seducción del líder:

Lograr seguidores depende de su éxito. Sus prerrogativas carismáticas se frustran si su misión no es reconocida por aquellos a quienes se considera enviado. Si lo reconocen, se convierte en su jefe...⁴

Si el gobernante no logra manejar con éxito las riendas del poder político, ni consigue conducir armoniosamente la vida social y económica, no le queda otra alternativa que retirarse. Cuando opta por el uso de medios ilegales para controlar y dominar, pierde el reconocimiento del pueblo y su lealtad:

... si el pueblo ya no admite al gobernante, éste deviene un mero ciudadano privado; y si, en este caso, aspira a ser algo más que eso, deviene un usurpador digno de castigo.⁵

Ernesto Laclau traslada el tema de la definición del populismo a nivel de discurso. Entiende el populismo como un tipo de discurso político con

³ Carlos Moscoso Perea, *El populismo en América Latina*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990, p. 34.

⁴ Max Weber, *Estructuras de poder*, Buenos Aires, La Pléyade, 1977, p. 75.

⁵ *Ibid.*, p. 79.

tendencia popular-democrática que se opone a la ideología dominante. Relaciona el populismo latinoamericano con el valor social, totalizador de los discursos estatistas: “En los populismos latinoamericanos predomina un discurso estatista de los derechos ciudadanos.”⁶ Cuando este discurso, considerado “un complejo de elementos en el cual las ‘relaciones’ juegan un rol constitutivo”,⁷ se extiende a sectores populares y adquiere connotaciones políticas, encuentra en la lucha hegemónica la solución a los problemas sociales, políticos, económicos e ideológicos.

Durante la etapa oligárquica, en Hispanoamérica predominan las relaciones de producción, no capitalistas, que basan su eje transaccional en la exportación de artículos primarios. Las sociedades son estamentales en las que priman relaciones de tipo paternalista y en donde falta el concepto de “clase”. Hay que esperar el peso de la crisis del sistema capitalista de los años treinta del siglo pasado para asistir al desmembramiento de las estructuras oligárquicas. Los países más avanzados de la región, que cuentan con una infraestructura industrial, han acelerado el proceso de industrialización a través de la sustitución de importaciones que permite modernizar las clases sociales. El populismo surge en este período histórico y se concibe como un mecanismo de participación que incorpora los sectores populares a la vida política y los acerca a las elites industriales, formando una especie de coalición.

⁶ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 240.

⁷ *Ibid.*, p. 92.

El caso ecuatoriano se caracteriza por su singularidad y llega a constituir una modalidad propia de experiencia populista. A diferencia de los movimientos populistas, “no expresa esta nueva alianza de clases que surge como un desafío a las formas oligárquicas.”⁸ Frente al varguismo y al peronismo, su contemporáneo ecuatoriano —el velasquismo— tiene pocas similitudes. Se diferencia de Perón en Argentina en el sentido de que el Ecuador no tiene tan desarrollados al proletariado, ni a la burguesía industrial. Es usual en Velasco esta expresión de “chusma”, que le añade un adjetivo de gran impacto emocional “querida” o “noble”, con el objetivo de ganar el afecto y el respaldo del pueblo, confundiendo “chusma” con el proletariado, con la muchedumbre y con la masa. Perón llama a sus seguidores los “descamisados”. Porque no tener camisa no quiere decir: ser soez, indigno y vil. Velasco y Perón interpelan a las masas populares, reivindicando su condición de “descamisados” (Perón) y de “chusma” (Velasco). En situaciones de inestabilidad política y de precariedad económica, el reivindicar la condición de “chusma” o “descamisado” del oprimido le confiere no sólo la dignidad simbólica de la ciudadanía, sino, también, pasar a ser actor de la historia, emocionalmente arraigado.

El fenómeno velasquista que emerge en los años treinta y domina la política ecuatoriana hasta los inicios de los setenta, no mantiene ninguna conexión con una política de sustitución de importaciones, ni con una política de consolidación de un Estado benefactor, ni con bases sindicales fuertes. Además, Velasco Ibarra jamás logra traducir su movimiento en políticas

⁸ Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre Espinosa, *op. cit.*, p. 41.

estatales y de larga duración, ni configurar un modelo de Estado nacional-popular como en otros casos de la región. Para Arizaga Vega, el pueblo es el protagonista del cambio social y político:

la “emergencia del pueblo” como actor histórico es, siempre, una transgresión respecto de la situación precedente. Y este acto de transgresión constituye también la emergencia de un nuevo orden.⁹

El velasquismo expresa la crisis del aparato oligárquico y del discurso liberal, y fomenta la emergencia de nuevos actores sociales —lo que la literatura ecuatoriana denomina como subproletariado— es decir sectores urbanos marginados y excluidos del sistema político que funcionan como instrumentos empleados por los políticos para tapar la precariedad del programa¹⁰. Existe para el caso una cúpula velasquista, cuya formación específica consiste en reclutar nuevos seguidores. Las masas se transforman en “actores políticos” cuando el caudillo los escucha, cuando concurren a mítines políticos, cuando son recibidos en audiencias especiales, cuando ven que sus necesidades no son reconocidas y se denuncia la explotación que sufren, o cuando asisten al triunfo de sus candidatos en el momento electoral.

La búsqueda de un candidato favorito para obtener servicios a cambio del apoyo electoral resulta más bien un medio que incita a la participación activa, aunque ésta no sea una opinión ideológica sino, una práctica utilitaria

⁹ Rafael Arizaga Vega, *Velasco Ibarra: el rostro del caudillo*, Quito, Ediciones Culturales U.N.P., 1985, pp. 283-284.

¹⁰ En *Polvo y ceniza* de Eliécer Cárdenas y en *El destierro* de Edmundo Ribadeneira se aborda, detalladamente, la condición marginal del subproletariado.

del voto. Velasco buscaba este apoyo con abundantes promesas. Burbano de Lara se refiere al "clientelismo político" como factor que marca las relaciones entre el aspirante a la presidencia y las masas sociales: "mediante este mecanismo, los sectores populares intercambian su voto y apoyo por la concesión de servicios."¹¹

Cabe tener en cuenta que hay un gran sector poblacional que vota por "el que va a ganar", considerando que la política representa un modo de acceder a puestos claves para disfrutar del botín para sí y para otros.

Por otra parte, existen "agentes" de las elites que, con sus contactos, hacen posible la vinculación entre sectores populares y el velasquismo, construyendo una maquinaria electoral dedicada a la administración y al reclutamiento de votos. Una de las variables explicativas para lograr el apoyo en votos es que la candidatura debe ofrecer las posibilidades de concretarse en prácticas clientelares. Aquí aparece la importancia determinante de los intermediarios que se convierten en reclutadores del voto. Éstos actúan a cambio de beneficios, una vez que el líder asume el poder. Hay que señalar que hay gente que no recibe directamente los beneficios del clientelismo, pero, en cambio, se ve asediada por la presencia organizada de los reclutadores. Entonces, se pasa a otro nivel explicativo que es el de clientelismo-intermediarios. En suma, votar por el ganador significa votar por el que tiene acceso al botín, es decir, a la distribución de prebendas y servicios.

¹¹ Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre Espinosa, op. cit., pp. 22-23.

Si volvemos a los orígenes del velasquismo, debemos remontarnos a la crisis de los años treinta, cristalizada en el choque ideológico entre tres modelos de dominación: el liberalismo, el militarismo reformista y el conservadurismo. Cada uno de estos sistemas de gobierno se asocia a una determinada clase. Ningún sistema ha conseguido conquistar el poder de manera definitiva, debido a la imposibilidad de dominación.

Según nuestro modo de ver, la emergencia del velasquismo debe encontrarse especialmente en la crisis del liberalismo, que coincide con la etapa de cambios y agitaciones políticas, cuyo desenlace se da con la incorporación del Estado a la modernidad y tras la Revolución Juliana. Esta crisis de poder forma el primer elemento que se debe tener presente para una ejemplificación del fenómeno velasquista, que aprovechó el “crack económico” del 29 para tomar cuerpo dentro del mundo político-social ecuatoriano. Es a partir de aquel entonces cuando la figura de Velasco Ibarra y el velasquismo se convierten en un movimiento político que encuentra en las masas sociales y en las cíclicas crisis económicas su principal apoyo. Refuerza nuestra opinión lo acentuado por Agustín Cueva en su libro *El proceso de dominación política en Ecuador*.

... el velasquismo no nació como una fórmula de arbitraje entre burguesía industrial y oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación del proletariado naciente, como parece ser el caso de los populismos argentino y brasileño, sino como fórmula de “transacción” entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente

todavía poderosa, y, en otro plano, como medio de manipulación de masas...¹²

Moscoso Perea insiste en la importancia de las masas para explicar el nacimiento del velasquismo, su desarrollo, su florecimiento, sus crisis y su caída:

Ya sea que se le caracterice como movimiento, partido, ideología, fenómeno, lo cierto es que el 'populismo' tiene su pila bautismal en el desborde de las masas.¹³

Burbano de Lara habla de la necesidad de "saber hablar como requisito indispensable para optar a la presidencia de la República."¹⁴

Torre Espinosa ha sido más concreto al referirse al estilo político de Velasco como uno de los factores claves:

Velasco inauguró un estilo político nuevo y diferente. Sus mitines eran actos festivos... intentó siempre mantenerse cerca de sus seguidores presidiendo caravanas motorizadas, caminando rodeado de muchedumbres que querían estrecharle la mano y tocarlo.¹⁵

¹² Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Diogenes, 1974, p. 99.

¹³ Carlos Moscoso Perea, loc. cit.

¹⁴ Felipe Burbano de Lara, op. cit., p. 39.

¹⁵ Carlos de la Torre Espinosa, *La seducción velasquista*, Quito, Libri Mundi: FLACSO, 1997, p. 179.

También alude a la fecundidad de sus discursos, enumerando cuatro características: “1) la dramatización de sus llegadas al exilio; 2) su estilo electoral; 3) sus estrategias discursivas; 4) el contenido de sus discursos.”¹⁶

Rafael Quintero habla del entrelazamiento de una multiplicidad de razones que han conducido a Velasco Ibarra a dominar el panorama político de su país durante varias décadas, entre otras: los fogosos discursos políticos, las singulares campañas electorales, el apoyo de los barrios pobres y de los sectores rurales. Dice al respecto:

Y son esos factores sociales... los que permiten entender los orígenes del llamado “velasquismo”. Pero quienes han puesto la monta sobre el ‘carisma velasquista’ no se tomaron jamás la molestia de averiguar cómo se formó ese consenso favorable a la candidatura de Velasco.¹⁷

Para él, el magnetismo es un concepto unilateral frecuentemente utilizado en la sociología latinoamericana para describir fenómenos sociales. Es un término abstracto que:

resulta ser únicamente una denominación lingüística específica construida con el nombre de un personaje real, que no construye -en el pensamiento- ningún nuevo objeto del saber.¹⁸

¹⁶ Ibid., p. 198.

¹⁷ Rafael Quintero López, *El mito del populismo en el Ecuador*, Quito, Universidad Central del Ecuador, 1983, p. 307.

¹⁸ Ibid., p. 308.

Velasco entra y sale del poder reiteradamente, olvidándose de sus compromisos y sus promesas, y dirigiendo sus injurias contra los liberales, los izquierdistas y el “estudiantado” universitario. Uno meses han sido suficientes para detectar el desorden y la arbitrariedad que reinan en la República; todo en medio de una movilidad casi patológica y de numerosas obras públicas (escuelas, carreteras, puentes...) aceleradamente construidas, sin terminar o sin utilidad. Agustín Cueva señala su escasa formación política para administrar los asuntos del país:

Los intelectuales ecuatorianos han reprochado a Velasco su desconocimiento de las cuestiones económicas y hasta su menosprecio por ellas, en el aspecto técnico; y en las últimas administraciones las clases altas y medias lo han acusado de carecer de planes de gobierno...¹⁹

Por otra parte, Carlos de la Torre Espinosa descubre sus contrastes:

El pensamiento de Velasco no fue sólo enteramente contradictorio, sino que su ambivalencia se reflejó también en sus acciones.²⁰

En agosto de 1935 Velasco se proclama dictador después de haber predicado, como García Moreno, la insuficiencia de las leyes.²¹ El ejército no acepta la decisión y lo destierra. En las elecciones pone su candidatura en

¹⁹ Agustín Cueva, op. cit., p. 88.

²⁰ Carlos de la Torre Espinosa, op. cit. p. 228.

²¹ Este dato y los siguientes provienen de: Alfredo Tinajero Cevallos y Amparo Barba González, *Cronología de la Historia Resumida del Ecuador*, Quito, Alborada, 1998, pp. 58-60-61-62-63-64.

nombre de la libertad de sufragio; se subleva; hecho que lo envía de nuevo al exilio.

En 1944, después de una fuerte crisis constitucional de partidos, la Asamblea constituyente designa a Velasco Presidente por cuatro años. Se rodea al principio de izquierdistas, luego pasa a las filas de la derecha. En 1946 vuelve a sufrir la economía un duro golpe lo que conduce a la paralización de las actividades creadoras de la nación. En 1947 deja el poder tras el golpe de Estado encabezado por su ministro de Defensa.

En 1960 Velasco, con una base popular sólida, entra en el Palacio del que sale en 1961 con destino a Buenos Aires, dejando la política económica del país totalmente hundida: devaluación de la moneda, gastos injustificados, proyectos incorrectos e inconexos, descalabro financiero, grandes discursos... Velasco pierde las riendas del poder; el pueblo se levanta y es ametrallado. El vicepresidente Carlos Julio Arosemena denuncia tanto al Presidente como a los ministros corrompidos; hecho que lo condena al encarcelamiento mientras el Presidente deroga la Constitución para gobernar como dictador. Como respuesta, los militares no aceptan la dictadura. Arosemena toma legítimamente la presidencia por lo que falta de período normal, esto es, hasta 1964.

En 1968 vuelve a tomar las riendas del poder Velasco Ibarra y en 1969 su política no deja de ser represiva con una fuerte crisis económica, política y social. En 1970 se autoproclama dictador con el apoyo de las Fuerzas Armadas y de la burguesía, que han visto en él un instrumento para satisfacer sus deseos de posesión tras el descubrimiento del petróleo. En

1972 pierde el poder y es sustituido por el general Guillermo Rodríguez Lara. Se cierra así una fase política que ha marcado la historia del Ecuador del siglo XX con un golpe de Estado. Con este mecanismo forzado de transmisión del mando gubernamental, preparado y realizado con el uso de la violencia, los militares demuestran que no son meros intermediarios, ni se consideran un simple instrumento de distribución del poder político, sino un mecanismo de ruptura.

Del mismo modo que Velasco Ibarra en la vida real, se nos aparece González Tejada en la novela: un hombre obsesionado con perpetuar el bienestar del pueblo y gobernar a cualquier precio: "Mandar y hacer saltar la riqueza como Moisés hizo saltar el agua de la Peña."²²

El estilo de gobierno de González Tejada se presenta espontáneo y caótico. Para su régimen, los problemas del país no son de índole política sino moral. Ello implica establecer un concepto moral que funciona contra la plutocracia y la anarquía: "Gobierno de los ricos plutocracia gobierno de los pobres anarquía gobierno de González Tejada justicia."²³ No hay principios sólidos, un sistema, una doctrina creíble y conexas con los problemas humanos contemporáneos, un programa de gobierno siquiera:

El gonzalismo no era un accidente sino un movimiento de renovación no de revolución. Francia hizo su gran revolución ¡y basta! Allí están los rusos sin poder saber qué hacer con la suya que se acabará si

²² Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p. 69.

²³ *Ibid*, p. 119.

hay guerra mundial. Hitler también habla de revolución, pero allí está Francia para liberar al mundo del nazismo y comunismo.²⁴

Gracias a la ausencia de principios concretos y a sus fogosos discursos reiterativos de grandes promesas, que en su mayoría permanecen incumplidas, González Tejada logra que el pueblo lo considere como una esperanza de mejoramiento de la situación del país:

Lo infame de González Tejada es haber creado aquí los mitos de libertad y justicia, para traicionarlos sistemáticamente. Antes de él, los pobres vivían y morían sin ilusiones, sin esperanza; él se las trae, luego las destroza a escondidas, les echa la culpa a sus enemigos y las hace reverdecir en los incautos, con la promesa de que las realizará en el gonzalismo siguiente.²⁵

Hay varios elementos presentes hasta el momento: la ignorancia, el pueblo, la ambigüedad de la modernidad, la promesa, el discurso... Dentro de este mundo, González Tejada encaja perfectamente consiguiendo rodearse de seguidores y en casos de amenaza directa demuestra una agresividad que persigue al pueblo descontento que proyecta su propia descomposición en la figura del Presidente. El Presidente aprovecha la agitación popular para prometer, gesticular, demostrar, contagiar e inspirar temor. Recurre a estos métodos con el fin de facilitar la extensión del sentimiento popular:

²⁴ Ibid, p. 70.

²⁵ Ibid., p. 272.

Las masas piden justicia quieren justicia los socialistas quieren justicia yo quiero justicia podemos entendernos. Justicia es una palabra tan cautivadora como la libertad. Justicia y libertad son casi un poema.²⁶

Su política, en general, sigue un rumbo oportunista, oscilante entre palabra y violencia. En ocasiones, como reacción a las presiones, se autoproclama dictador y a sus enemigos políticos los combate con medidas represivas: "Firma sin vacilar el decreto que disolvía el parlamento rebelde y proclamó: — ¡Hemos salvado a la república y al gobierno del pueblo."²⁷

La imposibilidad del Presidente para regenerar la sociedad e instaurar el orden tiene su propia explicación en su incapacidad de asumir responsabilidades de manera racional y de conformar un cuadro técnico que organiza la administración. Además, es muy notable la oposición entre un discurso en su totalidad abstracto, que apela a los sentimientos y a las pasiones, y un discurso ideológico, racional y coherente que asume a la modernización como proyecto por ejecutar. Por otra parte, la gente que lo rodea se caracteriza por una subalterna mediocridad. Son personas que hallan en los triunfos gonzalistas una oportunidad para acumular riquezas materiales y una posibilidad para salir del gris anonimato de su existencia. Una vez depuesto, lo abandonan y no tardan en buscar una nueva salida con el nuevo presidente:

²⁶ Ibid., p. 70.

²⁷ Ibid., p. 53.

Hay los gonzalistas de última hora, que quieren pescar en río revuelto y peores: los que lo traicionaron, los que lo olvidaron apenas usted cayó y no tuvieron empacho en colaborar con el tirano.²⁸

La inestabilidad política que caracteriza su estancia en el poder y los reveses que sufre su personalidad son el resultado del papel negativo e insignificante que desempeña González Tejada en el poder. Ello se debe principalmente a que no es explícito, ni coordina propósitos, ni alcanza a devolver la condición carismática que recibe de la masa, ni consigue frenar los abusos de los partidos y de los políticos, por lo que su popularidad no refleja consistencia sino que se espacia entre períodos de desaliento y búsqueda de salidas. La constante actitud antidemocrática, cada vez que el pueblo se levanta, hace perder su confianza. En consecuencia, se siente aislado, asediado por los militares, sin consideración social, lo cual agrava su tendencia a imponerse, disolviendo el Parlamento y derogando la Constitución, otras veces con sus discursos esperanzadores:

voy a hablar con mi pueblo y mi pueblo me entenderá. Les diré también que pronto recuperaremos los territorios que perdimos el 41 eso les gusta. Muy pronto apenas brote el petróleo.²⁹

Si nos remontamos al pasado histórico del Ecuador, el velasquismo se considera como un fenómeno en la historia política del Ecuador. Velasco logra con grandes dosis de carisma llegar repetidas veces al poder. El

²⁸ Ibid., p. 89.

²⁹ Ibid., p. 233.

velasquismo podría definirse como un intento populista de regenerar el país. Por otra parte, el hecho de no tener claramente delineados sus objetivos y carecer de una idea precisa sobre los medios necesarios para llevarlos a cabo repercute en la incapacidad de ordenar una administración, de controlar la ejecución de las leyes, de eliminar la anarquía y de impedir la corrupción. Se ve, en consecuencia, desbordado por la vastedad de los problemas populares y por la magnitud de las expectativas despertadas. De ahí se desprende la ambigüedad: el velasquismo lleva implícito un replanteamiento de la política, pero nunca resulta disfuncional para los sectores dominantes. Las transformaciones bajo su dominio no serán sino juegos de marionetas. Éste es el caso del velasquismo que en la novela se consume bajo el nombre del “gonzalismo” en referencia a González Tejada.

Él está en todas partes a toda hora como Dios. Sabe de todo lo entiende todo lo resuelve todo. Su mirada hace temblar su palabra hace enmudecer su aliento hace palpar piensa algo y todo se aclara. El verdadero gonzalista no se anda con vainas sabe que sin él no hay nada ni patria siquiera. El verdadero gonzalista piensa lo que él quiere y le obedece sin chistar.³⁰

Si conocemos a González Tejada, se descubren las condiciones socio-políticas que hacen posible el caudillismo, puesto que se trata de un fenómeno intrínsecamente relacionado con el caudillo.

³⁰ Ibid., p. 202.

Generalmente, el caudillo se concibe como el representante espontáneo del pueblo. Dentro de una sociedad primitiva, corresponde a la categoría de “cacique”, “sacerdote”, “mago”, o “profeta”:

El caudillaje ha surgido en todos los lugares y épocas bajo uno de estos aspectos, los más importantes en el pasado: el de mago o profeta, de una parte, y el príncipe guerrero, jefe de la banda o *condottiero*, de la otra.³¹

Es un individuo que representa fuerzas colectivas y, a veces, se le atribuye funciones mágicas. En una sociedad desarrollada se trata del dirigente o conductor de masas que es responsable ante los gobernados y es portavoz espontáneo de sus aspiraciones, al mismo tiempo que defensor de sus intereses en determinadas circunstancias. Conserva su autoridad si demuestra su eficacia en el poder. En ambos casos, tanto en la comunidad primitiva como en la sociedad moderna

esta figura es vista como alguien que está internamente “llamado” a ser conductor de hombres, los cuales no le prestan obediencia porque lo mande la costumbre o una norma legal sino porque creen en él.³²

Si partimos de estas palabras que pertenecen a Weber, el caudillo juega el papel de intermediario entre el clan y la divinidad, la masa y la autoridad. Además, el carisma se considera un elemento de gran relevancia para someter a las masas:

³¹ Max weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 87.

³² *Ibid.*, p. 86.

Es esta autoridad “carismática” la que detentaron los Profetas, los jefes guerreros elegidos, los gobernantes plebiscitarios, los grandes demagogos o los jefes de los partidos políticos.³³

Hay que señalar que entre los generales el caudillo está excluido de la disciplina partidaria. Sobre él la organización política no ejerce ninguna autoridad; también está excluido de lo dictado por la Constitución. El compromiso con los intereses del pueblo y la magnitud de su misión impiden que se sujete a ningún tipo de control. Además, su personalidad carismática resulta inestable por su propia naturaleza y sus desplazamientos doctrinarios lo llevan a realizar las alianzas partidarias menos previsibles y a ejecutar las definiciones políticas más inesperadas. Consecuencia de ello, todo el proceso político se encuentra subordinado a la voluntad de un hombre que actúa con absoluta libertad.

Durante la colonización española, el proceso político lo encarna el sistema monárquico que tiene como fundamento el principio de herencia. Se trata del único vehículo legítimo de sucesión existente hasta el advenimiento de la Independencia, cuando el Ecuador corta los lazos políticos hereditarios, sin pensar en el nuevo principio de sucesión. En efecto, el caudillismo, no planificado ni premeditado, surge espontánea y caóticamente de la tradición cultural ecuatoriana como método de selección de líderes y como mecanismo de sucesión que sustituye al anterior.

³³ Ibid., p. 85.

El caudillo ecuatoriano ocupa la escena política como fruto de grandes rivalidades y hace que la política ecuatoriana sea notoriamente personalista. También, para actuar políticamente, el líder debe pasar por la problemática regionalista, muy desarrollada en el Ecuador entre costeños y serranos, y saber manejar las acciones y la mentalidad de los participantes en las oleadas migratorias hacia las ciudades:

Provenientes del campo o de la la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabía esperar que nuestros “marginados” se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con carisma.³⁴

Debe al final superar las diferencias doctrinales o ideológicas como en el caso de Velasco Ibarra:

Examínense con detenimiento los discursos de Velasco y se constatará que el caudillo jamás enfoca los problemas en términos socio-políticos, sino desde un ángulo estrictamente religioso y moral.³⁵

Como se ve, el caudillismo en el Ecuador surge espontánea y caóticamente como resultado de la falta de educación política. Quien se levanta sobre el caos de estas luchas gana el poder.

El concepto de “cultura política” no presupone que en cada sociedad haya una cultura política uniforme. En todos los sistemas políticos hay una

³⁴ Agustín Cueva, op. cit., p. 90.

³⁵ Ibid., p. 93.

variedad de “culturas políticas”. Este término no sólo se refiere a lo que pasa en el mundo de la política, sino lo que la gente cree sobre estos hechos. Una primera aproximación constituye el marco conceptual del “clientelismo político”, tema al que nos hemos referido anteriormente. Sectores populares que viven en condiciones precarias y bajo sistemas políticos poco receptivos se relacionan con los partidos políticos y el Estado por medio de esta práctica, según la cual los sectores populares intercambian su voto y apoyo por la concesión de servicios. Por tanto, la relación de las masas con el líder es contingente, con miras a la obtención de servicios y beneficios que éste puede otorgar, como viene cristalizado en la novela:

La imagen del Gran Ausente había entrado a presidir la vida nacional, metiéndose en los pactos y alzándose desafiante en los cuatro puntos cardinales. Y su nombre era el santo y seña para identificarse como reivindicador y como adversario de esa cosa inasible pero concreta que los venía apachurrando a través de los años. ¡Viva González carajo! Y se sabía que el gritador era "de los nuestros"³⁶

Otros factores que se añaden a la falta de educación política son: las pugnas dentro de la clase dirigente por el poder que impiden la institucionalización de un sistema político estable, el militarismo y el intervencionismo.

González se presenta como un caudillo más de la política que, como otros, se ve indispensable, aclamado por todos y llamado a salvar al país.

³⁶ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., pp. 75-76.

Disfruta de cualidades que le convierten en líder político, como la vitalidad y el magnetismo personal, que se expresan en su habilidad de orador. A pesar de estas cualidades, la inestabilidad de su gobierno se ejemplifica basándose en los siguientes factores: la falta de escrúpulos de sus ministros, el escaso apoyo militar y la no participación de intelectuales y técnicos, cuya racionalidad choca con las ambiciones del Presidente. Siente fobia por hombres o sectores que puedan hacerle sombra; por eso busca siempre a fieles que se limiten a cumplir sus indiscutidas órdenes. Pierde entonces el concurso de los equipos técnicos, sin los cuales es imposible concretar las pródigas ofertas realizadas. Sus desplazamientos ideológicos y la carencia de definiciones precisas lo llevan a ejecutar políticas contradictorias, que imposibilitan la realización de un programa coherente y articulado. Su pensamiento político asistencialista y la mentalidad paternalista de las masas le hacen perder de vista los problemas de conjunto y quedarse en la atención de asuntos marginales, que muchas veces se resumen en el otorgamiento de favores y condecoraciones.

El Presidente descarta el papel del ejército, la prensa, la aristocracia, la burguesía y la opinión pública. Él solo basta para gobernar y dirigir el país. Pero, años atrás necesitaba de la presencia de varios de ellos. Buscaba el apoyo de los caudillos para alcanzar el poder y el respaldo de las Fuerzas Armadas para consolidarlo y la influencia de las masas, que han acabado postrada ante él. Todo esto ocurrió en el pasado; ahora, todos estos elementos son inútiles. Él solo basta para administrar, sin necesidad de

recurrir a nadie: "¡No soy un bien mostrenco! ¡Yo soy González Tejada conductor amado de este pueblo! Yo soy el pueblo".³⁷

El Caudillismo en *El pueblo soy yo* abarca mucho más que el poder de un individuo. González Tejada no se sostiene en el vacío, sino que

es el hombre que representa al sistema... lo preserva, lo cuida, lo salva, por cualquier medio: engañando, corrompiendo, matando. El sistema necesita de él porque le sirve de Mesías apócrifo.³⁸

Lo ven como una figura controvertida e incompetente que representa con su ineptitud a toda una generación:

González Tejada es el alma nacional. Voluble, contradictorio, informe, arbitrario, caprichoso, irresponsable, representa a las mil maravillas a ese pueblo, nonato como todos los pueblos de nuestra América... yo prefiero al González Tejada despótico y terrorífico porque así pone al desnudo la farsa de la libertad y nos da la verdadera imagen de lo que somos: una generación inepta y balbuceante..."³⁹

Es precisamente el hombre competitivo, ambicioso, vanidoso y de temperamento analítico y sintético que normalmente refleja la expresión y el

³⁷ Ibid., p. 107.

³⁸ Ibid., p. 273 .

³⁹ Ibid., pp. 221-222 .

instrumento de las fuerzas extra-sociales que han probado cómo "la posesión de González Tejada fue una fiesta delirante",⁴⁰ y cómo:

Las pobres gentes rompieron los cordones policiales cuando llegaba al Congreso el caudillo, anhelantes de verlo de cerca, de tocarlo, de sobarlo.⁴¹

Pero las mayores debilidades del gonzalismo afloran cuando triunfa, y en el ejercicio del gobierno se encuentra incapaz de responder a las expectativas levantadas:

Vino, disertó, gritó, discutió, acusó, prometió y las cosas seguían igual: si tienes pesos tienes aire, tierra, cielo; pero ¿dónde obtenían pesos los desocupados?, ¿cómo podían los campesinos convertir en pesos los centavos?.⁴²

La debilidad del sistema político gonzalista se manifiesta en los representantes del poder y en prácticas políticas fraudulentas. Se observa una fuerte capacidad expresiva y una marcada debilidad instrumental en su acción. A pesar de sus defectos y fracasos, la trayectoria política de González Tejada constituye un ciclo interminable de triunfos electorales seguidos por dictaduras y golpes de Estado y nuevos triunfos electorales. La bandera política del caudillo, a partir de este momento, gira en torno a la defensa de la patria y la recuperación de su prestigio, lo que le permite

⁴⁰ Ibid., p. 30.

⁴¹ Loc. cit.

⁴² Ibid., p. 43.

mantener, recobrar o simplemente reforzar su carisma: "El destino de la patria la misión de González Tejada."⁴³

Para terminar, dejamos constancia de que Vera no destruye a su caudillo a través de la burla ni pretende producir una especie de "catarsis colectiva". El novelista pone al descubierto al gobernante con su impotencia, su soledad y su locura y, a la vez, ilumina el oportunismo, la ambición desmedida y el egoísmo de aquellos interesados que generan el mito del caudillo para su propio provecho. Los lectores de *El pueblo soy yo* se quedan con cierto escepticismo respecto del futuro. La caída de González Tejada no lleva consigo la reivindicación del pueblo, sino su actitud resignada, escéptica, como patentiza Juan Chaguarquingo —un indio pobre— cuando pregunta: "¿Y quién es el González Tejada de ahora?".⁴⁴

Esta novela responde a la necesidad de dismantelar las estructuras socio-políticas que fomentan el mal del caudillismo. Vera usa la novela como arma de combate mientras retrata al Presidente con toda su ineptitud y a la clase dominante con todos sus defectos. El objetivo es reducir la fama del dictador como ser todopoderoso y destruir esa concepción o visión que lo considera rico, amado, poderoso e indispensable para conducir el destino del pueblo. González Tejada es el prototipo del Presidente-Dictador-Caudillo que sufre la soledad, el desamor y la miseria; un títere siempre desconfiado y deseoso del poder. Es un fracasado.

⁴³ Ibid., p. 23.

⁴⁴ Ibid., p. 281.

II.2.2. EL PODER GONZALISTA FRENTE A LA PODEROSA OLIGARQUÍA

El pueblo soy yo recrea, entre otras cosas, una forma de concebir la política como un espacio de pactos y poderes, del que está, o debe de estar ausente el pueblo, o del que premeditadamente se excluye al pueblo, a pesar de su importancia como fuerza social. González Tejada es quien mejor expresa el caos político y la lucha por el poder. Su papel de títere demuestra la presencia dominante de la oligarquía en el seno de la política que escoge, reconoce y promociona su existencia política.

El Presidente es incapaz de generar un poder que luche y supere el poder oligárquico. No puede lograr nunca un liderazgo importante, debido al control total que los grupos influyentes ejercen en el país. Los fines morales no bastan para luchar contra estos grupos; lo que se necesita para lograr un poder fuerte es la adquisición de medios efectivos que lo desvinculen de la dominación de otras partes.

Por otro lado, la ilusión que acompaña al pueblo se desvanece tras patrocinar las promesas de González Tejada. El engaño se produce cuando sólo se recurre a las apariencias, se apela a las mentiras y se descarta el hecho de profundizar en la esencia de los problemas.

El problema de la ineficacia del poder gonzalista deriva de las características del propio gobierno de González Tejada. El Presidente no

tiene a su disposición medios poderosos para gobernar, como la ley: el dinero, o el control directo e indirecto de la vida institucional. Le falta la autoridad, la anticipación, la flexibilidad. Gobierna cediendo a chantajes por parte de todos, lo que crea una incompatibilidad con la forma de gobierno deseada por él. Su función en la presidencia reside en el "bricolaje" permanente que se agota cuando se agudiza la crisis social y crece el descontento popular. La relación entre González Tejada y los grupos poderosos empeora y entra en una fase conflictiva, de la cual sale perdedor el Presidente y excluido del poder.

Realidad, hombre, palabra... Todo viene sugerido desde el título elegido por el autor, no inconscientemente, sino después de un cálculo premeditado y atento. He analizado el alcance de su discurso, manteniendo siempre la ambigüedad y permitiendo al lector apropiarse de una multitud de relatos. La objetividad del texto queda supeditada a la historia desde una fórmula inicial. El enunciado "El pueblo soy yo", por la marcada intervención de la primera persona en tiempo presente, refleja una subjetividad claramente reivindicada que transgrede las normas del discurso histórico al uso, en obras como *El dictador del Paraguay*, de Guillermo Cabanellas, o *El supremo dictador*, de Julio César Chaves.

González Tejada todavía no tiene muy claro el papel que tiene que desempeñar. Debe despejar el camino y decidir para evitar ser seducido por los cantos de sirena de la oligarquía que, frecuentemente, como las brujas de Macbeth, le susurran al oído la gran trampa: "Tú serás nuestro rey".

¿Qué tiene en común Macbeth con González Tejada? Macbeth es un noble escocés de la Edad Media. Un día, mientras vuelve de una batalla en la que se ha distinguido y se ha ganado el favor del rey, encuentra tres brujas que le profetizan que, en su momento, se convertirá en rey. Otras dos profecías formuladas por las brujas se realizan casi inmediatamente y es inevitable que Macbeth se pregunte cómo podrá cumplirse la tercera, ya que el rey, Duncan, está vivo y tiene dos hijos. Es claro que, casi desde el mismo momento en que escucha la profecía, Macbeth imagina el asesinato de Duncan, y aunque en un primer momento rechaza la idea, su mujer le impulsa a hacerlo. Macbeth mata a Duncan y desvía las sospechas hacia los hijos del mismo rey. Éstos abandonan el país y, como Macbeth es el heredero más próximo, es coronado. Pero este primer delito arrastra inexorablemente consigo una cadena de delitos y lleva por último a Macbeth a la ruina y a la muerte.

En un principio, Macbeth es un hombre valiente y de ningún modo malvado, pero termina por convertirse en la clásica figura del tirano, presa del terror, odiado y temido por todos, rodeado de espías, asesinos y psicópatas, constantemente obsesionado por el miedo a la traición y a la rebelión. Representa, en efecto, una especie de primitiva versión medieval del moderno dictador fascista. Su condición lo obliga a ser cada vez más cruel, a medida que pasa el tiempo. Es empujado de delito en delito, no por su innata maldad, sino, únicamente, por lo que se le aparece como una necesidad ineluctable.

Si se puede admitir, Macbeth es la historia de González Tejada. Pero es, también, la historia de cualquier empleado de banco que falsifica un documento, de un funcionario cualquiera que acepta una coima, de cualquier ser humano, en realidad, que aproveche cualquier mezquina conveniencia para sentirse más importante y superar un poco a sus colegas. González Tejada vive pasivamente el poder y acepta con frialdad el juego de repartición de puestos. Las iniciativas que toma revisten mucha improvisación; se convierten en una cadena de acontecimientos con inesperadas consecuencias y se fundan sobre la ilusoria condición humana de que una acción puede permanecer aislada. Pero la realidad muestra todo lo contrario ya que la esencia de cada hecho se refleja en otros movimientos que arrastra consigo, formando una especie de cadena, cuyos elementos se entrelazan y se entrecruzan.

El poder y el despotismo no emanan de una figura dominante, sino que pertenecen al grupo dirigente del país que controla las riendas del gobierno. Es decir, González Tejada no deja de ser un pequeño títere que distrae y entretiene al pueblo mientras que los verdaderos caudillos se aprovechan de las amistades y los contactos y sangran al país. Es frecuente que coloquen a su servicio los ordenamientos legales, jurídicos o administrativos, justificando tal proceder como derivado de la necesidad de enfrentar a los enemigos del orden social. Ellos "Protestaban débilmente, por dentro jubilosos, transportados, enajenados... todos querían manejarlo."¹

¹ Pedro jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p. 107.

A los intentos de manejar al Presidente se añade la desinformación en su país, tanto dentro de la Casa Presidencial como fuera de este espacio. La falsa información no se limita al pueblo, sino que llega a extenderse a niveles más altos que afectan incluso al propio Presidente, como revela el ministro Gutiérrez: "Hago las cosas como me parece que deben hacerse, pero lo convengo de que las hago como él me ha ordenado."²

En esta novela Vera se refiere de manera totalizadora al destino trágico de muchas naciones gobernadas por grandes demagogos y por conductores de masas, que han llevado a sus pueblos a la ruina moral más estrepitosa y, frecuentemente, al caos económico y social con la complacencia de las multitudes que los han apoyado de forma incondicional. Así ocurre con González Tejada, que no lo ha traído la providencia sino que es un instrumento inventado que un grupo de interesados lo ha implantado en el poder:

es el hombre que representa al sistema... lo preserva, lo cuida, lo salva, por cualquier medio: engañando, corrompiendo, matando. El sistema necesita de él porque le sirve de Mesías apócrifo.³

Su propósito radica en conquistar el poder y permanecer en él de manera perpetua con el visto bueno de los militares y las superpotencias, y con el asesoramiento o la ayuda de gente corrupta con fines inmorales para alimentar sus caprichos.

² Ibid., p. 127.

³ Ibid., p. 273.

Complejos elementos forman la psicología de un hombre de gobierno, los que conviene diferenciar si se quiere obtener una imagen lo más exacta posible de su personalidad. Estos elementos son de dos tipos:

a- La naturaleza íntima y la individualidad propia, integradas por influencias ancestrales e inmediatas, obran ampliamente sobre los actos del hombre. Su manera de actuar depende en gran parte de su temperamento y de las cualidades de su carácter.

b- La capacidad potencial de la sociedad y de la realidad socio-económica y político-ideológica diseñan el perfil del gobernante, que debe imponer su autoridad en los conflictos y promover una política de desarrollo.

Pese a su talento, a sus marrullerías de político y a sus habilidades de jurista, González Tejada carece de arrojo y de iniciativa. Lo vemos irresoluto, desconfiado, tardío en los procedimientos salvo cuando su poder personal se halla en peligro. En este caso se muestra rápido a la hora de tomar medidas, pero cauteloso en defenderse. Su permanencia en el poder le ha permitido mantenerse al tanto de todos los sucesos públicos, internos y externos, pero le falta el poder de reacción que le daría el mando efectivo sobre el país.

Cuando tuvo que obedecer a los militares, perfeccionó el don de mando, mejor que ellos, y porque después quiso ejercerlo, lo votaron los canallas.⁴

⁴ Ibid., p. 70.

Su posición social y política le proporciona el ejercicio de un poder personal, que le ofrece la posibilidad de adquirir experiencias y conocimientos todavía más amplios; pero durante su gobierno, aunque cree que está dando lo mejor para su pueblo, no siente las ansias ni las necesidades de la gente. Anda por los caminos de su país, se detiene en ciudades y pueblos, recoge el sentido de sus tradiciones, se completa con sus esperanzas. Es como un soldado que, por su trabajo infatigable y su preocupación constante, conoce hasta el más mínimo detalle los movimientos y las actividades de los políticos del país, pero no llega a la médula de los problemas nacionales ni los resuelve porque carece de profesionalidad y de ciencia suficientes para guiar al país y dar a cada uno el puesto que merece. Ha sido elegido por unos individuos interesados, que han descubierto que su personalidad profesional reúne los rasgos necesarios para someter a todo un pueblo.

Entre otras "cualidades" de que dispone González Tejada cabe destacar: el uso demagógico de la palabra mediante "Discursos eruditos, proclamas incendiarias, promesas seductoras".⁵ Su fuerza consiste precisamente en las promesas venideras, en sus gestos declamatorios, en esperanzas llenas de buenas intenciones y en frases teñidas de emoción. Pero detrás de esta composición hay solamente "negocio", ya que las palabras y las imágenes encantadoras no resisten ante la realidad de los hechos. El Presidente está convencido de su buena labor y de su conducta ejemplar, pero no puede cambiar el rumbo de la política de su país, puesto

⁵ Ibid., p. 96.

que sus asesores y la gente que lo apoya se erigen como verdaderos amos y como dirigentes en la sombra que lo utilizan como marioneta.

Vera quiere demostrar que tanto la demagogia como los grupos de presión, sea cual sea su tendencia o su afiliación política, son una desgracia para sus respectivos países. De ello podemos sacar ciertas conclusiones: el dirigente o el aspirante a dirigir tiene desmesuradas ansias de cargos y prebendas. La demagogia se identifica con el engaño y consiste en una permanente tergiversación de los hechos usada por toda clase de políticos. Cuando un demagogo llega al poder se agarra al puesto y no lo suelta sino por fuerza mayor. Si está en el poder, sabe manipular las frustraciones y las esperanzas del pueblo con "Palabras de fuego que incendiarían al país entero y levantarían a los hombres caídos".⁶ González Tejada aparece en el texto como el prototipo de los demagogos, quienes, sin ideología aparente, aportan una convicción utilitarista y mecánica. Su propósito se resume en conquistar el poder, perpetuarse en él y realzar la grandeza del país. "No le interesa la riqueza: sólo la gloria y la grandeza y con ellas haría grande a su pueblo".⁷

El presidente cae, sin quererlo, en un círculo vicioso en el que la violencia ocupa un nefasto relieve. Con ello, quiere materializar sus aspiraciones a gobernar y a preservar el poder mediante el uso demagógico de la palabra. Cuando fracasa, opta por la violencia para acallar las voces, lo que acelera su destitución. Con el poder de las armas destruye

⁶ Ibid., p. 71.

⁷ Ibid., p. 69.

materialmente, y con la palabra persuade y engaña a las masas. Pero luego, el tiempo se encarga de desvelar su debilidad y de desenmascarar la falsedad de sus promesas. La palabra que construye permite que se mantenga en el poder un hombre responsable, pero la palabra que aniquila con su infamia las ilusiones del pueblo pierde paulatinamente su eficacia nociva, se desmorona y se desnuda de su significación esencial. Al final, el Presidente es derrocado porque no dispone de una sólida base ideológica. Su manera de ser se ha alimentado de una retórica desprovista de sentido, que lo ha convertido en una persona contradictoria en sus pensamientos y paradójica en su concepción del acto político.

González Tejada tiene una gran pasión de mando, pero no lo ejerce para medrar, ni para satisfacer venganzas personales. Está persuadido de que sirve al país y ejerce la justicia expeditiva, ordenando, sin trámites legales, sin expedientes, el restablecimiento de los derechos:

—Tengo que pensar: trabajar para mi pueblo.

Las noches eran para la patria: evocarla, acariciarla, moldearla. En el silencio profundo, el doctor sentía el llamado, se magnetizaba todo él y se instalaba en el corazón mismo de su tierra, aclamado por las multitudes de las ciudades, sobajado por los campesinos descalzos, ungido como el único, y después, laborando día y noche, enfrascado en rimeros de papeles, quijoteando por senderos inverosímiles, sorprendiendo a los burócratas retrasados, acusando a los ladrones, sembrando numerosas piedras, encaramándose a la más alta cima para izar la bandera nacional, recibiendo diplomáticos y convenciéndolos con su dialéctica fluida,

distribuyendo fondos como un padre generoso, estableciendo el orden con su presencia ubicua, humanizando a la naturaleza, administrando la libertad, la justicia, el pan, la riqueza...⁸

González Tejada realiza numerosas actividades e interminables labores, con sacrificio y abnegación, para imponer la paz social y establecer el desarrollo económico. Según su convicción, no representa los intereses de una clase social, ni de un grupo político, sino que su esfuerzo y su política van necesariamente enfocados a asegurar la ambición de la grandeza colectiva.

El Presidente se ha perdido en el mundo ficticio que su propia imaginación ha elaborado. Según su percepción, que es la misma que revela Ruperto Villagómez, amigo y adulator:

Todos nosotros somos la patria está bien pero González Tejada es mucho más que la patria es la eternidad de la patria la inmortalidad de la patria él es una patria superior.⁹

La adulación forma parte del léxico de la mentira. Es connatural a los seres humanos desear cierta alabanza. Si no pueden alcanzar la verdadera, obtienen disfrute y satisfacción de la falsa. Cuanto mejor esté preparado y amparado el hombre menos necesidad tiene de ser adulado. La adulación tiene por objeto la ganancia. A fin de conseguir algo, el adulator, por medio de armoniosas palabras enloquece al imprudente para privarle de algo.

⁸ Ibid., pp. 71-72.

⁹ Ibid., p. 203.

El ministro Gutiérrez, uno de los mentirosos y aduladores, al teatralizarlo todo y no creer en lo que le ordena el Presidente, representa una de las claves de esa ansia de mando que alimenta su conducta:

Gutiérrez no era un déspota gratuito. Fue rígido sin contemplaciones para implantar y consolidar la dictadura... pero una vez afianzado, prefería seducir, corromper, comprar.¹⁰

El ministro cobró mayor dimensión gracias a su complicidad en la ejecución de frecuentes actos de represión y a su influencia en todas las esferas de gestión y administración; "sólo a él toleró —el Presidente— incorrecciones económicas".¹¹ No es extraño que el Presidente, refiriéndose a su ministro, diga:

Gutiérrez puede robar para eso me sirve como nadie con tal de que lo sepa hacer. A él tengo que permitirselo porque con él a mi lado los militares no podrán hacerme nada. Y sus travesuras no afectan a la inmaculada honradez de González Tejada.¹²

Por eso, se lee que

El ministro Gutiérrez sabía captar las sinuosidades temperamentales del Presidente dinámico, inteligente, duro, al ir perdiendo sus escrúpulos románticos, se adaptó a la perfección a la personalidad de González Tejada.¹³

¹⁰ Ibid., p. 127.

¹¹ Ibid., p. 173.

¹² Ibid., p. 134-135.

¹³ Ibid., p. 127.

Poco a poco, se descubre que hasta los movimientos políticos del gonzalismo se configuran como líneas de poder, sin la presencia del líder:

Lo vamos a reencauchar a ver si lo subimos otra vez al loco. Por mis negocios, yo no puedo actuar de frente en el primer momento. Quiero que tú vigiles a los socios, controles a los vivarachos.¹⁴

Tras estas palabras, el lector llega al convencimiento de que la política no se hace en los parlamentos, sino en los Consejos de Administración y en lugares secretos donde se originan las leyes y las tácticas. Los dictadores, en este caso, no son más que títeres movidos por los que concentran todo el poder, dispuestos a defender su dominación por todos los medios —legales cuando usarlos no constituye un peligro, ilegales, cuando aquéllos no ofrecen suficiente garantía para la perduración de aquel predominio—.

González Tejada se da cuenta de que todos tratan de manipularlo, pero está convencido de que su honradez no se pondría en duda nunca. Además, cree tener un destino especial: "yo quiero servir al pueblo y no servirme a mí mismo",¹⁵ "yo no tengo ambiciones, señores, no soy un mandón. Sólo quiero servir y devolver el honor a la patria."¹⁶ Pero la realidad demuestra su plena impotencia política; hecho que no le permite fomentar una amistad, una unión o un amor genuino. La raíz del poder no reside en la libertad de que dispone el individuo. El mando no se ejerce porque los

¹⁴ Ibid., p. 156.

¹⁵ Ibid., p. 69.

¹⁶ Ibid., p. 72.

hombres libres lo establecen, sino porque existe alguien que lo ejerce, dotado de unas posibilidades efectivas. A su vez, este poder que se ejerce sobre la libertad, sobre los hombres libres, exige la adhesión del súbdito. Sin un mínimo de conformidad con los mandatos del poder no hay mando ni sociedad posibles. El mando se funda en la opinión pública; se ejerce en nombre de la voluntad general y por la voluntad de todos los individuos que integran el cuerpo político.

La ironía trágica está en el hecho de que González Tejada, en calidad de Presidente, ni domina, ni impone su palabra a los demás, ni es capaz de realizar y controlar su propia vida. Se encuentra incapaz de resolver la dualidad que existe entre ilusión y realidad hasta extremos de no conseguir una individualidad equilibrada.

Es cierto que el título de la novela *El pueblo soy yo* sintetiza el lema del Presidente. También constituye el lema de toda una sociedad oportunista que ha dado nacimiento a esta clase de hombres. En términos de causa y efecto, el fenómeno es sintomático en un medio donde todo el mundo es un objeto que se explota, donde "la verdad es más prosaica"¹⁷:

Así como él —González Tejada— toma a los partidos y a los hombres, los utiliza mientras le sirven y luego los arroja a la basura, eso mismo hacen con él los grupos oligárquicos: lo aúpan cuando es útil, después lo botan como a perro.¹⁸

¹⁷ Ibid., p. 272.

¹⁸ Loc. cit.

Todos participan en este juego de intereses que les permite utilizar el poder para su provecho personal o para fortalecer su dominación. Cuando se necesita de la presencia de unos, se les considera elementos indispensables; pierden fuerza cuando demuestran poca eficacia, y se buscan otras alianzas que puedan cumplir con los nuevos cambios.

II.2.3. LA CORRUPCIÓN GENERALIZADA

Para mayor comprensión del tema, valdría la pena señalar -aunque de una forma muy reducida- la visión de algunos filósofos acerca de la política y la sociedad. En la introducción del libro *Los filósofos y la política* Manuel Cruz señala que:

una de las peores consecuencias de tanto insistir en nuestras perplejidades y estupores sería que nos dejara abandonados en una ubicación imposible y paralizante, a medio camino entre la conciencia dolorida e impotente ante un mundo nuevo que amenazara con aplastarnos, y la nostalgia irremediable de las viejas certezas perdidas.¹

Ya en los remotos días de Platón los hombres se preocupaban por la naturaleza de la sociedad y las relaciones del individuo con el orden social global. Platón ve que la conducta de los hombres varía conforme al tipo de orden político. Hobbes, al reconocer la índole colectiva de la sociedad, habla del contrato social que liga a los hombres entre sí. Rousseau, con igual

¹ Manuel Cruz, *Los filósofos y la política*, madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 9.

ánimo, critica el orden político y social francés que confina al individuo a una situación de la cual debe decirse que el hombre nace libre, pero la sociedad se encarga de ponerle cadenas. Sócrates, que murió precisamente por haber mostrado la incoherencia del discurso de los notables de su ciudad, contó con muchos admiradores, pero en vano se buscaban sus discípulos.

En su contribución, que aparece en el mismo libro, José Luis Villacañas Berlanga habla de “la emergencia de lo siniestro”² que acaba destruyendo los principios morales de la sensibilidad humana:

La dialéctica de la Ilustración tiene aquí su resumen: azuzado por el miedo que le produce la omnipotencia del confuso deseo humano y la voluntad ilimitada de poder, el hombre moderno acabó por producir órdenes reales de autómatas que generan un terror aún mayor, porque indisponen al hombre en relación con su propia realidad.³

Lo que hace falta es a alguien que muestre la incompatibilidad y la incoherencia de los discursos demagógicos. El primer paso se destaca en la toma de la palabra con el fin de proclamar la verdad y romper el monopolio, que el dirigente tiende siempre a adquirir mediante su uso. El siguiente paso consiste en manejar la palabra para operar en el hombre la aceptación de su propia condición, como ser libre, independiente y rebelde.

Ahora bien, el hecho de que gobernantes y administradores se enriquezcan rápidamente, mientras estén en el poder, es considerado

² Ibid., p. 178.

³ Ibid., p. 179.

normal en la mayoría de los países donde la tradición democrática es nula. Nadie critica a un dictador o a un presidente que deje su puesto siendo rico, aunque no se mira con buenos ojos que su enriquecimiento sea ostentoso o exagerado. De hecho, en *El pueblo soy yo* la corrupción administrativa ha desempeñado un papel económico importante, especialmente como medio de capitalización rápido. Esta realidad exige cierto grado de desarrollo e integración y cierto grado de conciencia. Porque no es hacia los superiores donde van dirigidas las mayores expectativas y los mayores esfuerzos igualadores, sino hacia los que se tiene por iguales, que es con quienes se espera tener más éxito en ese empeño; y como pretendan subir individualmente enfrentándose a los superiores, no sólo van a recibir el rechazo de éstos, sino que van a sufrir la colaboración que ofrecerán sus iguales a los de arriba para impedir que se desmarquen de ellos. Todos los que buscan algún bien ocultándose tras el dirigente que represente sólo una fachada son competidores en el reparto de bienes y, por lo tanto, sus relaciones tienen poco o mucho de rivalidad, como es el caso de la discusión de Alfredo Balik y Marcelo Domínguez en *El pueblo soy yo*. Se establece de esa manera una fractura y un extrañamiento entre ellos en el juego de la posesión y dominación que los aísla a unos de otros.

Por otra parte, lejos de constituirse una infraestructura social de servicios, el nuevo empleo que se abre paso queda a merced del “personalismo político” en el ambiente clientelístico que consiste en repartir favores a los ayudantes y seguidores de una manera típica y original:

Y todo hay que distribuirlo equitativamente: si él coge Finanzas, que es donde está la plata, que nos dé Defensa, donde se ventilan los asuntos sagrados de la patria, y ustedes pueden coger Obras Públicas que como el doctor siempre quiere tantas carreteras, reviste enorme importancia. También hay que controlar el Banco Central, para cuidar de la moneda. Y el Seguro Social, donde hay tantos millones. Los carguitos diplomáticos, los consulados, para los amigos y parientes de segunda de todos nosotros...⁴

Una primera aproximación constituye el marco conceptual del clientelismo político: personas, que quieren ascender ilegalmente en la escala social y política, aprovechan la precariedad del sistema político y se relacionan con González Tejada a través del “clientelismo político”. Mediante este mecanismo, estos arribistas, sin escrúpulos, intercambian su apoyo por la concesión de servicios, cargos y ministerios. Por tanto, su relación es contingente, con miras a la obtención de beneficios.

El Presidente utiliza los ingresos destinados a los gastos colectivos como sistema de compensación política frente a los mecanismos electorales, y no necesariamente como una estrategia de acumulación de capital, cuyos destinos tienden a beneficiar a todo el colectivo humano. Maneja los asuntos públicos como un hacendado, y los identifica con la esfera de su acción personal. Los ministerios, servicios y reparticiones se crean y se inflan vertiginosamente para dar cabida a los recién llegados, de cuyo voto y apoyo depende. Mientras el Presidente logra satisfacer estas aspiraciones, la vida del pueblo se deteriora. De ahí que el gonzalismo no es una tendencia

⁴ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., pp. 172-173 .

materialista, sino "una doctrina vital, una fuerza espiritual que sacude las conciencias."⁵

Cuando la coyuntura lo impulsa a restringir estas expansiones, su relación con los colaboradores se descompone y su capacidad de reacción se encuentra cada vez más reducida; su influencia reviste poca efectividad, contando con débiles y dispersos cuadros, y la presidencia como mecanismo se ve minada por dentro. La ideología reinante "tener" es equivalente a "ser". El ideal no es "ser" como condición humana. Esto implicaría respeto, comprensión, paz, afecto. Sus ministros no hablan de deberes para con los demás allí donde toda la gente, o la mayor parte de ella lo hace: solamente se refieren a intereses y conflictos de intereses. En el único caso en que hablan de deber —a saber, su propio deber de buscar exclusivamente su propio interés— éste (el deber) adquiere relevancia en el sentido de promover únicamente su propio interés. "El deber", por tanto, entra en conexión con el término "interés", asimilando el sentido de este último. El turco Balik ilustra en la obra esta conexión cuando:

precisó que el chiste del gonzalismo le costaba a su familia cerca de dos millones sin haber sacado nada hasta ahora y aunque ellos no querían empleos ni pendejadas, si se sube a un Presidente ha de ser para que ayude y no para que haga el sapo vivo...⁶

⁵ Ibid., p. 174.

⁶ Ibid., p. 183.

“El deber tener” resulta ser el objetivo perseguido, fundado en el interior de cada uno cuando el código existencial que han aprendido sólo incluye la inmoralidad.

Muchos son los impulsos de tipo humano que revisten importancia en la vida político-social de estos personajes. En este sentido entra en juego el común impulso humano hacia el poder y las ansias de conseguir posiciones elevadas en el gobierno. Todos quieren ascender en la escala social y acercarse al poder. Su realización les permitirá de una forma u otra apropiarse de bienes destinados a una sociedad populosa, que espera con insistencia e ilusión los frutos del trabajo realizado por el gobierno de González Tejada. Queremos decir con ello que, la sociedad que lidera el Presidente es rica y seductora por el número de codiciosos y arribistas afanados en "robar" los bienes y las posesiones del pueblo. Así, cada conducta distorsionada adoptada reduce la riqueza nacional y debilita las esperanzas del pueblo hambriento, no de confort y felicidad, sino de lo más mínimo que se puede ofrecer: el pan -"los hambrientos reclamaban pan..."⁷

El ideal de todos los individuos cercanos a González Tejada se destaca en tener siempre más y más objetos, ya sean propiedades, automóviles, oro, dinero, etc., especialmente, el mando.

El poder condensa la fortaleza sobre la que se apoyan y el fin que buscan para evolucionar. Una vez conquistado, se invierte la relación entre gobernantes y gobernados: en vez de servir a los derechos y a las

⁷ Ibid., p. 37.

necesidades del pueblo, se utilizan los mecanismos de mando para negar los derechos y las necesidades de los gobernados. La particularidad que caracteriza el desarrollo de esta novela se nota en que González Tejada, como Presidente -desde su posición- cree que está sirviendo al pueblo. Las largas horas que pasa en su despacho analizando la situación del país y trabajando para su bienestar son dedicadas, según él, al pueblo: "... todo su ser estaba entregado a la patria, porque la amaba y porque su redención era el destino de González Tejada."⁸ A pesar de todo, "los problemas no se resolvían: se complicaban más cada día: el cielo lo desamparaba, acaso por su racionalismo de intelectual orgulloso."⁹

El resultado se presenta negativo y con grandes marcas de pesimismo. El Presidente no logra "romper el egoísmo de la nación desorientada por la ambición y la pedantería."¹⁰ La situación es cada vez más peor para el pueblo, y los que disfrutaban de los privilegios del mando dominan y comparten el botín. González Tejada, solo ante el pueblo descontento, se enfrenta a la situación dictando leyes a su antojo y elaborando decisiones puramente arbitrarias, como la de disolver el Parlamento y autoproclamarse dictador. Sus colaboradores momentáneos, principales causantes de la desgracia del pueblo, deben ser eliminados porque no han hecho otra cosa que establecer otro sistema de poder dentro del poder: en primer lugar, camuflados, liquidan los recursos del Tesoro Nacional; luego, candidatos ellos mismos a convertirse en líderes nefastos y sanguinarios, como es el caso de Gutiérrez. En cuanto al Presidente,

⁸ Ibid., p. 45.

⁹ Loc. cit.

¹⁰ Loc. cit.

aunque está en el poder, no encarna la autoridad suprema que le permita ejercer un mando indiscutible.

Son múltiples las causas que condicionan esta clase de gobierno. Factores socio-económicos y otros morales influyen de una manera decisiva en los personajes para una convivencia basada en el afán de apoderarse materialmente de la vida, sin pensar en las ataduras morales que pueden contrarrestar esta sed de agresividad y violencia social. Bajo este estado de desunión, los personajes no pueden mantener un criterio unánime de la verdad. De ahí que cuando hablan o actúan, casi siempre están pensando o haciendo otra cosa, basándose para sus contactos en suposiciones falsas, engaños, mentiras y contra-mentiras.

Otro mal con nefastas consecuencias en el ámbito social y político es la hipocresía: la más fea máscara que puede llevar un alma pobre. Invita a hacer crecer las ansias de poseer bienes y pone de manifiesto las apariencias de la vida bajo la ilusión de un soñador que cree tener autoridad sobre todos los dominios. Todos los perseguidores del poder, guiados por la hipocresía y el disimulo, intentan conseguir ventajas materiales mediante el uso de la mentira; pero en cuanto que las tienen se desatan en ellos otros deseos que sólo pueden satisfacerse con más ventajas y favores, debido a este desplazamiento que los ha llevado de un extremo social bajo a otro alto, en el cual se requiere más dinero y se necesita mejor puesto para mantener el nivel de sus iguales.

El deseo de adquisición material refleja el concepto de una enfermedad progresiva que se desborda hacia un afán incontrolado de posesión. Muchos factores avivan el deseo de progresar económicamente, entre otros, la corrupción. Todos los hombres que forman el Gabinete del Presidente se mueven para agarrarse al poder. Muchos de ellos aprovechan el estado de corrupción que envenena la sociedad y se lanzan extremadamente hacia la posesión de bienes. Otro hecho, no menos importante que los demás, consiste en aparentar más que los demás para salvar el prestigio. Esas ansias de vivir por encima de las posibilidades hace que el deseo de dinero sea condenado por su propia naturaleza a la frustración. Todos buscan el lujo y quieren apropiarse de bienes, o por esnobismo, o para revelar su poder político y su alta categoría laboral, o para lograr la distinción social.

En realidad, el único papel verdaderamente "profano" de hombre de carne y hueso que el pueblo ha atribuido a González Tejada es el de "doctorcito". Es decir, el de letrado. Pero no cabe olvidar que tal papel está revestido en el Ecuador de un contenido simbólico especial. Los libros, las letras, la escritura, se ofrecen al aborigen ecuatoriano como un componente importante de la magia extranjera. La biblia del padre Valverde anuncia la magia negra que guarda suerte. El misal, con sus efluvios esotéricos, sigue siendo un continente cargado de admoniciones, ilusiones y misterio. El papel sellado es su vaticinio siniestro.

La magia blanca reside en el poder de la palabra para seducir y convencer. El "doctorcito" es, precisamente, el encargado de convencer a la población dominada de que, allí entre tantos jeroglíficos, está la justicia: "porque es un hombre culto puede repartirse el pastel... gobierno de González Tejada justicia."¹¹ Sólo González Tejada se erige como el único salvador con un poder que le confiere establecer la justicia:

Los pobres quieren comer del pastel de los ricos y los ricos que nadie les toque el pastel. Si los pobres asaltan el pastel los ricos los defienden a patadas. Sólo González Tejada que no es rico ni ama el dinero que comprende el dolor de los pobres pero no es un desaforado porque es un hombre culto puede repartirse el pastel... gobierno de González Tejada justicia.¹²

En *El pueblo soy yo* la política no se asienta sólo como un juego de las elites o como una disputa entre grupos dominantes; la dominación es repensada a partir de las relaciones de González Tejada con esta colectividad, que es el pueblo. En realidad, lo que él pone de relieve se resume en promesas y ambiciosos programas, sin dar señales que puedan conducir a la sociedad por los caminos de la justicia y de la dignidad. De ahí que es imprescindible realzar el papel del escritor y de la literatura en la plasmación de la verdad.

¹¹ Ibid., p. 119

¹² Loc. cit.

II.3. PERSONALISMO POLÍTICO (DESMITIFICACIÓN DEL DICTADOR - PRESIDENCIALISTA)

El pueblo soy yo es una novela fragmentada que pretende reflejar lo real y revelar su mensaje. Forma y contenido se funden en la presencia de un texto ficcional. El centro del relato se instala en un complejo ser que dicta, redacta y provoca la expresión asumiéndola, fijándola y ofreciéndola en sus diferentes registros. Se trata de González Tejada, presidente ambicioso que materializa sus ideas y su pensamiento en las diferentes partes que componen la totalidad de la obra. Su anhelo radica en presentarse como el artífice de la unidad nacional. Sin embargo, su concepción de la patria es estéril, puesto que sólo abarca a unos cuantos individuos o a grupos que disfrutaban de sus favores y se ven remunerados en sus oficios.

La política la interpreta como el uso de subterfugios verbales o formales para persuadir al pueblo o para calmarlo. Concibe también su alianza con los americanos como una manera de apoyar su liderazgo político y que da un gran impulso al proceso de desarrollo económico y social. En ningún momento se percata de que el elemento extranjero es un intruso que se ha metido en los asuntos económicos del país para sacar beneficios.

Para evitar el riesgo de un eventual golpe de Estado, el Presidente intenta no provocar a los militares y garantizarles toda la libertad para sentirse protagonistas. No reúne las cualidades de un auténtico estadista que pueda examinar los asuntos del Estado con madurez y delicadeza, y

que alegue al sentido común y a la profundidad en el análisis de todos los detalles que el poder pueda originar.

La concepción simplista y arbitraria del Presidente en *El pueblo soy yo* guarda cierto parentesco con la visión del dictador, tanto en *Oficio de difuntos* del venezolano Uslar Pietri como en *El Señor Presidente*, del guatemalteco Miguel Ángel Asturias.

En la obra de Pietri Aparicio Peláez se siente indispensable y único porque se considera el mejor capacitado para gobernar. El dictador sabe que su entorno desea el poder; por tal motivo, no encarga nada a nadie: "A nadie confió sus dudas y su desagrado."¹

En la novela de Asturias todo es cuestión de voluntad. El dictador patológico, aunque aparece en pocas escenas, manipula desde su despacho la política interior. Ante Cara de Ángel se queja amargamente de su trabajo asfixiante que lo obliga a hacer todo y "estar en todo"² porque le ha tocado "gobernar a un pueblo de gente de voy"³:

el industrial se pasa la vida repite y repite voy a introducir a una fábrica, voy a montar una maquinaria nueva, voy a esto, voy a lo otro..., el señor agricultor, voy a implantar un cultivo, voy a exportar mis productos; el literato voy a componer un libro; el profesor, voy a fundar una escuela; el comerciante, voy a intentar tal o cual negocio, y los periodistas..., soy yo el Presidente de la República el que tiene que hacer todo,... con decir que

¹ Arturo Uslar Pietri, *Oficio de difuntos*, Barcelona, Seix Barral, 1976, p. 63.

² Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, Madrid, Anaya y Mario Muchnick, 1995, p. 298.

³ *Ibid.*, pp. 298-299.

si no fuera por mi no existiría la fortuna, ya que hasta de diosa griega ciega tengo que hacer en la lotería...⁴

El Señor Presidente tiene total conocimiento de todo lo que sucede y se considera responsable directo, ya que los demás no realizan sus tareas con seriedad, debido a la falta de responsabilidad y a la pereza moral y física:

... nadie hace nada y , naturalmente, soy yo, es el Presidente de la República el que lo tiene que hacer todo, aunque salga como el cohetero. Con decir que si no fuera por mí no existiría la fortuna, ya que hasta la diosa ciega tengo que hacer en la lotería...⁵

Para halagar al Presidente, Miguel Cara de Ángel le atribuye cualidades sobrenaturales que le permiten gobernar varios países europeos.

En *El pueblo soy yo* descubrimos lo mismo: González Tejada recibe una fabulosa carga de responsabilidades, ante las cuales se esfuerza día y noche. Ocupa su tiempo con tantos deberes y levanta tantas expectativas que acaba inevitablemente por ser responsable de muchas cosas que no funcionan. Gran parte de sus actividades están dedicadas a la reparación de errores procedentes de ministros y de resultados insatisfactorios. No ahorra ningún esfuerzo y se entrega a la política con abnegación y sacrificio, dotado de una paciencia titánica que le permite velar incansablemente por el funcionamiento administrativo y por la seguridad y el progreso de la nación:

⁴ Ibid., p. 299.

⁵ Ibid., p. 299.

Tengo que pensar: trabajar para mi pueblo. Las noches eran para la patria: evocarla, acariciarla, moldearla. En el silencio profundo, el doctor sentía el llamado, se magnetizaba todo él y se instalaba en el corazón mismo de su tierra, aclamado por las multitudes de las ciudades, sobajado por los campesinos descalzos, ungido como el Único, y después, laborando día y noche, enfrascado, acusando a los ladrones, sembrando primeras piedras, encaramándose a la más alta cima para izar la bandera nacional, recibiendo diplomáticos y convenciéndolos con su dialéctica fluida, distribuyendo fondos como un padre generoso, estableciendo el orden con su presencia ubicua, humanizando la naturaleza, administrando la libertad, la justicia, el pan, la riqueza...⁶

Este pasaje revela que el Presidente es consciente de la holgazanería y la dejadez de sus servidores; hecho que lo obliga a realizar él mismo las obras, pero su papel de títere se subraya en su incapacidad de tomar las medidas necesarias para poner fin a esta situación de estancamiento que arruina al país. Parece ser un soldado, por su trabajo infatigable y su preocupación constante. Conoce hasta el más mínimo detalle los movimientos y las actividades de los políticos del país; pero le falta la firmeza, la autoridad y la influencia suficientes para guiar científicamente el país y dar a cada uno el puesto que merece. Además, sus palabras acentúan su misión redentora y divina. Como Cristo que acepta ser inmolado para redimir a la humanidad, González Tejada se sacrifica para su pueblo, trabaja para su bienestar. Su trabajo constante y su honestidad le proporcionan un sentimiento de satisfacción y orgullo aunque sabe que en su país nada funciona, sin su

⁶ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p. 71.

presencia, y que aquellos que lo sostienen en el poder modifican el orden y lo violan sistemáticamente.

A lo largo del periodo presidencial, González Tejada, con tal de recuperar el honor de la patria y alcanzar la gracia, lleva una vida metódica en la que la rigidez de horarios y funciones va acorde con los espacios cotidianos del Presidente. Tiene una gran fe en la patria; cree en su regeneración y en el retorno de la vida de ésta a los días esplendorosos del pasado: "Sólo quiero servir y devolver el honor a la patria".⁷ Es tal su seguridad en el porvenir glorioso de su país que todo lo que pueda contrariarla no tiene valor apreciable. Promete devolverle su grandeza y poner por encima de todo los valores morales en un entorno dominado por un gran juego de intereses, egoísmo y materialismo. Esta fe en los altos destinos de su patria se refleja en sus palabras y en sus actuaciones.

El Presidente posee una gran amplitud de horizontes intelectuales ("doctorcito", abogado) que se empequeñecen por no tener una autoridad suficiente para gobernar y por adoptar una gran elevación de ideas (libertad, justicia, gloria, honor) que se reducen a meras abstracciones simplistas. Además, carece de una voluntad de hierro para no dejarse seducir por los encantos fáciles de la vida. Nunca se ha entregado al juego, ni a las mujeres, como hacen los demás Jefes de Estado. Su potencia de trabajo es innegable, pasa la mayor parte de las horas del día en su despacho. Tiene la facultad de trabajar con la misma facilidad de día que de noche, relegando

⁷ Ibid., p. 72.

sus relaciones afectivas y su tiempo de ocio al segundo plano. Domina perfectamente sus propios impulsos para no dejar ningún margen a la casualidad. Su posición social y política le proporciona el ejercicio de un poder personal que le permite adquirir experiencias y conocimientos todavía más amplios, pero a la hora de gobernar aunque cree que está ofreciendo lo mejor para su pueblo, no siente las ansias ni las necesidades de la gente. También cree que tiene poder para potenciar la cohesión social dentro de un nivel satisfactorio de crecimiento y modernizar las estructuras económicas arcaicas. El Presidente pretende, así, responder al deseo popular que ya no admite más fracasos. Sobrestima sus propios conocimientos y excluye lo que no entiende. Se siente absolutamente superior por saber más, pero, a pesar de su sapiencia, se equivoca y no conoce siquiera el terreno donde se producen sus errores, generalmente, de omisión, de exclusión y de cálculos. Además, no se da cuenta de que la presencia de intereses organizados tanto internos como externos, que hacen política por su cuenta, puedan legitimar su papel si respeta la función decorativa que debe desempeñar en el poder. Por eso, se empeña en buscar una respuesta al origen de las protestas populares, pero no encuentra ninguna explicación que le satisfaga porque no puede llegar a la médula de los problemas nacionales, ni conseguirá despojarlos por el simple hecho de que él no es un hombre de realidades, ni de acción. Le falta el vigor y la rapidez de la ejecución; puede pensar en utopías, pero no puede ponerlas en práctica. No tiene tradición política, ni modelo político eficiente al cual apelar, ni ha sido adiestrado para dar soluciones a los problemas nacionales. Además, ninguna institución es

suficientemente fuerte para inspirar amplio respeto; y en ausencia de tal institución el choque de intereses hunde el país que llega a ser una ciénaga de anarquía, un perpetuo teatro de intereses. La anarquía se convierte en la norma de la actividad política y la fuerza en instrumento político aceptado. La autoridad de la fuerza resulta más significativa que la autoridad de la ley e incita al pueblo a sublevarse.

El Presidente cree que no hay nadie en el país que sepa valorar los sacrificios que ha hecho por el pueblo y por la patria. Durante su mandato busca devolver a la patria su florecimiento y ejercer una especie de fascinación sobre el pueblo, hambriendo de glorias, para adquirir el esplendor que le hace falta. Todos captamos su significado, pero se aplica de modos muy diversos como para que resulte fácil de definir. Todo aquello que ha dominado el mundo, las ideas o los hombres, se ha impuesto principalmente mediante la irresistible fuerza que expresa la palabra "prestigio". Tal palabra puede implicar determinados sentimientos, tales como: la admiración y el temor, pero puede existir perfectamente sin ellos, a través de personas muertas o monumentos históricos. Es una especie de fascinación que un individuo, una obra o una doctrina ejercen sobre el espíritu. Esta fascinación paraliza las facultades humanas y provoca asombro y respeto. El prestigio de que disfruta González Tejada reviste características excepcionales. Lo ha adquirido por el hecho de ocupar la presidencia y de ser líder del pueblo, y mediante sus discursos seductores dirigidos al pueblo. Es decir que se

centra en la autoridad que enarbola en sus manos y en la facultad personal -independiente de todo título y de toda autoridad-.

El Presidente ejerce una fascinación magnética sobre el pueblo. Pero esta seducción se torna inútil y resulta ineficaz en las relaciones que lo unen con los miembros de su gobierno. Éstos no le prestan atención, ni se someten a sus órdenes, ni colaboran con él, sino que cada uno actúa de una manera individualista e independiente. Lo que desean y buscan es sacar el máximo provecho del poder.

Consciente del juego sucio de sus ayudantes que está rompiendo los fundamentos de su política, González Tejada quiere aplicar la

Mano dura para los vampiros de la sangre popular, para los politiqueros corrompidos, para los explotadores sin conciencia, para los comunistoides incapaces de comprender a Marx.⁸

El Presidente no consigue su objetivo. Ello se debe en primer lugar a que no reúne características que le ayuden a consolidar su posición. Su modo de vida es superficial, pasivo y egoísta. Carece de nexos profundos con nadie, ni siquiera con su mujer.

El miedo a perder el poder y, por consiguiente, el fracaso en la tarea política constituyen la otra cara del prestigio. El Presidente, que es aclamado por el pueblo, se encuentra escarnecido por él. Es, ya, una persona rechazada y no querida por el colectivo humano que antes confiaba en sus capacidades. Este hundimiento le ha hecho perder el magnetismo. La

⁸ Ibid., p. 122.

intolerancia del pueblo, materializada en las manifestaciones contra su política, justifica la pérdida de esa admiración que siente hacia él. Su política ahora tiene como fondo un sentimiento que constituye un estado de ánimo habitual, reflejado funestamente sobre su conducta desde el principio hasta el final: el miedo a perder la presidencia.

¿Cuales son los motivos del fracaso político de González Tejada? La política del Presidente adquiere los rasgos de un programa personal que responde a la vigorosa individualidad del mandatario y que va necesariamente enfocada a un fin primordial: el mantenimiento y el desarrollo del poder personal orientado, según González Tejada, hacia la prosperidad material del pueblo: "El destino de la patria la misión de González Tejada."⁹ Este deseo de permanecer en el poder, invadido por el miedo a perderlo, tiene repercusiones decisivas en la personalidad del Presidente, que no confía en nadie sino en sí mismo para asumir las responsabilidades estatales. En una de sus intervenciones dice que "los pueblos hacen las revoluciones pero los gobiernos tienen que conformarlas, canalizarlas, morigerarlas".¹⁰

Toda su vida gira en torno a su infinita preocupación por el poder. Es su *summum bonum*. En su atropellado afán de progreso y atención urgente a los requerimientos populares, le importan poco los costos de los contratos, la realidad de las obras y la honestidad de las negociaciones. Aun cuando el

⁹ Ibid., p.23.

¹⁰ Ibid., p. 116.

desarrollo y el bienestar, en una palabra, la independencia real se encuentra del otro lado, González Tejada no dudará ni un solo instante en referirse al progreso. Pero se queja de que se encuentra solo en esta empresa descomunal y que no puede contar con ninguna ayuda. Además, intenta mostrar que es el único que posee poderes eficaces para regenerar la nación entera y remediar los males que la aquejan. Está convencido de que no hay ni una sola persona en toda la República que tenga las cualidades de un buen estadista como él para tomar una determinación sobre cualquier asunto que afecte al pueblo y a la nación. Por eso, toma a su cargo la tarea de ocuparse de todos los menesteres con pasión e interés, pero sin basarse en fundamentos, ni en estrategias, ni en cálculos:

sentía el llamado, se magnetizaba todo él y se instalaba en el corazón mismo de su tierra, aclamado por las multitudes de las ciudades, sobajado por los campesinos descalzos, ungido como el único y después, laborando día y noche, enfrascado en rimeros de papeles, quijoteando por senderos inverosímiles, sorprendiendo a los burócratas retrasados, acusando a los ladrones, sembrando primeras piedras, encaramándose a la más alta cima para izar la bandera nacional, recibiendo diplomáticos y convenciéndolos con su dialéctica fluida, distribuyendo fondos como un padre generoso, estableciendo el orden con su presencia ubicua, humanizando a la naturaleza, administrando la libertad, la justicia, el pan, la riqueza...¹¹

Aquí tenemos todo su ideario político, su función y su papel primordial, como hombre de Estado.

¹¹ Ibid., p. 71.

Otro aspecto, esta vez vinculado a su personalidad, se acentúa en su carácter de letrado y orador que disfruta de una capacidad alta para convencer, incluso a diplomáticos. Su poder expresivo lo maneja como arma política y su sabiduría la utiliza como materia rentable para dominar y controlar. A pesar de todo, estas ventajas no le han ayudado para satisfacer las constantes necesidades del pueblo porque:

conocer la historia, la filosofía, el derecho, la sociología, no bastaba. Todo cuanto había aprendido en miles de páginas era utilísimo para sus discursos y mensajes, pero resultaba superfluo para satisfacer a los gobernados con sus peticiones inconciliables.¹²

Nadie comprende en su país la esencia fantasiosa de su pensamiento, ni comparte sus sueños, que se refieren a una patria grande y honrosa. El pueblo sabe cuáles son sus necesidades. La obligación del Presidente consiste en descubrirlas y atenderlas; tarea que no consigue realizar, simplemente, porque no está preparado políticamente para encarar el problema social. Su formación jurídico-filosófica lo lleva a plantear todo en términos asistenciales, morales y éticos.

Al no tener claramente delineados sus objetivos y al carecer de una idea precisa y definida sobre los medios que se deben emplear, el Presidente se encuentra ante la imposibilidad de organizar una administración, de controlar la ejecución de las leyes, de cortar la anarquía y de impedir la corrupción. Al final, se ve desbordado por la vastedad de los

¹² Ibid., p. 37.

problemas populares y por la magnitud de las expectativas. Por eso, pide más tiempo en el poder: "-¡He gobernado un siglo pero no basta! Necesito otros cien años para salvar a la patria enferma".¹³

Cuando ve que el Estado se hunde y, además, se encuentra demasiado débil para reaccionar contra la subversión y rectificar la quiebra, su maniobra se materializa en autoproclamarse dictador para silenciar brutalmente a todos los que se opongan al modelo. Convertido en dictador, confiesa su incapacidad de gobernar sin emplear métodos tradicionalmente convencionales. Su política, poco eficaz en el tiempo y en el espacio, le impide orientar y convencer inteligentemente al pueblo. Razona como lo hacen los belicosos: "Como no puedo convencerte, te mato". Se ha dado cuenta de que la "democracia" a su manera y la demagogia, como tácticas, ya no son remedios para calmar las iras del pueblo. Dicho con otras palabras, cuando falla la palabra interviene la maquinaria represiva frente a las manifestaciones populares.

Al constatar que sus discursos ya no son suficientes para controlar la inquietud social, decide recurrir a medidas represivas en lugar de ofrecer una solución de fondo a los problemas:

En los grandes momentos de la historia siempre hubo sangre. Los muertos no importan: ¡Lo que importa es el alma nacional! Unos cuantos muertos para impedir que muera la nación.¹⁴

¹³ Ibid., p. 289.

¹⁴ Ibid., p. 234.

La represión violenta es justificada como un recurso para impedir "la muerte de la nación". Es un medio más que utiliza para mantenerse en el poder. González Tejada cae en un círculo vicioso en el que la violencia ocupa un nefasto relieve. Con ello quiere satisfacer unos impulsos ególatras, entrando en una prerrogativa destructiva, si bien sádica, al no poder conmover y convencer a los sublevados. Recurre a las armas y a la palabra demagógica para proteger su puesto. Con el arma de fuego destruye materialmente mientras que con la palabra persuade, engaña y corroe el espíritu de las masas. Pero la palabra es un arma de doble filo: a la vez que le sirve de aliado, se convierte de pronto en enemiga.

El Presidente no cuenta con una sólida base ideológica. Su manera de ser se basa en una retórica desprovista de racionalismo. Además, ha sido contradictorio en sus pensamientos y paradójico en su concepción del acto político. A veces adopta ideas extremas con una finalidad abstracta, como en el caso de instaurar la dictadura, que es un medio que contradice en la práctica el fin que pretende conseguir: la libertad.

En realidad, hay que reconocer que González Tejada es un personaje muy complejo: a veces afirma que es "Una torpeza forzar las cosas apelar a la mano dura";¹⁵ otras veces, la violencia resulta imprescindible: "la bala ha sido el instrumento de sus retozos siniestros. Con balas ha eliminado a

¹⁵ Ibid., p. 217.

jóvenes esplendorosos y a viejos marchitos."¹⁶ Su pensamiento se dispersa en múltiples actuaciones y, por tanto, no es fácil captar su esencia.

En la obra Vera sugiere que un gobernante dispone de dos medios para mantenerse en el poder. El primero se identifica con la creación de una fuerza moral que proviene del apoyo y del reconocimiento de los habitantes; lo que hoy llamaríamos "consenso". El segundo medio apoya sus raíces en la fuerza material o en la violencia brutal. El autor contrapone dos fuentes posibles de poder político en una afirmación moderna de la naturaleza del poder: la violencia de las armas contra la fuerza del derecho y la falsedad de la palabra demagógica contra la fuerza de las ideas.

La ley es justa y, por tanto, justificada en la medida en que tiene como objetivo defender los intereses de los más desfavorecidos contra las ambiciones de los más poderosos. Cuando ya no representa la opinión de la mayoría, el orden social se altera mediante la desobediencia popular y conduce a un desorden generalizado. El objetivo no radica en abolir las leyes, sino en mejorarlas de tal manera que puedan ser más conformes a las exigencias de la justicia y de la libertad. Así que los militares desobedientes y el pueblo opuesto a la política de González Tejada no tienen otra alternativa que destituirlo para frenar sus ambiciones y sus actuaciones. Sin embargo, el derecho de desobedecer no se encuentra reconocido por la ley, pero puede realizar su función, a partir de las exigencias de la moralidad.

¹⁶ Ibid., p. 277.

Cansado de consumir tanto oratoria, el pueblo decide no someterse y ejercer una presión sobre el Presidente-Dictador para que ceda. Se trata de un acto de desobediencia que rechaza colaborar con las instituciones del Estado y con sus estructuras administrativas. Como consecuencia de las manifestaciones populares, González Tejada pierde el control de la situación y el apoyo imprescindible de los militares. Se encuentra en un laberinto político del que no puede salir, sino derrocado. Al final, renuncia a su puesto, forzado.

... realmente él era un intelectual, un manipulador de verdades eternas más que un ejecutor, un descubridor antes que un constructor.¹⁷

No sigue una tradición democrática eficaz, ni ha sido adiestrado para dar soluciones a los problemas nacionales. Puede forjar utopías, pero no puede ponerlas en práctica: "¿qué hacer si su material eran las palabras, signos de las ideas?".¹⁸ Su gran error ha sido calmar el hambre y la miseria de las masas con las promesas y los proyectos, que jamás se han concretado en la vida real:

Lo infame de González Tejada es haber creado aquí los mitos de libertad y justicia, para traicionarlos sistemáticamente. Antes de él, los pobres vivían y morían sin ilusiones, sin esperanza; él se las trae, luego las destroza a escondidas, les echa la culpa a sus enemigos y las hace reverdecer en los incantos, con la promesa de que las realizará en el gonzalismo siguiente.¹⁹

¹⁷ Ibid., p. 167.

¹⁸ Loc. cit.

¹⁹ Ibid., p. 272.

Se considera un estorbo y el eco mesiánico de sus “Discursos eruditos, proclamas incendiarias, promesas seductoras”²⁰ ya no es suficiente para suplir la ausencia de las acciones concretas, que ese mismo pueblo reclama.

El país llega a ser una ciénaga de anarquía. La violencia se convierte en una norma principal de la actividad política y la fuerza, en un instrumento político que pertenece a la institución militar suficientemente fuerte para nombrar y destituir. Ello permite que la autoridad de la fuerza resulta más significativa e importante que la autoridad de la ley. Bajo este concepto militar de la vida política y social, el poder castrense se consagra por la tradición donde los ambiciosos generales y coroneles utilizan la fuerza para intimidar a los civiles. En la actualidad la movilización de la violencia al servicio de las ambiciones personales e institucionales persiste con la única diferencia de que las Fuerzas Armadas llegan a confiar más en la manipulación y menos en el terror para que sus actividades reciban la aceptación de la población y para seguir manteniendo su fama de defensores del orden y de la patria. Por estas razones, el militarismo termina instaurando una sociedad que sobrevive artificialmente en virtud de la fuerza.

La destitución de González Tejada por los militares y su destierro no durarán mucho tiempo porque "allá volverá como siempre a preparar el retorno como si no hubiera hecho nada".²¹ El Presidente, "con dos o tres

²⁰ Ibid., p. 96.

²¹ Ibid., p. 278.

discursos lo arregla todo".²² Esta cuestión de componente mítico, que concierne al discurso, merece que se le brinde una especial atención porque tiene dimensiones relevantes en el curso de la vida política de González Tejada. Se ha percatado claramente del poder de la palabra: "¡Dadme un balcón en cada pueblo, no necesito más, y tendremos tercer gonzalismo!"²³ Así, el lenguaje se convierte en un arma política que contribuye a provocar sensaciones ilusorias. Detrás de su lenguaje reside un alto nivel de conocimiento, en oposición a la pasividad del adversario.

Nada de florilegios. Aratos, frases sonoras y sibilinas: 'Vosotros sois la esencialidad íntima y última de la raza humana'... ¡Mujeres, no abortéis! ¡La patria no necesita fetos sino hambrientos que se hagan justicia con sus manos!'.²⁴

Lenguaje e información se convierten en un medio para dominar a un pueblo impotente "ante su parla excitante y abrasadora",²⁵ entusiasmado y deseoso de alcanzar el progreso, pero desprovisto de todo sentido crítico; es decir, privado de la aptitud para discernir entre la verdad y el error.

En *El recurso del método* el Primer Magistrado valora perfectamente el papel de la retórica. En una etapa temprana de la carrera política, se trata sólo de gritar y alzar la voz. Con el transcurso del tiempo, a medida que el

²² Ibid., p. 288.

²³ Ibid., p. 172.

²⁴ Ibid., p. 138

²⁵ Loc. cit.

poder se presenta más seguro, se requiere un nivel más alto de habilidad retórica:

Muchas burlas debía el Primer Magistrado a los rebuscados giros de su oratoria. Pero... no usaba de ellos por mero barroquismo verbal; sabía que con tal artificios de lenguaje había creado un estilo que ostentaba su cuño y que el empleo de palabras, adjetivos, epítetos inusitados, que mal entendían sus oyentes, lejos de perjudicarlo, halagaba en ellos, un atávico culto a lo preciosista y floreado, cobrando con esto una fama de maestro del idioma cuyo tono contrastaba con el de las machaconas, cuartelarias y mal redactadas proclamas de su adversario...²⁶

La definición de la oratoria, según el Primer Magistrado, está en sí misma empapada de retórica:

(eficiente para nosotros cuanto más frondosa, sonora, increpada, ciceroniana, ocurrente en la imagen, implacable en el epíteto, arrolladora en el crescendo...).²⁷

En algunas ocasiones, el dictador se da cuenta de que repite fórmulas, lo que le incita a buscar otras porque duda de la eficacia de las palabras repetidas: "Pero ahora, estos términos habrían cobrado un tal sonido de moneda falsa, plomo con baño de oro, piastra sin rebrinco"²⁸ La renovación terminológica reviste gran importancia como mecanismo nuevo que replantea el tema de la manipulación. Su función consiste en encender los

²⁶ Alejo Carpentier, *El recurso del método*, La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 1974, p. 52.

²⁷ *Ibid.*, p. 22.

²⁸ *Ibid.*, p. 144.

sentimientos, avivar las pasiones, resolver los más diversos asuntos y consolidar el contacto directo entre el pueblo y el dictador. Ello le permite proyectar una imagen popular y neutralizar a la oposición.

Miguel Estatua, en fuerte contraste con los discursos del Primer Magistrado, produce un discurso ni bello ni ornamentado, pero eficaz y capaz de fortalecer la voluntad del pueblo contra la amenaza de Estados Unidos. Su palabra

sonaba en términos de verdad aunque fuese tosca y malhablada —elocuencia de entrañas, claramente y ruda, más convincente que cualquier arenga de gran estilo.²⁹

Su misión reside en modificar las ideas del pueblo y producir cambios en las opiniones, las concepciones y las creencias para acabar con el miedo y promover la acción. No impresiona mediante imágenes, sino que razona para no privar al pueblo del espíritu crítico, es decir, de la aptitud para discernir entre la verdad y el error.

No son, pues, los hechos mismos los que afectan a la imaginación popular, sino más bien cómo se presentan para impresionar y seducir. Se piensa mediante las imágenes; y la imagen evocada promueve a su vez una serie de ellas, sin ningún nexo lógico con la primera para experimentar las más completas transformaciones y acceder a la imaginación popular.

²⁹ Ibid., p.93.

Por otra parte, carece de importancia el valor jerárquico de una idea, ya que sólo hay que tener en cuenta los efectos que produce. Opera mediante diversos procedimientos: penetra en el inconsciente, se convierte en un sentimiento, adquiere un poder irresistible y desarrolla toda una serie de consecuencias. Además, se realiza para arrastrar a una colectividad y no para ser leída por un filósofo. Al pueblo se le entusiasma por la gloria y el honor; se le conduce a creer en el triunfo final y en cosas reales mediante imágenes emocionantes y claras para eliminar su capacidad de juicio y de sentido crítico. Es incapaz de separar lo subjetivo de lo objetivo porque admite, como reales, las imágenes evocadas en su espíritu, las cuales no poseen más que un parentesco lejano con el hecho observado. En este sentido, en *El pueblo soy yo* el diputado Jorge López destaca que el satélite principal en torno al cual se mueve todo es la palabra:

El diputado Jorge López sentía que ahora la revolución se hacía sólo con palabras que lo invadían todo y lo animaban todo. La sangre, palabras; el hambre, palabras; la libertad, palabras... Hay que tratar con ellas porque lo encarnan todo. Se precisaba de palabras, abundar en ellas, hasta abusar de ellas, para forjar la nueva constitución.³⁰

No interesan los principios, ni la coordinación de propósitos, sino la abundancia de las palabras que prometen, estimulan y entusiasman.

En definitiva, para seguir en el poder, González Tejada tiene que defenderlo. Para ello, necesita construir una compleja red de mecanismos

³⁰ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p 97.

tanto discursivos como represivos, cuya meta esencial es complacer al poderoso y darle más ventajas.

II.3.1. EL DISCURSO PRESIDENCIALISTA DEL DICTADOR

El poder discursivo constituye un elemento central en las relaciones entre el Presidente y el pueblo. Ante todo, hay que partir del discurso y analizarlo desde dos perspectivas: su contenido y los valores que transmite, y el pueblo, como sujeto receptor del discurso. La fuerza de las imágenes, paradójicamente sin nexo lógico, y el poder de la verborrea que hipnotiza la conducta del pueblo se conciben en la novela como mixtificación del autoritarismo antidemocrático: “Dios me ha hecho para mandar en beneficio de mi gente.”¹;

Firmó sin vacilar el decreto que disolvía el parlamento rebelde y proclamó:

-¡Hemos salvado a la república y al gobierno del pueblo!²

Esta intervención desborda el campo estrictamente político y acoge a otras categorías de valor moral y religioso que analizan los problemas desde el ángulo socio-político. Se destaca la ausencia del pueblo, ignorante e inculto, que no sabe distinguir entre el discurso racional y el discurso existencial. Frente a este colectivo humano, sobresale la figura de González Tejada,

¹ Ibid., p. 69.

² Ibid., p. 53.

como interlocutor intelectual, instruido y dotado de una fuerte personalidad carismática. Firma un decreto que deroga la Constitución y se empeña en acumular poderes para "salvar la libertad y el orden"³. Su dictadura no descarta la participación del pueblo en las actividades laborales y creadoras. Es una forma de gobierno que busca mejorar las condiciones vivenciales del pueblo y trata de luchar contra la explotación, al mismo tiempo que se percibe como una dictadura que combate o persigue a los corrompidos e infractores. El Presidente indica que:

La voluntad de un conductor moderno es la voluntad popular encarnada en él. ¡Esto es democracia lo demás es demagogia!⁴

Si partimos de estas palabras, la democracia se identifica con la voluntad soberana del pueblo y constituye un poder que puede movilizar todo lo que hay en la nación. No acepta interferencia de ninguna otro poder, que no sea la voluntad única de la nación. Pero su política no deja de ser contradictoria: la identificación de la democracia con la voluntad individual emana de una reacción antisocial, que viola los derechos y la libertad de los súbditos bajo una dirección política manipulada por un individuo y condicionada por la necesidad de conquistar y mantener sus objetivos, y los de los que lo protegen y lo usan como títere.

González Tejada disuelve el Parlamento como medida drástica para contrarrestar el desafío popular. De esta manera, arrincona principios

³ Ibid., p. 121.

⁴ Ibid., p. 69.

democráticos auténticos que legitiman su poder y se deja convencer de que su poder debe apoyarse en la fuerza político-militar, con la cual se acalla a cualquier actitud discordante para el bien de la patria. Según él: "La patria está por encima de la ley".⁵

Si analizamos su personalidad, González Tejada es un hombre que adora a su país, por el que sería capaz de sacrificar su vida; no es egoísta, aunque sí ególatra. Se identifica con la patria y quiere que la nación supere todos los obstáculos y que alcance supremo prestigio internacional. Según él, "No le interesaba la riqueza: sólo la gloria y la grandeza y con ellos hacía grande a su pueblo".⁶ Se considera a sí mismo el "médico" que necesita la nación, por eso pide "otros cien años para salvar a la patria enferma."⁷ Su moral no es la moral del hombre corriente porque piensa que Dios ha hecho una moral para la masa y otra para los elegidos, y él se cree elegido: "Dios me ha hecho para mandar en beneficio de mi gente".⁸ Se cree el salvador de la patria y exige poder integral y vitalicio para poder completar su obra. A partir de ahí, podemos señalar la presencia de rasgos de desequilibrio mental, que analizaremos en su debido momento.

González Tejada se autoproclama dictador como consecuencia del derrumbamiento del edificio político y del desmembramiento de la estructura social que ha empujado al pueblo a protestar y a reclamar sus derechos. En

⁵ Ibid., p. 111.

⁶ Ibid., p. 69.

⁷ Ibid., p. 289.

⁸ Ibid., p. 69.

realidad, es un dictador desde el punto de vista del ejercicio del poder, pero no lo encarna desde el punto de vista de la legitimidad de éste, puesto que su acceso al poder se halla regulado constitucionalmente por las elecciones aunque los mecanismos que caracterizan a estas elecciones y que lo han llevado a la presidencia sufren deficiencias morales. Podemos considerarlo un usurpador del poder en el sentido de querer establecer su autoridad, completamente discutida por la mayoría que es el pueblo, y recurrir a prácticas inconstitucionales (disolver el Parlamento, derogar la Constitución, autoproclamarse dictador, usar la violencia) para realizar un control absoluto, aunque él sólo quiera el poder por el poder y no el poder para sacar ventajas e imponer sus caprichos. Su estatuto como Presidente deja de ser legal en el momento en que se distorsionan los principios que lo legitiman social y constitucionalmente en función de un interés personal. Un dictador, y mucho menos un presidente, no puede modificar las leyes existentes, ni puede derogar la Constitución, ni la organización de los poderes públicos, ni hacer leyes nuevas.

Lo que González Tejada no consigue entender es que el poder político que asume, en realidad, no lo ejerce él sino una minoría interesada. La dictadura existe mientras hay motivos de orden económico y social que la originan, y desaparece cuando estos motivos pierden su fuerza. El Presidente no refleja, a través de sus actos y sus palabras, ningún fanatismo ni picardía. Resulta un hombrecillo, un "outsider" colocado por las maniobras de un grupo de presión para resolver sus diferencias mutuas y asegurar la

continuidad de su predominio. Este grupo ha descubierto en González Tejada el hombre que no molesta, el hombre capaz de hacer la unidad entre los varios grupos que forman el tejido del poder, un calmante para el pueblo. González Tejada no llega a ser realmente dominante, ni puede imponerse a los demás, ni puede representar el poder que se le ha concedido. Cuando manobra para eliminar a los que lo han elevado, sale expulsado no sólo del poder sino del país.

A modo de conclusión, al ser despojado de sus riquezas naturales y de su soberanía, el país de González Tejada es también despojado de su historia y, por tanto, crea una absoluta dependencia del poder usurpador.

II.3.2. LA FUERZA DE LA RAZÓN FRENTE AL PODER DE LA SUPERSTICIÓN

El ejercicio del poder masculino en el ámbito privado de la cotidianidad y en el espacio público, desarrollado y perfeccionado a través de un proceso continuo a lo largo de la historia de la humanidad y de los diferentes modos de producción, ha generado patrones de comportamiento fundamentados en relaciones de dominio de la mujer. Lo que se ofrece es una imagen cargada de rigidez en relación con la mujer.

En *El pueblo soy yo* González Tejada se ve obligado a renunciar a engendrar, a hacerse cargo de los niños y a preservar una sociedad que asegure su porvenir, debido a su impotencia sexual. La energía sexual

reprimida por el cumplimiento de los deberes, la frustración política y el afán inalcanzable de formar una célula familiar se manifiestan en un fenómeno de carácter sexual, no explícito, que debe ser explicado si se quiere llegar a una verdadera comprensión del problema sexual que afecta al Presidente. Es la angustia. Este fenómeno tiene una enorme importancia en el personaje veraniano en la medida en que condiciona por interferencia la totalidad del funcionamiento psíquico del personaje y, concretamente, su capacidad de análisis y su percepción de la realidad. Resulta, por tanto, esencial intentar determinar su origen, los elementos que condicionan su aparición y su relación con otros estados emocionales del personaje.

La angustia del personaje en esta novela tiene dos orígenes: uno inmediato y otro más remoto. El inmediato se relaciona con la frustración sexual que subraya los complejos que componen su personalidad. La primera vez que se presenta el problema de la angustia de forma explícita, aparece ligado a un momento de dificultad para expresar la sexualidad que se debe, hasta cierto punto, al descuido familiar que sufre Amabilia y al estresado Presidente que pasa todas sus horas en el despacho, analizando la situación del país que gobierna. El personaje vive sus necesidades sexuales y su deseo de provocación como una frustración intolerable. Pero este hecho resulta tanto de la intensidad de esas necesidades como de la ansiedad que produce en sus sentimientos la falta de relaciones sexuales.

El estado de angustia aparece como resultado de la experiencia de la frustración sexual y sirve como plataforma a comportamientos desviados que constituyen el conjunto de acciones alternativas emprendidas por el personaje para salir de este estado. Entre otras, recurrir a actos de brujería; hecho que pone en evidencia una contradicción palpable en la personalidad del personaje como responsable e intelectual que busca remedio a sus defectos en el mundo de la brujería. La naturaleza de estas acciones refuerza con mayor intensidad aún el origen inequívoco de la angustia del personaje y subraya su inestabilidad psíquica y su primitivismo.

La brujería ha sido durante siglos el reflejo inmediato de las costumbres primitivas. Puede considerarse la prueba más evidente de los temores, los odios y las creencias. Se advierte su presencia en los tiempos más remotos de la Historia. Alcanza notoria visibilidad en la Edad Media y continúa en los siglos XVI y XVII, llegando a los tiempos modernos con menos fuerza, pero subsiste e incluso evoluciona. Los vates y adivinos han proliferado tanto en la era de los avances tecnológicos que los horóscopos y los santeros tienen cada vez más autoridad, y hasta los intelectuales acuden a consultas. Pero el logro de la vida no puede depender del azar, o de la situación de los astros al nacer o de algo llamado "destino" porque no es innato, ni se hereda, ni se lleva inscrito en el genoma, sino que está abierto a todos los individuos de la especie humana y siempre se puede recuperar cuando parece perdido. Para mal o para bien, nadie se encuentra amparado de las desgracias, ni siquiera los presuntos bienaventurados de siempre. Al

mismo tiempo, la aventura no está reservada para unos selectos. En términos más precisos, el Presidente o “doctorcito”, como lo llaman, solicita la ayuda de una bruja porque no se encuentra satisfecho con su virilidad.

Este hecho adquiere una relevancia especial en el sentido de que el Presidente se convierte en un individuo anulado por su propia impotencia, llevado a creer en la existencia de un misterio –con independencia de lo que tal fuerza puede provocar-. Esta creencia enteramente irracional surge en situaciones en las que el hombre no puede captar y comprender de modo racional las vicisitudes de la vida. González Tejada arrincona las virtudes cognoscitivas y la fuerza de la razón para buscar una ayuda compleja y opuesta al conocimiento sapiencial. Ello confirma que las apariencias no reflejan con exactitud la realidad que se hace superflua y se degrada cuando el hombre no consigue identificarse con la meta que traza para la culminación de la operación perfecta que es el conocimiento, el amor y la fe en la capacidad humana. González Tejada ha pagado a la hechicera con la esperanza de que sus poderes sean favorables y propicios a su deseo, pero sabe que “en los problemas del Estado sería una estupidez meterla”,¹ aunque

lo pensó en un momento de desesperación, pero ahora sólido, firme, con el total apoyo castrense no necesitaba de brujerías ni mandingas.²

El Presidente combina el racionalismo propio de su época con la superstición, que no lo ha conducido a ninguna parte. Aquí se nota la

¹ Ibid., p. 50.

² Loc. cit.

coexistencia de dos discursos culturales que ponen de manifiesto una fuerte contradicción entre el mundo de lo absurdo y de la superstición, y la capacidad de comprender las razones de la impotencia, del desamparo, de la frustración y de la ansiedad, que reflejan los complejos que componen su personalidad. González Tejada, el "doctorcito", se empeña con insistencia en conseguir una hierba india, con contenido misterioso, que permite acercarse a una persona lejana. El Presidente la pide para poder ver a Gabriel, el asesor y el "precursor", quien otorga los poderes a González Tejada "el continuador":

Zimosa, zimosa... ¿Como conseguirla? No se ofrecía en los mercados, no podía solicitarla públicamente. ¡Villagómez! Su viejo y fiel amigo a quien acababa de servir reponiéndolo en su empleo.

— Necesito que me consigas zimosa, Ruperto.

—¿Zimosa? ¿qué es eso?

— Una hierba de los indios, una alcaloide. Sirve para ver a quien uno quiere.³

El Presidente recurre a la "zimosa" (una hierba que es producto de la superstición) y deposita sus esperanzas, no en el poder de la lógica, sino en otras fuerzas que emanan de la superstición.

Como soluciones alternativas a sus derrotas políticas y al incumplimiento de sus deseos sexuales, González Tejada -abogado y responsable de regular el funcionamiento socio-económico y político de todo un país- descarta los poderes de la ciencia y la razón para optar por

³ Ibid., p. 265.

métodos menos racionalistas, acudiendo a los servicios de una bruja y a las prestaciones mágicas de una hierba (zimosá). Una acción racional es aquella que, teniendo en cuenta el conocimiento de la persona, tiene mayores posibilidades de alcanzar su objetivo. Hay medios racionales para conseguir un fin; pero cabe preguntarse si existe algo parecido a un fin racional.

Lo que hace González Tejada es distorsionar las pruebas de la razón y buscar otras que coincidan con sus propias creencias. Estamos ante un razonamiento inconsciente que busca las posibilidades de acierto que no se han conseguido con el uso del planteamiento científico. A pesar de ser abogado y ocupar el puesto más prestigioso en calidad de Presidente de la República, González Tejada no tiene una mente abierta, capaz de manejar pruebas correctas y racionales. No se siente tan fortalecido anímicamente para asumir la realidad vivida con valentía y aseveración; en definitiva, carece de flexibilidad. Muchas veces, se apresura a tomar decisiones en condiciones de estrés y ansiedad para frenar las protestas del pueblo.

En lo que se refiere a sus relaciones con Amabilia (su mujer), podemos afirmar que no representan a un matrimonio arquetípico que refleje las relaciones sociales entre hombres y mujeres. Su esencia no se modela en un patrón de conducta conyugal que se expresa en comportamientos en el interior de la casa, en la intimidad y también en el ámbito público y político, debido a la plena dedicación de González a los asuntos políticos y a la poca preparación de su mujer para destacarse en la sociedad, lo que refuerza su exclusión de las instancias decisorias.

Su falta de integración en el escenario de la sociedad es un problema individual, ya que carece del estímulo y de la predisposición interior. Amabilia no encuentra la manera de expresarse, ni la busca para tener una voz influyente en la sociedad e incluso en la política. En ningún momento se han visto restringidas su libertad y sus costumbres, aunque sí marginada por su marido que dedica todo su tiempo a las labores estatales. Por otra parte, revela con claridad una superioridad espiritual y moral en sus relaciones con su marido, hundido moralmente y con trastornos mentales como consecuencia de sus fracasos políticos.

Tradicionalmente, la mujer se legitima en su vida adulta a través de su capacidad de dar vida y de ser una madre que requiere ciertos atributos: una madre sufrida y abnegada; atributos que a su vez le dan la fortaleza suficiente para sacrificarse por el otro. La sociedad, especialmente la conservadora, recuerda siempre a mujeres casadas, dado que las solteras se encuentran marginadas socialmente y preocupadas por algunos tabúes impuestos por la sociedad, como el tema del honor y la honra o la búsqueda del hombre que sirva de hermano, padre y marido para justificar su vida. De modo general, todas las culturas, sin excepción, han expresado que entre el hombre y la mujer no hay diferencia clara que distinga a los sexos, aparte de la forma en que cada uno contribuye a la creación de la generación siguiente, que son seres humanos dotados de ciertas cualidades que no pueden atribuirse exclusivamente a uno u otro sexo.

Si volvemos a la obra, Amabilia acepta con pasividad y conformismo su condición de inferioridad. Para poder ser independiente y con voluntad propia no fija su mirada en las circunstancias históricas, sino que indaga exclusivamente en su psique y en su naturaleza biológica. En lugar de entrar en un proceso de socialización que le permita conseguir un papel notable en la sociedad se fija en su genética que no le proporciona una salida a su ensimismamiento. Permanece aislada en la Casa Presidencial, incomunicada, serena, "tan adicta, tan sumisa, tan servicial que no exige nada ni amor siquiera"¹. No tiene conciencia de lo que son las contradicciones sociales, ni cuestiona su sometimiento. Tolera su condición porque considera a su marido una persona muy ocupada, convirtiéndose paradójicamente en la primera defensora del *statu quo*. No ha recibido una formación especial para mandar, ni la invaden deseos que tenga que reprimir. Su único papel se reduce a respetar, obedecer y someterse a ese orden, puesto que le falta el valor para enfrentarse a su marido.

En contraste con las cualidades de González Tejada, la lista de los rasgos característicos de su mujer resulta poco llamativa: sus pensamientos no son articulados, y en su contacto con su marido refleja imágenes oscuras y semiconscientes, en las cuales se entrelazan el pensar y el sentir. De ahí proviene su frialdad en la conducta y la inseguridad del juicio. La articulación y la lucidez del pensamiento brillan por su ausencia, como si viviera inconscientemente y sólo recibiera su conciencia a través de su marido. No posee individualidad ni voluntad independiente. Está excluida de una

¹ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p. 109

existencia más elevada y metafísica, "y sólo la música lograba distraerla un tanto..."² A pesar de su posición social como "primera dama", Amabilia se torna "indiferente a la política, asistía con displicencia a fiestas y recepciones"³ No puede acompañar al Presidente en sus recepciones porque no posee la facultad de conversar ingeniosamente y siempre se ve excluida de las ceremonias, fiestas y recepciones que se organizan:

... la oscura Amabilia, la borrosa Amabilia, la asexuada Amabilia, compañera sin brillo y sin iniciativas, a quien su célebre marido presentaba casi vergonzante en las recepciones oficiales y que sólo contaba como depositaria y administradora de sus emolumentos y de las joyas obsequiadas por los aduladores, como vigilante de la marcha de la casa presidencial y como confidente de sus frecuentes desfogues iracundos.⁴

Es una ayudante y una colaboradora invisible en el sentido de escuchar con atención a su marido, amortizar su nerviosismo y mostrarse alegre. No es una mujer competente, ni posee brillantes conocimientos para participar activamente en la toma de las decisiones, ni impone su voluntad, ni puede manifestar rivalidad.

Intelectualmente, tiene limitados conocimientos que no corresponden a su posición social de "Primera Dama" del país ni al *status* político de su marido. Sus oportunidades de actividad pública son casi nulas. Aunque disfruta de la ventaja de ser la mujer del Presidente, se afana en realizar

² Ibid., p. 248.

³ Loc. cit.

⁴ Ibid., pp. 283-284.

tareas manuales; se contenta con llevar su papel de servidumbre como si fuera una servidora fiel. Es un personaje conmovedoramente humano para el lector, pero en la vida de González Tejada no pasa de ser un elemento secundario, debido, sobre todo, a la naturaleza de vida que él adopta. El Presidente se ve más preocupado por los asuntos del Estado que por su propia vida personal. La realidad indica que se la deja con poco que hacer de cara al público, encontrándose siempre en un plano de inferioridad con respecto a su marido.

En lugar de atender a su propio fortalecimiento físico y anímico mediante el ejercicio, el deporte, la lectura u otras actividades, puesto que las exigencias y las modalidades de la vida como "Primera Dama" reclaman la presencia de una mujer fuerte, ágil, intrépida y alegre que haga olvidar a cualquier mujer de su época, Amabilia mantiene un aspecto de debilidad y se manifiesta suspirante, sin ningún papel que jugar. Nunca se le ocurre cuidar su cuerpo para realzar su belleza, ni se permite coquetear. Carece de curiosidad intelectual y no busca actividades con ansias de creación.

Estas cualidades superlimitadas la obligan a moverse en un espacio cerrado, aislada del mundo social y político, sin ninguna posibilidad de tantear el camino de apertura y de autosuficiencia a nivel de contactos personales y participación en las diversas actividades. Es una simple "ama de llaves":

la consorte de este hombre tan intensamente amado y odiado; su camarada, su servidora. Volvía con mayores bríos a la vida doméstica, a buscar esparcimiento que disiparan la melancolía y el furor del desterrado,

a ser su secretaria, su mayordomo, su recadera. Todo dentro de la envoltura grisácea que caracterizaba su entrega al infatigable político.⁵

El aburrimiento en su hogar lo impulsa a buscar afuera halagos y mejor ambiente para un Presidente que tiene a su cargo la responsabilidad de todo un país. Pero González Tejada, plenamente preocupado por las tareas profesionales, ni asiste a las tertulias, ni goza del calor hogareño con su mujer. Además, no está preparado para recibir y ofrecer una imagen de lo que significa el amor, el matrimonio y la familia:

Todo su ser estaba entregado a la patria, porque la amaba y porque su redención era el destino de González Tejada⁶.

Se trata de un dirigente, cuya vida es una manifestación continua de una rutina cotidiana, debido a sus preocupaciones de carácter político. En consecuencia, al no sentirse protegida por su marido y amparada por su presencia, Amabilia también se siente sola y aburrida. Sus experiencias en la Casa Presidencial son uniformes y monótonas, con una sensación de estar en un mundo en el que nada nuevo sucede, ni nada cabe esperar. Tales experiencias, junto con las circunstancias vividas y compartidas con el Presidente, afirman el estado de aburrimiento en que se abate la "Primera Dama", quien ha encontrado en la acción social "un remedio para el aburrimiento que la embargaba".⁷

⁵ Ibid., p. 284.

⁶ Ibid., p. 45.

⁷ Ibid., p. 248.

Todas estas frustraciones acumuladas no le quitan el hecho de ser comprensiva, paciente y cuidadosa con los deberes de la Casa Presidencial. Trata a su marido con respeto y cariño; no se encuentra mal dispuesta, ni es poderosa, ni intrigante.

Aunque no posee habilidad para dar opiniones, ni poder intelectual para exponer ideas y tomar decisiones, no deja de apoyar a su marido en los momentos difíciles:

Ahora, mientras el avión los transportaba al exilio, Amabilia escuchaba sus improntus, sus invectivas, sus calandracas, sin más intervención que alguna palabra de consuelo y aliento, que alguna tímida caricia en la flaca y larga mano de su compañero.⁸

Le sirve de válvula de escape a sus depresiones. Desempeña un papel balsámico. Siempre está preparada y dispuesta para dulcificar sus costumbres y eliminar su condición animalizada que había adquirido por la acumulación de problemas que le originaba el Estado: "Amabilia, tranquila, sosegada, diligente era ahora el bálsamo de sus dolamas".⁹ Se ha convertido en un ser de segunda categoría, que debe aceptar la realidad con resignación para no dañar la imagen política de su marido, quien descarga en ella todos sus fracasos en la presidencia. Sabe que debe hacer grandes cosas, pero ni siquiera está segura de llegar a su realización, aunque no se le haya negado su valor como "Primera Dama".

⁸ Ibid., p. 284.

⁹ *ibid.*, p. 89.

Cuando el Presidente pierde el poder, intenta inconscientemente recuperarlo, doblegando a su mujer y pretendiendo autoafirmarse en su personalidad. La pérdida de la razón ha permitido una reproducción de las relaciones de dominación en las que González Tejada, que ya no es Presidente de la República, intenta liberarse del fantasma de sus ministros y de los militares, redactando mensajes, dando órdenes e instrucciones a costa de la intimidad de Amabilia y de su condición de esposa. Es decir que Amabilia se despoja de su identidad como esposa de González Tejada para avalar otra condición impuesta e inventada. En poco tiempo, el desequilibrio mental de su marido la convierte en su secretaria: "¿Qué clase de secretaria es usted? Si no puede seguirme ¡renuncie!";¹⁰ la convierte también en embajador de Francia: "Que pase el embajador de Francia."¹¹; en secretario: "¡No quiero ver militares! Vendrán a cepillarme porque a la larga fui yo quien ganó, ¡Recíbalos usted señor secretario!"¹²; en General: "General ¿Cuándo cree usted que podemos entrar en acción?".¹³ Lo peor del caso reside en confundirla con Ana Isabel, lo que la obliga a captar un mensaje nefasto que resulta chocante y difícil de digerir:

¡Al fin, amada mía! ¡Cuánto has tardado! ¡Ana Isabel mi reina, Ana Isabel mi diosa!... Dejaré a la odiosa Amabilia, la intrusa. Me divorciaré y tú pasarás a ser la Primera Dama hasta la muerte.¹⁴

¹⁰ Ibid., p. 286.

¹¹ Ibid., p. 287.

¹² Loc. cit.

¹³ Loc. cit.

¹⁴ Ibid., pp. 288-289.

González Tejada exterioriza su realidad que indica su desequilibrio mental y destapa su identidad desfigurada por los fracasos políticos, como Presidente, y personales, en relación con su conducta conyugal.

II.4. INTERVENCIONISMO ESTADOUNIDENSE Y ETERNIZACIÓN DEL PODER

El desarrollo del capitalismo monopólico y su internacionalización bajo el control de las grandes corporaciones transnacionales, y las numerosas concesiones de los dirigentes de los países subordinados, que ceden materia prima y territorios a los extranjeros, tienen consecuencias decisivas sobre el término de las relaciones de dependencia y dominación entre los países centrales y los periféricos.

El imperialismo lo ejercen los países desarrollados sobre los subdesarrollados, lo que supone una mayor expansión y acumulación de los primeros, mientras que los segundos se encuentran supeditados y condicionados por los intereses de los países centrales. Estados Unidos ocupa el primer rango en el desarrollo económico. Ha podido consolidar sus vínculos bilaterales con numerosos países hispanoamericanos, a través de pactos de asistencia que le permiten establecer lazos directos con los centros periféricos.

Veremos cómo el Presidente, González Tejada, afirma que las exigencias internas piden la llegada del capital extranjero y su intervención en la explotación para consolidar su poder. Esta decisión define la actitud gonzalista que apoya la dominación imperialista. El Presidente se convierte en un instrumento de los grandes poderes monopolistas que entrelazan sus beneficios con los intereses de los grupos locales.

Todavía en relación con el tema de la subordinación -esta vez desde otro contexto práctico y simbólico- queremos anotar que la fuerza no da derecho, pero abre la posibilidad de que genere su propio "derecho", a través de la violencia y la dominación, y como tal exija la obediencia. Un campo fértil para la manipulación es el de las necesidades. La presencia necesitada, aunque perciba que se la manipula, no tiene más remedio que acceder a lo que le pide el manipulador. En este sentido, González Tejada promete cosas con tal de ganar las elecciones, mientras que los necesitados -esta vez el pueblo- no pierden la esperanza de ver algún día realizados sus deseos de modo satisfactorio. El incumplimiento de las promesas lo justifica por la falta de voluntad y la corrupción de los políticos.

El Presidente defiende el valor democrático y el compromiso ético, pero, de manera contradictoria, él mismo adopta una conducta autoritaria que afecta negativamente su convivencia política con el pueblo e, incluso, con los grupos influyentes. Ello hace legitimar ciertos usos políticos que resultan condenables por el pueblo que no puede consentir que le restrinjan sus libertades. Su fracaso (González Tejada) lo conduce a derogar la Constitución, anteponiendo el interés individual al interés general, para frenar las revueltas populares y conservar el sistema. Es ahí cuando González se autoproclama dictador para fortalecer su autoridad que es el poder de los que lo sustentan. La crisis se agrava y el Presidente se decanta por las bayonetas, instrumento alterno de la clase dominante. Se trata de una dictadura encubierta con revestimientos respetables al principio, pero que termina desenmascarándose cuando se descubre el juego político

dentro de un mundo sin escrúpulos que tiene su origen en la confrontación de intereses y estrategias entre los que quieren aprovechar de la democracia y pretenden limitarla y el Presidente que quiere, dentro de este entorno, garantizar su poder y mostrarse patriota y defensor de los valores morales. De todos modos, no sólo su presencia resulta insignificante y exige la necesidad de adquirir credibilidad y autoridad para regenerarse, sino que su política parece obsoleta, fragmentada y sin nexos lógicos.

Ahora bien, podemos relacionar la permanencia del tema que se refiere al intervencionismo de las potencias extranjeras en los países hispanoamericanos a la presencia general de la historia en la literatura hispanoamericana desde sus inicios. El caso ecuatoriano no es una excepción; prueba de ello es *El pueblo soy yo*. En esta novela Vera adopta una actitud de rechazo al poder autoritario, que se basa en el capital extranjero y que comprende que el principal soporte del sistema político reside en el apoyo estadounidense.

La dictadura facilita la intromisión de poderes extranjeros en el ámbito político, hecho que conduce a la infiltración en otros campos como es el económico, el social e incluso el cultural, a través de los medios de comunicación. En cuanto al sistema militar, se preocupa exclusivamente por el problema del control interior, en vez de preocuparse por el de la lucha territorial internacional. De ahí que por muy avanzados que estén en cuanto a armamento u organización, la función de los militares es más política que profesional. Mantienen una postura nacionalista sistemática como única

garantía de la soberanía nacional; sin embargo, por firme que pueda ser este nacionalismo ideológico, ellos dependen prácticamente de la ayuda y del material extranjero para mantenerse en el lugar que ocupan dentro de la estructura nacional de poder.

El novelista afirma que el monopolio extranjero no da la legitimidad al gobernante, ni promueve la modernización, ni la unidad de la nación, ya que la capacidad de control reposa sobre tres condiciones: los recursos políticos que poseen los militares, la fragmentación existente dentro de la sociedad y la ayuda exterior a través de pactos de asistencia. Este conjunto de ideas se materializa en la obra. Se destaca también la apariencia de un presidencialismo dictatorial que oculta el control efectivo que ejerce la institución militar. Sin embargo, por muy fuertes que se consideren, no superan el hecho de ser marionetas y una simple póliza de seguro para aquellos que orientan la política y presionan desde el extranjero.

Antes de adentrarnos en el tema, sería conveniente ver la forma en que ha sido tratada la red imperialista como, un fenómeno político y económico, en la novela de la dictadura en Hispanoamérica.

En *Tirano Banderas* Valle-Inclán no hace alusión directa al tema de la dependencia, sino que lo plantea indirectamente mediante la colonia española encabezada por el prestamista español Celestino, que irrumpe en la escena como un hombre sin escrúpulos y que se enriquece de una manera ilegal a costa de las necesidades de los demás:

Don Celes o don Celeste es una faceta más de la tiranía. Representa la insaciable rapacidad de los comerciantes españoles que se dedican de lleno a explotar al indio, al moreno y hasta al diplomático mal pagado... Son ellos los que quieren mantener al General Santos Banderas en Tierra Firme, son ellos los que ayudará al Tirano en todo lo posible.¹

El novelista prelude en su novela la plaga que caerá sobre Hispanoamérica:

Pero la Colonia Española no puede menos de reconocer que en el inflexible cumplimiento de las leyes está la única salvaguardia del orden y el florecimiento de la República.²

Se considera uno de los primeros en avisar, desde su obra, del peligro que representa el imperialismo estadounidense:

En la novela está al lado de la Colonia Española y de Santos Banderas. Mister Contum simplifica el oportunismo de los yanquis en Hispanoamérica.³

Hay una fuerte crítica contra los países europeos para revisar sus conductas políticas de cara al exterior y un llamamiento de valor humano para que hagan una reflexión sobre el desarrollo de su historia:

¹ Maruxa Salgues Cargill, *Tirano Banderas (Estudio crítico-analítico)*, Jaén, Graficas Nova, 1973, p. 53.

² Ramón del Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, p. 42.

³ Maruxa Salgues Cargill, op. cit., p. 59.

Los Estados Europeos nacidos de guerras y dolor, no sienten vergüenza de su historia, no silencian sus crímenes, no repugnan sus rapiñas sangrientas. Los Estados Europeos llevan la deshonestidad hasta el alarde orgulloso de sus felonías, hasta la jactancia de su cínica inmoralidad a través de los siglos.⁴

Como todos los demás dictadores, el Patriarca de García Márquez, en *El otoño del Patriarca*, lo llevan los ingleses al poder en el cual permanece gracias al respaldo estadounidense. Sabe que para seguir gobernando y para evitar la invasión de tropas armadas, que están a la vuelta de la esquina, tiene que hacer concesiones. Su poder es tan artificial que se ve obligado a entregar el mar a los americanos para liquidar una parte de la deuda exterior:

... vendió el mar a un poder extranjero y nos condenó a vivir frente a esta llanura sin horizonte de áspero polvo lunar cuyos crepúsculos sin fundamento nos dolían en el alma.⁵

En *Casa de Campo* Donoso define la relación entre los Ventura y los extranjeros como puramente comercial:

... ellos, entretanto, habrían partido a mediodía hacia las minas con el resto de los sirvientes y con los extranjeros, no sólo para reiterar *in situ* el ofrecimiento de vendérseles, sino para demostrarles cuán efectivamente el Mayordomo y sus hombres habían limpiado la región de

⁴ Ramón del Valle-Inclán, op. cit., p. 74.

⁵ Gabriel García Márquez, *El otoño del Patriarca*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 48.

todo peligro de un levantamiento de antropófagos por lo que sus posesiones no podían considerarse desvalorizadas.⁶

Para construir su propia sociedad, los Ventura descartan todos los contactos con cualquiera que no sea de la familia para proteger los valores y los ritos heredados: “A los sirvientes les cabe la alta misión de velar para que ninguno de nuestra estirpe sea corrompido por los antropófagos.”⁷ Los Ventura no sólo desprecian a los nativos, sino también a los extranjeros en un esfuerzo para mantener el *statu quo* social e ideológico.

En los comienzos de *El recurso del método*, cuando las fuerzas subversivas ganan terreno y atentan contra el gobierno establecido en Nueva Córdoba,

El embajador de los Estados Unidos ofrecía una rápida intervención de las tropas norteamericanas para salvaguardar las instituciones democráticas⁸

El Primer Magistrado no sólo ve con reserva y escepticismo la oferta del embajador, sino que le responde con indignación:

Esta operación no va a ser fácil y hay que mostrar a esos gringos de mierda que nos bastamos para resolver nuestros problemas. Porque ellos, además, son de los que vienen por tres semanas, se quedan dos

⁶ José Donoso, *Casa de campo*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 442.

⁷ *Ibid.*, p. 38.

⁸ Alejo Carpentier, *El recurso de método*, La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 1974, p. 84.

años haciendo los grandes negocios. Llegan vestidos de kaki y salen forrados de oro.⁹

Esta actitud cambia radicalmente cuando avanzamos en la lectura de la novela: el dictador sabe a quién apostar para solucionar sus múltiples problemas; se ha dado cuenta de que tiene limitadas sus capacidades y que él solo con la fuerza que tiene no se basta para evitar el descontento social y acabar con la oposición; por lo tanto recurre a los que antes habían sido elementos odiados e indeseables: "los yanquis". Para congraciarse con ellos, manda edificar un Capitolio, que es una réplica del de Washington; asimismo permite la invasión del comercio estadounidense y la imposición de la cultura nortea, siendo la educación el área más afectada. Su sumisión adquiere niveles inconcebibles cuando tolera que periódicos, que critican frecuentemente su dictadura, circulen con libertad en Nueva Córdoba. Finalmente, a pesar de su colaboración con "los gringos", el Primer Magistrado deja la presidencia debido a la mala gestión administrativa que no aporta beneficios a los americanos.

En *La fiesta del rey Acab* Enrique Lafourcade adopta una postura abiertamente polémica contra las organizaciones internacionales que toleran la existencia de dictaduras, como aparece en el irónico enunciado:

Esta es una obra de mera ficción. Por lo tanto, el escenario y los personajes, incluido el dictador Carrillo, son imaginarios y cualquier

⁹ Loc. cit.

semejanza con países, situaciones o seres reales es simple coincidencia. En efecto, nadie ignora que ni la Naciones Unidas ni la Organización de Estados Americanos permiten regímenes como el que sirve de pretexto a esta novela.¹⁰

En esta novela hay una considerable implicación económica, a través de la “Société Général”, bajo la administración del embajador francés. La presencia estadounidense se manifiesta en una base militar y en la conducta incorrecta del embajador, quien interviene en el juego de alianzas en la política del país.

Puesto que la dependencia como fenómeno existe bajo diversas formas, en *Yo el Supremo* el tema de la dependencia se plantea de una manera distinta: la educación que ha recibido el Supremo es europea, lo cual no descarta su esfuerzo en mantener la independencia de su país y consolidarla, frente a las fuerzas extranjeras.

Mediante las referencias anteriores se corrobora el cambio de poder que se opera en el ámbito político-social e ideológico. La fase colonial da paso a la fase imperialista; si España ejerce su dominio sobre la entidad hispanoamericana en base a la lengua, las costumbres y las creencias religiosas inculcadas en las raíces del pueblo, Estados Unidos por el contrario violenta esa personalidad hispánica perfectamente delineada con

¹⁰ Enrique Lafourcade, *La fiesta del rey Acab*, Barcelona, Juventud, 1962, p. 5.

su impacto militar y económico. La dictadura, con todos los contenidos que encierra, facilita este proceso de entrega servilista.

En *Cien años de soledad* la hegemonía estadounidense se acentúa en la presencia devastadora de la compañía bananera, que no sólo ha explotado al pueblo de Macondo, sino que aplastado a los huelguistas:

Pero con el primer ferrocarril... Llegan también los norteamericanos y su compañía bananera, que exprime al pueblo hasta transformarlo en un basural de desperdicios. Su reinado termina con la masacre de todos los trabajadores que han promovido la huelga.¹¹

En *El pueblo soy yo* Pedro Jorge Vera destaca la presencia de los extranjeros, a través de la política trazada por González Tejada que consiste en dar ventajas y privilegios a los extranjeros y cederles el terreno para aprovechar las potencialidades del país y enriquecerse, asfixiando toda posibilidad del pueblo para alcanzar un nivel de desarrollo que le permita vivir dignamente. El autor alude a este tema como parte de una cadena de sucesos entrelazados que tienen como elementos protagónicos a todos los personajes y su respectivo vínculo con la sociedad, y a González Tejada como presidente y líder de un pueblo.

El novelista quiere afirmar con ello la incorporación desaprovechada del capital extranjero a la sociedad que lidera González Tejada. A lo largo de la obra se señala con insistencia el error que ha cometido el Presidente al

¹¹ Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en América*, Barcelona, Anagrama, 1972, 152.

abrir las puertas a los extranjeros, precisamente a los estadounidenses. Éstos asumen como propósito extraer productos que no resultan caros en relación con los que pueden obtenerse de otros modos en su mercado (el banano) y explotar otros de suma importancia para su economía (el petróleo).

Por otra parte, "los gringos" en quienes González Tejada ha puesto tanta confianza no se instalan en el país con el fin de estimular el desarrollo socio-económico del pueblo, sino que organizan su campaña bajo el lema de explotar las riquezas de un país y mantenerlo dependiente: "A los gringos se les daba bases y no soltaban más que centavos."¹² Los únicos que se benefician de la presencia de los extranjeros en el país de González Tejada son los oportunistas y los que ejercen control directo, ya sean civiles o militares, convirtiéndose en clientes pasivos en relación con "los gringos". La justificación ideológica de esta subordinación deriva de la idea de que el Presidente no confía en sus propios recursos y en las riquezas disponibles para el desarrollo.

En esta novela Vera quiere insistir en el derrotismo de González Tejada, quien recurre a los estadounidenses pidiéndoles protección y progreso a cambio de ofrecerles la administración y el control de la riqueza de su tierra. Su historia como dictador-presidencialista no es más que el registro de un resentimiento y una frustración. Su ideario político no deja de

¹² Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op.cit. p, 108

ser el del golpista inveterado que pretende imponer la moral castrense como valor patrio por antonomasia, pero al mismo tiempo muestra una actitud de desconfianza hacia los militares: "Le he dado todo pero no se puede confiar en esta gente pretenciosa y desagradecida".¹³ González Tejada es el prototipo de los dictadores que cuentan con el ejército para asegurar su permanencia en el poder. El golpismo, bajo tal perspectiva, se hace acto unitario y cíclico como lo afirma el propio González Tejada: "... no voy a provocar a esos tipos para que no me manden otra vez al destierro."¹⁴

Estados Unidos es señalado en la novela como potencia imperial que manipula al Presidente para generar el cultivo de la dependencia económica, para comprometer el país con negociaciones que proporcionen jugosos dividendos a las transnacionales. El Presidente es el encargado de jugar las primeras partidas, de servir de enlace en las componendas iniciales, de crear la justificación de la necesidad de la presencia "yanqui". El imperialismo "yanqui" no se niega a tratar con su gobierno todo el plan en el cual descansan los fundamentos de la política intervencionista. Los estadounidenses necesitan tener en el país un gobierno como el suyo, que no resista a sus aspiraciones, sino que les facilite las vías de explotación y les otorgue día a día mayores ventajas. El Presidente llega a acuerdos con "los gringos" para la explotación de la riqueza nacional y trata de defender en lo posible su estabilidad, no basándose en el apoyo del pueblo sino recurriendo a la entrega total del país. González Tejada asegura que "con

¹³ Ibid., p. 109.

¹⁴ Ibid., p. 216.

los norteamericanos aquí, están garantizadas las fronteras, no como en el 41."¹⁵ en referencia a la invasión peruana de las tierras ecuatorianas.

La perenne intromisión estadounidense cobra especial relevancia cuando llega a ser conceptuada como necesidad: "El pueblo nunca se ha dado un gobierno. Se lo han impuesto los trincas".¹⁶ De ahí que las concesiones llegan a niveles inverosímiles, pero, a cambio, no se sacan grandes beneficios para el pueblo.

Deberíamos preguntarnos: ¿cuáles son las causas de este fenómeno aparentemente contradictorio? Los hechos constatados demuestran que la ayuda no sólo no atiende a las relaciones básicas que condicionan al subdesarrollo, sino que la podemos considerar como una forma más de control y dominio. Las distintas modalidades de la ayuda son suficientes para apreciar que, tras la propaganda aireada por los países desarrollados y el revestimiento ideológico del que se acompaña, están los intereses de las grandes potencias que se sirven de los países dominados para mantener su hegemonía. ¿Qué supone para un país el establecimiento de bases militares en el exterior? Las bases militares tienen un valor estratégico de cara a un conflicto internacional, a la vez que sirven de guardia a las inversiones extranjeras y de seguridad para que no se produzcan transformaciones económicas y sociales que pongan en peligro los intereses económicos allí radicados. A su vez, los gobiernos receptores de estas ayudas económico-

¹⁵ Ibid., p. 237.

¹⁶ Ibid., 62.

militares, le sirven para el mantenimiento de una estructura interna con el orden establecido, que beneficia a las clases económicamente dominantes del país en cuestión.

La ayuda económica es mínima y viene traducida en el texto por medio de "centavos" que sueltan los americanos. Estos escasos "centavos", en realidad, no originan ningún efecto positivo que pueda servir al desarrollo del país de González Tejada, sino que se revelan como instrumento para consolidar la posición hegemónica estadounidense y proteger sus condiciones políticas económicas en el país.

Tanto las bases militares como la ayuda no renuncian a su característica de ser un método por el cual Estados Unidos mantiene una posición de influencia y control en un país, cuyo poder central se caracteriza por la debilidad y la dependencia. Al ser despojado de sus riquezas naturales y de su soberanía, es también despojado de su historia, y, por tanto, crea una absoluta dependencia del poder usurpador.

A través de este recorrido, se puede constatar que *El pueblo soy yo* subraya con insistencia cómo la venenosa demagogia imperialista, incapaz de dar una respuesta a los problemas económicos, sociales y políticos, arrastra un devastador resultado, debido a la completa explotación tanto humana como material y a los mensajes propagandísticos que acentúan los lazos de dependencia.

II.4.1. EL DESEO DE GOBERNAR ETERNAMENTE

Antes de la publicación de *EL Señor Presidente*, los personajes de la novela hispanoamericana aparecen como extrañamente huérfanos, no ligados, ni al pasado, ni al futuro. Viven el fragmento de su existencia actual, sin tomar en consideración su presencia en el acontecer histórico que los conecta con sus antepasados. El tiempo se caracteriza por su estancamiento y la época se muestra como un marco de referencia invariable, aunque puede influir negativamente en la vida del personaje o aparecer como un marco para el progreso de la sociedad, como ocurre con el naturalismo. Este movimiento, basado en la herencia psicofisiológica como medio, intenta encontrar unos parentescos entre el hombre y las generaciones anteriores para minimizar los efectos negativos de la soledad que atormenta la existencia del hombre. Este sentimiento proviene de su desconexión con el pasado y se presenta como el resultado de la carencia de una tradición, que puede enriquecer su presente y abrirle los caminos hacia un futuro estable y rico.

El pueblo soy yo parte de la tendencia general en Hispanoamérica de mostrar al hombre como una criatura esencialmente temporal. No se habla de un instante, de una hora o de una vida, sino de una indeterminación temporal. Además de ser un respaldo para el Presidente, el tiempo es, a la vez, un factor de destrucción. Su naturaleza es de origen psicológico que se apodera tanto de él como del pueblo.

González Tejada se defiende y convence cuando se dirige al colectivo social, teniendo como elemento imprescindible la noción del tiempo. Cree que, con el paso de los años, la reconstrucción del país llegará. No habrá problemas sociales, ni crisis de ninguna clase. El pueblo vivirá en paz y disfrutará del prestigio que, ahora, le hace falta. Todo se realizará mientras él sigue ocupando el poder.

El pueblo, por otra parte, vive con la ilusión y la esperanza de que lo anhelado y lo prometido se materialice en el mundo real. Espera con entusiasmo e ilusión los frutos de la política gonzalista, pero al final se da cuenta de que todo ha sido un juego demagógico y que se trata de un tiempo perdido. Ya es hora de reaccionar y tomar una postura para buscar una solución a la desastrosa administración del Presidente quien, ignorado por sus ministros e ignorando por completo la evolución de su política en el terreno real, cree que todas sus acciones siguen su curso normal y que todo funciona perfectamente para el bien de la patria, hasta que las manifestaciones populares lo invitan a descubrir la verdadera realidad de las cosas. Las circunstancias del momento ya no lo benefician, sino que lo ahogan. El margen de reacción es mínimo. El tiempo, que antes era su aliado, se convierte en su enemigo y lo conduce a dejar el poder.

Con el paso de los días, el pueblo ha podido descodificar la realidad de los hechos y descubrir la verdadera personalidad del Presidente. Se ha dado cuenta de que éste no es el hombre adecuado para llevar las riendas del poder. La realidad objetiva ha destruído sus ilusiones pero, al mismo

tiempo, le ha demostrado que la confianza depositada en la política gonzalista ha sido la encarnación de un gran error de elección.

Como hemos podido observar anteriormente, el Presidente no se siente atraído por las ansias de tener dinero. No adopta una conducta parecida a la de otros dictadores, quienes recurren a la presencia constante de esbirros y se rodean de guardias armados para dominar, eliminar a la oposición y protegerse de las conspiraciones. Tampoco le interesa vengarse de nadie, ni humillar, ni despreciar, ni torturar a sus opositores. Confía tanto en el colectivo humano, para quien trabaja, como en los militares: "¡Pueblo aquí está tu González Tejada! Mi pueblo y mi ejercito ¿Es mío el ejercito? Le he dado todo..."¹ Se cree persona cualificada por su carácter y su formación, guiado por los nobles motivos para ejercer el poder de un modo juicioso.

Al final se da cuenta de la precariedad del puesto y del riesgo de perderlo. Ve que no tiene otra alternativa que destruir las bases de la Constitución, emplear la fuerza y proclamarse dictador para establecer el orden y garantizar la paz. Estas medidas no lo sostienen en la presidencia porque le falta la autoridad. El verdadero poder lo tienen los militares y la oligarquía, que son grupos que no están preparados para gobernar con honestidad y honradez. El Presidente es sólo un títere. Ellos son los verdaderos amos. Además, no corren ningún riesgo porque su actuación se realiza en la sombra, a través de mecanismos ilegales.

¹ Ibid., p. 109.

Verdad es que González Tejada tiene el poder, pero le falta el mando político y militar. Su historia tiene características temporales muy especiales: se desarrolla, hasta el último instante, en una larga peripecia vital, más allá del cual sólo existe el deseo de gobernar bajo una condición absoluta de intemporalidad del poder: "Yo debería seguir en la presidencia para completar mi obra..."² Hay unas normas que se deben seguir y respetar porque son dictadas por las leyes de la vida. Afirma Bergson al respecto:

La vie se présente à vous comme une certaine evolution dans le temps, et comme une certaine complication dans l'espace. Considerée dans le temps, elle est le progrès continu d'un être qui vieillit sans cesse : c'est dire qu'elle ne revient jamais en arrière, et ne se répète jamais. Envisagée dans l'espace, elle étale à nos yeux des éléments coexistant si intimement solidaires entre eux, si exclusivement faits les uns pour les autres, qu'aucun d'eux ne pouvait appartenir en même temps à deux organismes différents : chaque être vivant est un système clos de phénomènes, incapable d'interférer avec d'autres systèmes.'³

Conviene señalar, al respecto, el caso del Patriarca de García Márquez, que es un hombre físicamente viejo, poderoso y poseedor de riquezas. Su enorme influencia afecta directamente al pueblo. Su ausencia después de morir se transforma en una presencia dominante en la mente del

² Ibid., p. 217.

³ Henri Bergson, *La vie*, París, Quadrige, 1940, p. 68.

Traducción: "La vida se presenta como una cierta evolución en el tiempo, y como una cierta complicación en el espacio. Considerada en el tiempo, es el progreso continuo de un ser que envejece sin cesar: es decir que no vuelve jamás hacia atrás (la vida), y no se repite jamás. Encarada en el espacio, muestra ante nuestros ojos dos elementos coexistentes, íntimamente solidarios entre sí, exclusivamente hechos los unos para los otros, que ninguno de ellos puede pertenecer al mismo tiempo a dos organismos diferentes: cada ser vivo es un sistema cerrado de fenómenos, incapaz de interferir con otros sistemas."

pueblo: "...más temible muerto que vivo".⁴ Esto se debe a su completa intervención en la vida de la comunidad, aunque el poder se atribuya a José Ignacio Saenz de la Barra, el rey del terror en el país caribeño del Patriarca.

Aparte de querer permanecer en el poder, González Tejada intenta demostrar a su pueblo que su actuación es memorable y extraordinaria, acaecida en un tiempo que él ha hecho prestigioso con sus alusiones al resplandor nacional y a la recuperación del honor patrio: "yo no tengo ambiciones, señores, no soy un mandón. Sólo quiero servir y devolver el honor a la patria";⁵ y añade:

Todo dizque para defender las fronteras pero en el 41 no defendieron nada. Los territorios que perdimos los recuperaré sacudiendo con mis palabras la conciencia de América.⁶

El Presidente se contenta con generalidades y símbolos que refuerzan el espíritu y la pasión nacionalistas. Desata una cadena infinita de compromisos y promesas, sin ofrecer soluciones a los problemas sociales y económicos que sufre el país. Se trata, en realidad, de deseos fundidos, de aspiraciones sin fundamento y de ideas abstractas y utópicas que chocan con la realidad. Todo pierde especificidad porque no encuentra una base sólida en la vida real.

⁴ Gabriel García Márquez, *El otoño del Patriarca*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 197.

⁵ Pedro Jorge Vera, *El Pueblo soy yo*, op. cit., p. 72.

⁶ *Ibid.*, p. 216.

Para concretar sus objetivos de "grandeza nacional" y "prestigio internacional", al Presidente le falta una doctrina orgánica de la defensa nacional. Se trata de un conjunto de idealizaciones y prejuicios elementales que se esfuman o se invalidan cuando topan con deficiencias profesionales. El Presidente alude indudablemente a las consecuencias catastróficas de la Guerra del 41 entre Perú y Ecuador.

Los mayores conflictos entre los Estados hispanoamericanos surgen de cuestiones fronterizas, que no están definitivamente reguladas. En 1941 la cuestión de los territorios selváticos del Amazonas entre el Ecuador y el Perú ha inducido a una guerra. El Protocolo de Río de Janeiro, firmado el 29 de enero de 1942 por mediación de Estados Unidos, Brasil, Argentina y Chile, adjudica a Perú la mayor parte del territorio disputado:

A la coacción física (determinada por la ocupación armada de territorio) se añadió la coacción moral sobre el negociador ecuatoriano, doctor Julio Tobar Donoso, que el 29 de enero de 1942 se vio compelido a suscribir el Protocolo de Río de Janeiro que cercenaba gravemente el territorio patrimonial del Ecuador y sus derechos seculares, fundamentados en el *uti possedetis, iuris* de 1810 y en las cédulas reales determinantes de la erección y delimitación de la antigua Real Audiencia de Quito.⁷

La humillante derrota contra Perú y la consecuente pérdida de tierras se deben a la fragmentación política y a la debilidad de los gobernantes, interesados sólo en preservar sus privilegios:

⁷ Jorge Salvador Lara, *Breve historia contemporánea de Ecuador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 463-464.

El peor y desastroso efecto de esta etapa de anarquía, cuartelazos, incertidumbre e imprevisión, es la mutilación territorial impuesta en el Tratado de Río de Janeiro, compleja de causas pero, en todo caso, culminación de nuestras quiebras y pugnas intestinas.⁸

No se puede entender el Ecuador de la segunda mitad del siglo XX sin sopesar debidamente las consecuencias que acarrearán estos dos trágicos acontecimientos que han marcado definitivamente la vida del país: la invasión peruana y el Protocolo de Río de Janeiro. A partir de aquel entonces, los ecuatorianos han tenido una imagen falsa de su país, de su constitución geográfica y de su historia, que es fruto de la acumulación de mentiras patrióticas. La guerra con Perú y la imposición de una demarcación fronteriza en 1942 revelan una realidad amarga y humillante: no es ese país que falazmente aparece en la representación geográfica con esas extensas selvas que se pierden en el río Amazonas, sino un país pequeño, desarmado e indefenso, superficial, incapaz de defender su honor y de embalsamar sus heridas, entrampado en la pobreza y desmembrado por las luchas internas.

González Tejada usa el "crack" del 41 como poder emocional para movilizar los ánimos del pueblo, hambriento de glorias, y para asegurar su continuidad en el poder:

⁸ Ibid., p. 470.

voy a hablar con mi pueblo y mi pueblo me entenderá. Les diré también que pronto recuperaremos los territorios que perdimos el 41 eso les gusta.⁹

Este propósito de devolver al pueblo la gloria perdida se alimenta de elementos tanto racionales como psicológicos. La extrema sensibilidad de todo el colectivo humano conduce al Presidente a destacar los factores que han provocado tal desastre, pero evita el análisis y la exposición, en términos exactos, de los pasos que hay que seguir para recuperar las tierras invadidas.

El Presidente confía también en el poder del banano para fomentar las estructuras económicas y modernizar el país: "Gracias al banano el cuarto gonzalísmo será en un país civilizado y rico."¹⁰ El conocimiento de la realidad en las bananeras es fragmentario, inconexo y manipulado por la falta de cálculos y por su desinformación. Relaciona genuinamente las aportaciones del banano con el establecimiento del orden, la prosperidad y el progreso. Esta realidad no sólo se ve magnificada, sino maquillada por una ideología que adormece los espíritus. La expresión de la ideología dominante, en un contexto como éste, corresponde a la materialización de un sustrato de valores que legitiman la lógica de la estabilidad social. La ideología se presenta, entonces, como una plataforma que enmascara la realidad. Se trata de una realidad desplazada, caracterizada por representar un nuevo movimiento que no refleja un mundo concreto y real, sino el mundo

⁹ Pedro Jorge Vera, *El Pueblo soy yo*, op. cit., p. 233.

¹⁰ *Ibid.*, p. 216.

de lo imaginario, de la ilusión, de las justificaciones que intentan establecer la concordancia de lo incoherente. Este desplazamiento se asimila a la metáfora literaria. Se trata de una realidad concreta que se eleva a un nivel ilusorio y que se afinca en el mundo de la fábula, debido a la incapacidad de transformarla conscientemente.

Guiado por falsos cálculos, González Tejada quiere llevar a su pueblo al liderazgo mundial, teniendo como único recurso las aportaciones del banano. Cree que con este producto el país estará en una fase de auge económico y prosperidad social que generará el bienestar. Pero sus deseos se desvanecen paulatinamente y sus aspiraciones sufren un fuerte revés cuando la gente toma las calles para protestar contra su política. Esta situación embarazosa arrolla anímicamente al Presidente, que no consigue dar explicaciones a las manifestaciones populares: "¿Por qué se amotinan? Saben que yo no cojo un centavo hombre honrado y austero."¹¹ Tiene la equivocada visión y la falsa interpretación de que el pueblo niega su bienestar y emprende un camino injusto que va en contra de él.

Las esperanzas depositadas en el banano no han sido fructíferas para el desarrollo de la estructura social, ya que no se ha observado ninguna mejora en las condiciones de vida de las clases populares. Como consecuencia de este estancamiento, el Presidente frena sus ilusiones de un país grande y hegemónico para ingresar al mundo real, que es sinónimo de miseria, depresión, mentiras y engaños. No se ha dado cuenta de que el

¹¹ Ibid., p. 232.

hecho de conformarse con un solo producto para exportarlo y depender, exclusivamente, de sus rentas da un rendimiento económico muy reducido. Con esto, Vera quiere aludir a la ineficacia del mando político que opta por un sistema socio-económico primitivo (la explotación del banano y la falta de un proceso de industrialización) cada vez más desprestigiado y decadente.

A pesar de sus continuos fracasos e desilusiones, González Tejada intenta alcanzar una dimensión mítica que le permita gobernar eternamente, a través de sus discursos monolíticos. Ser un mito significa perdurar en la conciencia del pueblo, mantener una existencia sólida en sus pensamientos y ser respetado y temible tanto en la vida como en la muerte.

El mito, en el sentido básico y originario, proviene del griego *mythos*. Es un relato que destaca hechos situados en el pasado remoto, presenta una explicación de los fenómenos naturales y evoca episodios de la vida ancestral. Más que un conjunto de símbolos, es una secuencia narrativa. Se trata de una historia o un cuento que sitúa al hombre en el tiempo en relación con el pasado, lo mitifica, lo convierte en ser absoluto y le asegura proclamar su pertenencia a una realidad continua, aunque cada mito representa la producción de una sociedad determinada:

Con ello se quiere expresar, en relación ya a la idea de un ser absoluto y único, el movimiento cíclico de la vida y la muerte, el cambio de los estados emotivos, los misterios de la transfiguración, el paso de lo visible, la pérdida de los seres queridos y las formas posteriores de la

restitución o regeneración de los tiempos, el tránsito místico, la posesión demoníaca y todas las secuencias y circunstancias que depara el cotidiano existir.¹²

En esta obra el “mago” es el Presidente, quien se basa en la magia de sus palabras para mantener el gonzalísmo en la cima del poder y para preparar su retorno, una vez alejado de sus sendas. Esta concepción del acto político acepta cualquier fenómeno, como suplemento de la realidad cotidiana, y hace destruir la línea de demarcación entre lo real y lo ficticio. Ésta es una de las ideas que el autor quiere transmitir en su obra, puesto que no denuncia explícitamente a González Tejada, como Presidente, ni a sus ministros, sino que los presenta como símbolos de la ruindad moral y de la destrucción material.

El Presidente quiere consagrarse como mito y como ente sobrenatural para regenerar el país y conducirlo a la prosperidad. Desea que su nombre permanezca en la memoria de todas las generaciones venideras y aspira a convertirse en una herencia para la comunidad, como si fuera un recuerdo imborrable o una leyenda:

Ahora comprendo a Duvalier a Porfirio Díaz al mismo Bolívar Presidente vitalicio... no por hambrientaría de poder sino porque cuando uno está seguro de hacer una obra grandiosa duele dejar el mando para que venga un quidam y lo dañe todo.¹³

¹² Emilio Sosa López, *Mito y realidad*, Argentina, Troquel, 1965, p. 85.

¹³ Pedro Jorge Vera, *El Pueblo soy yo*, op. cit., p. 217.

Se considera una figura mítica; una leyenda conocida por todos; una especie de héroe mitológico con fuerzas sobrehumanas que le permiten gobernar; una suerte de Sísifo del poder que cumple su destino, pero que no puede escapar de la autoridad absoluta: " -Pero tendrán que traerme de nuevo, como las veces anteriores. Este país parece sin mí".¹⁴ Alberga la sensación de tener un derecho natural al poder, tal como en otros tiempos habían pensado monarcas que creían gobernar por derecho divino. Cuando estas personas pierden el poder, por una u otra razón, no ven su pérdida simplemente como una desgracia, sino como una catástrofe de proporciones cósmicas. El Presidente se ve, pues, como el representante de Dios a quien se debe la máxima lealtad y todo el respeto. Según él, Dios lo ha mandado para cumplir con una misión que le ha encomendado: la de ser guía moral y espiritual de su pueblo: "El poder es mi meta. Dios me ha hecho para mandar en beneficio de mi pueblo."¹⁵

Aunque Vera no identifica claramente a González Tejada con una figura bíblica determinada, y ni mucho menos con Jesucristo; se puede vislumbrar la existencia de cierto carácter mesiánico en la forma de presentarlo. El Presidente se considera un salvador y un enviado del Cielo para la regeneración de su pueblo: "Mandar y hacer saltar la riqueza como Moisés hizo saltar el agua de la peña".¹⁶ Esta idea, producto de sus trastornos mentales, opera en el inconsciente, se convierte en un sentimiento, adquiere un poder interno irresistible y desarrolla toda una serie de consecuencias, entre otras: la incapacidad de formular un juicio preciso y

¹⁴ Ibid., p. 284.

¹⁵ Ibid., p. 69.

¹⁶ Ibid., p. 69.

razonable, la presentación de las cosas sin indicar la correspondiente génesis, la irrealidad de los planteamientos y la irrupción de imágenes inverosímiles.

González Tejada aclama al espíritu de García Moreno, ex-presidente del Ecuador, que se ha identificado con respetar la moral cristiana y las leyes divinas. Aparece su nombre explícitamente en la obra para identificarlo con la disciplina americana: "Recordó a ese gran disciplinador americano, García Moreno..."¹⁷ Al final de la novela reaparece bajo el nombre de "Gabriel el Grande, el Precursor que triunfó de la muerte",¹⁸ "el déspota sagrado, el tirano iluminado, encarnación divina que, en el siglo pasado, pacificó, construyó, civilizó."¹⁹ Para el Presidente, Gabriel representa la gloria nacional, la gloria americana. Su vida pertenece a la historia universal. Se inclina, respetuosamente, ante la memoria de quien ha sido "el gran disciplinador americano". Ahora, la iniciativa la tiene él, que es "el continuador". Surge aquí una relación entre muerte y tiempo: Gabriel García Moreno, evocado por González Tejada, murió porque había consumado sus días, había cumplido con el tiempo asignado por él y ahora está fuera de él. Pero ya el mero hecho de referirse a la muerte, como algo que equivale a salir del ámbito de una existencia temporal para alcanzar la eternidad, significa la presencia de una dimensión sobrenatural que distingue a la persona en cuestión; eso es, García Moreno descansa eternamente en el espíritu de González Tejada.

¹⁷ Ibid., p. 16.

¹⁸ Ibid., p. 275.

¹⁹ Loc. cit.

Sobre este personaje histórico, nacido en Guayaquil, apunta Benjamín Carrión:

Jamás, a lo largo de la vida de este hombre, sin duda notable, se halla un rasgo que indique que buscó ser amado de las gentes en la vida pública. Le interesaba solamente ser temible. No hay noticia de algún intento de acercamiento al pueblo en ningún instante de su carrera de agitador o de político. Mucho menos en sus épocas de gobernante. El “pueblo imbecil”, como solía llamarlo, no le interesó en medida alguna. Naturalmente: él ni aspiró a mandar en nombre del pueblo.²⁰

García Moreno respalda una dictadura semiclerical. Piensa que para moralizar al pueblo hay que darle una constitución católica; y para conseguir la necesaria cohesión interna es necesario sostener una ley unitaria. Es un dictador católico que firmó un Concordato con la Iglesia en el cual el catolicismo es reconocido como la única religión del Estado, con la exclusión de todas las sectas y cultos extranjeros. El programa de gobierno fomenta la educación basada en la fe y la moral cristianas, y se asimila a una declaración episcopal, cuyos artículos esenciales son el respeto y la protección de la Iglesia Católica. En cuanto a su manera de gobernar, García Moreno ha disuelto todos los mecanismos democráticos para poder gobernar, sin que le moleste la oposición. Sanguinario y cruel, el dictador nunca se ha acercado al pueblo porque se apoya en el poder de la fuerza y en la instauración del miedo.

²⁰ Benjamín Carrión, *García Moreno: el santo del patíbulo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 438.

Si volvemos a la obra, durante su mandato, el Presidente quiere resaltar el aspecto mítico y legendario de su gestión política y administrativa. Se afana en crear un ambiente de misterio para verse rodeado de una aureola de grandeza, de generosidad y de obstinación. Pasa largas horas en su despacho, según él, para velar por la seguridad, el confort y la felicidad del pueblo. Señala que necesita más años en el poder "para salvar a esta pobre patria"²¹ y completar su obra, convencido de que "sin él no hay nada ni patria siquiera".²² Se considera un elemento nuclear para la construcción de un país poderoso y dinámico.

Lo vemos más motivado, más enérgico, más dinámico, cuando la noticia del petróleo descubierto ha invadido a todos los sectores poblacionales, inaugurando una nueva era de ilusiones y esperanzas. Antes era el banano un símbolo de prosperidad y progreso; ahora, el petróleo es la clave del forecimiento económico: "Constituye la palanca maestra de la economía mundial... Petróleo oro negro, Rey Petróleo, Dios Petróleo..."²³

Pocos temas como el petróleo poseen una proyección histórica tan significativa en términos tanto políticos como económicos y sociales. Las aportaciones del petróleo ligadas a la explotación extranjera y al clientelismo político, y la persistencia de los problemas de las capas sociales desfavorecidas son algunas de las ideas que el autor quiere reflejar en la

²¹ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit. , p. 217.

²² Ibid., p. 202.

²³ Ibid., p. 237.

obra. Vera achaca este fracaso a la falta de escrúpulos de los ministros y a la mala gestión del Presidente:

Los dólares del petróleo llegaban y se desparramaban antes de que saltara una sola gota del aceite prodigioso. Los juristas beneméritos escudriñaban, cavilaban, abrían caminos, aconsejaban, gestionaban, conferenciaban, sugerían, intrigaban, enredaban, cabildeaban, ofrecían, amenazaban, comprometían y finalmente pagaban en dólares de buena ley que en parte ingresaban al torrente circulatorio a vitalizar la economía nacional.²⁴

González Tejada plantea la tesis de que la etapa del petróleo va a afectar positivamente al proceso global del desarrollo. La solución petrolera es, pues, símbolo del venidero florecimiento; pero lo que el autor quiere manifestar es que las riquezas del pueblo se reparten de una manera injusta y, como consecuencia, generan jugosas e inacabables rentas al capital financiero extranjero. Su descubrimiento brinda a González Tejada un gran impulso anímico y una fuerte seguridad interior hasta el punto de influir en la transformación del "yo" como núcleo imprescindible que persigue el poder vitalicio a la bolivariana y no al estilo despótico y arbitrario de Papá Doc:

el pueblo agradecido le pedía que fuera su gobernante vitalicio, no como Papá Doc, naturalmente, sino como había sido Bolívar: un padre sabio y austero...²⁵

²⁴ Ibid., p. 241-242.

²⁵ Ibid., p. 257.

El Presidente marca una esfera circunstancial de relaciones para crear las condiciones necesarias que le sirven para implantar la idea del poder vitalicio, puesto que todo va ligado a la presencia del petróleo. Por un lado, el petróleo, por estar estrechamente vinculado a los intereses de una minoría, no puede impulsar el desarrollo rápido deseado. Por otro, se supone que la crisis económica y los problemas sociales encuentran en el petróleo una solución mágica. A nivel personal, González Tejada se considera:

el Hombre del Petróleo, que pronto haría del país una potencia, y entonces sí —se los había hecho entrever—hasta la última pulgada del territorio arrebatado volvería al patrimonio nacional.²⁶

Su política petrolera lo conduce a confiar en los militares:

...por primera vez, González Tejada confiaba plenamente en ellos, seguro de que la avalancha petrolera, al envolverlos, los adhería definitivamente a él...²⁷

Busca su apoyo y su adhesión como factor fundamental y como estrategia si quiere seguir gobernando, aunque sabe que

Manu Militari tomó los millones necesarios para su fiebre de obras públicas y sus complacencias a los uniformados que acababan de hacerlo omnipotente.²⁸

²⁶ Loc. cit.

²⁷ Ibid., p. 258.

²⁸ Ibid., p. 123.

El Presidente vincula la explotación de esta riqueza natural a la presencia de los estadounidenses: "Vienen los gringos —porque sin gringos no hay petróleo— y punto."²⁹ El problema del petróleo se ha discutido siempre en relación con el imperialismo y su influencia en la regeneración económica y social. Este tema conduce forzosamente a hablar de la penetración del capital financiero extranjero. El imperialismo capitalista constituye la base de la dependencia económica que reviste diversas formas, tales como: la dependencia financiera, la dependencia comercial y la dependencia tecnológica.

- La dependencia financiera consiste en la penetración que un país recibe de capital extranjero, en los préstamos concedidos por los organismos internacionales o por otro país y en la deuda pública revisada por los países fuertes.

- La dependencia comercial encierra una importancia considerable. Se manifiesta en que el sector más dinámico y moderno de las economías subdesarrolladas depende de la demanda exterior.

- La dependencia tecnológica viene dada por el diferente nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, por lo cual los países subdesarrollados se encuentran en la necesidad de importar sus principales medios de producción.

El imperialismo significa una amenaza constante para el desarrollo si se posponen las posibilidades nacionales en beneficio de los intereses

²⁹ Loc. cit.

extranjeros. Se ejerce, principalmente, a base de relaciones económicas, aunque esto conlleva ciertas influencias en el poder político.

No falta la actitud de Pedro Jorge Vera respecto al tema: su antiimperialismo constituye uno de los fundamentos de la obra. El autor de *El pueblo soy yo* alude a los yanquis y a su relación con el petróleo, teniendo como propósito denunciar el dominio económico y político que ejerce Estados Unidos sobre los pueblos hispanoamericanos, a través de grandes consorcios inversionistas.

El novelista pone al descubierto la visión falsa que adoptan algunas autoridades políticas hispanoamericanas, según la cual los estadounidenses representan la salvación, fomentan el desarrollo y garantizan la soberanía nacional: "Con los norteamericanos aquí, están garantizadas las fronteras, no como en el 41."³⁰ Los resultados de esta confianza ciega son tan previsibles para todos menos para el Presidente: los indicadores presentan señales de crisis en la dinámica petrolera que han encendido las iras del pueblo:

Los estudiantes fueron los primeros en salir a protestar contra la petrolización, a acusar a González Tejada de colusión con los monopolios y de complicidad con los pillos que contrataron con ellos.³¹

González Trjada no consigue dar explicaciones sobre los motivos de las manifestaciones. Según él, el dinamismo del sector petrolero acapara con sus beneficios a todo el mundo y permite satisfacer todas las necesidades.

³⁰ Ibid., p. 237.

³¹ Ibid., p. 262.

Está convencido de que con las ganancias económicas se va a forjar un rápido desarrollo de las fuerzas productivas y una gran expansión de sus diferentes ramas para llegar a un modelo global de desarrollo y modernización.

Las concesiones de González Tejada tanto a los estadounidenses como a los militares no alcanzan el fin que propone. El pueblo quiere la defensa de la soberanía nacional, la recuperación de su integridad y una economía fuerte que tiene como base una infraestructura sólida. Sólo a través de una economía sin tutelas se puede gestar la autodeterminación nacional. Pero es muy difícil conseguir resultados satisfactorios en un país dominado por los oportunistas y por la presencia extranjera.

Debido a su condición de títere, el Presidente se convierte en la más cabal expresión del deseo de todos los que se encargan de destruir el carácter nacional del petróleo para su propio beneficio, lo que genera la subordinación económica y condiciona los avances sociales de integración y de desarrollo. Si se ha dejado engañar por las aportaciones del petróleo y de su fortificada posición como mandatario, la realidad le revela otro hecho: las protestas sociales desvelan su mala gestión y desequilibran su posición en el poder. Como medida, recurre a la represión brutal para dispersar a los manifestantes descontentos con su política:

El Presidente sereno porque se había fortalecido con tanta riqueza –no se exaltó y ordenó disolver las manifestaciones sin más recurso que las bombas lacrimógenas.³²

Desde el punto de vista constitucional, el uso de los medios ilegales para calmar la situación conflictiva que vive el país es el resultado de la mala administración del Presidente. Su política, que al principio se ha consolidado por el hecho de considerar el petróleo como medio de enriquecimiento para todo el país, ha ido perdiendo su peso.

Como en el caso del banano, se trata de otra ocasión desaprovechada cuando no se valoran las posibilidades de crecimiento en el marco de una sociedad emergente que no está preparada para avanzar. Tras su fracaso de consagrarse como un mito en la historia de su país, González Tejada entra en un proceso de destrucción psicológica. Empieza a perder la percepción racional de las cosas y crea, por consiguiente, su propio mundo: "Que nadie me moleste. Tengo que redactar el mensaje al Congreso."³³ También dice lo siguiente:

¿Qué clase de secretaria es usted? Si no puede seguirme ¡renuncie!... No podemos permitir que se haga de la sacrosanta libertad una celestina que cohoneste el imperio del libertinaje, ahora cuando la prosperidad que Dios nos envía a través del petróleo...³⁴

³² Ibid., p. 262.

³³ Ibid., p. 286.

³⁴ Loc. cit.

El desmembramiento de sus facultades mentales va ligado a la pérdida del poder, aunque no falta la esperanza: su esperanza de poder seguir. En este deseo de no ser derrotado o de convertir la derrota en una victoria, la esperanza pierde su peso y desaparece. No ha tenido un horizonte profesional amplio para captar y expresar la realidad de su país, y ha ido avanzando desenfrenadamente hacia el fracaso personal y profesional, sin tener conciencia de la naturaleza humana. Otro de sus fallos reside en el ejercicio de una autoridad débil en el sentido de que no transmite el respeto necesario, ni su presencia atemoriza, ni consigue imponer sus mitos a la opinión pública.

El Poder, entidad cada vez más esencial y abstracta, lo domina y lo guía hasta la pérdida del poder racional. González Tejada no puede ocultar su desilusión y se ve sumergido en un estado de alucinación:

Y así transcurren los días, algunos violentísimos, otros un tanto apacibles, agitados todos, gobernando él a su país utópico, a su manera contradictoria y cambiante, errando de un extremismo a otro y deteniéndose frecuentemente en el equilibrio francés, pasando del paternalismo a la tiranía, despotricando contra sus opositores y sus envidiosos, seguro siempre de estar coronando su tarea de redimir a la nación arisca y taimada.³⁵

³⁵ Ibid., p. 287.

Se trata de un proceso adverso e inexorable que lo ha forzado a aislarse y a sembrar el germen de su destrucción moral.

Parece claro que la única solución se manifiesta en asegurarse de que aquellos que asumen el poder sobre otros seres humanos son de una condición sabia y noble, y no títeres o marionetas que acabarían siendo maniáticos como ocurre al Presidente. Su obsesión por gobernar le ha hecho perder la esencia de la vida y la razón de ser. Durante su mandato ha disfrutado de un poder ficticio que lo ha conducido a los abismos de la derrota.

II.4.2. FRUSTRACIÓN Y DESCOMPOSICIÓN DEL "YO"

Al final de su carrera política, González Tejada ya no posee los poderes que le permitan continuar la pelea. Lo domina el tedio de la vida. Lo invade la aflicción y una frustración que provocan su "muerte moral". Se le ha agotado la energía anímica suficiente para enfrentarse a su propia existencia. No tiene prácticamente la oportunidad de notar su "yo", símbolo de fuerza y desafío. Aparece completamente depresivo, hundido y difuminado, muerto psicológicamente, por no poder concretar sus ilusiones convertidas en desilusiones después de varios fracasos y duros golpes.

Sus "amigos" lo perciben de una manera dualista y puramente material, como si cuerpo y alma representaran dos realidades contrapuestas

o simplemente el "yo" consistiera en un trozo de materia altamente evolucionado. González Tejada se enfrenta a una realidad manipuladora, fabricada por los verdaderos dirigentes del país, quienes, para realizar sus negocios lucrativos, hacen que el Presidente prescinda de la corporeidad y que su vida revista cada vez más dramatismo. Se le utiliza no como fin, sino como medio, lo cual obstaculiza la realización libre de su trabajo con libertad. Aparece cosificado, instrumentalizado y privado del valor en cierto modo absoluto que intrínsecamente le pertenece, como se observa en esta intervención:

—ya está sonando el nombre de González Tejada y tenemos que impedir que lo sugestionen los extremistas. Usted sabe que el doctor es muy impresionable¹.

González Tejada carece de un carácter fuerte, no para dirigir al pueblo, que para ello usa un mecanismo bien definido, sino de hacer frente a sus colaboradores y a los interesados en escalar políticamente con el fin de cultivar ilegalmente los frutos del poder. Le falta también, un aire de desafío y un espíritu franco y rebelde hacia todo lo que él considera falso e incompatible con su modo de ver y con sus criterios de valoración por ser él el Presidente de la República. Está en el poder, pero se encuentra excluido del círculo político y manipulado por los demás. Precisamente, el afán de adquirir riqueza y prestigio social no les deja el sosiego necesario para avanzar en el conocimiento y emplear los valores morales para el bien de la sociedad. Consiguen, entonces, un poder (consulados, embajadas, puestos

¹ Ibid., p. 154.

en el gobierno) que no saben cómo usarlo, ni están preparados para manejarlo. Lo único que hacen es utilizarlo, según sus caprichos, sin respetar las reglas democráticas.

El Presidente, fiel a su principio de gobernar y aferrarse al poder, concede primacía a lo que le pasa sobre lo que él mismo hace. Vive en la voz pasiva de los verbos porque no puede dejar de ser un títere, manipulado, empequeñecido, reservado, con dudas y temores:

A él (Gutiérrez) tengo que permitírselo porque con él a mi lado los militares no podrán hacerme nada. Y sus travesuras no afectan a la inmaculada honradez de González Tejada.²

Su condición humana sólo es capaz de evocar cierto determinismo a la hora de recordar su trayectoria política mientras que hay una regla que ha de seguir y unos valores que ha de respetar si quiere mantenerse en la presidencia del país. Dicho con otras palabras, el Presidente lleva una vida que no responde a la afirmación de su propio ser en la escena política y que debilita intrínsecamente su existencia como persona desde una perspectiva estrictamente moral. No puede desplegar su libertad sin trabas dentro de este perfil diseñado para los fuertes, ya que está siendo objeto de muchas influencias y presiones que debilitan su capacidad de tomar medidas y decisiones y reducen la posibilidad para ejercer su misión, que no corre mejor suerte que su libertad política. Vive anestesiado en un mundo corrupto

² Ibid., pp. 134-135.

que acepta la mentira, la apariencia y el simulacro como elementos básicos que rigen las relaciones sociales. En muchas ocasiones, silenciado sobre todo por los militares, resiste con un umbral de conciencia que no le permite disfrutar de las ventajas del poder con libertad.

Se trata de un círculo sistemático que desencadena una serie de elementos: si falla uno de ellos, los demás sufren transformaciones irreparables. Él está lejos de alcanzar el florecimiento personal, que no se logra sólo por medio del seguimiento de unas leyes o normas que dicta la propia personalidad, sino que es imprescindible un conocimiento práctico de la propia capacidad operativa, frente al otro y a las circunstancias.

Por otra parte, no cabe duda de que el pueblo, como totalidad, carece de soberanía y, dentro de ella, pierde el mando; es decir, no puede realizar el gobierno directo a través de una suma de individuos elegidos. Se define como sujeto pasivo incapaz de tomar posición ante las acciones de los mandatarios, que imponen su voluntad de mando como factor decisivo para su continuidad y como acto de pura dominación que no persigue un bien general sino bienes particulares. Aquí, los poderes no pertenecen al pueblo, ni se ajustan a sus intereses. Son poderes constituidos bajo el acicate de personas inmorales, como el ministro Gutiérrez, e influyentes como es el caso de los militares. El propio Presidente afirma: "... no voy a provocar a esos tipos para que me manden otra vez al destierro."³ Ellos intentan legitimar una sociedad no democrática, dotada de menos libertad y menos

³ Ibid., p. 216.

igualdad, y apuestan por un presidente sin mando, obediente, con dotes para tranquilizar al pueblo, que crea adhesión y conformidad y que suministra elementos deformantes de la verdadera realidad, oculta por los poderes en la sombra. Es por esta vía por donde aparece la legitimidad —aunque es decorativa— porque la fuerza sola no puede ser nunca funcional para el mantenimiento de un sistema de poder injusto.

Puede decirse que no hay legitimidad, al menos, la respaldada por la ley o el derecho. Tras la capa de legalidad, tanto el ministro como los militares desarrollan una concepción del poder vinculada a sus intereses. Todos tienen que recurrir a los discursos radiantes del Presidente para ganar la obediencia del pueblo, lo cual ratifica que no se trata de un poder legítimo y normalizado que los hombres obedecen por referencia a algún valor comúnmente aceptado, sino de un juego especulativo sostenido por un sistema de poder con intereses y propósitos desestabilizadores. Este poder ha creado "los mitos de libertad y justicia, para traicionarlos sistemáticamente"⁴ y, así, apartar al pueblo del protagonismo y de la participación política.

Cuando González Tejada pierde el apoyo de los militares, sufre la traición de sus ministros y se ve obligado a ajustar cuentas consigo mismo. Es, entonces, cuando se enreda en una carrera sin fin aparente contra la angustia de hundirse y contra el mismo pueblo, que ya no es una referencia gratificante. Tras ser derrocado, su mente es invadida por un fuerte

⁴ Ibid., p. 272.

sentimiento de culpabilidad con secuelas sobre su propia personalidad. Este sentimiento de culpabilidad que afecta al Presidente tiene un *status* totalmente diferente en comparación con las definiciones que aparecen en libros y diccionarios, cuyo concepto encierra, por lo común, una sensación dolorosa vinculada al conocimiento —más o menos consciente— de no haber respetado reglas y valores personales o sociales. En la obra reviste características peculiares: pierde su relación con la ley que hay que respetar y se mide en función del propio ideal de orgullo y omnipotencia; es decir, el sentimiento de culpabilidad se convierte en aquello que González Tejada siente en relación con las oportunidades que lamenta haber perdido y al golpe que sufre su imagen periódicamente cada vez que lo derrocan.

Hay una diferencia fundamental en la determinación de este concepto. Se habla de un desagradable sentimiento que incita al respeto de las reglas; en cambio, en el caso del Presidente, el hecho de sentirse culpable lo ha conducido a la búsqueda de un atajo cualquiera para la defensa del propio *status*, cuya pérdida o disminución es vista como insoportablemente angustiada:

¡Hacerme esto a mí que los traté como un padre! ¿Pero no ven como estoy llenando de dólares el país? ¿Dólares a cambio de tristes bananos? ¿No andan por las carreteras que he construido? Y me aseguran que prontito soltaré el petróleo. ¿Qué más sugieren? ¿Qué pueden reclamar si casi mil millones de seres se mueren de hambre en el

mundo? Aquí siquiera tenemos banano. ¿Por qué se amotinan? Saben que yo no cojo un centavo hombre honrado y austero.⁵

Su trabajo lo identifica con la penetración del progreso tecnológico y el desarrollo social. Por eso, se siente injustamente recompensado por las multitudes amotinadas, que niegan su bienestar y emprenden un camino que va en contra de su forma de concebir la política.

En resumidas cuentas, Vera no se refiere a un personaje que edifica el poder, sino a un estratega que, en lugar de edificar bases sólidas para un gobierno honesto y honrado, tambalea los cimientos del poder y lo desmonta. El Presidente, por muy demagogo que sea, no sabe que el poder es una dialéctica de "tira y afloja", más condicionado por las circunstancias y negociaciones de las partes que por un diseño determinista de autoritarismo.

⁵ Ibid., p. 232.

II.5. RASGOS MUSICALES Y MECANISMOS LINGÜÍSTICOS

En su empeño por presentar e identificar a toda la gente inmersa tanto en el proceso electoral de González Tejada como en los asuntos de su gobierno, Vera insiste en dar a conocer sin limitaciones la historia de cada personaje para que el lector se entere de la naturaleza, el origen y las cualidades de cada uno. Tales rasgos característicos componen el marco, el motivo identificador de cada personaje según lo revela sus repetidas apariciones a lo largo de la novela. Precisamente es ésta —una función identificadora— la más normalmente asignada al "leitmotiv". Con su uso puede quedar adecuadamente caracterizado un personaje novelesco, dotado de alguna manía.

La repetida aparición de los personajes en diferentes momentos de la novela tiene una función similar a la función de una sinfonía: se trata de un breve tema insertado en una larga sinfonía, que origina una estructura musical fascinante con el empleo de recurrencias. Éste es un procedimiento vital, para Vera, utilizado para conseguir una estructura novelesca aproximada a la musical. Cada personaje cuenta una historia propia que incluye temas propios, asuntos particulares, sucesos únicos, metáforas personales que, volviendo periódicamente, actúan como rasgos identificadores. Aquí, hay una mezcla o conjunción de varias historias desarrolladas que suponen otras tantas variaciones de un mismo tema, de una misma o muy semejante situación; es decir que desembocan en el

mismo tema presentado por Vera en la obra y hacen que el lector no sólo descubra las andanzas de estos personajes, sino que se adentre en la intimidad de cada uno. Estas interferencias, con sus distintas significaciones e intenciones, confieren a la obra una considerable dosis musical. El novelista dispone de diferentes historias individuales, relacionadas sólidamente con los diferentes objetos o acontecimientos.

Bajo esta concepción, los verdaderos rostros de los personajes emergen desde la interioridad y, a través de sus acciones, son percibidos de una manera directa por el lector. La importancia de los personajes es más comprensible aún si recordamos que esas acciones componen la trama novelesca. Estos personajes forman una red muy vasta de relaciones que podemos dividir en dos categorías. En primer lugar, aparecen los protagonistas, considerados como agentes de la acción y responsables de hacer evolucionar la trama. Este grupo se compone del Presidente, del ministro Gutiérrez, de los militares y de los arribistas que forman la elite del poder. La otra cara la representa, por una parte, el pueblo quien se alza contra el poder para manifestar su descontento, hartos de vivir en la miseria, y, por otra, la mujer del Presidente quien, de vez en cuando, salta de un plano secundario a un plano protagónico, según las circunstancias. Cada personaje en su historia individual refleja una parte de la estructura social que integra y revela un cúmulo de conflictos internos. Esto no significa la imposición del análisis individual del personaje, sino que cada uno cuenta como parte integrante y celular de la red de relaciones con los otros personajes, es decir, como parte del contexto narrativo. Las confesiones o

historias permiten comprender la naturaleza de estos personajes. En su concepción persiste la destrucción de los principios y los valores morales.

Ahora bien, en la novela clásica la estructura más frecuente es la lineal y ordenadamente cronológica. Actualmente, el desorden cronológico se ha convertido en uno de los rasgos estructurales más característicos de la novela, que concurre con otros recursos a subrayar la animalización del hombre y la mecanización de la vida.

El pueblo soy yo es una novela con reglas estéticas propias y bien trazadas, cuyo fin reside en ofrecer un tema comprometido con méritos estéticos que han de afirmarse en un texto coherente, convencional y lógico. Gracias al empleo de una diversidad de recursos (el lenguaje en tono coloquial, el diálogo, el tiempo unidimensional, la descripción, la simultaneidad...), esta obra vive un proceso constante, revela acontecimientos y exterioriza angustias particulares. Forma y contenido constituyen un binomio en el cual los dos términos se fusionan. La armonía entre los dos y la correspondencia entre la palabra y la idea potencian la fecundidad del mensaje que Vera quiere transmitir. Se trata de rehacer, no de deshacer la prosa para mantener la supervivencia de la forma y revalorarla, presentando una novela política y de crítica social que opera en permanente intercambio entre el discurso intelectual (con proyecciones político-sociales) y la ficción. La intención del novelista se manifiesta en

cuestionar la realidad e intentar cambiar el orden existente; también intenta resolver el conflicto entre el hombre, su condición y las circunstancias.

Aunque la trama novelesca aglutina a personajes, enlaza hechos y situaciones no conectadas por la historia, la organización temática de la novela mantiene un orden lineal y cronológico con las inevitables excepciones de las anacronías. Vera consigue una perfecta concordancia entre la sucesión de los capítulos, las páginas y la secuencia temporal. En efecto, como se trata de una novela inspirada en la historia, se encamina hacia adelante, y de producirse algún retroceso, algún salto hacia el pasado, éste queda más que justificado y enmarcado dentro de las necesarias aclaraciones, como cuando el autor habla de un personaje y después de unas cuantas páginas adelante vuelve a hablar de él, pero de su pasado con el fin de explicar algún suceso presente. La estructura de la obra se revela como una realidad que se va consolidando — para el lector— según éste avanza en su lectura, y cuya total disposición no se le revela — al igual que ocurre con la de la sonata o la sinfonía— hasta que concluye el último capítulo, hasta que suena la última nota. El hecho de que sólo se permita ir descubriendo sus fragmentos o sus elementos constitutivos en forma sucesiva y bajo un riguroso orden trae, como consecuencia, un sentimiento funcional por parte del lector.

Veamos ahora cómo Vera trata de superar la sucesión cronológica. El tiempo del discurso es unidimensional mientras que el de la historia es

pluridimensional: varios personajes viven al mismo tiempo y varios acontecimientos se producen simultáneamente. El discurso no puede reflejar los diferentes hilos de la historia a la vez, sino de forma sucesiva. El autor quiere superar esta limitación de la escritura y conseguir la simultaneidad, pero como necesariamente tienen que supeditarse a la linealidad textual, se produce, como hemos dicho, por una parte, una serie de anacronías, y por otra, se provoca la discontinuidad en el relato, que no rompe los hechos pero los divide en pequeños cuadros de carácter explicativo. Esta simultaneidad es útil porque deja ver cómo acontecen a la vez los sucesos que se entrelazan y unen a todos los personajes como si fuera una red de la que no se escapa nadie. En efecto, la simultaneidad está en la Casa Presidencial para acentuar la relación de González Tejada con su mujer Amabilia y fuera del Palacio Presidencial en un espacio ilimitado y amplio como, por ejemplo, a la hora de destacar las rivalidades para repartir los puestos, las manifestaciones populares y la consiguiente reacción del Presidente, el derrocamiento de González Tejada, su actitud y su ánimo.

En cuanto a la discontinuidad, hace retroceder la historia más de una vez, sin perder el hilo de los hechos, ya que el orden cronológico se mantiene en su totalidad fijo lejos de todo caos. La explicación a este recurso viene marcada de la siguiente manera: al principio, el autor pone al descubierto la irrupción en escena de un cúmulo de acciones "X" que se desarrollan con total normalidad, apartadas de las alteraciones que pueden sufrir. Cuando se llega a un desenlace parcial o a un punto culminante, que

necesita unos cuantos pasos más para acelerar la acción, se pasa a hablar de otras acciones nuevas que pertenecen a "Y" y se cuentan los sucesos que en este espacio se incluyen (retardamiento de la acción). Después se retorna al ya citado "X" en el preciso instante en que se ha abandonado para seguir contando. Al concluir la lectura, uno tiene la impresión de ver globalmente de una sola vez todos los detalles de la vida personal del Presidente y los integrantes del mundo que lo rodea.

Ahora bien, las relaciones de duración entre historia y discurso son definidas por Gérard Genette como la proporción que se establece entre un período de la historia, que es el tiempo durante el cual los acontecimientos descritos ocurren, -lo que él llama "la cosa contada"¹- y el tiempo de la lectura. Genette distingue, pues, dos tipos de tiempo: el tiempo de la historia y su representación en el texto (número de líneas, capítulos que ocupa...). En realidad, la relación se establece entre elementos no homólogos, ya que sólo se puede descubrir una historia escrita por la lectura. Alcanzar una igualdad entre historia y discurso resulta imposible: instantes, días, meses, años de la vida de los personajes en el discurso se mide por líneas, páginas y capítulos.

Vera ha dedicado especial interés al discurso, a través del cual se sigue la historia de forma clara y detallada. El ritmo mantiene la cadencia, sin aceleraciones ni demoras, puesto que el discurso desarrolla una relación constante con la historia. Desde el punto de vista de la duración, percibimos

¹ Gérard Genette, *Figures III*, París, Souil, 1979, p. 47.

los sucesos, como si transcurrieran ante nuestros ojos y como si se tratara de un espectáculo teatral. Vera recurre a la plasticidad para poder crear acciones que se suceden de tal manera que el tiempo real y el tiempo ficticio se disuelven. Con ello el autor quiere que el lector lo acompañe en ese continuo presente para formar una visión total sobre un personaje en sus recorridos, en sus miradas, o en sus conversaciones y en sus pensamientos:

El Simón Chaguarquingo -veinte años, mujer, tres hijos muertos y dos vivos- llegó a su choza con un saquillo a cuestas y desparramó su contenido sobre el suelo de tierra apisonada.²

Este ejemplo no carece de pausas reveladoras de hechos y realidades, que se encuentran perfectamente integrados en la forma escénica; su incidencia en la detención o aceleración del tiempo de la historia tiene poca relevancia.

Como vemos en el siguiente ejemplo, la descripción entra en una relación de complementariedad con la narración, ya que hay siempre narración en la descripción y descripción en la narración, produciendo una función en la novela de tal manera que los fragmentos descriptivos aislados son cortos:

Eran correctos, eran activos, eran energéticos los seis ministros jóvenes, tanto que sus colegas maduros desecharon como chismografía los rumores persistentes sobre su virilidad.³

² Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p. 212.

³ *Ibid.*, p. 203.

Vera se enfrenta a la realidad y trata de desentrañarla y jerarquizarla. También orienta y confiere significados a la vida social, a través del uso de la descripción y de la narración, que son procedimientos naturales de la novela.

El autor recurre a procedimientos propios que se adaptan, según sus preferencias, a las necesidades del tema: enumeraciones, frases nominales, frases breves coordinadas o yuxtapuestas, etc. para perseguir la representación de personajes y objetos; todo dentro de una visión simultánea de marco y acción o marco y palabra.

Las prescripciones, señaladas con una brevísima pausa en el curso de la historia, suelen aparecer cuando se trata de un personaje nuevo o de un nuevo ambiente:

Laborioso, rígido, metódico, José Joaquín Almendros parecía destinado a comerciante próspero, pero sólo gastando muy parcamente había logrado conservar el capital.⁴

Otras veces las observaciones y el recorrido de los personajes no provocan una interrupción en la temporalidad de la historia porque pertenecen al tiempo en el que se desarrollan la contemplación o la reflexión, pero están alejadas de las convenciones que dramatizan los hechos:

⁴ Ibid., p. 156.

— Usted, señor Presidente, es la última esperanza de sus conciudadanos.

— Sus estudios son muy importantes, pero la patria lo es más, señor Presidente."⁵

"El dueño de la casa lo apoyó afirmando que el comportamiento de nuestro Presidente era cuando menos grosero, y hasta el medroso José Joaquín Almendros se sumó a las quejas porque uno también tiene sus aspiraciones."⁶

Las palabras de los personajes son objetos temporales, que ocurren en el tiempo y que construyen, con la ayuda de la imaginación, la memoria y la inteligencia en el tiempo. Tienen una capacidad enorme de suscitar la imagen mental, desarrollada en el tiempo, como dimensión mental.

Pocas veces Vera describe cómo son sus personajes, sino más bien las actitudes momentáneas de éstos. La descripción de su figura se va completando a lo largo del relato:

Deseoso de mencionar su aporte, intervino Cáceres Sotomayor:

—Pero el equipo trabajó duro y bien.

Alfredo Balik, que no se andaba por las ramas, rectificó burdamente:

— Sobre todo, dimos la plata.

Fabián Cáceres conquistó una sonrisa amable de González Tejada, al componer la plancha:

⁵ Ibid., p. 170.

⁶ Loc. cit.

—Sin la personalidad del señor Presidente, de nada habría valido el dinero.⁷

Lo que interesa al novelista reside en el proceso de interiorización de la personalidad humana, desde la provocación de un simple cambio de actitud con respecto a la vida hasta llegar a la creación de una división ideológica.

Todos los personajes se presentan principalmente por los gestos, la apariencia externa y la voz, como si el autor tuviera en cuenta los códigos escénicos:

El presidente estrujó ambas hojas entre las manos. Golpeó el escritorio con los puños y gritó:

—¡Busquen a los culpables! ¡Que les den palo, que les hagan tragar estas inmundicias!⁸

Si los personajes en *El pueblo soy yo* cobran vida, López Casanova advierte que:

Aunque el personaje nos aparece como un ser viviente auténtico, no es una persona de carne y hueso. No viene dado en una sociedad donde mantiene muchas y diferentes relaciones con los que la componen y que pueden ser ayudantes o adversarios.⁹

⁷ Ibid., p. 176.

⁸ Ibid., p. 120.

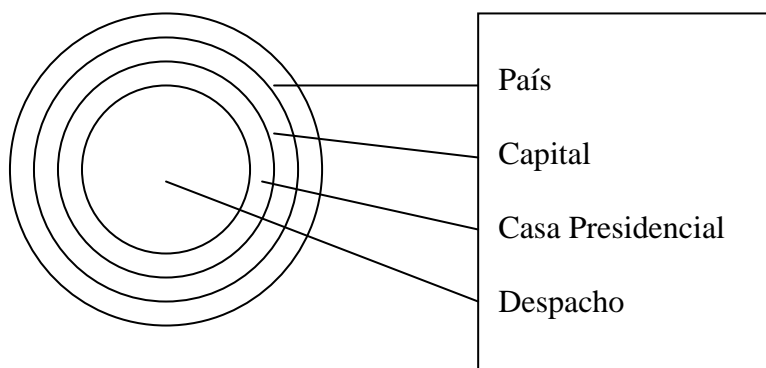
⁹ A. López Casanova, *Poesía y novela*, Valencia, Bollo, 1982, p. 183.

Una persona de carne y hueso manifiesta una sensibilidad en los actos cotidianos, en los modales, en el estilo de vida, en las lecturas y en el vivir. Un personaje ficticio exige a su creador que le trate con prevención y que le dedique una mirada abarcadora y expresiva para no aparecer como una cosa.

Por otra parte, en relación con el espacio textual y geográfico de la obra, hay que empezar por asentar que espacio y tiempo, como binomio, están íntimamente unidos. Por eso, no se puede hacer distinciones para enfrentar las estructuras espaciales a las estructuras temporales. El espacio del texto se presenta como una sucesión lineal de palabras, frases, párrafos, capítulos... que se desarrollan entre un principio y un fin. En cuanto a la sucesión temporal, Vera intenta superarla captando los acontecimientos que se producen simultáneamente en lugares distintos. Por eso, fragmenta la narración en breves escenas y en circunstancias diferentes, pero no cambia el escenario para conservar la esencialidad de la obra.

El espacio que preside los avatares de la intriga es circular de esferas superpuestas en disposición piramidal como expresión del eterno retorno y como expresión del caos. González Tejada se mueve entre el espacio mínimo (el despacho de la Casa Presidencial) y la ciudad (el Congreso...), confundiendo la mensurabilidad espacial con la adimensionalidad y pasando de una realidad vivida a otra deseada. Sufre las consecuencias de un deseo irrealizable, fruto de la soberbia en su intento por anular el espacio y el

tiempo; de ahí, la pérdida de la memoria y las alucinaciones. La disposición de los espacios del mínimo al máximo adoptaría esta forma:



Espacio	Significación	Identificación
País	Esfera mítica del deseo de gobernar eternamente. Anhelado arrebatado, locura final y destierro	Presidente: arquetipo de un dirigente títere, derrotista y fracasado. Mandato divino e identificación con el pueblo
Capital	Designación metonímica de la realidad	Presidente-Dictador
Casa presidencial	Representación simbólica del poder político	Mandatario y casado
Despacho	Metáfora de la intimidad	Presidente, González Tejada

Al hablar del espacio de esta obra no hemos de pensar únicamente en las indicaciones sobre el lugar donde suceden los acontecimientos ficticios (espacio de lo narrado), sino también en la descripción de paisajes y ambientes y en las alusiones al lugar donde se escribe la narración (lugar de la narración). La estructuración espacial está ligada a una visión del mundo

que busca el orden y exalta la voluntad popular frente a la arbitrariedad administrativa y las decisiones unilaterales de González Tejada.

Pedro Jorge Vera no sitúa la acción explícitamente en ningún país concreto, ni ofrece un dato palpable sobre la época en que se desarrolla; pero deducimos que se trata de un país hispanoamericano por la organización social, la división política (burocracia, militarismo, caudillismo), las distintas razas (blanco, indio...), la presencia de capital extranjero y más concretamente Ecuador por las referencias que vienen en la obra y que facilitan su identificación geográfica, entre otras: la explotación del banano, el descubrimiento de yacimientos de petróleo, alusión a García Moreno (ex-presidente del Ecuador), la guerra del 41, la capacidad de hablar y convencer al pueblo, el "gran ausente", el "doctorcito". Además, la atmósfera general de la obra queda determinada por la existencia de objetos y señales de modernidad como: coches, carreteras, puentes, escuelas... que orientan la hipótesis hacia un periodo de urbanización. El antiguo mundo natural, donde la vida humana se desarrolló y creció plácidamente, desaparece para dejar constancia a la ciudad como nuevo escenario.

Por otra parte, predomina la valoración negativa a lo largo de la novela que se materializa en la selección del léxico (sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, etc.) y en la elección de determinados hechos y personajes, lo cual distorsiona la orientación del texto impregnándolo de una subjetividad afectiva o evaluativa que indica la actitud del hablante respecto

de lo que dice. Su empleo depende sobre todo de la naturaleza individual del sujeto de la comunicación y no en relación con la situación enunciativa.

A/- Los adjetivos:

El empleo de adjetivos implica siempre un mayor grado de subjetividad en el texto. El número de adjetivos es muy elevado en *El pueblo soy yo*, y su selección denota la presencia de un narrador que, de manera implícita y a través del diálogo, introduce una visión negativa, satírica y degradada de la realidad ficcionalizada.

Los adjetivos afectivos y de carácter evaluativo-axiológico componen el eje de nuestro interés. Los primeros enuncian una propiedad del referente e introducen una reacción emocional del sujeto hablante hacia él. Los evaluativos axiológicos transmiten un juicio de valor positivo o negativo sobre el sustantivo al que acompañan. Los adjetivos axiológicos negativos aparecen con abundancia en la novela y, bajo una apariencia descriptiva, se utilizan en la valoración negativa, incluso peyorativa. Señalaremos algunos de los que, con mayor frecuencia, se repiten a lo largo de la novela: lisonjero, adulador, falso, vicioso, amariconado...

Con frecuencia, la subjetividad axiológica se localiza en un significante especial: los sufijos aumentativos y diminutivos. Tanto los aumentativos como los diminutivos que aparecen en la novela tienen un matiz claramente despectivo: borrachoso, traidorzuelo, adulón, doctorcito...

El uso de sufijos es tan abundante que alcanza, incluso, a los nombres propios: Fabiancito, Esperancita...

B/- Los sustantivos afectivos y evaluativos:

Los sustantivos afectivos y evaluativos, a la vez que describen un referente, entrañan un juicio de valor apreciativo o despectivo sobre el mismo por parte del sujeto enunciador.

Son muy frecuentes en la novela los sustantivos marcados por una valoración negativa. A veces, aparece el contraste axiológico en términos como los siguientes: salvador / profeta; poblacho / muchedumbres; nación / patria... Otros contienen rasgos negativos inherentes: chusma; poblacho; pendejo; huevón.

C/- La subjetividad del verbo:

El estudio de la subjetividad en el verbo resulta mucho más problemático que en los sustantivos y adjetivos, en los que la evaluación puede ser fácilmente atribuible al sujeto de la enunciación, pero no ocurre así en los verbos, en los que el sujeto de la enunciación y el agente del proceso no tienen por qué coincidir. En la obra se registra un elevado grado de subjetividad, transmitida a través de verbos, como: gritar, recorrer, bastonear, pisotear... Reflejan, dentro del contexto, situaciones políticas, conflictos y complejos personales.

D/- La personificación:

La personificación desempeña, entre otras funciones, la de hacernos percibir la postura subjetiva del hablante ante determinada realidad.

Funciona como reveladora de la presencia de un narrador que transmite su visión de un determinado tipo de gobierno:

Para los peces gordos que soñaban en sucederlo, había acuñado una fórmula infalible: cada vez que uno de ellos llegaba a su despacho, buscaba la coyuntura para soltársela: "¡Ah Señor! ¡Qué amargo es el poder! Ya lo verá usted pronto... muy pronto: cuando esté ocupando esta silla."¹⁰;

Sembrar el petróleo, amar el petróleo, cuidar el petróleo, conocer el petróleo, vivir el petróleo, entender el petróleo, conservar el petróleo, merecer el petróleo, morir de petróleo...¹¹

E/- El diálogo:

El diálogo en *El pueblo soy yo* adquiere la apariencia de una conversación de gran vivacidad y fuerza expresiva. A ello contribuye, considerablemente, el uso del lenguaje funcional. El autor utiliza las escenas dialogadas para introducir una descripción de los pensamientos de sus personajes. Valen como medio para caracterizarlos y mostrar las situaciones, sin dejar traslucir su opinión o sus valoraciones personales. En el diálogo, el equilibrio entre lengua hablada y lengua escrita en la novela se rompe a favor de la primera:

—¡Turco de mierda! ¡Te voy a sacar la cresta!

—¡Cabrón! Si hasta le andas ofreciendo tu mujer al Presidente.

— ¡Calma, señores, calma!

¹⁰ Ibid., p. 107.

¹¹ Ibid., p. 255.

— ¡Este gobierno de mierda! ¡Lord Caca, negociante en ñoña!

— ¡Peor es tener un hijo maricón!

— ¡Un hijo marica...! ¡Qué barbaridad!

— ¿Y no es por tener una madre puta?

— ¡Tú tienes la culpa, turco huevón!

— ¡Vergüenza debería darte de haberle entregado tus hermanas al viejo!.¹²

Se nota, claramente, en este diálogo la presencia del lenguaje escatológico, que se opone categóricamente al discurso político del Presidente, que seduce e hipnotiza. Detrás de cada expresión y de cada término se esconden un contenido, un sentimiento, una motivación, un propósito y una estrategia, que nos remiten a un determinado modo de pensar. Son también la prolongación del estilo y de los valores, que cada uno revela en sus relaciones con los demás.

En esta obra el lenguaje escatológico posee un tono coloquial y algunas cualidades de carácter oral como: los sonoros vocablos y el modo de expresarlos, las imágenes, las comparaciones y los adjetivos sin antecedentes literarios:

— Ésas son fanfarronadas. ¿Con qué vamos a defendernos?

Nuestra lucha no es de mártires. Podemos salir enseguida por la cloaca matriz. Nuestros compañeros esperan para sacarnos a dos cuerdas de aquí."¹³;

¹² Ibid., p. 184.

" — El viejo del carajo ni nos agradeció siquiera."¹⁴;

"—La plata que pusimos no es pelo de rana."¹⁵

Vera es consciente de que en el habla reside el espíritu de la lengua. Además, las réplicas breves y rápidas inducen a adoptar una amplia y variada gama de matices articulatorios con entonaciones diversas que incluyen preguntas, ruegos, súplicas, exclamaciones, vocativos, etc.

Además del papel caracterizador de ambientes y personajes que desempeña el diálogo, remansa el tiempo —la acción progresa lentamente— en contraposición de lo que ocurre con algunas escenas, no dialogadas, que actúan como impulsoras en el desarrollo de la historia:

— Parece un profeta — dijo uno de los muchachos cuando estuvieron en la calle.

— También hubo falsos profetas — objetó Jorge López —. Pero si no vamos con él ¿qué nos queda? ¿Suicidarnos?

—Sólo la revolución... — comenzó Eloy Quiñónez.

— González Tejada es el puente de la revolución — lo interrumpió López.

Quiñónez hizo un gesto despectivo

—Eres un iluso, Jorge. Ese hombre está dominado por el delirio de su propia grandeza.

—Pero puede ser un compañero de ruta...

¹³ Ibid., p. 42.

¹⁴ Ibid., p. 78.

¹⁵ Loc. cit.

—Compañero de ruta... —rezongó Quiñónez — de la ruta de González Tejada.¹⁶

En este diálogo no faltan ideas ni opiniones, pero no conducen a ningún resultado porque configuran, delante del lector, una realidad que no avanza. Su exposición no acelera la acción ni permite abordar nuevos temas, sino que todo permanece estancado.

El diálogo constituye también un modo de elevar la acción o de acelerar su paso:

Los delegados de la nación vencida se retiraron desalentados

—No podemos esperar nada.

—Tenemos que comenzar limpiando la casa. ¡Derrocar al gobierno de traidores!

— ¿Y qué podemos hacer?

—Aquí está González Tejada. Vamos a visitarlo.

— ¡Ándate al diablo con tu farsante! —Protestó Eloy Quiñónez.

—Esa es una posición muy cómoda de intelectual. No nos fijemos en los errores que cometió sino en su popularidad. Es el único político a quien seguiría el pueblo.¹⁷

La tensa realidad está puesta en una situación límite que acelera la transformación y el desarrollo de la acción. El contenido no se esconde detrás de la palabra, sino que revela las intenciones y los propósitos y crea una serie de estímulos, que impulsan a transformar una situación concreta.

¹⁶ Ibid., pp. 72-73.

¹⁷ Ibid., p. 68.

Lo más frecuente es que en las escenas dialogadas también se produzca un alto grado de concentración dramática. La historia progresa y se desarrolla a través de ella:

Después de un largo silencio de consternación, uno de los directores habló lentamente:

—Ahí tiene, señor López, a su pueblo en armas.

—No sabemos qué mismo es esto —López hablaba enérgicamente—. Pero si nos lo trae un campesino, es de presumir que ellos se han hecho justicia con sus manos, vengando quién sabe qué afrentas y abusos. Son los campesinos esclavizados por décadas.

—¡Es el colmo! ¡Aprobar el asesinato...!

—No lo apruebo: me lo explico. Pero el pueblo de la capital, armado, durante varios días ha tenido una conducta ejemplar.¹⁸

En este ejemplo la dramatización no es gratuita. El acoso de las circunstancias y la necesidad de responder, en defensa o ataque de una decisión o de un hecho, dramatizan la acción y el pensamiento. Estos dos elementos se articulan en relación con su sociedad, impulsan, actúan y trastornan su mundo.

Son menos frecuentes, en cambio, las intervenciones de los personajes de carácter expositivo, de contenido descriptivo, narrativo o reflexivo y de réplicas más amplias. Fragmentos de esta clase pertenecen a los principales personajes como el ministro Gutiérrez y el propio González

¹⁸ Ibid., p. 81.

Tejada. En estos fragmentos se puede descubrir la presencia de discursos existentes, a través de la reiteración. Vera los construye como parodia del discurso de los políticos, de las reseñas periodísticas, etc. Así, algunas intervenciones de González Tejada reproducen tópicos de discursos políticos, que se asocian a una ideología totalitaria que usa una demagogia galopante al amparo de la ley y hace uso de ella para gobernar legítimamente:

Los pobres quieren comer del pastel de los ricos y los ricos que nadie les toque el pastel. Si los pobres asaltan el pastel de los ricos lo defienden a patadas. Sólo González Tejada que no es rico ni ama el dinero que comprende el dolor de los pobres pero no es un desaforado porque es un hombre culto puede repartir el pastel. Gobierno de los ricos plutocracia gobierno de los pobres anarquía gobierno de González Tejada justicia.¹⁹

En este fragmento afloran los contenidos estereotipados, los lugares comunes, subrayados por el uso de la tercera persona. La obsesión por el orden, por el cumplimiento estricto de la ley y la propia consideración como culto, justo y salvador figuran como tópicos. Sin embargo, hay que advertir que aunque no abundan las réplicas de carácter expositivo, el diálogo no deja de ser una importante fuente de conocimiento e información en lo que se refiere tanto a los personajes como a la situación, etc. Los datos no proceden únicamente de la información directa que el personaje adopta, sino de su forma de hablar, del tono que exhibe, de los hábitos lingüísticos que

¹⁹ Ibid., p. 119.

proporciona. Gran parte de los diálogos de la novela están contruidos como una cadena de acciones y reacciones. El personaje que está empleando la palabra trata de influir sobre el interlocutor y provocar su reacción, ya sea verbal o material. Con frecuencia, es el narrador el que nos introduce en el mundo interior de uno de ellos y nos muestra la discordancia entre lo que dicen y lo que realmente están pensando.

Por otra parte, el autor pone especial cuidado en diferenciar a sus personajes por sus peculiaridades lingüísticas y refleja minuciosamente todo lo que tiende a individualizarlos bajo este aspecto. El lenguaje y el vocabulario son siempre adecuados a la persona que los emplea. Todos los personajes de *El pueblo soy yo* aparecen dotados de un lenguaje propio, su idiolecto, que deja traslucir particularidades sociales y culturales.

Hay que señalar, al final, que acción y palabra están estrechamente unidas en el diálogo. Buena parte de la acción de esta novela se origina en el diálogo y progresa por medio de él. Consciente del papel de la literatura y la sociedad en la escritura, el autor considera el diálogo como parte esencial dentro de este proceso.

II.5.1. PROBLEMÁTICA DE LA ENUNCIACIÓN

El problema del narrador en *El pueblo soy yo* ha de enmarcarse en una problemática amplia y compleja: la de la enunciación. Tanto el

psicoanálisis como la lingüística, igual que la crítica literaria, han dedicado un interés muy significativo al estudio de la enunciación, o lo que es lo mismo: la contemplación y estudios del lenguaje en tanto que proceso, inmerso en una situación comunicativa, y no como sistema. En este sentido, M. V. Escandell Vidal habla de

... las condiciones que determinan el empleo de enunciados concretos emitidos por hablantes concretos en situaciones comunicativas concretas, y su interpretación por parte de los destinatarios.¹

Ante todo, veremos, desde el punto de vista teórico, cómo estas dos disciplinas han abordado el tema de la enunciación. Freud escribió poco sobre la relación entre el inconsciente y la obra de arte en general, y no acertó, según nuestro modo de ver, con una explicación satisfactoria del proceso de sublimación, decisivo para la creación artística.

En *Un Recuerdo Infantil de Leonardo da Vinci*, Freud reconoce por una parte que no quiere emitir un juicio estético sobre el objeto de arte, y por otra parte que no puede explicar el fenómeno del “don” artístico.²

Jean Le Galliot ve como “una prudencia”³ la escasa aportación de Freud a la relación entre el psicoanálisis y la interpretación de la obra de arte.

¹ M. V. Escandell Vidal, *Introducción a la pragmática*, Barcelona, Anthropos, 1993, p.16

² Jean Le Galliot, *Psicoanálisis y lenguajes literarios*, Buenos Aires, Artes Gráficas, 1981, p. 41.

³ Loc. cit.

Desde el momento en que hemos llegado a ser conscientes de la presencia del inconsciente estamos preparados para aceptar la escenificación teatral de nuestra vida interior, tal como la presenta Freud: las peripecias de los tres personajes (el **ello**, el **yo** y el **superyó**)⁴ en busca de un autor, es decir, de un sujeto. Nunca se insistirá bastante en el carácter literario del psicoanálisis -lo que, por lo demás, no ha dejado de serle reprochado-. Freud empieza a analizar el sueño y el síntoma:

El símbolo onírico de Freud también es enigmático, monstruoso y oscuro. Constituye las máscaras que nuestros deseos inconscientes tienen que ponerse para pasar la censura de la conciencia.⁵

Esto indica vanamente que el psicoanálisis no se limita al estudio de manifestaciones tan primarias como las pulsiones, sino que se interesa también por la articulación del deseo con la cultura.

Del mismo modo que las pulsiones producen el sueño y éste las imágenes oníricas, el deseo producirá el arte a través de las imágenes plásticas o verbales. Lo mismo que en el sueño, toda obra literaria es una metáfora:

Tenemos que ser siempre conscientes de que aquello que nosotros consideramos como arte, no surgió en el mundo como una expresión de la

⁴ Jean Le Galliot en las páginas 18,19 y 20 da una explicación detallada de estas tres instancias freudianas que definen nuestra personalidad.

⁵ E. H. Gombrich, *Freud y la psicología del arte*, Barcelona, Barral Editores, 1971, p. 90.

personalidad, sino más bien como una búsqueda de metáforas, en las que todos pueden comprender que tienden a simbolizar lo suprasensible.⁶

Incluso los mecanismos con que funciona el sueño son observables también en la literatura, como: “la condensación” y “el desplazamiento”,⁷ que pueden asociarse a la metáfora y a la metonimia.

El psicoanálisis informa sobre el origen de una creación cuando no se explica la procedencia de la neurosis y de los delirios. Desde el momento en que los complejos símbolos utilizados por la lengua en la obra de arte alcanzan un grado de universalidad, se puede comprender también la acción del público ante la obra. En el inconsciente tanto el autor como el público se reflejan, y el crítico (no el psicoanalista) tiene que inventar de nuevo la obra, descubriendo su origen: “La estimación estética de la obra de arte, así como la explicación del don artístico, no son tareas para el psicoanálisis.”⁸

Así como el psicoanálisis, según acabamos de ver, ha borrado y difuminado la frontera entre lo que es psíquicamente normal y anormal, la lingüística nos ha acostumbrado a admitir un lenguaje sin sujeto: no es que el hombre hable, sino que es hablado por el lenguaje

siempre y cuando haya coherencia entre el pensamiento absurdo y su expresión. El lingüista, en cuanto lingüista, no exige **la coherencia del**

⁶ Ibid., p. 93.

⁷ Véase: Jean Le Galliot, op. cit., pp. 33-34.

⁸ Ibid., p. 40.

pensamiento con su objeto, sino la coherencia de la expresión con el pensamiento.⁹

Esto, por una parte, nos prepara a trivializar la creación literaria. Pues, todo se reduce a un fenómeno lingüístico: el escritor que, a diferencia de otros artistas, no dispone para expresarse de un lenguaje propio, sino del común. A este respecto, Paul Miclau señala dos registros en la lengua: el primero se relaciona con “el lenguaje literario no artístico” que se caracteriza, en general, por una motivación de naturaleza monemática (palabras derivadas y compuestas) y que se manifiesta en la lengua hablada, tanto familiar como popular. Representa el nivel inferior de la estructura analizable. El otro componente, que es “el lenguaje literario artístico”, tiende hacia el empleo de palabras comunes, pero prefiere la motivación semántica. Ésta se define como materia refinada por los poetas que utilizan recursos como: la onomatopeya, la metáfora, las comparaciones, para ofrecer imágenes de alta expresividad.¹⁰

Ahora bien, ¿cómo puede considerarse mero sujeto pasivo del lenguaje a quien emplea algo que no es lenguaje común, sino un segundo lenguaje, meditado, sopesado, con miras estéticas?, ¿hasta qué punto es creador el literato?, ¿cómo se explica que la literatura, partiendo de una base tan común y modesta, aspire a niveles tan excelsos y sublimes?

⁹ Eugenio Coseriu, *Gramática, semántica, universales*, Madrid, Gredos, 1987, p. 41.

¹⁰ Paul Miclau habla de estos dos registros en las páginas 147-148 de su libro: *Le signe linguistique*, París, Editions Klincksieck, 1970

Freud destaca el papel del psicoanálisis para explicar la naturaleza de la inspiración en relación con la producción literaria:

Freud pensó que, aunque la capacidad creativa no podría ser explicada por el psicoanálisis, éste podría arrojar luz acerca de la relación entre el funcionamiento de la imaginación creadora, la capacidad productiva del hombre y los procesos de pensamiento observados en el estudio clínico de los autores.¹¹

La imagen origina palabras y la palabra origina imágenes. Por una parte, si se habla de una imagen o de una articulación de una serie de imágenes, se organiza un texto. Por otra, si se descompone una palabra en elementos, se llega a un jeroglífico, o lo que es una escritura conceptual que desarrolla un juego de palabras y que se convierte en un sueño para el creador. Cualquier texto o enunciado se presenta como un proceso comunicativo entre un emisor y un receptor, y tal como consta de remitente, mensaje y destinatario, que son elementos imprescindibles de la comunicación verbal.

Con frecuencia se identifica la enunciación con el proceso de codificación del mensaje y se arrinconan los restantes factores del acto comunicativo; hecho que reduce la enunciación al estudio de los elementos textuales que remiten al emisor, mientras que lo que se debe hacer es tomar en consideración el proceso comunicativo en su conjunto que incluye al

¹¹ José Guimón, *Psicoanálisis y literatura*, Barcelona, Kairós, 1993, p. 35.

remitente, al destinatario, a la situación de comunicación y a la recepción del mensaje. Es una “filología del mensaje”

En *El pueblo soy yo* parece evidente que la estructura novelesca guarda muy estrecha conexión con la función asignada a los personajes. La posición adoptada por el narrador frente a los personajes, y sobre todo frente al protagonista, condiciona la forma misma de la obra. Nuestra tarea, en efecto, consiste en determinar las características del narrador para analizar a continuación su grado de presencia en la narración y las relaciones que establece con las restantes instancias enunciativas.

La función esencial de la enunciación engloba el proceso comunicativo en su conjunto, que incluye al remitente, al destinatario, a la situación de comunicación y a la recepción del mensaje. Ello responde a la voluntad del autor, empeñado en buscar un trasfondo literario que verbalice el pensamiento, que valore actitudes constructivas, que desprecie conveniencias interesadas, que denuncie fraudes y que ataque males, a través de un mosaico de técnicas y recursos que descubriremos en su debido momento. Motivado, acosado por la circunstancia y urgido a examinar los males de toda una colectividad, en la que se integra como miembro, no intenta recrear lo que ya está allí o lo que ya se sabe, sino que ofrece la posibilidad de designar y de nombrar para transformar y elevar la realidad circundante a categorías artísticas superiores.

A partir de lo dicho, la instancia enunciativa es la voz del narrador que impone su presencia. Se introduce en los fueros internos de los personajes, sin cederles la voz, y cuida minuciosamente la plasticidad del discurso narrativo. Vera busca la inocencia, la significación del gesto y del grito, la esencia de la palabra y el incomformismo para dar un nuevo contenido a los sentimientos, a los deseos y a las necesidades. Su compromiso es un hecho exigido por el proceso de transformación que considera la creación literaria como un factor necesario de cambio, de orientación y de testimonio.

Aparece la narración en tercera persona con el punto de vista de un narrador omnisciente. Vera utiliza la historia como fuente de inspiración:

Después de Zola ya no hay que limitarse a la realidad aparente y superficial sino partir de ella para crear una nueva realidad. De acuerdo con este criterio fue escrita *El pueblo soy yo*. Me inspiré en la vida pública de Velasco Ibarra (personalidad poderosa y contradictoria que estaba pidiendo a gritos un novelista y un biógrafo), pero su vida privada fue de mi invención, aunque tenga uno que otro contacto con los hechos.¹²

El autor no ofrece una interpretación de los hechos, sino que desnuda una época con la intención de enumerar sus defectos y reconstruir la realidad. También enfatiza ciertos aspectos de la vida político-social que le preocupan.

¹² Pedro Jorge Vera, *Gracias a la vida*, Quito, Voluntad, p .96.

Hay huellas suficientes en la novela para hablar de un narrador que no sólo ejerce su función de sujeto organizador del relato, sino que además ha dejado innumerables pruebas en el texto de su presencia. La apariencia de objetividad a la que parece inducirnos el autor, la descripción externa de los personajes por sus cualidades más visibles o la abundancia de diálogos, distorsionan la acción visionaria del novelista que orienta sus incursiones en el pasado y en los pensamientos de sus personajes y lo empujan a hacer valoraciones y comentarios más o menos explícitos. Cada vez que presenta a un nuevo personaje, además de describir sus acciones, sus movimientos, sus gestos, su tono... Vera nos facilita algunos datos sobre su vida anterior, su oficio, sus aficiones y analiza su carácter por medio de sus cualidades morales.

En algunas ocasiones, el texto se tiñe con la ironía del narrador o deja traslucir un juicio personal. Entonces, el narrador abandona su función principal -la de contar- para subrayar un contraste, un detalle, o introducir abiertamente una opinión:

En el último curso, elegido Presidente de la Federación Universitaria, se exacerbó su radicalismo y su figura pasó a ser el paradigma del revolucionario. Mas, apenas egresó, se desentendió de la lucha porque explicó, debía graduarse lo más pronto para iniciar la conquista del poder.¹³

¹³ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo*, op. cit., p. 158.

Se nota que la lucha universitaria pasa a ocupar un plano secundario para un destacado activista cuando se trata de perseguir el poder. Su conquista acalla su voz y lo aparta del destino de la sociedad. Ya no le interesa indagar en la realidad social, sino que se limita a ver la suya, como si no estuviera integrado en la sociedad. Inserciones o detalles, como el ejemplo que acabamos de dar, enriquecen el contenido, sin desequilibrar el texto, porque las motivaciones son profundas y la necesidad de descifrar el sentido de los acontecimientos urge.

Otro de los recursos que denotan el poder pleno del narrador se ve en su acceso a lo invisible. El narrador se introduce en la conciencia del personaje, hace incursiones en su mundo interior, pero sin cederle la voz. El punto de vista que adopta a la hora de narrar se sitúa en la conciencia del personaje, mientras la voz del narrador añade una valoración despreciativa sobre los pensamientos enunciados:

Él resolvería esta pugna buscando el camino del medio: justicia con orden, transformación sin anarquía. Los extremos quedaban para los comunistas rabiosos y los conservadores recalcitrantes; entre ambos, el equilibrio francés. Hizo un chiste para sí: Ni vodka ni coca-cola: ¡vino de Burdeos!.¹⁴

El narrador mantiene una relación vital con el protagonista, con su mundo interior y con los hechos. Hacia él vierte su energía, porque de lo que se

¹⁴ Ibid., p. 172.

trata es crear una conciencia colectiva, que canalice los ideales sociales y que censure los errores y los vicios de los políticos.

Otra de las modalidades de reproducción del mundo interior del personaje en *El pueblo soy yo* es la verbalización del pensamiento en forma de discurso directo regido. En este caso, la instancia enunciativa básica sigue siendo la voz del narrador que, por medio de un verbo introductorio, revela los pensamientos verbalizados del personaje. Éstos y los dos puntos son las marcas que ensamblan el discurso del narrador con los pensamientos verbalizados. Se trata de soliloquios que adoptan una forma próxima al monólogo interior, pero que no llegan a la expresión desordenada e incongruente del pensamiento al estar mediatizados por la voz del narrador:

... mientras en su despacho González Tejada exclamaba:

— ¡He gobernado un siglo pero no basta! Necesito otros cien años para salvar a la patria enferma. Cuento contigo Gabriel el Grande, cuento contigo. ¡Juntos los dos, somos invencibles y eternos!¹⁵

La exteriorización del mundo interior del personaje explica la labor y la presencia del narrador. Su voluntad y su pensamiento son auténticamente propios, que expresan dominio sobre los objetos y los personajes. Frente a él, está la incapacidad y la impotencia del personaje para actuar y orientarse.

¹⁵ Ibid., p. 289.

Todo lo dicho evidencia la presencia de un narrador omnisciente que tiene acceso a informaciones de cualquier clase y a datos objetivos o subjetivos. Sin embargo, las incursiones en el pasado no se realizan de una manera sistemática: las encontramos tanto cuando se trata de un personaje principal como cuando se trata de un personaje secundario. Estas alusiones al pasado se consideran una alternativa sostenida por el autor para proyectar la luz sobre la conducta de un determinado personaje y su trayectoria tanto social como política. Suelen ser breves y aportan datos sobre el pasado de los personajes:

Manuel Lamboglia comenzó su carrera alzándose de una sala de cine con unos cuantos abrigos y sombreros. Fue descubierto y sancionado y al salir de la prisión, recriminado por su padre, babiche sin dinero que vegetaba tras el mostrador de una pulpería de mala suerte.¹⁶

Vera adopta una visión clara y trazada de la historia de cada personaje como proceso y como fruto de su medio, de su clase social y de su tiempo. Esta visión se manifiesta en hechos concretos, que evolucionan desde el comportamiento del personaje hasta la enumeración minuciosa de sus pasos. Más allá de los hechos y de las circunstancias concretas, está la ideología, implícita en la novela, que la motiva, la justifica y le confiere pleno sentido.. No determina la vida, sino que, al revés, es ésta el factor que condiciona la ideología. En efecto, el autor no sólo limita la descripción de los personajes y refleja los caracteres fácilmente palpables, como: la voz, el

¹⁶ Ibid., p. 154.

gesto, la apariencia externa, el entorno ambiental... sino que trata de guardar todo lo que no es inmediatamente visible y audible. Ello no responde a un deseo de objetividad auténtica, sino que, por el contrario, persigue un fin opuesto que está en relación directa con la necesidad del novelista de hacer sentir su presencia en la obra. Utiliza la tercera persona para narrar desde fuera los sucesos novelescos, pero sin prohibirse el comentar, el caracterizar moralmente a los personajes, etc. Se muestra exigente a la hora de fijar la situación escénica y describe prácticamente todos los elementos que intervienen en ella, ya que está en todas partes; todo lo sabe; actúa como un dios frente a sus criaturas y procura hacérselo ver así al lector.

Se advierte, pues, la presencia de un narrador omnisciente, lo mismo que el recitador en el teatro de títeres que mueve los hilos de los muñecos a su antojo. Pero no siempre funciona así la tercera persona en todas las novelas: a veces se introduce una gran dosis de objetividad que no permite ninguna infiltración de la voz del narrador, quien sólo se contenta con describir desde fuera manteniendo cierta sensación de imparcialidad y de neutralidad.

El autor ha elegido la perspectiva de la omnisciencia. Sus ojos críticos van desplazándose, desde el ámbito socio-político y económico, como el foco de una cámara cinematográfica para seguir ya a un personaje, ya a otro, de tal manera que no perdemos de vista la culminación significativa de escenas simultáneas o sucesivas que revelan el carácter de cada personaje; o sea que, no sólo el autor omnisciente muestra todo lo que está ocurriendo

tanto a nivel público como a nivel privado, sino que también permite asomarse a los pensamientos más íntimos de sus personajes para responder a una visión plástica que obedece a la intención de transferir los acontecimientos y los elementos de la novela con intensidad presentativa y contagiante. No se habla de la plasticidad puramente pictórica de la poesía modernista, sino de figuras e imágenes de la vida entera.

La plasticidad del discurso narrativo viene a señalar, pues, la concepción de la obra por parte del autor como un espectáculo que hay que cuidar hasta el más pequeño detalle. Este recurso aquí tiene especial vigor porque lo que transfiere son aspectos vitales, íntimos e inefables, que se nos vuelven sensiblemente objetivos gracias a estas formas.

II.5.2. EL PUEBLO SOY YO: TÍTULO SINTÉTICO

El título de la obra *-El pueblo soy yo-* permite al lector vislumbrar una serie de hechos y situaciones que se dan y que operan en la novela. Sintetiza la voluntad de un Presidente que se cree indispensable para gobernar y que quiere englobar en sus manos todos los poderes, pero que, paradójicamente, carece de aptitud para realizar sus propósitos. Sus actuaciones están condicionadas por voluntades ajenas y poderosas de una minoría dirigente y sin escrúpulos.

González Tejada se considera el conductor de toda la comunidad; un guía para el progreso del pueblo, pero no tiene acceso efectivo a las

decisiones; carece de autoridad real para que se cumplan sus decisiones y no puede de ningún modo imponer sus reglas con total libertad, porque él sólo cumple con el papel de títere, manejado por los más fuertes de la sociedad. A mayor obediencia, mayor presencia en el poder, mientras que a mayor fuerza, menor fortaleza. Todo ello lo resume Pedro Jorge Vera en un título de estructura simple y simbólica, con un enunciado en primera persona de singular en tiempo presente.

Hay toda una tradición histórica y literaria de títulos insinuantes y sugerentes que designan al dictador, lo nombran, justifican el contenido y lo resumen en obras como: *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos, *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *El hombre de Hierro* de Rufino Blanco Fombona, *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán.

La presencia del Presidente en el poder descansa sobre el principio de tolerar los abusos que los ministros y los militares cometen, y sobre su capacidad en mantener supeditado al pueblo mediante la palabra seductora. Cuando González Tejada no consigue interpretar concretamente los intereses de los grupos que manipulan el poder, ni logra calmar al pueblo descontento y desesperado, ni advierte que su condición y las apariencias que adopta son ajenas a la realidad. Pierde el apoyo de los poderosos, se minimizan sus defensas y se aprueba su destitución. Sus fracasos lo conducen al error, al caos, al absurdo y a la falta de fundamentos, que son

elementos que pertenecen al mundo de la razón y que se definen por oposición a un parámetro de racionalidad y normalidad.

González Tejada confunde la realidad y la apariencia. En su mente se entrecruzan la verdad y el error, la evidencia y un vagar indeterminado, que crean un nuevo mundo que no corresponde a la realidad vivida; pero para él, este mundo es un núcleo de verdades y evidencias, consentido, controlado y organizado. De este modo, el alejamiento de la realidad se aprueba y de ella se deduce la presencia del delirio, cuyo poder aumenta a medida que la capacidad de percepción de González sigue perdiendo sus razonamientos lógicos. El Presidente destituido reprocha y alaba, ratifica y condena, imparte órdenes y consejos, proyecta imágenes identificatorias que reproducen momentos de un pasado definido cuando era Presidente, pero que en la actualidad son fantasmas o ausencias que condicionan su pensamiento. La voz de González es ya la voz de la irrealidad, incapaz de establecer un diálogo fructífero, racional, coherente y con proyección en el presente.

El título general de la obra crea al lector expectativas respecto de lo que se va a encontrar: la novela de un Presidente que tiene como único objetivo perseguido el poder y el intento de mantenerlo, para siempre, mediante fórmulas demagógicas, concesiones a militares, ministros y extranjeros y mediante la violencia. Se trata de un Presidente que tiene una presencia tangible y un contacto estrecho con el pueblo; pero a medida que pasa el tiempo y se desarrolla el complejo y corrupto aparato estatal, el

pueblo descubre la mala administración de González Tejada aunque él, consciente de sus propias potencialidades personales, se cree sabio, benefactor y protector de la patria:

Querían oírlo porque sus discursos eran la concreción de esa esperanza incierta que les permitía mantenerse de hambre, de sed y de lágrimas. Si no confiaban en sí mismos porque habían perdido las fuerzas hasta para contemplarse, estaban seguras de que ahora sí las salvaría el salvador, el profeta que relataba el futuro, el amigo González tan pobre que ni automóvil tenía...¹

Maneja sus discursos y exterioriza una realidad maquillada para operar en los hombres la aceptación de su propia condición. El entorno es pobre y dócil, donde el cambio se ha amortizado y la conducta del individuo emana de la autoridad política, y no en función de las normas establecidas por la sociedad a la que pertenece.

La linealidad de la frase resultante “El pueblo soy yo” otorga un orden posible a sus componentes, sin que ello signifique obligatoriedad: la variación en el orden del enunciado no modificaría sustancialmente el sentido total del mensaje; sólo introduciría matices que lejos de delimitarlo, lo enriquecerían. La ambigüedad y la necesidad de la palabra y del hombre que la usa están consumidas por el emisor, quien juega con ellos consciente y plenamente.

¹ Pedro Jorge Vera, *El pueblo soy yo, op .cit.*, p. 175.

Vera resume la obra en un título de estructura simple y claramente simbólica. En la novela se acuden y se superponen hechos y textos que muestran el compromiso del autor, capaz de crear sus propios personajes a partir de las personas. Cada uno de sus elementos constitutivos posee un valor definido y una significación concreta que, al unirse, dan como resultado el sentido total del texto debidamente sintetizado. Título y discurso deberían contemplarse como parte de una comunicación más amplia, paralela a la relación vital del hombre con sus semejantes, en la que no sólo se interfieren el locutor, el auditor, el escritor y el lector, sino también la expresión de la conciencia múltiple, debidamente personalizada, capaz de trascender objetos, sujetos, situaciones y creencias.

Realidad, hombre, palabra... Todo viene sugerido desde el título elegido por el autor, no inconscientemente, sino después de un cálculo premeditado y atento en el que se analiza el alcance de su discurso y se permite al lector apropiarse de una multiplicidad de relatos. La objetividad del texto queda supeditada a los sucesos presentados en la obra desde su fórmula inicial. El enunciado "El pueblo soy yo", por la marcada intervención de la primera persona en tiempo presente, transgrede las normas del discurso histórico con esta subjetividad claramente reivindicada por el propio Presidente. La "historia" del relato no puede prescindir de ese "yo" axiomático que esconde en todo momento al emisor y al mismo tiempo lo descubre, impidiendo el distanciamiento del objeto, personas, o acontecimientos que con él se relacionan.

En general, el pronombre no es sino el reflejo gramatical de una realidad, en la que el individuo tiene capacidad de trascender objetos, sujetos, situaciones y creencias. Ahora bien, a juzgar por su título: su principal personaje es el Presidente-Dictador que se identifica con el pueblo y se apodera del pronombre "yo" y de la centralidad que éste le confiere. Entre el Presidente y el pueblo existe una absoluta identificación hasta el punto de que incluso llega a darle su nombre: bien podría decir "El pueblo soy yo". No se inspira en principios doctrinarios precisos, y son de su exclusiva las definiciones inventadas que va haciendo con el paso de los acontecimientos y de acuerdo con las circunstancias. Él es el pueblo porque lo ama y lo protege. Es el padre, el salvador y el profeta:

¡No soy un bien mostrenco! ¡Yo soy González Tejada conductor
amado de este pueblo! Yo soy el pueblo²

El presidente está seguro de que alcanzar el poder significa sacrificarse por el pueblo. Tiene derecho a ser Presidente e incluso a permanecer gobernando para mucho tiempo, no sólo porque el pueblo lo necesita, sino porque se siente el hombre adecuado para asumir la presidencia. "Sin él ¿Qué reivindicación, qué renacimiento, qué esperanza?".³ El protagonista se cree imbuido de su misión como hombre indispensable, como Mesías liberador. No duda en admitir que su destino está atado al destino de su país como concreta el latiguillo: "El destino de la patria la misión de González

² Ibid., p. 107.

³ Ibid., p. 71.

Tejada."⁴ Está completamente convencido de que la gente está con él. Lo que ve son olas de humanidad que lo aclaman:

El doctor sentía el llamado, se magnetizaba todo él y se instalaba en el corazón mismo de su tierra, aclamado por las multitudes de las ciudades, sobajado por los campesinos descalzos, ungido como el único...⁵

El magnetismo personal, que se expresa en su habilidad de persuadir, lo afecta personalmente cuando el pueblo traduce sus sentimientos, aclamándole. Todo el colectivo humano le pertenece a él y no a ningún partido, porque sabe que no lo va a robar y trabaja por él, día y noche.

Desde el principio, el mensaje que recorre todas las partes de la novela es siempre: "yo soy el pueblo",⁶ lo cual desarrolla un fuerte sentimiento narcisista: un componente importante de la neurosis narcisista se nota en la grandiosidad, la importancia excesiva que se trata de atribuir a cada acto propio. Este deseo de éxito ilimitado corre parejo a la necesidad exhibicionista de admiración. "El pueblo soy yo" se traduce también en la desazón para asumir verdaderas responsabilidades más allá del protagonismo que se persigue. El modelo mental de referencia sigue siendo el niño que se sitúa a sí mismo en el centro del universo; vive su sentido de omnipotencia infantil, pero depende de los demás para su supervivencia. El

⁴ Ibid., p. 23.

⁵ Ibid., p. 71.

⁶ Ibid., p. 107.

presidente valora exageradamente sus acciones personales, y cualquier control pondrá un límite a tal situación de "sueño" y lo situará frente a las limitaciones de sus posibilidades reales.

El Presidente no consigue afrontar situaciones frustrantes o de competencia real. Por lo tanto, si por una parte existe un considerable apetito de adquisición de papeles relevantes; por otra, es necesario considerar que el ambiente en el que se ejercita el poder se transforma en el escenario de un mero juego personal. Es decir, no se trata del "instinto del jefe" que, a pesar del deseo humano de prevalecer, no lleva a olvidar que el mantenimiento de una posición de predominio está en función de la capacidad de responder a las necesidades de todos los demás. Todo es utilizado como posibilidad de confirmación del propio "yo lo soy todo" que en la novela adopta diferentes formas: "yo soy el pueblo";⁷ "... sin él no hay nada ni patria siquiera";⁸ "González Tejada es el alma nacional";⁹ "El destino de la patria la misión de González Tejada".¹⁰ Se trata de diferentes modos de expresarse que hacen recordar fácilmente "L'état c'est moi", que lo ha convertido el autor en el título de su obra. Se cristaliza también el constante sentimiento de "responsabilidad" que hace difícil cualquier contacto y no deja mucho espacio a la afectividad.

⁷ Loc. cit.

⁸ Ibid., p. 202.

⁹ Ibid., p. 221.

¹⁰ Ibid., p. 23.

El notable egocentrismo no permite comprender a los demás y sentir lo que ellos sienten. El Presidente se vale del poder de la palabra para reducir el descontento popular, cuyo origen y causa desconoce. Se pregunta: "¿Por qué se amotinan? Saben que yo no cojo un centavo hombre honrado y austero".¹¹ Esta ansia de poder le enajena el sentimiento de responsabilidad y le impide percibir a los demás como individuos correctos aunque él se empeña en trabajar para ellos. Además, el hecho de ocupar un plano secundario no implica un desconocimiento de los mecanismos del poder. Dicho de otro modo, deseo y satisfacción aparecen indiscutiblemente unidos más allá del tiempo y de cualquier responsabilidad. La pérdida de responsabilidad conduce, pues, a la ascensión de una clase aparte con intereses específicos que cuidar, distintos de los del resto de la población y con una continua búsqueda de un placer no mediatizado por otras instancias.

La necesidad del propio bienestar psicológico ha superado los estorbos que supone mantener cualquier tipo de consideración hacia el otro. Ello se debe a la dificultad para reconocer y percibir a los demás en su realidad, lo que lleva a tener expectativas superiores a lo razonable y a manifestar sentimientos de sorpresa y rabia en respuesta a comportamientos externos que no corresponden al deseo de manipular siempre y de cualquier modo.

¹¹ Ibid., p. 232.

El hecho de no conseguir afrontar situaciones frustrantes o de competencia real se debe también a la conflictiva superestructura que ocupa más espacio en los contenidos íntimos de la persona, acabando por comprometer gravemente la capacidad de comunicar. El contacto con los otros está modificado por la máscara que se construye para ser aceptado en el exterior. González Tejada no parece tener otra posibilidad para mantener su relación con el mundo que lo rodea y con los hechos. Este indiscutible poder que pretende concentrar contrasta con los papeles desempeñados por sus ministros, que son los verdaderos detentadores del poder, encargados de administrar el mecanismo tanto de estructura política como económica, obligan al Presidente a ocupar un plano insignificante. Está demasiado lejos de demostrar esa capacidad manipuladora ante sus ministros. Existe como constitución física y poder intelectual, pero no puede absorber la influencia y frenar el egoísmo de los interesados.

En realidad, el Presidente es el último en enterarse de lo que pasa, aunque sabe perfectamente cómo funciona el mecanismo del poder en su país: "Soy más antimilitarista que nadie pero no voy a provocar a estos tipos para que me manden otra vez al destierro";¹² "y ahora conozco los partidos y a los políticos sé de qué pie cojean...";¹³ "¡Dadme un balcón en cada pueblo, no necesito más y tendremos tercer gonzalismo!".¹⁴ Su preocupación por el desviado funcionamiento de la política lo fuerza a abocarse a largas y minuciosas descripciones, no sólo de los más mínimos aspectos organizativos de su república, sino de los detalles concernientes al

¹² Ibid., p. 216.

¹³ Ibid., p. 217.

¹⁴ Ibid., p. 172.

pensamiento y al comportamiento de los funcionarios y ministros del Estado. Aunque da instrucciones, se entierran porque no hay control. Por eso, el Presidente pasa largas horas ocupándose de los asuntos del país, como si no hubiera ministros encargados y como si fuera un condenado, sentenciado a llevar sobre sus hombros todo el peso de la administración del Estado.

Como se ve, en *El pueblo soy yo* adquiere carácter relevante la condensación del "yo" como satélite o eje en torno al cual se desarrollan los hechos y evolucionan las relaciones entre el individuo y el colectivo social. El autor ha respetado el orden lineal y cronológico con las inevitables excepciones de anacronías justificadas en el marco de las aclamaciones y dentro de la red de relaciones que mantienen los personajes. Para identificarlos y caracterizarlos, emplea el "leitmotiv" como recurso esencial, dentro de una estructura con características muy parecidas a los rasgos de una estructura sinfónica. Su función en la novela consiste en revelar los hechos, enfatizar las acciones de los personajes y presentar una historia creíble e impactante. Su concepto, que está estrechamente vinculado a la idea de montaje que soporta la obra, entra en el texto a medida que el autor va contando su historia. Cada parte, cada elemento de la obra guarda un valor de relación y función que se vincula con las otras partes, originando un mapa de funciones y relaciones, entrelazadas y superpuestas.

Pedro Jorge Vera pone al descubierto las diferentes historias individuales que proporcionan temas diferentes, sucesos particulares y asuntos propios, que se entrecruzan y se entrelazan como si se tratara de

un montaje que soporta las partes de la obra, creando una historia verosímil, compacta y sólidamente estructurada. Predomina en la novela la concentración de la valoración negativa que cristaliza la idea del autor de reflejar la condición existencial de sus personajes. Vera exterioriza su ruindad moral, a través de la construcción léxica que indica la actitud del hablante y que refleja determinados hechos. En este sentido, recurre a esta forma dialógica, selectiva, que sirve para categorizar a los personajes y cristalizar su individualización. Son menos frecuentes, en cambio, las intervenciones de carácter filosófico y reflexivo.

